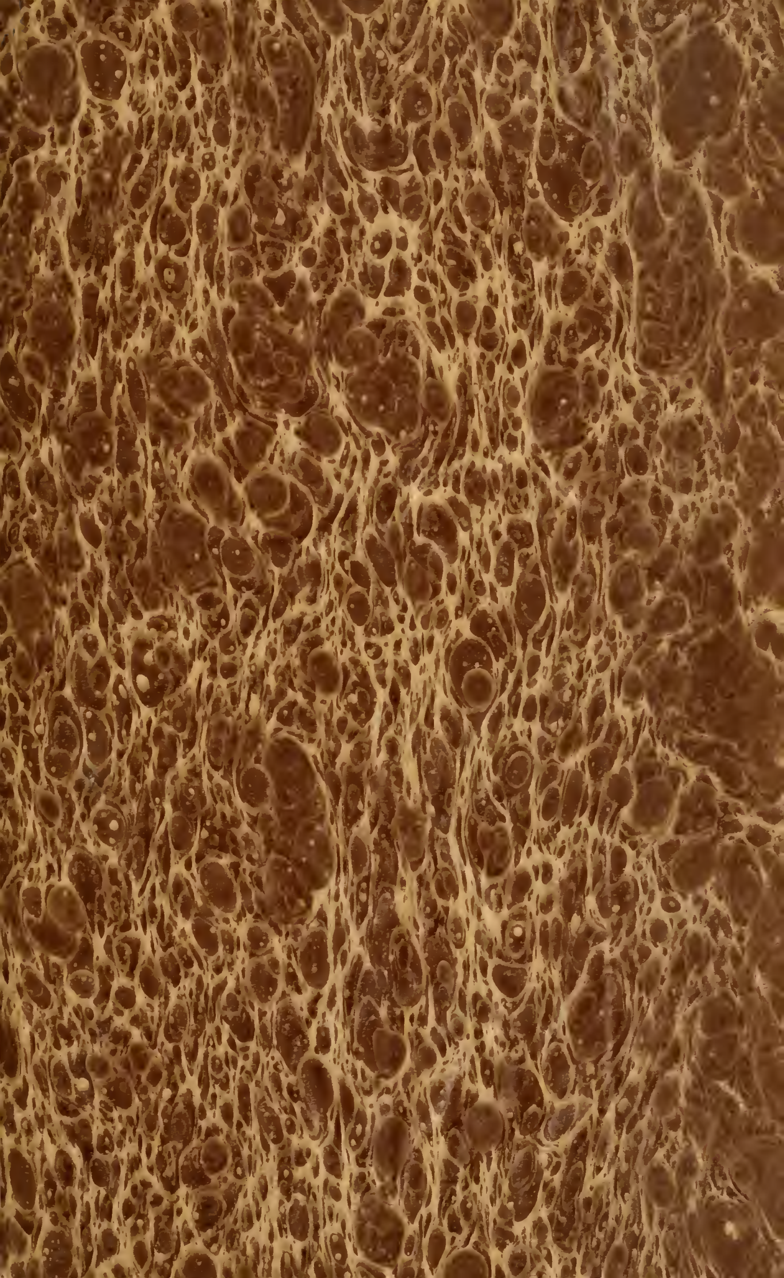



EX·LIBRIS
ROMERO & MARTINEZ



GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

III

FIN DE UNA ARISTOCRACIA

Publicadas en la misma Biblioteca

OBRAS DE C. WAGNER

Juventud.—(Obra premiada por la Academia Francesa). Versión española de H. Giner de los Ríos. Madrid, 1906. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 3'50 pesetas.

La vida sencilla.—Versión española de H. Giner de los Ríos. Madrid, 1907. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 2'50.

Junto al hogar.—Versión española de H. Giner de los Ríos. Madrid, 1907. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 3.

Para los pequeños y para los mayores. Conversaciones sobre la vida y el modo de servirse de ella.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1908. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 4.

OBRAS DE RUSKIN

Munera pulveris. (Sobre Economía política.)—Traducción del inglés por M. Ciges Aparicio. Madrid, 1907. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 2'50.

Sésamo y azucenas.—Tres lecciones, por John Ruskin.—Traducción del inglés por Julián Besteiro. Madrid, 1907. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 2'50.

Lo que nos han contado nuestros padres.—La Biblia de Amiens.—Traducción directa del inglés por M. Ciges Aparicio. Madrid, 1907. (Tamaño 19 × 12.) Precio, 2'50.

FERRERO

Grandeza y decadencia de Roma.—Traducción de M. Ciges Aparicio. (Tamaño 19 × 12.) Madrid, 1908.

I La conquista.
II Julio César.
III Fin de una aristocracia.
IV Antonio y Cleopatra.
V La República de Augusto.
VI Augusto y el Grande Imperio.

Precio de cada tomo: 3'50 ptas.—Publicados los tres primeros.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

POR

G. FERRERO

III

Fin de una aristocracia

TRADUCCIÓN DE

M. CIGES APARICIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1908

2.012—Tipolit. de L. Faure, Alonso Cano, 15 y 17. Madrid.

PREFACIO

Este volumen contiene la historia de la última revolución de la República. Es una de las épocas más obscuras de la historia romana. Los documentos que poseemos son relativamente numerosos; pero también extremadamente confusos y contradictorios, y así ha podido decirse de este período que era un laberinto.

Después de tantos otros, he hecho cuanto he podido para encontrar el hilo de Ariadna. El lector dirá hasta qué punto mi exposición de los hechos le parece más clara y comprensible que las dadas hasta aquí. Mas para llegar á una conclusión verosímil he tenido que realizar un largo trabajo de confrontación y de crítica sobre muchos puntos obscuros.

Entre los más importantes puedo citar: los sucesos de Roma durante los dos días que siguieron á la muerte de César; la distribución de las provincias entre los jefes

de los dos partidos en el 44; las leyes propuestas por Antonio durante este mismo año, su fecha y su trascendencia; el aumento y distribución de legiones del año 44 al 41; el reparto de las tierras entre los veteranos, tras la batalla de Filipos.

Imposible me sería exponer todo el trabajo de crítica y de reconstrucción que me ha conducido á las conclusiones que he adoptado, sin añadir á este libro un volumen casi tan grueso de apéndices. Al fin de este tomo sólo doy dos en los que me ocupo de las dos primeras cuestiones.

Así podrá el lector forjarse una idea del método que he observado para guiarme en el laberinto. Por lo que toca á las demás cuestiones, me reservo el tratarlas en las revistas especiales, y de justificar todas mis conclusiones aportando los detalles necesarios.

Á los que se ocupan especialmente de este período, les llamo la atención sobre una de esas conclusiones, que se refiere á los repartos de tierra hechas entre los veteranos tras la batalla de Filipos. Creo haber rectificado un error sobre este punto, de poca importancia en sí mismo; pero que ha implicado otros muchos más graves. Todos los historiadores han admitido que las ciudades italianas fueron despojadas entonces de su territorio para recompensar á las legiones que combatieron en Filipos. Espero demostrar que, en la famosa distribución de tierras que hizo perder sus bienes á Vir-

gilio y á Horacio, sólo se admitieron *á los veteranos de Julio César*, á lo que quedaba de las gloriosas legiones que habían conquistado la Galia y combatido durante la primera parte de la guerra civil contra Pompeyo, esto es, un número de personas relativamente pequeño.

GUILLERMO FERRERO.

Turín, 11 Marzo 1906.

GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

FIN DE UNA ARISTOCRACIA

I

Tres días de tempestad.

(15, 16, 17 DE MARZO DEL AÑO 44 ANTES DE CRISTO)

Los conjurados, los principales personajes de Roma y Antonio no tardaron en reponerse del estupor que les había causado el asesinato de César. Los asesinos, que durante la conjuración habían tenido que ser prudentes y comunicarse furtivamente sus mensajes, pusiéronse de acuerdo sobre la manera de matar á César; pero, sobre lo que convendría hacer luego, sólo consiguieron adoptar un proyecto: proponer inmediatamente al Senado la restauración de la república. Habían fracasado, y, súbitamente se encontraron solos en el Capitolio desierto, en ese abatimiento que sigue á las grandes emociones, asustados por el pánico que habían visto en las calles de Roma, preguntándose cómo se juzgaría lo que acababan de hacer, cuál sería la actitud de los veteranos y del bajo pueblo. ¿Qué partido convendría adoptar? Compréndese fácilmente que en tales circunstancias y en tal estado de espíritu, los conjura-

dos nada quisiesen hacer antes de haberse entendido con los hombres más significados del partido conservador, y que decidiesen enviar á los esclavos que les habían acompañado, á casa de sus más eminentes amigos para invitarles á que fuesen al Capitolio. Al mismo tiempo, los grandes personajes del partido aristocrático, repuestos de su primer estupor, procuraban tener noticias de los conjurados, y Cicerón, extremadamente emocionado y lleno de impaciencia, escribía ya á Basilio una lacónica esquela (1) para felicitarle y saber lo que iba á hacerse. También Antonio, al igual que todo el mundo, deseaba noticias y consejos. ¿Quién había muerto á César? ¿Á qué personajes consultar en esta peligrosa aventura? Así es que después del medio día los mensajeros comenzaron á cruzarse en las calles de Roma, buscando noticias, conduciendo cartas por todos lados.

El descontento que durante algunos años se había acumulado en el fondo de las almas contra César era tan grande, que fué fácil encontrar cierto número de senadores bastante audaces para acudir al mismo Capitolio, á primeras horas de la tarde. Entre ellos figuraba Cicerón, que llegó poseído de viva alegría y de extraordinaria excitación: el erudito descontento y fatigado salía, al fin, de su torpeza. Y todos juntos se pusieron á deliberar. Era preciso convocar lo antes posible al Senado: esto era evidente. Pero ¿quién podría

---

(1) Cicerón, *F.*, VI, 15 (á Basilio). « *Tibi gratulor; mihi gaudeo; te amo; tua tueor; a te amari et quid agas, quidque agatur certior fieri volo* ». Créese generalmente que esta esquela se escribió el 15 de Marzo, apenas circuló la noticia de la muerte de César.

convocarlo? Según la constitución, tenía que ser el cónsul superviviente. En efecto, ciertos senadores propusieron que se acudiese á él, y esto era más razonable de lo que ha parecido á algunos historiadores modernos, olvidando demasiado que es más difícil darse cuenta de las cosas en medio de los acontecimientos que juzgarlas sanamente á distancia. Algunos meses antes del asesinato, Antonio sólo era un cesarista moderado como Bruto, Casio y Trebonio; y si había concluído por pasar á la facción contraria, podían servirle de excusa sus deudas, la obscuridad á que el dictador le había condenado, la influencia de su mujer Fulvia. Muerto César, sus amigos podían esperar que rectificase sus yerros pasados. En cambio Cicerón, cuyo entusiasmo aumentó al encontrar en el Capitolio á sus mejores amigos y á los hombres más eminentes de los dos partidos poco antes tan opuestos, hizo una proposición más atrevida. No era prudente fiarse de Antonio: había que aprovecharse de los sucesos y precipitar las cosas dando un golpe de Estado; Bruto y Casio, que eran pretores, convocarían al Senado usurpando los poderes de Antonio; llamarían á los ciudadanos á las armas, como en tiempos de Catilina, y se apoderarían al momento del Estado; entre tanto, continuarían en el Capitolio, como un pequeño senado, en espera de que se convocase el Senado verdadero. ¿Cómo se manifestaron las opiniones? Lo ignoramos; pero parece que Bruto y Casio se inclinaron por la primera proposición, y no es dudoso que el consejo de Cicerón fuese desechado. Todos aquellos hombres de espada tuvieron menos audacia que el escritor. Temieron que el pueblo, demasiado afecto á César ó harto apático, no quisiera alzarse

á su requerimiento; todos se deshicieron en felicitaciones para los asesinos; pero nadie quiso tomar parte en la realización del golpe de Estado. Discutióse largamente, pero el tiempo pasaba: los días no son muy largos en Marzo; y la noche se acercaba. Se acabó por convenir que habiendo terminado bien la empresa de matar á César, no convenía arriesgar este éxito con una nueva audacia que podía fracasar. Decidióse, pues, entablar negociaciones con Antonio: se le invitaría á ir al Capitolio para tratar sobre la convocatoria del Senado y de la restauración de la república sin nueva efusión de sangre. Cuáles serían las condiciones y cómo se haría la cosa, nadie podía decirlo claramente; sólo se prometía no retirarle á Antonio ninguno de los honores que César le había concedido. Además, se acordó organizar manifestaciones populares para el siguiente día de suerte que pudiera disponerse bien de la opinión pública. Varios senadores se encargaron de las negociaciones con Antonio. Sin embargo, Cicerón no quiso tomar parte en ellas.

En cambio, parece ser que sólo Lépido, el *magister equitum* de César, osó dirigirse, pasado el medio día, en busca de Antonio, y que, cuando llegó á casa del cónsul, éste aún no había recibido informes precisos sobre los conjurados. Las noticias recogidas á aquella hora por los criados y porteros no podían por menos de ser confusas é inseguras. Entre tanto, no le era posible á Antonio juzgar de la situación antes de saber por qué se había matado á César. Es, pues, bastante probable que, mientras los conjurados discutían en el Capitolio, Antonio y Lépido se encontraban juntos, solos, poseídos de incertidumbres no menos graves, espantados de

la soledad de que se presentían rodeados. ¿Dónde estaban los amigos de César? Estas incertidumbres duraron hasta que fueron en su busca los embajadores de los tiranicidas. Éstos, para comunicar más fuerza á las proposiciones de paz que llevaban, expusieron ante todo los nombres de los conjurados, y Antonio, asustado, pudo darse entonces cuenta de la extensión y gravedad de la conspiración, y comprender por qué había sido Lépido el único que fué á buscarle. César había caído á los golpes de los hombres más eminentes del partido cesarista y del partido pompeyano, que se habían reconciliado para formar un nuevo partido. Opinan los escritores modernos que, muerto César, Antonio no tuvo otra preocupación que apoderarse de su puesto. Al contrario, paréceme más verosímil que, esta tarde al menos, luego de saber lo que realmente era esta conjuración, tuvo que preguntarse con horror si no estaría destinado á seguir de cerca á César en su caída. La muerte de éste era para él una desgracia terrible. Las pequeñas ventajas que había obtenido de su última conversión, no sólo las había perdido, pero también iban á convertirse contra él. Los conservadores y los cesaristas moderados, envalentonados y fortificados por el éxito de la conjuración, reunían todas las probabilidades para apoderarse nuevamente del poder; si lo lograban, ¿qué sería de él, á quien los conjurados debían de tener por un traidor? Verdad es que los embajadores le hacían proposiciones amistosas; pero Antonio, que no sabía que los conjurados estaban dudosos y perplejos, que, al contrario, los creía resueltos y amenazadores, desconfiaba viendo una emboscada en estas proposiciones de paz. ¿Convendría dirigirse al Capitolio en busca de los

conjurados que debían desear matarle lo mismo que á César? Sin embargo, Antonio no podía rechazar absolutamente las proposiciones de paz y precipitar la ruptura definitiva cuando estaba sin defensa, y sólo á Lépido tenía en su favor. Ante esta gran dificultad hizo lo que suele hacerse cuando se ignora qué partido tomar: pidió que se le dejase reflexionar hasta la tarde siguiente.

Con gran alegría suya, los embajadores aceptaron, y cuando hubieron partido, Antonio y Lépido, mejor informados sobre la situación, pudieron reanudar su conferencia. Ahora sabían que los jefes del partido conservador estaban al frente de la conjuración, y no tardaron en ponerse de acuerdo para clasificar de la misma manera á todos los conjurados, cesaristas ó conservadores, y denunciar ante el pueblo la muerte de César como efecto de un complot que aspiraba á anular todo lo que el dictador había hecho. Por este medio querían reunir los restos de los *collegia* de Clodio, buscar á los hombres más eminentes de su partido, que habían permanecido fieles á César, llamar á los veteranos que estaban en la vecindad y formar con ellos un pequeño cuerpo cuyo mando tomaría Lépido y que les serviría para defenderse ellos mismos si había necesidad. Adoptadas estas disposiciones, Lépido fué en persona á reclutar los soldados; y Antonio, pensando al fin en su colega muerto, dirigióse al cerrar la noche y acompañado de esclavos, al foro, al *domus publica*, donde tres esclavos habían trasladado en unas parihuelas el cuerpo de César. Entonces vió inanimado é inmóvil el cuerpo de este hombre, cuya prodigiosa actividad había observado todos los días, durante más de diez años.

Antonio visitó también á Calpurnia, y probablemente no encontró dificultad en que ella le entregase los papeles de César, una suma de cien millones de sestercios y los objetos preciosos que César tenía en su poder. Hasta es muy posible que la misma Calpurnia le ofreciese todo eso, no teniendo valor de conservar en su casa, y en un momento tan crítico, los archivos de César, ni de pensar que á ningún conjurado se le había ocurrido todavía apoderarse de ellos. Pero suele ocurrir con gran frecuencia en estas convulsiones, que nadie piensa en las cosas más sencillas. Por otra parte, Antonio, á título de cónsul tenía derecho, por decirlo así, á apoderarse de los papeles; y hasta el mismo César le había concedido antes de partir considerable número de ellos conteniendo las instrucciones que habían de observarse durante su ausencia. Sea de esto lo que quiera, Antonio se lo llevó todo á su casa, y allí, con una actividad maravillosa, se puso á enviar por todas partes esclavos, libertos y clientes: los desparramó por Roma para dar la voz de alarma entre los jefes de los *collegia* y entre los agentes electorales; por Roma y por las ciudades vecinas, para buscar á los veteranos é invitarlos á acudir en busca de Lépido; para buscar también á los amigos de César más influyentes, á sus colonos y favorecidos invitándolos á todos para que acudiesen sin tardanza á Roma, diciéndoles que el partido conservador quería anular todo lo hecho por César, recobrar los bienes que éste había vendido, las concesiones que había hecho, los derechos que había otorgado... Durante este tiempo, desde lo alto del Capitolio, los conjurados—quizás por haber interpretado mal la contestación de Antonio—ocupábanse en preparar las

manifestaciones populares que debían de celebrarse al día siguiente: por todas partes enviaban esclavos, libertos, clientes para solicitar al concurso de las personas de todas las clases sociales y sobornar á los agentes electorales. Así es que Roma, careciendo de alumbrado como todas las ciudades de la antigüedad, y por consecuencia, estando desierta y silenciosa apenas se ponía el sol, se encontró esta noche llena de agitación y tumulto. Sólo César, por primera vez en muchos años, dormía en paz.

Sin embargo, no era fácil para uno ni otro partido conmover á la gente. Los escasos enemigos implacables de César exultaban de alegría y sus escasos amigos incondicionales deploraban su muerte; pero la mayoría de la gente no sabía qué pensar. Muchos estaban satisfechos del asesinato por sus viejos rencores, por sus dolorosos recuerdos de las guerras civiles, por la envidia que siempre inspiran los hombres poderosos. Al contrario, como suele ocurrir en semejantes tragedias, muchos otros compadecíanse de César atacado cuando estaba solo, asesinado por sesenta furiosos, olvidando que el hombre atacado era ahora el jefe de un partido y de un imperio, y que, de haber vivido, hubiese podido exterminar á sus enemigos en una hora. Sin embargo, estos sentimientos de indulgencia y de piedad eran menos fuertes que el espanto que se apoderaba de los espíritus. Ignorábase que los conjurados y los cesaristas andaban entonces desorientados y perplejos; todos les atribuían planes bien meditados y fuerzas considerables; de suerte que la mayoría de la gente no sabía si inclinarse por los unos ó por los otros. Así, los conjurados lograron con gran trabajo sobornar durante

la noche á algunos manifestantes, y Lépido sólo consiguió reclutar un grupo de soldados. No obstante, con este pequeño cuerpo armado, pudo ocupar el foro al amanecer del 16 y permitir que Antonio se presentase para ejercer como de costumbre sus funciones de cónsul, rodeado de algunos magistrados que no habían tomado parte en la conjuración. Este acto revistió cierta importancia, pues como los dos pretores y los demás magistrados que estaban en el Capitolio no se hubiesen presentado, la gente pudo creer esta mañana que el poder aún estaba en mano de los cesaristas. Era esto una ventaja; en efecto, al ver á los soldados y al cónsul, muchos veteranos, jefes de los *collegia* y partidarios de César, que dudaron hasta entonces, recobraron valor; unos corrieron á sus casas para tomar las armas, otros fueron á exhortar á sus amigos y á los miembros de su *collegia* para que hiciesen causa común con ellos. Al mismo tiempo, el primer grupo de manifestantes sobornado por los conservadores hizo su aparición en el foro, encontrándose con las patrullas de veteranos... Pero, en presencia de éstos, el celo de los mercenarios decayó bruscamente, y nadie osó ante los veteranos de César aplaudir á sus matadores. Sólo el pretor Cinna tuvo la audacia de arrojar sus insignias, diciendo que quería recibirlas del pueblo y no de un tirano. Aterrada la muchedumbre, apenas osó gritar: ¡Paz! ¡paz! Unos por un lado, otros por otro, no tardaron en dispersarse temiendo alguna agresión por parte de los veteranos de César. Pero éstos nada osaron hacer; todo el mudo estaba perplejo, y en esta perplejidad general recomenzaron las continuas idas y venidas de senadores entre el Capitolio y la casa de Antonio. Éste había podido re-

flexionar durante la noche con más tranquilidad sobre su situación, reconociendo que lo más peligroso para su partido era que uno de los conjurados más eminentes, Décimo Bruto, debía ser este año gobernador de la Galia cisalpina, según los acuerdos tomados por César; es decir, tendría que estar al frente de un ejército en el valle del Pó, á quince días de marcha de Roma. Antonio convino fácilmente que el ejército de la Galia iba á constituir el más firme sostén del nuevo gobierno, el gran espantajo con que los conjurados tendrían el Senado sumiso á su voluntad, y decidió intentarlo todo para que Décimo Bruto renunciase á su mando. Desgraciadamente, si el 16 por la mañana los veteranos y los colonos de César empezaron á llegar de los alrededores de Roma, parece que entre los cesaristas eminentes sólo pudo encontrarse á Hircio. Los demás: Balbo, Pansa, Opio, Caleno y Salustio, permanecían ocultos en las ciudades vecinas. ¿Cómo podría Antonio solo arrancar está renuncia á los conjurados? Necesitábase para esto suma habilidad. Y he aquí que, súbitamente, en la mañana del 16, y cuando los conjurados no esperaban hasta la tarde la contestación del cónsul, vieron que Antonio les hacía promesas conciliadoras, asegurándoles que estaba dispuesto á ayudarles en la medida de sus fuerzas para restaurar la república, añadiendo, según parece, que debían encargar de las negociaciones con él á su antiguo amigo y compañero Décimo Bruto, autorizándole para salir del Capitolio y volver á su casa. Probablemente esperaba Antonio intimidarle más fácilmente, una vez separado de los otros conspiradores, y obligarle á renunciar á su provincia. Estas promesas se hicieron en buena sazón. Los conjurados se

desanimaron algo con el fracaso de su primera manifestación; verdad es que, después de ella, los personajes más conspicuos habían marchado al Capitolio para incorporárseles; pero también ellos se desconcertaron por la frialdad del público, por los soldados de Lépido, por los colonos y los veteranos de César que llegaban á cada momento. La incertidumbre, pues, volvió á apoderarse de los que estaban en el Capitolio; forjábanse diversos proyectos; pensábase que Bruto y Casio bajasen al foro para arengar al pueblo; pero la duda era grande. ¿No era esto exponerse á ser despedazados todos? Las promesas de Antonio acogiéronse, pues, con alegría; Décimo Bruto abandonó inmediatamente el Capitolio para entablar las negociaciones, y cayó á cierra ojos en la red que le tendía el cónsul. Ninguno de ambos partidos se había atrevido aún á ser el primero en atacar; ambos se mantenían á la defensiva esperando que la situación fuese menos obscura.

Además, era imposible que los conjurados pudiesen ocultar por mucho tiempo sus dudas y temores. Antonio, que se admiraba ya de encontar tan conciliadores á Décimo Bruto y á los conjurados, iba muy pronto á darse cuenta de que sus enemigos tenían miedo. Sin embargo, un suceso imprevisto vino á embrollarlo todo esta misma mañana. Dolabela apareció en el foro al frente de un grupo de veteranos y con las insignias de cónsul: hizo en un discurso el elogio de los asesinos del tirano, y subió al Capitolio para saludarlos. El hecho era significativo. Dolabela, uno de los favoritos de César, que le había nombrado *consul suffectus*, hubiese sido cónsul en su puesto, tras la muerte del dictador, si Antonio no hubiese impedido que se realizasen todas

las ceremonias litúrgicas obligatorias para que fuese válida una elección. Como Dolabela no era hombre que renunciase al consulado por una cuestión de forma, habíase decidido durante la noche á ratificar él mismo su elección, esperando sostenerse en su cargo con ayuda de los conjurados, que hubiesen encontrado muy ventajoso tener á su lado un cónsul, aunque fuese poco auténtico. Este pequeño golpe de Estado no dejó de causar gran emoción en la ciudad, y pareció comunicar audacia á los conjurados. Los manifestantes, que habían fracasado por la mañana, recobraron ánimos é intentaron una nueva manifestación en el foro, llamando con grandes gritos á Bruto, á Casio y á sus compañeros. Los conjurados decidieron que Bruto y Casio bajasen para hablar al pueblo y terminar así las negociaciones ó disminuir su importancia. Pero ¿quién les acompañaría? Parece que sobre este punto aún se discutió. Decidióse al fin, que sólo los dos conjurados, Bruto y Casio, bajarían al foro; pero que los senadores y caballeros más notables que se encontraban entonces en el Capitolio, les acompañarían solemnemente, como se había hecho con Cicerón en la época de Catilina, para protejerlos si era necesario contra las violencias del populacho. Apenas se supo esta noticia en el foro, la duda volvió á apoderarse de los espíritus; recordábase que el partido conservador había derrotado con sobrada frecuencia al partido popular apelando á estas manifestaciones teatrales; Antonio y Lépido, aunque deseasen el fracaso de esta manifestación, no osaron, sobre todo después de la traición de Dolabela, interponerse con la violencia, y prefirieron esperar y ver lo que podría ocurrir. En fin, pasado medio día, organizóse

el solemne cortejo en el Capitolio, descendió lentamente hasta el foro, y avanzó entre la muchedumbre que había acudido para esperarlo. Cuando el cortejo llegó á los rostros, Marco Bruto subió á la tribuna. Al verle la muchedumbre, establecióse un todo el foro gran silencio: Bruto comenzó su discurso, y sin ser interrumpido, pudo explicar la muerte y las razones que la determinaron. El pueblo bajo aún sentía en el fondo del corazón respeto por los grandes; Bruto gozaba de gran consideración; entre la muchedumbre, los cesaristas se dejaron impresionar por los demás. Pero al concluir no hubo silbidos ni aplausos: el público permaneció frío; la reunión terminó con una impresión indecisa, y los conjurados, con el cortejo de los conservadores, regresaron al Capitolio.

La incertidumbre cesó entonces. Antonio, y con él todo el mundo, comprendieron que los conjurados tenían miedo. Durante todo un día, hora tras hora, se esperó que intentasen algún golpe de fuerza; ni siquiera se atrevieron á bajar todos al foro, y apenas terminado el discurso, los que habían bajado volvieron pronto á su refugio. En cambio, los colonos y los veteranos seguían llegando; el populacho de Clodio y de César se enardecía; en torno de Antonio no sólo se olvidaba la traición de Dolabela, sino que se trataba ya de vengar al dictador. Entre tanto, la tarde se acercaba, y con ella el término fijado por Antonio para contestar. Envalentonado con el miedo de los conjurados y con la diligencia de los veteranos y de los colonos, el cónsul adoptó la resolución de romper por la tarde las negociaciones y de convocar al Senado para la mañana siguiente, no ya en la Curia, que estaba demasiado cerca del Capito-

lio, sino en el templo de Tello, que estaba próximo á su casa, invitar á los conjurados para que acudiesen, preparar también para antes de la sesión una reunión de cesaristas, enviar á Hircio en busca de Décimo para decirle que, como el pueblo y los veteranos estaban indignados contra ellos, no podían consentir que Décimo tomase posesión de su provincia; hasta debía aconsejar por su bien á todos los conjurados que saliesen de Roma. Precipitando las cosas, esperaba que, asustados los de la conjura, no asistirían á la sesión del siguiente día, y así podría hacer aprobar por el Senado lo que le pareciese más oportuno para debilitarlos sin declararse su enemigo, sin apelar á la violencia y atrincherándose tras la autoridad legal de la asamblea. La amenaza se lanzó en un momento tan oportuno, que Décimo quedó un momento vacilante: creyendo que todo estaba perdido se declaró dispuesto á salir de Roma, siempre que se le concediese un pase de libre circulación.

La tarde caía; las tinieblas aumentaban en las calles estrechas y en los callejones; la actividad laboriosa del día tenía que haberse extinguido como de costumbre en la obscuridad silenciosa y solitaria, por donde sólo pasaban de tiempo en tiempo un grupo provisto de antorchas, un viandante con linterna ó algún extraviado palpando en las tinieblas. Pero en el Capitolio, donde nadie pensaba acudir al templo de Tello, los conjurados comprendieron al momento por qué Antonio, en vez de continuar las negociaciones con los conjurados, lo confió todo súbitamente al Senado, adonde no les era posible ir á discutir, y, obligados por el peligro inminente, dicidieron hacer lo posible para enviar á la sesión del Senado una mayoría que les fuese favorable.

Por su parte, ansiosos Antonio y Lépido de tener mayoría en el Senado, se propusieron reunir en torno del templo de Tello á todos los veteranos y colonos que fuese posible para intimidar á los conservadores. Esta noche, pues, hubo necesidad de proseguir en la obscuridad los trabajos y gestiones del día. El cónsul hizo encender grandes hogueras en las plazas, en las esquinas, en las calles, para iluminar un poco y permitir la salida á los que no tuviesen esclavos para llevar las lámparas, y á la luz oscilante de estas hogueras podía verse á los mensajeros de los conjurados pasar en todas direcciones dirigiéndose á casa de los senadores para suplicarles que no faltasen á la sesión del día siguiente; los grupos de veteranos llegaban, á altas horas, de las comarcas vecinas; los magistrados, los altos personajes que se buscaban para cambiar impresiones, las patrullas de soldados, las bandas de artesanos, de libertos, de plebeyos, se agrupaban para acudir á los *collegia*. Probablemente fué en casa de Antonio donde, á las altas horas de la noche, se celebró la reunión de los cesaristas. Parece ser que á esta reunión no acudieron otros altos personajes que Hircio, Lépido y Antonio, y que la discusión fué larga. Algunos cesaristas quisieron que se autorizase á los conjurados para salir de Roma, pero con la promesa de no suscitar tumultos; Hircio propuso que se concertase la paz y acoger la invitación de los conjurados para trabajar de común acuerdo en la restauración del gobierno republicano, sometiéndose á las decisiones de la mayoría del Senado; al contrario, Lépido, á quien los sucesos favorables de la víspera se le habían subido á la cabeza, hizo á los cesaristas una proposición análoga á la que Cicerón hizo á los conser-

vadores; era preciso dar un golpe de Estado, asaltar el Capitolio, y, entre los aplausos del pueblo, dar muerte á los conjurados, entre los cuales figuraba su cuñado. Pero, así como Bruto y Casio rechazaron la proposición de Cicerón, Antonio tampoco aprobó el consejo de Lépido, é hizo prevalecer la proposición de Hircio. Sabía que en toda Italia las clases holgadas y ricas eran favorables á los conjurados y le parecía imprudente apelar á la violencia, cuando era posible, gracias al clamoreo y á las amenazas de la muchedumbre de los veteranos, obtenerlo todo legalmente, es decir, del Senado.

Remitiéronse, pues, al Senado para resolver la dificultad; pero nadie sabía que partido tendría mayoría: Lépido y Antonio creyeron tenerla en sus manos, y siguieron enviando veteranos y colonos á las inmediaciones del templo de Tello. Los conjurados, siempre dominados por el miedo, temieron que la mayoría no les fuese favorable y suplicaron á sus amigos que acudiesen á la sesión. Todos los partidos y todos los senadores se proponían tomar parte en ella, pero sin intenciones preconcebidas y sin que existiese seguro acuerdo. ¿Qué resultaría de tanta incertidumbre? ¿Qué se deciría en esta sesión? Muchos senadores se lo preguntaban ansiosamente mientras se dirigían al templo de Tello en la mañana del 17, pasando entre las filas de soldados que Antonio y Lépido habían establecido para conservar el orden, y entre la muchedumbre inquieta y tumultuosa de los admiradores de César. Los senadores pasaban, y la agitación de la muchedumbre, los gritos y los silbidos iban en aumento. En el interior del templo los senadores formaban grupos y hablaban inquietos, prestando atención á los rugidos de la tem-

pestad que se condensaba fuera, y preguntándose si no ocurriría alguna desgracia. Súbitamente se oyó un tumulto más violento. Alguien sin duda caía destrozado. Era Cinna que pasaba, el pretor que la víspera había insultado á César en el foro, y que se le acogía así. Sin embargo, la multitud no osó agredirle y, como todos los senadores, llegó sano y salvo. Dolabela llegó á su vez y fué á ocupar el asiento del cónsul. En fin, en medio de los aplausos del pueblo, llegaron Lépido y Antonio; pero ningún conjurado apareció.

Desde el comienzo tuvo que reconocer Antonio que se había engañado: á pesar de los veteranos y de los soldados, á pesar de la ausencia de los conjurados, la mayoría del Senado era tan francamente favorable á los matadores de César, que juzgó imposible la adopción de medidas que les fuesen contrarias, y, sobre todo, que pudiesen causar daño á Décimo. En efecto, la proposición de invitar á los conjurados para que tomasen parte en la sesión, aprobóse sin dificultad. Se habían acumulado demasiados odios contra César; las tradiciones republicanas todavía estaban muy vivas, aun en este Senado que César tanto había tocado y retocado; los tiranicidas, tan numerosos ya, tenían en él muchos parientes y amigos. Si Antonio y Lépido habían podido rodear el Senado de una multitud de amigos de César, en el Senado apenas si había más que enemigos: los amigos se habían abstenido de concurrir, ó no osaban tomar la palabra. Pero cuando llegó á hablarse de la muerte, la discusión se extravió pronto en una gran confusión de opiniones contradictorias. Algunos senadores, y entre ellos Tiberio Claudio Nerón, pretendieron que debía considerarse esta muerte como un tirani-

cidio, y, por consiguiente, siguiendo la antigua costumbre, decretar recompensas á sus autores, como se había hecho en otro tiempo para los matadores de los Gracos. Otros, más prudentes, deseaban convenir en que los conjurados habían consumado seguramente una hermosa obra, pero que era ir demasiado lejos decretarles recompensas: ¿no bastarían los elogios? En fin, había senadores que procuraban conciliar el horror que les inspiraba el asesinato y el respeto que sentían por la opinión de la mayoría, declarando que hasta los elogios les parecían inoportunos, y que bastaba la impunidad. Pero los primeros replicaron proponiendo un dilema inevitable: ó César había sido un tirano ó sus asesinos merecían castigo. Sobre este tema se ergotizó mucho tiempo, signo evidente de que si las proposiciones extremas se aplaudían ruidosamente, no daban plena satisfacción á la asamblea; y poco á poco la discusión condujo á los contradictores á la cuestión esencial, de la que todo dependía. César había sido un tirano, ¿sí ó no? La asamblea acabó por comprender que era necesario determinar ante todo este punto dudoso: decidió, pues, discutirlo de una manera imparcial, considerando como nulos todos los juramentos que César había exigido de los senadores. Y se empeñó una nueva discusión; numerosos oradores hicieron uso de la palabra; los rumores de la muchedumbre tumultuosa llegaron de fuera cada vez más fuertes, formulando imprecaciones contra los asesinos de César; la asamblea, muy dividida, no parecía poderse adherir á ninguna opinión. Pero Antonio, que hasta entonces había guardado un molesto silencio y dejado á los oradores divagar á sus anchas, intervino entonces en la controversia

y transportó muy hábilmente la discusión al punto esencial; si el Senado declaraba que César había sido un tirano, era preciso medir las consecuencias de esta declaración: la ley exigiría entonces que su cuerpo se arrojase necesariamente al Tíber, y que todos los actos por él realizados se declarasen nulos. En otros términos; se recobrarían todas las tierras vendidas ó donadas por César; todos los magistrados por él nombrados, incluso los que figuraban entre los asesinos, perderían sus cargos; en fin, los numerosos senadores escogidos por César dejarían de formar parte del Senado. Este argumento no podía dejar de producir gran efecto: los enemigos, al igual que los amigos de César, habían obtenido casi todos alguna cosa durante estos últimos años, de suerte que unos y otros tenían interés en conservar lo obtenido, comenzando por el mismo Bruto, que era pretor, y cuya madre había obtenido de César una inmensa propiedad en la Campania. Y entre tanto, como para dar más fuerza al argumento, el rumor de la muchedumbre llegaba de fuera cada vez más fuerte. ¿No intentarían asaltar el Senado? Antonio y Lépido tuvieron que salir para calmarla, y Antonio comenzó á arengarla; pero difícilmente se le oía; por todas partes se gritaba: ¡Al foro! ¡Al foro! Antonio tuvo que dirigirse al foro con Lépido, y recomenzar allí su discurso, prometiendo al pueblo que sus deseos serían escuchados. Entre tanto, en el Senado continuaba la discusión bajo la presidencia de Dolabela; pero la hábil intervención de Antonio había dado por efecto animar á los oportunistas á sostener proposiciones, quizás absurdas, pero aptas para conciliar el interés con la pasión, y las únicas capaces, al revés de las proposiciones extremas, de sa-

tisfacer á la asamblea. ¿Iba á arrojarse al Tíber el cadáver de este hombre, cuya venganza demandaba á gritos la muchedumbre? La aristocracia romana había osado arrojar al Tíber los cadáveres de los Gracos; pero á los ochenta años de distancia se veía ahora dudar y temblar á este débil *club* de hombres de negocios, de políticos, de *dilettanti*, cada uno de los cuales tenía sus intereses y su ambición, y entre los que Dolabela, temiendo todavía perder su consulado, amenazaba convertirse nuevamente en admirador de César, si no se ratificaban los actos del dictador. Era tan necesario respetar los derechos adquiridos, que á la misma hora los conjurados, impacientes con la duración de la sesión, hacían difundir entre el pueblo esquelas prometiéndole que todas las medidas adoptadas por César serían respetadas. En vano fué que un intransigente propusiese anular todos los cargos otorgados por el tirano para que el pueblo los restituyese: pasada la primera vergüenza, los conciliadores se animaban entre sí, y el partido de las medidas violentas perdía terreno. Entre tanto, Antonio y Lépido habían vuelto; pero la discusión aún se prolongaba, aunque ahora estuviesen todos de acuerdo sobre la oportunidad de no anular los actos de César, sin declarar por eso que el asesinato fuese un crimen. Era necesario encontrar una fórmula para resolver esta absurda contradicción; pero esto no era fácil. Al fin Cicerón, cuyo ardor revolucionario se había calmado después del 15, recordó á este propósito que los atenienses, para establecer una tregua en sus guerras civiles, habían recurrido de tiempo en tiempo á la amnistía, es decir, al olvido y al perdón recíprocos de todos los actos contrarios á la ley. En vista, pues, del interés público,

propuso que se ratificasen todos los actos del dictador, no sólo los que ya se habían convertido en públicos; pero también las decisiones que se encontrasen en los papeles de César, redactados en forma oficial y adoptados en virtud de un poder que le hubiese concedido el Senado ó los comicios; también propuso que Antonio se encargase de hacer una selección en sus papeles, y, en fin, proclamar una amnistía y prohibir que se formulase ninguna acusación con motivo de la muerte de César. La proposición se adoptó con una disposición especial concerniente á las colonias proyectadas por César. Parece que para tranquilizar á los veteranos declaró el senato-consulto que se fundarían todas. El Senado se disolvió en seguida; las decisiones adoptadas comunicáronse á los conjurados, que las aprobaron; y por la tarde, cuando Antonio y Lépido enviaron sus hijos al Capitolio para que sirviesen de prenda, Bruto, Casio y los demás descendieron. César ya no existía; pero los conjurados, luego de matar al hombre y de realizar lo que consideraban como más difícil en su empresa, vieron alzarse súbitamente ante ellos, obstruyéndoles el camino, su propia obra, la coalición de los intereses que se habían creado durante la guerra civil y la dictadura. No pudiendo derribar el obstáculo, tuvieron que eludirlo; pero ¡por qué medios! La restauración de la república legal sobre las ruínas de la dictadura revolucionaria, comenzaba á su vez por una medida revolucionaria como la amnistía, institución griega, extraña á las leyes y á las tradiciones jurídicas de Roma, y que la mayoría del Senado introdujo así, de un golpe, cierta mañana memorable, para resolver una dificultad política.

II

Los funerales de César.

Todos los historiadores modernos admiten que, en la época de César, las viejas instituciones republicanas de Roma estaban agotadas y muertas; que los contemporáneos debían de darse cuenta de ello, y, por consiguiente, que cualquier acto destinado á restablecer la república ó aun á mostrar respeto por sus instituciones y sus tradiciones seculares debe considerarse como tontería y locura. Opino que es esto un gravísimo error que hace casi imposible el comprender la última revolución de la república romana. Creo (y espero demostrarlo en el decurso de este relato) que la república estaba más viva de lo que se creía; pero, aun admitiendo que estuviese muerta, es preciso tener en cuenta que los hombres sólo suelen darse cuenta de las transformaciones sociales y políticas mucho tiempo después de haberse realizado; que siempre se inclinan á considerar como indispensable todo lo existente, sobre todo en política. Es, pues, mucho más probable que las instituciones fundamentales de la antigua república, que tan prodigioso éxito habían tenido, las tuviesen los con-

temporáneos como inmortales, sobre todo el Senado, que había conquistado y gobernado un inmenso imperio, que simbolizaba ante los ojos de los vencidos la fuerza dominadora de Roma; que, en fin, había dado muerte á César, porque aún después de tantas victorias, le había faltado al respeto en los últimos tiempos. ¿Cómo un hombre inteligente podía no advertir que era necesario contar con esta formidable institución, y, por temerario que fuese, cómo podía declararle la guerra á la ligera sin verse constreñido á ello por la necesidad?

No hay, pues, que admirarse si, tras la sesión del 17 de Marzo y de la decisión en que terminaron las dudas y fluctuaciones del 15 y del 16, Antonio se quedó preocupado. La situación no era buena para él. Contra lo que él esperaba, y no obstante la ausencia de los conjurados, la mayoría de los senadores resistió á las amenazas de los veteranos y ratificó la muerte de César. Ahora que podían sentarse libremente en el Senado, los conjurados iban á unirse á los restos del partido pompeyano para no formar más que un solo partido; y este partido sería dueño de la república, disponiendo de las altas clases, de un cónsul, de diferentes pretores, de numerosos gobernadores y del Senado. Entre los partidarios eminentes de César que no habían tomado parte en la conjuración, Dolabela ya había traicionado, y los demás, excepto Hircio, habían desaparecido. El bajo pueblo de Roma estaba inquieto é irritado contra los conjurados; pero Antonio, como todo el mundo, hacía poco caso de esa agitación; creía que, según costumbre, pasaría como un fuego de paja, en suma, el 17 de Marzo, Antonio consideró al antiguo partido pompeyano como dueño de la situación; y, puesto que ha-

bía logrado captarse la benevolencia de los jefes más eximios (1) con los discursos conciliadores pronunciados en la sesión de la mañana, preguntábase si no podría encontrar algún medio de avenirse con este partido, al que había abandonado, cuando iba á reconquistar todo su prestigio. Antonio era ciertamente uno de los más notables entre los políticos de la antigua nobleza arruinada, que se lanzaban entonces en la política como en una gloriosa piratería. De cuerpo robusto, de espíritu activo, audaz y generoso; pero sensual, imprevisor, orgulloso y violento; inteligente, pero poco astuto; capaz de dejarse arrastrar á los más groseros errores por sus pasiones y por su temeridad, había hecho hasta entonces una vida vagabunda, llena de aventuras temerarias é ilegales, de peligros imponentes, de percances extraordinarios, desde la expedición clandestina de Gabinio á Egipto hasta el sitio de Alesia, desde el tribunado revolucionario del 49 hasta la expedición por el Adriático en el 48, desde Farsalia hasta la dictadura del 47. Pero aún los hombres más temerarios, á menos de ser locos, saben moderarse en ocasiones y revestirse de prudencia cuando se ven al borde del abismo. Tal era, precisamente, el caso de Antonio, que podía certificar ahora y de manera bien deprimente, que todos sus esfuerzos, cual los de otro Sísifo, habían fracasado hasta entonces cuando se acercaba á su fin. Había acumulado una gran fortuna; pero toda la había derrochado, de suerte que en los idus de Marzo su patrimonio se componía en gran parte de deudas; en varias ocasiones había expuesto su vida por el partido popular, pero tam-

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 14.—Véase Plutarco, *Bruto*, 19.

bién muchas veces había perdido su prestigio cerca de los suyos dejándose arrastrar bruscamente por las extravagancias ó las violencias, como le ocurrió en el 47, cuando, tras la gran victoria del partido popular, reprimió los desórdenes de Dolabela con la energía de un cónsul del tiempo de los Gracos. Así es que, á los treinta y nueve años (1) se encontró con una fortuna precaria, con pocos amigos y muchos enemigos, con escasa popularidad y en una situación de cosas insegura, obscura y peligrosísima. Vuelto más prudente desde algún tiempo—su última reconciliación con César lo prueba—por los años y por las desventuras, la súbita catástrofe de los idus de Marzo, y la situación peligrosa en que se encontraba de golpe, le advirtieron difinitivamente que debía ser más cuerdo que hasta entonces. Decidióse, pues, á contemporizar, él, el hombre de las bruscas decisiones, para ver qué giro tomaban los acontecimientos; á no entrar en guerra con el nuevo partido conservador; al contrario, tratarlo bien para no hacer imposible un acuerdo, supuesto el caso de que el partido popular pareciese destinado á sucumbir; pero prudentemente, sin romper con éste, que podía un día ú otro ocupar el poder. ¡Habíase visto en estos últimos años tantas cosas raras é inesperadas!

El 18, Antonio y Lépido invitaron á un gran banquete á Bruto y Casio; el 19 se reunió otra vez el Senado (2) para resolver sobre las cuestiones particula-

---

(1) Antonio debió nacer en el 671/83. Véase Gardthausen, *Augustus und seine Zeit.* Leipzig, 1891, II, pág. 5, núm. 22.

(2) Plutarco, *Bruto,* 19-20, nos ha conservado muchos y preciosos informes sobre esta sesión que Ihne, *Röm Gesch*, Leipzig, 1898, VII, 265, supone verosímilmente que se celebró el 19, y en la que se

res que ya se habían presentado los dos días anteriores, como consecuencias necesarias de la amnistía general del 17. Luego de aprobarlas todas en bloque, era necesario ratificar una á una las disposiciones adoptadas por César para las provincias y las magistraturas, parte de las cuales se habían ya publicado y las otras figuraban en los papeles entregados por César á Antonio. Además, los parientes de César, y singularmente su suegro Pisón, que el 17 habían guardado silencio, recobrabran ahora valor y pidieron que se abriese el testamento y se hiciesen á César funerales públicos (1). La petición era hábil, porque hacía fracasar el proyecto de los pompeyanos para que se confiscase la hacienda del dictador, formada casi íntegramente con los despojos de las guerras civiles. Además, una vez propuesta esta demanda difícilmente podía rechazarse. ¿Si no se había considerado á César como un tirano, por qué sus funerales serían como los de un simple particular? ¿Si se ratificaban todas sus decisiones, podría anularse su testamento? Se comenzó, pues, por reconocer á los procónsules y á los propretores, que estaban ya en las provincias ó iban á dirigirse á ellas: Lucio Munacio Planco, á la Galia cabelluda; Asinio Polión, á la España ulterior; Manlio Acilio Glabrión, á la Acaya; Quinto Hortensio, á

---

ractificaron las decisiones de César concernientes á las provincias y á las magistraturas, y en la que se deliberó sobre los funerales. App., *B. C.*, II, 135, 136, refiere la deliberación sobre los funerales á la sesión del 17, pero de una manera poco clara. La fecha dada por Plutarco me parece más verosímil, pues la cuestión de los funerales debió de parecer secundaria mientras no se hubiese venido á un acuerdo.

(1) Suetonio, *César*, 83.

Macedonia; Publio Vatinio, á Iliria, y quizás Lucio Estacio Murco, á Siria. Lo mismo ocurrió con los cargos que habían de ejercerse en el decurso del año por los gobernadores que aún estaban en Roma, algunos de los cuales figuraban entre los conjurados. Décimo Bruto recibió el gobierno de la Galia cisalpina, Quinto Cornificio el de África, Tulio Címber el de Bitinia, Trebonio el de Asia, Lépido el de la Galia narbonesa y el de la España ulterior. También se ratificaron las decisiones adoptadas por César sobre los cargos y mandos sucesivos. Hircio y Pansa serían cónsules en el 43. Décimo Bruto y Munacio Planco en el 42; otros varios personajes, y entre ellos el conjurado Publio Servilio Casca, serían tribunos en el 43 y en el 42. Antonio tendría por provincia á Macedonia y Dolabela á Siria. Desgraciadamente, César aún no había escogido al morir ninguna provincia para Bruto ni para Casio. En fin, se abordó la cuestión del testamento y la de los funerales. Nadie osó proponer que se anulase el testamento; pero Casio y otros muchos senadores se opusieron al proyecto de los funerales públicos. Acordábanse demasiado de las violencias ocurridas en los de Clodio. Si la plebe de Roma se había entregado entonces á tales desórdenes, ¿qué no haría en los de César? (1). Pero los parientes de César protestaron y Antonio hizo observar hábilmente que, si se rechazaban los funerales públicos, se corría el peligro de irritar todavía más al pueblo bajo. Bruto, más débil que Casio, acabó por participar de esta opinión; se decidió que Antonio abriese el tes-

(1) Véase en Cicerón, *A.*, XIV, XIV, 3, la opinión de Ático, que era también la de muchos otros conservadores.

tamento que César había entregado á la gran vestal y que se le hiciesen funerales públicos (1). Probablemente el mismo día, en presencia de los amigos y de los parientes de César, Antonio abrió en su casa, ante los asistentes estupefactos, el testamento más extraordinario que jamás se había escrito en Roma. César instituía como herederos de toda su fortuna á tres sobrinos, hijos de sus dos hermanas; Cayo Octavio para las tres cuartas partes; Lucio Pinario y Quinto Pedio para la otra parte; muchos conjurados figuraban como tutores de su hijo, si le nacía alguno; Décimo Bruto, Marco Antonio y algunos más figuraban como segundos herederos, caso de que algún sobrino no pudiese recoger la herencia; en fin, hacía un gran legado al pueblo: 300 (según otra fuente 120) sestercios por persona y los inmensos jardines situados al otro lado del Tíber, con las colecciones artísticas allí reunidas. En fin, en un codicilo, César adoptaba por hijo á Cayo Octavio (2).

El testamento emocionó de una manera increíble al bajo pueblo de Roma (3), que el 17, el 18 y el 19 pareció calmado. El caso no es inaudito. Esta muchedumbre de artesanos, de libertos, de pequeños mercaderes

---

(1) Plutarco, *Bruto*, 20.

(2) Suetonio, *César*, 83; Veleyo, II, 59; Livio, *Per*, 116; Dión, XLIV, 35; Plutarco, *César*, 68; *Bruto*, 20; Appiano, *B. C.*, II, 143; Cic., *Fil.*, II, XLII 109.—Según Dión, XLIV, 35, Augusto quizás dijo en sus Memorias que el legado era de 120 sestercios. En el Mon. Ant. 3, 7, Augusto dice, en cambio, que pagó á razón de 300. Ihne, *Röm.*, *Gesch.*, VII, 263 n., intenta poner de acuerdo ambas afirmaciones, suponiendo que Augusto pagó 300 sestercios para indemnizar al pueblo por el retraso.

(3) Plutarco, *Bruto*, 27; Dión, XLIV, 35; Appiano, *B. C.*, II, 143.

que en Roma vivía al día, la mayor parte sin familia, sin seguridades del pan ni del lecho, sin poder contar con el apoyo de las instituciones públicas que les ayudasen en las dificultades de la vida, tenía razones especialísimas y muy profundas para sentirse emocionada con tal testamento. Asegurar á esta plebe el medio de vivir y distraerse con algún espectáculo, era al presente cosa necesaria para la paz del mundo. Los jefes del partido popular, César y Clodio sobre todo, lo habían comprendido tan bien que, para organizar estos recursos, á sus expensas en parte, y en parte á expensas del Estado, llegaron á arruinar el Tesoro público, á arrastrar Roma á guerras temerarias, á desnaturalizar las instituciones republicanas. Pero el temor de estos peligros y el odio del partido popular habían inducido al partido conservador á oponerse aún á los socorros más necesarios, como la organización de los *collegia* y las distribuciones de trigo. Así es que, durante los veinte años últimos, esta miserable chusma de la gran nave romana había recibido socorros intermitentes, unas veces distribuídos con gran prodigalidad, otras con avaricia; y se había habituado á considerarse como amenazada siempre por la malquerencia de los grandes y protegida, en cambio, por los jefes populares: por Clodio, por Craso, por Pompeyo, por César. Y César, que había sabido captarse toda la confianza de la muchedumbre con las distribuciones de dinero, con las fiestas, con las grandes promesas, también había podido contener sólo, durante los últimos años, la impaciencia y el descontento de esta plebe llena de odio contra los ricos, viciosa é irritada por la larga miseria y exasperada por la guerra civil. Pero ahora que su gran protec-

tor había desaparecido, esta muchedumbre se encontraba abandonada á sí misma, sin jefes, sin otra ayuda que los débiles restos de las asociaciones de Clodio, que carecían ahora de unión y de vigor. Fácil es imaginarse la impresión que el testamento debió producir en el pueblo bajo, ya soliviantado el 16 por los trabajos de Antonio y de Lépido, y excitado los siguientes días por los colonos y los veteranos, que habían acudido á Roma para defender sus derechos. No; jamás se había visto en Roma á un noble derramar así sus riquezas entre el pueblo, dejar á tantos millares de personas, no sólo magníficos jardines, sino 300 sestercios á cada una; un modesto tesoro en la escasez general de dinero, que la Fortuna ofrecía á tantos plebeyos como un socorro y una justicia oportunos. César terminó su vida avergonzando una vez más á esta oligarquía que el pueblo acusaba de avara y feroz, que le había hecho morir, á él, como había hecho morir á Clodio y á los Gracos, como había proscrito á Mario y perseguido á todos los defensores de los pobres. La agitación que Antonio y Lépido fomentaron el 16, no tardó en aumentar, gracias singularmente á los veteranos; se lloró á César, apuñalado cobardemente por unos hombres á los que él tanto amaba, como lo demostraba su testamento; se maldecía á sus asesinos, se comenzaba á decir que debía acudir un tropel á los funerales del gran bienhechor de los pobres y enterrarlo como á Clodio (1).

Los conservadores no tardaron en inquietarse, y An-

(1) Plutarco, *Bruto*, 20, hace observar que la razón principal de los desórdenes en los funerales de César, fué el recuerdo de los funerales de Clodio, y la razón me parece verosímil.

tonio se vió muy embarazado. Si los espíritus se caldeaban, si estallaban los motines, ¿cómo se las arreglaría para seguir de acuerdo con los hombres del partido popular y los del partido conservador? Procuró, pues, tranquilizar á estos últimos con discursos y prodigando al Senado los testimonios del más respetuoso homenaje; consultó en todas las circunstancias á los senadores más eminentes; no hizo nada sin solicitar primero la aprobación del Senado; hasta llegó á tranquilizar á los senadores que le interrogaban sobre los papeles de César. No tenían por qué inquietarse: en esos papeles no había ninguna disposición grave ni se concedía ninguna inmunidad; de los numerosos desterrados que el partido conservador había condenado tras los funerales de Clodio, sólo á uno indultaba (1). Pero, al mismo tiempo, Antonio se guardaba bien de enojar á los parientes y amigos de Cicerón, cuyo resentimiento aumentaba á medida que disminuía el temor, y les dejaba preparar los funerales, de suerte que resultasen una gran manifestación de simpatía para la víctima y de odio para los asesinos. El cadáver se depositaría en un lecho de marfil cubierto de púrpura bordada en oro; se le colocaría á la cabeza, sobre un trofeo, la toga ensangrentada que llevaba al ser muerto; viejos magistrados trasladarían el cuerpo de la *domus publica* á los Rostros, donde se pronunciaría su elogio; un cortejo inmenso compuesto de amigos, de veteranos, de libertos y de todo el pueblo iría á recoger el cuerpo para conducirlo al Campo de Marte, donde sería incinerado; unos tras otros, se enviarían al Campo de Marte, para abre-

(1) Cicerón, *Fil.*, I, 1, 2-3.

viar el cortejo, á los hombres que habían de llevar los trofeos de sus campañas; se plantarían éstos alrededor de la pira, y el cuerpo del gran capitán desaparecería entre los trofeos de sus victorias (1). Pero, ¿quién pronunciaría el discurso? El hijo adoptivo de César, Octavio, estaba en Macedonia; los otros herederos eran hombres poco conocidos; entre los herederos que venían en segundo orden, muchos habían tomado parte en la conjuración. Además, no era cosa fácil hablar de César ante sus asesinos y ante sus veteranos, después de la amnistía. Por fin se acordó que Antonio, á título de cónsul, de amigo y de segundo heredero, podría encargarse de este segundo deber; y aún contra su deseo, Antonio tuvo que acceder, para no descontentar excesivamente al partido popular. Pero el pueblo bajo y los veteranos se hacían cada vez más audaces; la exaltación popular aumentaba; muchos ricos y ciudadanos tranquilos adoptaban el partido de abandonar Roma á la canalla, el día de los funerales. Éstos no tardaron en ser la preocupación de todos los espíritus; y para aquel día (sólo puede fijarse la fecha entre el 20 y el 23 de Marzo) (2) todos esperaban algo hermoso ó terrible. Antonio sabía que la jornada sería ímproba para él, pues tenía que pronunciar aquel elogio tan difícil, é impedir los violentos tumultos, sin abusar por eso de la muche-

(1) Suetonio, *César*, 84.

(2) Los funerales de César no pudieron celebrarse antes del 20, porque el 19 fué día *feriæ publicæ*, en que no podían celebrarse las ceremonias fúnebres. Después del 20 no importa el día, pero es evidente que, habiendo muerto César el 15, no puede pasarse del 22 ó el 23.

dumbre. Los conjurados más conocidos preveían escenas violentas y fortificaban sus casas (1); los conservadores temían la revolución; el pueblo bajo confiaba en desórdenes magníficos y en un grandioso incendio, como el de Clodio.

El día temido y deseado á la vez, acabó por llegar. Bien pronto el foro, las graderías de los templos, los monumentos, las calles vecinas fueron invadidas por la muchedumbre del pueblo y de los veteranos: muchedumbre agitada, presta á la violencia, venida sin intención precisa, para incinerar á César como á Clodio, en un edificio público. Unos pensaban en el templo de Júpiter Capitolino; otros en la Curia de Pompeyo. Entre tanto, los amigos invadían poco á poco la *domus publica*, y fuera, desde la *domus publica* hasta los Rostros, formaban fila lo mejor que les era posible en el angosto espacio, los que debían formar el cortejo. Parece ser que Antonio apostó en la vecindad, ignórase á punto fijo el sitio, algunos soldados. En fin, el lecho de marfil que los amigos transportaban apareció en el foro, y el cortejo avanzó lentamente en gran confusión, acompañado de cantores que repetían con predilección un verso de Accio, escogido hábilmente por los organizadores de los funerales: «Yo salvé á los que me han dado muerte». El cadáver fué así conducido hasta los Rostros, cuyos restos cree haber descubierto últimamente el arqueólogo romano Boni (2). Había llegado el momento de que Antonio subiese á la tribuna para hablar... Pero

(1) Plutarco, *Bruto*, 20.

(2) Pero pueden hacérsele fuertes objeciones. V. Vaglieri, *Gli scavi recenti nel Foro romano*, Roma, 1903, págs. 153 y siguientes.

el cónsul salió hábilmente del compromiso, hizo leer por el pregonero el decreto dictado por el Senado á principios de año concediendo á César tantos y tan grandes honores, y la fórmula del juramento que los senadores prestaron; añadió algunas frases más y descendió (1). Sirviéndose así de los términos mismos del Senado para hacer el elogio del difunto, contentaba á los hombres del partido popular sin que los conservadores, que habían aprobado estos decretos algunos meses antes, pudieran quejarse. Terminado el discurso; el cortejo tenía que reformarse y dirigirse al campo de Marte, y ya los magistrados se disponían á recoger el cuerpo. Pero al-

---

(1) Suetonio, *César*, 84. «Laudationis loco consul Antonius per præconem pronunciavit Senatus consultum, quo omnia ei divina simul atque humana decreverat: item jusjurandum, quo se cuncti pro salute unius adstrinxerant: quibus perpauca a se verba addidit.» — Suetonio, pues, nos dá una versión muy diferente de los demás historiadores que atribuyen á Antonio un gran discurso contra los asesinos, y del cual fueron consecuencia directa los motines. Pero es indudable que sólo Suetonio nos dice la verdad. En efecto; Cicerón no alude al gran discurso subversivo de Antonio en las cartas de esta época; sólo habla en las *Filípicas*, es decir, después de ser definitiva la ruptura entre Antonio y el partido de los conjurados. Por otra parte, es poco probable que Antonio pronunciase un gran discurso en el momento que como cónsul sentía graves preocupaciones; y es imposible que provocase tan francamente á los conservadores cuando aún procuraba no comprometerse con ningún partido. Al contrario, el discurso que le atribuye Suetonio corresponde perfectamente á toda la política que hacía en este momento. En suma, los desórdenes que siguieron á los funerales de César fueron efecto de una situación creada desde mucho antes; pero el partido de los conjurados acusó á Antonio cuando riñó con él, de haberlos provocado con sus discursos é intrigas. Tal es el origen de la leyenda que los historiadores posteriores, sobre todo Dión Casio, amplificaron mucho.

gunos espectadores se pusieron á gritar en este momento: «¡Al templo de Júpiter Capitolino; á la Curia de Pompeyo!» Otras voces respondieron; los gritos se compartieron, y pronto de todas partes se gritaba confusamente. Habiendo logrado avanzar uno, muchos otros le imitaron, y la muchedumbre entera no tardó en avanzar como una oleada hacia el lecho fúnebre. Los que estaban cerca procuraron resistir; el tumulto aumentó; alguien concibió la idea de que se levantase la pira en el foro mismo; se desvió un poco la gente, y en el espacio libre se comenzó á arrojar trozos de madera. En un instante comprendieron todos: la gente corría por el foro para buscar leña, echando mano de los asientos, de los bancos, de las mesas; se removió todo en busca de lo que podría servir para quemar un cadáver. Al poco tiempo se alzó la pira en este lugar del foro que aún está indicado por los restos del templo del *Divus Julius*. Gran número de los que estaban junto al cuerpo de César se retiraron viendo aumentar la violencia del desorden; y el cuerpo acabó por caer en poder de la multitud, que le trasladó á la pira: el fuego se encendió; surgieron las llamas, y entonces el pueblo, en un frenesí salvaje, se puso á arrojarlo todo en el fuego. Los veteranos echaban sus armas; los músicos sus instrumentos; el pueblo sus ropas (1). Pronto el cuerpo del conquistador de la Galia desapareció en un inmenso torbellino de llamas y de humo, entre los gritos de la muchedumbre que se estrujaba en las graderías de los templos, trepando á

(1) En Suetonio, *César*, 84, se encuentra el mejor relato de los funerales. Dión, XLIV, 50, dá ciertos detalles importantes.—Appiano, *B. C.*, II, 143-148, está lleno de inexactitudes.

las columnas y á los monumentos para ver el gran incendio. Pero la victoria, el fuego, la agitación, los gritos aún aumentaron la exaltación de la muchedumbre: la pira no era bastante, algunos grupos abandonaron el foro dirigiéndose á casa de los conjurados para pegarlas fuego; los que continuaron en el foro, poseídos de creciente excitación, siguieron echando leña en la pira para hacer un inmenso incendio. Inquietos del giro que tomaban las cosas, los magistrados y los personajes se retiraron listamente, el cónsul se quedó sólo al frente de algunos soldados y en medio de un motín que, comenzando en el foro, parecía extenderse por la ciudad entera. Antonio no quiso repetir el error del año 47 con una represión cruel; pero deseando impedir al menos que el fuego se propagase á algún gran edificio del foro, como ocurrió en los funerales de Clodio, ordenó á sus soldados que cogiesen á algunos revoltosos, que los trasladasen á la roca Tarpeya y los arrojasen al abismo (1). Este acto de severidad calmó algo el ardor de los incendiarios; pero, al mismo tiempo, otras bandas furiosas se lanzaban sobre las casas de Bruto y de Casio para pegarles fuego, é intentaban tomarlas por asalto, mientras que los moradores de las casas vecinas salían de ellas y se confundían con la muchedumbre suplicando que no la quemasen para que el fuego no se propagase á las suyas (2). Sólo con gran trabajo se logró apaciguar á estos furiosos y hacerles partir. Pero una de esas bandas encontró en su camino á un tribuno del pueblo que, por desgracia suya, se llamaba Cinna, como el pretor

---

(1) Dión, XLIV, 50.

(2) Appiano, *B. C.*, II, 147.

que el 16 pronunció en el foro un discurso contra César. Se le tomó por éste; se cayó sobre él; se le hizo pedazos, y se clavó su cabeza en la punta de una pica (1). La pira ardió toda la noche, alimentada por una muchedumbre que no abandonaba el foro (2); y la ciudad se vió turbada en cada barrio por desórdenes y actos de violencia.

Á la mañana siguiente, los libertos de César buscaron entre los tizones y las cenizas de la pira los restos medio consumidos del cuerpo (3); recogiéronlos piadosamente y los trasladaron al sepulcro de la familia (4), situado en un punto que hoy ignoramos. Así es como César, después de tantos peligros, fatigas, errores y triunfos, después de unos funerales tan agitados, llegaba por fin al último reposo. Pero el pueblo bajo no se tranquilizó. Al contrario, su furor aumentó, excitado por los desórdenes de los funerales y de la noche, por la impunidad, y, sobre todo, por la ayuda de los veteranos, cuya cólera aumentaba cada día, atizada por el temor de perder las recompensas prometidas. Á la mañana siguiente de los funerales continuó la agitación en toda la ciudad, agitación desordenada, sin jefes, sin concierto, sin fin determinado. Nuevamente se intentó tomar por asalto las casas de los conjurados (5); una muchedumbre enorme se agrupó para ver los restos de

---

(1) Sobre este Cinna, véase á Grœbe, Ap. á Drumann, I.ª página 420.

(2) Appiano, *B. C.*, II, 148.

(3) Cicerón, *Fil.*, II, XXXVI, 91; *semustulatus ille.*

(4) Dión, XLIV, 51.

(5) Appiano, *B. C.*, III, 15.

la pira; hubo por todas partes tales desórdenes, que los conjurados estimaron prudente continuar aquel día en sus casas. Antonio, siempre dispuesto á tranquilizar las clases conservadoras sin irritar al partido popular, dictó un decreto severísimo, prohibiendo á todos, excepto á sus soldados, que llevasen armas (1); pero no adoptó ninguna disposición seria para aplicarla. Así, el motín continuó, adquiriendo mayores proporciones el tercero y cuarto días; tras los ciudadanos intervinieron los extranjeros, acudiendo también en tropel al sitio donde se había quemado el cuerpo de César, para rendirle un tributo á su manera; los judíos, singularmente, acudieron en mayor número para rendir homenaje á la memoria del hombre que había vencido á Pompeyo, el conquistador de Palestina, y que les había concedido numerosos privilegios (2). Los conjurados esperaban vanamente en sus casas que llegase la hora de poder salir con seguridad; lo que parecía una precaución provisional se convertía en un confinamiento forzoso; Bruto, Casio y los demás conjurados que desempeñaban magistraturas, tuvieron que renunciar á descender al foro para ejercer sus funciones; muchos servicios públicos quedaron en suspenso. Poco á poco, en medio de estos imprevistos desórdenes, empezaron á sentir todos gran embarazo. Los cesaristas más eminentes, que habían hecho fortuna (3) y deseaban sencillamente conservar lo adquirido, cada día temían más que los conservadores recobrasen

---

(1) Dión, XLIV, 51.

(2) Suetonio, *César*, 84.

(3) Las riquezas de Salustio son proverbiales; á propósito de las de Cornelio Balbo, véase Dión, XLVIII, 32.

vigor después de estos desórdenes, como había ocurrido en tiempos de Saturnino y Catilina; pero no tenían valor para oponerse, sintiendo vergüenza y miedo del partido de César, que se confundía ahora con las bandas levantiscas de Roma. Casi todos continuaban ausentes de la capital; los miembros del colegio formado por César para celebrar todos los años los juegos de la Victoria no osaban comenzar sus preparativos (1); Opio pedía á Cicerón su concurso (2); el mismo Hircio parece que se marchó muy pronto (3); hasta Lépido ignoraba qué partido tomar. Un día temió ser asesinado como César; al siguiente, solicitado por su mujer Junia, hermana de Bruto, escribió cartas amistosas á los jefes de la conjuración (4); de manera que Antonio, para no perder su apoyo, le prometió elegirle pontífice máximo para reemplazar á César (5). Abandonado de todos, Antonio, que no quería obrar contra el bajo pueblo ni tampoco ser aplastado como Mario en el año 100 por un alzamiento de los conservadores exasperados, entregó Roma á los revoltosos y á la furia de los veteranos, y se ingenió al mismo tiempo en ganar el favor de los grandes, brindando flores á los que hubiesen necesitado espadas. Sostuvo en el Senado la proposición de Servio Sulpicio para anular todos los privilegios é inmunidades concedidos por César que no habían entra-

---

(1) Dión, XLV, 6; Suetonio, *Aug.*, 10.

(2) Cicerón, *F.*, XI, XXIX, 2.

(3) Después de lo que dice sobre él Nic. de Dam., 27, ya no se sabe nada sobre Hircio hasta la carta de Cicerón á Ático, XIV, XI, 2 (del 12 Abril), en que Hircio parece estar en Puzzolo.

(4) Véase Cicerón, *A.*, XIV, VIII, 1.

(5) Dión, XLIV, 53.

do en vigor antes del 15 de Marzo (1); y aún hizo más: propuso él mismo un senato-consulto declarando la dictadura abolida por siempre, con gran alegría de los conservadores, que se figuraban matar así por segunda vez á César (2). Pero los conservadores, tan temidos por los cesaristas, no estaban menos preocupados por estos desórdenes. Los conjurados se acobardaban en este confinamiento forzoso y en esta larga inercia, sobre todo Bruto, que, débil y nervioso por naturaleza, probablemente había caído ya de la exaltación de los idus á la postración en que muy pronto le veremos; los desórdenes espantaban á mucha gente y hacían difíciles las entrevistas y acuerdos; las sesiones del Senado eran raras; en todas partes se esperaba que cesase el motín para adoptar más tranquilamente las decisiones necesarias sobre cada punto. Los días pasaban entre tanto, y nadie hacía nada. Dolabela temía—sin duda á causa de su traición (3)—la suerte de Cinna, y se escondió. Cice-

(1) Cicerón, *Fil.*, I, I, 3; II, XXXVI, 91; Dión, XLIV, 53. Sin embargo, el texto del senato-consulto no resulta idéntico en los dos pasajes de Cicerón, y Dión apenas nos ayuda á conocer el texto exacto y el objeto de esta decisión, que resulta poco clara.

(2) Cicerón, *Fil.*, I, I, 3; II, XXXVI, 91; Liv., *Per.*, 116. Los historiadores han querido explicar esta manera de proceder Antonio como un hábil ardid para engañar y tranquilizar al partido conservador; pero me parece más sencillo y verosímil ver en esa conducta un efecto de los tumultos de Roma, que obligaron á Antonio, poco seguro de dominarlos, á acercarse todavía más á los conservadores para no ser sospechoso de favorecer la protesta. De un paseje de Cicerón, *Fil.*, II, XXXVI, 91, resulta que esos decretos se dictaron tras los funerales de César.

(3) Suposición inspirada en que ya no se oyó hablar de Dolabela hasta últimos de Abril.

rón, tras la gran alegría que le causaron los idus de Marzo y las emociones de los días siguientes, comenzó á impacientarse por la lentitud con que se obraba, aunque se viese cortejado por todos los partidos. Muchos cesaristas llegaban á rectificar su testamento para dejarle algo en herencia, y se daban prisa en comunicárselo (1). En suma, los hombres eminentes de ambos partidos experimentaban la misma laxitud, y se entregaban á las mismas enojosas preocupaciones, al mismo cuidado egoísta de su fortuna, disimulando sus temores bajo un disgusto por todas las cosas. «Si César, que tenía tanto genio, no había sabido encontrar salida á la situación, ¿qué otro hombre sería capaz de lograrlo?» (2)—decía un fiel amigo del dictador. En fin, era opinión general que se avecinaba un cataclismo. Decíase que al anuncio de la muerte de César iban á insurreccionarse los galos (3), que los getas se disponían á invadir la Macedonia (4) y que las legiones iban á rebelarse en las provincias (5). Todo el mundo estaba irri-

---

(1) Cicerón, *A.*, XIV, III, 2. Otro pasaje de Cicerón, *A.*, XIV, XIV, 5, demuestra que esas gentes eran cesaristas.

(2) Cicerón, *A.*, XIV, I, 1, *Ille* es Macio, como lo prueba el pasaje de Cicerón, *A.*, XIV, III, 1. Conviene observar que en los primeros días de Abril un adicto amigo y un ferviente admirador de César confesaba que éste mismo «*exitum non reperiebat*».

(3) Cicerón, *A.*, XIV, IV, 1. Véase el XIV, 9, 3.

(4) Appiano, *B. C.*, III, 25, en que los hechos no se dan en su lugar, pues resulta del relato mismo que el rumor de una invasión de los getas se difundió casi al mismo tiempo en que Antonio propuso el *sen. cons.* sobre la dictadura, esto es, cuando circulaban los otros rumores inquietantes referidos por Cicerón.

(5) Cicerón, *A.*, XIV, V, 1.

tado y descontento; temiendo un gran desastre; cada cual sólo pensaba en salvar lo más posible de su fortuna: se visitaba, se cortejaba, se solicitaba á este mismo Antonio (1), á quien nadie quería ayudar para gobernar á la república. La muerte de César y la validez de sus actos habían hecho acudir á Roma en tropel todos los que habían sufrido perjuicios por seguir á Pompeyo, y que ahora, para ser indemnizados, intrigaban cerca del partido conservador, hecho poderoso, y cerca del cónsul, que parecía benévolo. También acudían—y no eran escasos—los que habían recibido alguna promesa de César, cuya prueba debía de encontrar Antonio en los papeles de aquél. Así, Ático buscaba en esos papeles la anulación de la colonia de Butrote. Los agentes del rey gálata Dejotaro y los del pueblo marsellés solicitaban la restitución de los territorios que les había arrebatado César por haberse mostrado favorables á Pompeyo. Los embajadores sicilianos, que ya habían obtenido de César el derecho latino, demandaban ahora que los habitantes de la isla fuesen declarados ciudadanos romanos (2). El fárrago de las reclamaciones, de las demandas, de las reivindicaciones, aumentaba de día en día, y en el general desorden, la mayoría de la gente, enviada de unos á otros, acababa por recurrir á Antonio. Todos reclamaban; pero nadie se tomaba la pena ni estaba dispuesto á exponerse al más leve peligro por el bien de la república; la máquina del Estado, que tan bien monta-

---

(1) Cicerón, *F.*, XI, XXVIII, 7.

(2) Me parece verosímil que los decretos dictados por Antonio sobre este punto en la segunda mitad de Abril fueron precedidos de las entrevistas que debieron celebrarse por este tiempo.

da parecía la mañana del 17, otra vez aparecía desarmada á los cinco ó seis días; sólo Antonio trabajaba infatigablemente por mañana y tarde (1); pero no podía dar abasto á toda la tarea, cuando ningún hombre eminente quería tomar ninguna iniciativa en el Senado y se descuidaban las medidas más urgentes. Hasta parece que ni siquiera se pensó en anunciar oficialmente á todos los gobernadores la muerte de César y el cambio del gobierno (2). Sólo pareció inquietar un momento al Senado el rumor de la invasión de Macedonia por los getas. No pudiendo entre tantas dificultades dejar las legiones al mando de un propretor, el Senado decidió enviar una comisión á Macedonia para estudiar la situación, y, entre tanto, puso el ejército destinado por César á la campaña de Persia bajo el mando del cónsul Antonio, que debía ser al año siguiente procónsul en Macedonia (3). De esta suerte, si se realizaba la invasión

---

(1) Cicerón, *A.*, XIV, XIII, 1; carta de Antonio, en la que éste alude á las numerosas *ocupaciones* que le impiden ver á Cicerón.

(2) Véase Cicerón, *F.*, XXXI, 4.

(3) Appiano, *B. C.*, III, 25, confirma en parte una afirmación contenida en el pseudo-discurso de Caleno, en Dión, XLVI, 24. Acepto la versión de Appiano, según el cual, ese senato-consulto se dictó en este momento (es decir, poco después del decreto sobre la dictadura); en efecto, me parece imposible que exista relación—como lo han pretendido muchos historiadores—entre los rumores que se hacían circular sobre los getas y la ley que otorgaba la Galia á Antonio. Éste hubiese trabajado entonces contra sí mismo, pues el miedo de una invasión de los getas en Macedonia hubiese servido de excelente argumento para los adversarios de la ley sobre las Galias. ¿Cómo retirar las legiones de Macedonia, si los getas estaban á punto de invadirla? Luego el acuerdo se tomó cuando Antonio aún no pensaba en las Galias.

de los getas, el cónsul hubiese podido proveer á la defensa.

Sin embargo, la gente no tardó en cansarse de esta penosa incertidumbre; y hacia fines de Marzo, Antonio empezó á ver cómo á su alrededor se disolvían ambos partidos. Gran número de conjurados huyeron de Roma. Décimo Bruto y Tulio Címber partieron para sus provincias (1), contentos de tener un buen pretexto para salir de Roma. Desde los primeros días de Abril, muchos senadores se dirigieron á sus *villas* del Lacio y al golfo de Nápoles; el 6 ó el 7 partió también para Puzzolo el más eximio personaje del Senado, Cicerón. Al revés de lo que todo el mundo pensaba, ahora no habría reacción conservadora contra los desórdenes. Desde la guerra civil en que había perdido tantos hombres, tantas riquezas, y el más precioso de todos los bienes, la confianza en sí mismo, el partido conservador carecía de fuerza. Pero el partido cesarista no se encontraba mejor; pues estaba reducido ahora á una partida de revoltosos y de veteranos furibundos que, sin jefes y sin saber á punto fijo lo que querían, alteraban á Roma. Tan cierto es que César no pudo fundar nada de verdaderamente estable, y que al desaparecer dejaba al Estado como una gran ruína suspensa al borde de un abismo. Para colmo de desgracia, en medio de estos desórdenes, el 8 ó 9, el bajo pueblo protestante encontró

(1) Appiano, *B. C.*, III, 2, hay que rectificarlo con Cicerón, *A.*, XIV, x, 1, el cual muestra que Trebonio partió algo después, al mismo tiempo que Bruto y Casio. La noticia de que Décimo Bruto se había incorporado á sus legiones, se conocía ya en Roma el 19 de Abril. Véase Cicerón, *A.*, XIV, XIII, 2.

un jefe. Era Erófilo, el falso sobrino de Mario que César había expulsado. Muerto éste, regresó á Roma; erigió un altar en el sitio donde César fué quemado, y habiendo reunido un grupo de aventureros, fué de barrio en barrio reclamando la venganza del dictador é incitando al pueblo para matar á Bruto y Casio (1). La agitación se propagó con tal violencia, que luego de haber fortificado sus casas éstos dos, acabaron por cansarse de vivir como en una prisión, con el temor constante de verse asaltados, y se decidieron á salir de Roma, si Antonio prometía á Bruto que obtendría la autorización necesaria. En calidad de pretor urbano, no podía abandonar la ciudad por más de diez días, sin tener el permiso del Senado. Llamaron, pues, á Antonio, que se mostró propicio á los jefes de la conjuración prometiendo complacerles (2); pero antes de salir de Roma aún quisieron hacer una tentativa para atraerse á los más violentos revoltosos, á los veteranos, y en un edicto prometieron á los colonos de César el liberarlos de la obligación en que estaban de no vender antes de veinte años las tierras que se les habían concedido (3). Era esto arrojar una poca de agua en un torrente de lava. La admiración popular por César se exaltaba y degeneraba en verdadero fanatismo religioso. En el bajo pueblo

(1) Cicerón, *A.*, XIV, VI, 1; Liv., *Per.*, 116; Appiano, *B. C.*, 3, 2.

(2) Idem. *A.*, XIV, VI, 1: *Antonii conloquium cum heroibus nostris pro re nata non incommodum.* ¿Se trató en esta entrevista de la autorización que había que demandar al Senado? Es una suposición que hace verosímil la circunstancia de que Antonio, como luego veremos, hizo que se concediese esa autorización poco tiempo después.

(3) Appiano, *B. C.*, III, 2.

de Roma había numerosos orientales habituados á adorar á los reyes como á los dioses; pero en este momento de locura, su singular superstición se comunicó hasta á los romanos, de suerte que todos los días acudían en tropel ante el altar para hacer votos, sacrificios, terminar litigios jurando por César (1), y César se convertía así en un dios protector para los pobres y para los miserables. El desorden aumentó hasta tal extremo, la situación se hizo tan peligrosa, que al cabo de cuatro ó cinco días, el 11 ó 12 de Abril probablemente (2), Antonio, temiendo que las cosas tomasen peor giro, hizo aprehender y condenar á muerte á Erófilo.

(1) Suetonio, *César*, 85.

(2) Liv., *Per.*, 116; Appiano, *B. C.*, III, 3; Cicerón, *Fil.*, I, II, 5. Véase por qué se fija la fecha del 12. Según Cicerón, *A.*, XIV, VIII, 1, éste recibió en Sinuesa, el 15, una carta de Ático, en que éste le comunicaba la muerte del falso Mario, sin hablarle todavía de que Bruto y Casio hubiesen salido de Roma, sobre lo cual le informó en una de las cartas siguientes. Véase Cicerón, *A.*, XIV, X, 1. Bruto y Casio salieron, pues, de Roma después de morir el falso Mario, esto es, un día después cuando menos, pues Ático tuvo tiempo de escribir entre la carta á que Cicerón contesta en su octava y á la que contesta en la décima, otra carta á la que responde en la novena. Se ve en otra parte (Cicerón, *A.*, XIV, VII, 1), que por otro distinto conducto, el 15 por la mañana, supo Cicerón que á Bruto y Casio le habían visto ya en Lanuvio, lo que indica que debieron partir el 12 ó 13. Véase Ruete, *Die Correspondenz Ciceros in den Iahren 44 und 43*, Marburgo, 1883, pág. 18. Luego Erófilo fué condenado á muerte el 11 ó el 12. La fecha del 14 de Abril supuesta por Lange, *Römische Alterthümer*, Berlín, 1871, III, 483, resulta tardía.

III

Disolución general.

Los conservadores aplaudieron la enérgica severidad de Antonio (1), que fué felicitado por Bruto (2). Pero sólo fué un descanso de poca duración. El bajo pueblo aún se agitó más y celebró manifestaciones contra el matador de Erófilo; hasta llegó á incendiar la tienda de un estatuario, donde se cambiaba la cabeza á las estatuas de César. Antonio tuvo que apelar á nuevos rigores: mandó crucificar á dos esclavos y precipitar desde la roca Tarpeya á los libertos que sorprendió realizando estos excesos (3). Pero todo fué inútil: el día siguiente, 13 de Abril, Bruto y Casio, cansados de vivir en constante zozobra y enervados por la inercia y la soledad á que estaban condenados, salieron de Roma para dirigirse á Lanuvio. Viendo aumentar los desórdenes, Antonio aún se acercó más á los conservadores; propuso que se concediese á Bruto la autorización de permanecer

(1) Appiano, *B. C.*, III, 3.
(2) Cicerón, *A.*, XIV, VIII, 1.
(3) Appiano, *B. C.*, III, 3.

más de diez días fuera de Roma (1); también propuso que se encargase á Lépido de negociar la paz con Sexto Pompeyo, que aún era fuerte en España con sus siete legiones, y de ofrecerle volver á Roma (2); dió otra satisfacción al partido conservador, haciendo suspender por un senato-consulto la elección popular del *pontifex maximus* (3). Entonces el colegio de los pontífices reconoció á Lépido como pontífice máximo. Apesar de esto, cuando Bruto y Casio hubieron partido, el éxodo de los grandes se trocó en precipitada fuga: los senadores que quedaban aún querían ponerse á seguro: Trebonio se decidió á marchar á su provincia, pero sin decir nada, como hombre privado, temiendo algún acto

---

(1) Cicerón, *Fil.*, II, XIII, 31: parece resultar de este pasaje que la autorización se otorgó antes de los juegos apolinarios, es decir, antes de Julio, puesto que la enumeración de los favores concedidos por Antonio á Bruto siguen evidentemente el orden cronológico. Paréceme verosímil que la autorización se le concedió en este otro momento, para que jamás se acusase á Bruto de haberse ausentado ilegalmente.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 4; sin embargo, la decisión sobre la flota se adoptó luego, como ya veremos.

(3) Dión, XLIV, 53, nos hace conjeturar vagamente que la elección se efectuó en este momento; pero no nos da ningún informe sobre la manera de hacerse. No creo, como supone Lange, que Antonio propusiese una *lex* al pueblo. Indudablemente no quería que los comicios eligiesen al *pontifex maximus*, pues no tenía confianza en las disposiciones del pueblo: ¿podía fiarse en él para que aprobase una ley tan reaccionaria como ésta? Además, si la suspensión de la elección popular se había aprobado por una ley, no se hubiese pretendido más adelante que este pontificado de Lépido era ilegítimo. Véase Mon. Anc. (Gr.) 6, 1-2. Supongo, fundado en estas razones, que hubo un senato-consulto.

de violencia por parte del bajo pueblo (1). Cleopatra también huyó de Roma; y Lépido tomó el camino de la Narbonesa cuando fué electo *pontifex maximus*. Antonio se quedó casi solo en Roma, en esta especie de cráter que humeaba, rugía, se conmovía y parecía pronto á una espantosa erupción.

¡Cuánto habían cambiado las cosas y cuán imprevistamente durante estos meses, desde las idus de Marzo! Se había pensado en reconciliar á los partidos y reconstituir un gobierno republicano razonable: en lugar de ésto sólo reinaba por todas partes desconfianza y desorganización. Sin embargo, después de los tumultos y motines que ya duraban un mes, hubo un momento en que esta desorganización pudo inspirar á todos la ilusión de un apaciguamiento, y hacer creer que iba á volver la calma. Apenas salidos de Roma, los conservadores fugitivos habían experimentado el bienestar que se siente cuando, después de haber sufrido un calor intenso, se llega á una altura donde se respira aire fresco y límpido. En las pequeñas poblaciones italianas como Lanuvio, la plebe de artesanos era poco numerosa, y no había *collegia*, ni jefes, ni esa turbulenta audacia que daba á la de Roma su número y poder; los propietarios holgados y los ricos mercaderes eran casi todos favorables—sobre todo en este momento en que se temía una revolución en Roma— al partido del orden, es decir, á los conservadores y á los conjurados (2). Es-

(1) Cicerón, XIV, x, 1; Appiano, *B. C.*, III, 6.

(2) Véase Cicerón, *A.*, XIV, vi, 2; Jullián, *Les transformations politiques de l'Italie*, págs. 11-13, ha demostrado citando numerosos hechos, que las clases acomodadas de Italia se mostraron favorables á los conjurados durante esta crisis.

tos últimos, tras el violento odio á que estuvieron expuestos en Roma, encontraban en estas poblaciones el respeto y la admiración que ambicionaban, y se entregaban fácilmente á la ilusión de que el peligro había pasado. Ni siquiera Bruto y Casio desplegaban gran actividad: se detuvieron en Lanuvio, y desde allí lanzaron un manifiesto á todos los municipios del Lacio, á los jóvenes de las familias que tenían con ellos algunos lazos de parentesco, de amistad ó de clientela, invitándolos á formar juntos una especie de guardia con la que podrían volver á Roma (1). Trebonio, Décimo Bruto, Tulio Címber estaban de viaje; los demás conjurados y conservadores eminentes, dispersos en las ciudades y poblaciones, nada hacían, ni siquiera escribían. También en Roma se calmaba poco á poco el pueblo, no teniendo ya á quien amenazar ó perseguir. El único que se agitaba y removía era el viejo Cicerón que, recibiendo homenajes en todas partes, había llegado tras un agradable viaje de ocho días «á sus dominios de Cumas y de Puzzolo», donde encontró á numerosos miembros de la alta sociedad de Roma y á casi todos los jefes del partido cesarista, Balbo, Hircio y Pansa (2). Pero no podía gustar bien del hermoso sol, del cielo puro, de las primeras flores del golfo, pues estaba poseído de una agitación extraordinaria, que á su edad—tenía entonces sesenta y dos años—le comunicaba todo el entusiasmo y toda la exageración de un hombre sin experiencia.

(1) Un pasaje de Cicerón, *A.*, XIV, XVIII, 4, hace ver que en la primera mitad de Mayo los amigos de los conjurados aún esperaban que Bruto y Casio estuviesen de vuelta en Roma para el 1.º de Junio.

(2) Cicerón, *A.*, XIV, XI, 2; *F.*, IX, XIV, 1.

Siempre activo, recibía y expedía gran número de cartas, hacía visitas, acogía á sus amigos y admiradores, escribía rápidamente un libro sobre la Adivinación y otro sobre la Gloria; leía libros griegos y pedía otros á Roma; tomaba notas; se ocupaba en sus asuntos privados, meditaba un gran tratado sobre el Deber, que, en un cuadro de doctrinas griegas, presentaría una teoría sobre el resurgimiento moral y político de la República; discutía con todo el mundo, en las conversaciones privadas y en las cartas, sobre la situación política. Ahora que estaba lejos de los veteranos, convertíase en un conservador furioso, intransigente, fanático, que, aun revistiéndose de prudencia en público, reflejaba todo su pensamiento en sus cartas y discursos. Lamentaba no haber sido invitado á lo que llamaba de una manera salvaje «el magnífico banquete de los idus de Marzo»; calificaba siempre á Bruto y Casio á la manera griega, de «héroes» (1); hubiese querido exterminar á todo el bajo pueblo turbulento de Roma; por todas partes veía cesaristas en emboscada, prestos á nuevas carnicerías y rapiñas (2); sospechaba que Antonio desempeñaba un doble papel y le calificaba de actor desgreñado (3); lamentaba que la muerte de César no hubiese servido para nada. ¿No se continuaba obedeciendo las voluntades del dictador? En fin, no cesaba de repetir que se necesitaban armas y dinero; decía que la república iba á su perdición con magistrados tan indolentes, con todos estos veteranos insurreccionados, con tantos cesaris-

---

(1) Cicerón, *A.*, XIV, IV, 2; XIV, VI, 1.

(2) Idem, *A.*, XIV, IV, 1; XIV, XIII, 2.

(3) Idem, *A.*, XIV, V, 1; *ab aleatore* φυρμὸς πολύς.

tas en los cargos del Estado (1); se enrabiaba viendo á los nuevos propietarios que habían comprado los bienes de sus amigos ó á los centuriones de César que se habían enriquecido (2); indignábase del semidestierro de Bruto y de Casio (3); y, cosa increíble, llegaba á irritarse hasta de las herencias que le dejaban los cesaristas (4). De tiempo en tiempo, disgustado y desalentado, pensaba buscar un refugio en Grecia (5). Pero bastaba cualquier ñadería, la menor noticia, el menor incidente para cambiar de humor, y para mostrarle el porvenir más risueño. Entonces todo iba bien: las legiones ya no se insurreccionarían; la Galia no se rebelaría (6); Antonio era un borracho inofensivo (7). Pero en el fondo, Cicerón no hacía más que hablar y escribir; y sus salidas de tono, sus invectivas, sus exageraciones, no trascendían del pequeño círculo de sus amigos íntimos y no contribuían á reavivar el fuego de los odios civiles. Un observador superficial hubiese podido creer que mejoraba la situación. Al contrario, esta calma aparente no hacía más que preparar un cambio decisivo en la política de Antonio. No es temerario el suponer que ya durante las continuas oscilaciones que se habían producido desde la muerte de César, Antonio había caído en la cuenta de que ni uno ni otro partido estaban en estado de gobernar la república: pero cuando se encontró al fren-

(1) Cicerón, *A.*, XIV, IV, 2; XIV, V, 2; XIV, X, 1; XIV, XII, 1.
(2) Idem, *A.*, XIV, VI, 1; XIV, X, 2.
(3) Idem, *A.*, XIV, X, 1.
(4) Idem, *A.*, XIV, III, 2; XIV, XIV, 5.
(5) Idem, *A.*, XIV, XIII, 4.
(6) Idem, *A.*, XIV, XI, 3.
(7) Idem, *A.*, XIV, III, 2.

te de un gobierno mutilado, al que faltaban tantos magistrados, incluso el pretor urbano, con los hombres de su partido en las playas marinas, y un colega que no osaba mostrarse en público, con un Senado inseguro, dudoso, en quien la primavera y el miedo causaban diarias bajas; en suma, cuando se vió árbitro de la república abandonada por todos, decidióse bruscamente á hacer un nuevo cambio, más audaz que los numerosos manejos con que el mes precedente se las arregló para encontrarse siempre del lado de los más fuertes. Dos personas que hasta entonces habían permanecido en la sombra, parece que se dedicaron ahora á vencer sus últimas dudas: su mujer Fulvia y su hermano Lucio. Suele ocurrir, aún á los personajes históricos más grandes que Antonio, el permanecer indecisos en el momento de intentar el golpe supremo de que depende su fortuna futura, y de resolverse solamente al ser inducidos por personas más obscuras y menos inteligentes que, siendo menos conocidas y dándose menos clara cuenta de los peligros, conservan en el momento crítico la sangre fría y el valor. Esto es lo que entonces ocurrió á Antonio. Lucio parece haber sido un joven de carácter muy análogo al de su hermano, lleno de audacia y de ambición; pero á quien la falta de experiencia hacía menos reflexivo. Al contrario, Fulvia era una de esas mujeres ambiciosas en quienes la pasión viril del poder parece anular todas las virtudes de su sexo y aumentar todos sus defectos. Obstinada, intrigante, avara, cruel, autoritaria y temeraria, había sido primero mujer de Clodio, luego de Curión, convirtiéndose con su carácter y con esta escuela en una especie de musa de la revolución: luego se casó con Antonio, como si

su destino hubiese sido tener por maridos á todos los grandes agitadores de Roma; y no tardó en adquirir sobre Antonio el ascendiente que las mujeres de su especie ejercen siempre sobre los hombres violentos, desiguales y sensuales. No es, pues, sorprendente que, en medio de estas perturbaciones, despertase en ella parte del alma de Clodio y que, de acuerdo con Lucio, empezase á excitar á Antonio, no queriendo que dejase escapar esta ocasión de conquistar en el Estado un puesto aparte é insigne, como César en el 59. Erófilo, solo por halagar el ardiente deseo de vengar á César que agitaba á los veteranos y al pueblo, había podido realizar lo que todos consideraban como imposible un mes antes: lanzar de Roma en pocos días al partido conservador cuando todos lo creían otra vez dueño seguro de la república, tras los idus de Marzo. ¿No podría triunfar un hombre como Antonio en la empresa más fácil de reintroducir en la república á los que la ocupaban antes? ¿No tenía aún la suerte de que uno de sus hermanos, Cayo, fuese pretor, y el otro, Lucio, tribuno? Ya no era posible, como había hecho César, servirse de las sociedades de artesanos para dominar la república: estaban bastante decaídas; pero los veteranos podían prestarle servicios mucho más importantes. Eran numerosos, decididos, estaban exasperados contra los asesinos de su general; temían perder sus recompensas; á ellos singularmente se debían los desórdenes del mes precedente, y en consecuencia, la derrota del partido conservador. Adoptando la actitud de un continuador de César y, llegado el caso, de un vengador, Antonio podía estar seguro de contar con todos. Verdad es que Roma no era todo el imperio, y que no bastaba ser

dueño de la metrópoli para tener las provincias en su poder. Pero empezaron á circular rumores, á propósito para asustar á los conservadores y para animar á Antonio y á sus consejeros. Decíase que los ejércitos de las provincias, furiosos de la muerte de César, estaban todos á punto de sublevarse. Bien pronto, incitado por Fulvia, por Lucio, por sus propias ambiciones y por los acontecimientos, Antonio se decidió hacia mediados de Abril, si no á cambiar abierta y completamente de política, á comenzar una serie de manejos, confusos y contradictorios en apariencia, pero que se explican muy claramente suponiendo lo que se proponía, no el suceder á César en la dictadura casi monárquica de los últimos tiempos, sino imitar en la medida de lo posible su primer consulado y conquistar un poder más amplio y duradero que el poder ordinario de un cónsul. No obstante, en todo esto puso cierta circunspección, lo cual prueba que no estaba tan seguro del éxito como sus consejeros ni tampoco consideraba á los conservadores como definitivamente perdidos.

Los primeros signos del cambio aparecieron súbitamente á los conservadores entre el 15 y el 20 de Abril. Primero fué un discurso dirigido al pueblo por el cónsul, y en el que se trataba á César de «grandísimo ciudadano» (1); luego dos documentos singulares encontrados hacia el 18, según se decía, entre los papeles de César. Uno de esos documentos concedía el derecho de ciudad á los sicilianos, y el otro restituía á Dejotaro los reinos de que César le había despojado. No se necesitaba

(1) Cicerón, *A.*, XIV, XI, 1; XV, XX, 2. Á propósito de este discurso, véase Groebe, *Ap.* á Drumann, I.2, págs. 417 y sig.

gran penetración para comprender que ambos documentos eran falsos. ¿Á quién pretendería Antonio hacer creer que César hubiese querido restituir á Dejotaro, fiel amigo de Pompeyo, lo que le había arrebatado? Mas para rehacer lo que César había hecho durante su primer consulado, se necesitaba mucho dinero, y para obtenerlo Antonio acabó por ceder á las solicitaciones de Fulvia, haciendo falsificar los dos documentos por Faberio, secretario de César, recibiendo en cambio una fuerte suma de los sicilianos y de los representantes del rey de Galacia. Según parece, éstos últimos le dieron una *syngrapha,* una letra de cambio, como diríamos hoy, de diez millones de sestercios (1), contra el tesoro del rey. Pero el fraude fué tan audaz, que Cicerón se puso frenético al recibir la noticia en Puzzolo (2), y en Roma decidieron inmediatamente los senadores que los papeles de César ya no los interpretase Antonio sólo, sino los dos cónsules asistidos de una comisión, y solamente á partir del 1.° de Junio, cuando el Senado reanudase sus sesiones y pudiera vigilar diariamente á la comisión (3). Ya no se tocaría á los papeles

(1) Cicerón, *A.*, XIV, XII, 1; Cicerón, *Fil.*, II, XXXVII, 93, y sig.

(2) Idem, *A.*, XIV, XII, 1.

(3) Idem, *A.*, XVI, XVI, 11; Cicerón, *Fil.*, II, XXXIX, 100; Dión, XLIV, 53. No puedo decidirme á aceptar con Groebe, Ap. á Drumann I.², pág. 423, que este senato-consulto se dictase ya en Marzo. No se comprendería entonces el motivo ni se explicaría que la comisión comenzase á funcionar el 1.° de Junio. Solo puede explicarse el caso, admitiendo que la ley se aprobó por el Senado durante los últimos días que precedieron al período feriado, y que así se procuró evitar abusos durante las vacaciones del Senado. Paréceme, pues, verosímil, referir el senato-consulto á esta época, considerándolo como una reacción contra los primeros abusos de Antonio.

de César durante el período feriado. Sin embargo, en el golfo de Nápoles, donde se estaba de veraneo, la impresión causada por estas noticias se había atenuado bastante con la llegada de Cayo Octavio, el hijo adoptivo de César, este joven que aún no tenía diecinueve años. Apenas supo en Apolonia los sucesos de los idus de Marzo, se le ocurrió por un momento la idea de sublevar las legiones en Macedonia; luego, no habiendo osado hacerlo, partió para Italia. Embarcó en Lupiæ, donde supo el contenido del testamento de César y que le declaraba hijo adoptivo; en seguida se dirigió á Brindis y de aquí á Roma, acompañado de algunos jóvenes amigos que César envió con él á Apolonia, entre ellos un tal Marco Vipsanio Agripa y un Quinto Salvidieno, ambos de obscuro origen (1). Como es natural, todos sentían curiosidad de ver al heredero de César y de conocer sus intenciones. Al convertirse en hijo de César estaba obligado por la tradición á perseguir ante la justicia á los asesinos de su padre: en cambio, la amnistía del 17 de Marzo le prohibía hacerlo. ¿Estaba dispuesto el joven á aceptar la herencia y el nombre del dictador? ¿Tenía conciencia de las graves obligaciones que le imponía la amnistía? Llegado á Nápoles el 18 de Abril, Octavio celebró una entrevista con Balbo mani-

(1) Nicolás de Damasco, 17-18; Appiano, *B. C.*, III, IX, 11; Dión, XLV, 3; Veleyo, II, 59. Lo que se dice de las ofertas hechas por las legiones de Macedonia para colocarlo al frente de ellas, me parece un relato exagerado deliberadamente para mostrar su moderación. Más verosímil encuentro la versión de Suetonio, *Aug.*, 8, según la cual, Octavio no osó excitar las legiones á la revuelta: *consilium ut præceps immaturumque omisit*.

festándole que aceptaba la herencia (1); fué á Puzzolo para visitar á su suegro Lucio Marcio Filipo y á Cicerón, á quien ya había visto algunas veces en Roma, y con quien se mostró muy amable (2). Procuró no hablar de la amnistía ó lo hizo de manera que no ofendiese á nadie. Pero si el joven no produjo mala impresión en Cicerón, el séquito que se improvisó en el camino se la causó deplorable: era una partida de veteranos, de colonos y libertos de César, verdaderos ó supuestos, que se mostraban descontentos de Antonio porque no vengaba al dictador; que le excitaban á seguir adelante y procuraban darle siempre el nombre de César, como si este nombre fuese ya un objeto de adoración. En cambio, Cicerón y su suegro se limitaban á llamarle Octavio (3); su suegro hasta le aconsejaba que no aceptase una herencia tan peligrosa (4). Octavio no se detuvo mucho en el golfo de Nápoles y prosiguió su camino hacia Roma, dejando á Cicerón con sus libros y sus alternativas de bueno y de mal humor y á las sorpresas que le llegaban Roma. El 19 de Abril le envió Ático una buena noticia que le regocijó bastante: Décimo Bruto llegado á la Cisalpina, fué reconocido sin dificultad general por sus legiones. Era, pues, falso el rumor de que los soldados iban á rebelarse

(1) Cicerón, *A.*, XIV, x, 3.

(2) Idem, *A.*, XIV, xi, 2; XIV, xii, 2.

(3) Idem, *A.*, XIV, xii, 2; Appiano, *B. C.*, III, 12.

(4) Nicolás de Damasco, 18; Suetonio, *Aug.*, 8; Appiano, *B. C.*, III, 13. Las cartas de Cicerón demuestran que Filipo estaba entonces en Puzzolo, y puede concluirse que estos consejos se le dieron á Octavio en Puzzolo, y no en Roma, como dicen los escritores. Octavio encontró en Roma á su madre.

contra los conjurados. Si Sexto Pompeyo no concertaba la paz, como suponían los conservadores, podrían disponer de dos fuertes ejércitos (1). Pero otra sorpresa muy distinta recibió al mismo tiempo: Antonio le escribió de una manera muy afectuosa, solicitándole para que le autorizase á poner en ejecución una medida acordada por César: la vuelta del destierro de Sexto Clodio, el cliente de Clodio condenado tras los funerales de éste (2). En realidad, también ahora había cedido Antonio á los consejos de Fulvia, que deseaba el perdón del amigo de su primer marido; pero había considerado oportuno escribir esta carta para no ofender por tan poca cosa al viejo y poderoso enemigo de Clodio. Cicerón quedó muy sorprendido de que se le escogiese de árbitro á propósito de una medida de César que, si era real, no había más que ejecutarla; pero, aunque hubiese sido fácil saber por Hircio, Balbo y Pansa que César nunca había pensado en este indulto (3), respondió gentilmente que la cosa no le era desagradable (4). Tampoco Cicerón quería reñir á la ligera con Antonio. Ático se encontraba ahora en un gran compromiso, pues Cneo Planco, encargado por César de fundar una colonia en Butrote, se ponía ya en camino. Ático pedía á Cicerón que intercediese con Antonio; Cicerón no podía perder tan hermosa ocasión de obligar á un hombre que le había prestado tan grandes y numerosos servicios. Tenía, pues, que con-

---

(1) Cicerón, *A.*, XIV, XIII, 2.
(2) Idem, *A.*, XIV, 13.
(3) Idem, *A.*, XIV, XIV, 2.
(4) Idem, *A.*, XIV, 13 B.

tentar al cónsul. Pero, hacia el 27 de Abril, Ático le envió noticias más graves: Antonio no sólo tomaba grandes cantidades del Tesoro público, guardado en el templo de Ops, exhibiendo siempre supuestos papeles del dictador; también circulaban rumores de que el 1.° de Junio, día de la reapertura del Senado, solicitaría la Galia cisalpina y la Galia cabelluda á cambio de Macedonia y la prolongación de su proconsulado y el de Dolabela (1).

Cicerón deploró una vez más que la muerte de César resultase sin eficacia; se confirmó en la idea de que sin ejército y con la única fuerza de las ficciones legales, no se podía hacer nada; abandonó su proyecto de ir á Grecia y escribió á Ático que estaría en Roma el 1.° de Junio, en caso de que Antonio no opusiese ningún obstáculo (2). Pensaba que éste llevaría su demanda al Senado. Antonio y Fulvia tramaban proyectos muy diferentes. Si en vida de César hubiera bastado á Antonio el proconsulado de Macedonia por dos años, ahora ambicionaba, como César en su primer consulado, un mando más dilatado en una provincia más vasta, y lanzó su red sobre esas provincias de la Galia que antaño tocaron á César y que él conocía por haber guerreado en ellas durante tantos años. En otros términos, quería que el pueblo votase otra *lex Vatinia de provincia Cæsaris*. Pero antes era preciso organizar de alguna manera á los veteranos, como César había organizado al pueblo en el 59, para poderse servir de ellos, seguramente, en las elecciones y en los golpes de fuerza; también era

(1) Cicerón, *A.*, XIV, XIV, 4-5.
(2) Idem, *A.*, XIV, XIV, 4-6.

necesario aumentar su número, pues los veteranos venidos espontáneamente á Roma no resultaban bastantes; era preciso sobornar á estos veteranos que César quiso trasladar á las colonias de la Italia meridional, sobre todo á la Campania, y que esperaban las tierras prometidas; era necesario hacerles venir á Roma y darles—así como á los que ya estaban en la ciudad—una especie de organización militar. Decidióse, pues, á ir personalmente á la Italia meridional. Partió, en efecto—probablemente el 24 ó 25 de Abril—al suspenderse las sesiones del Senado (1).

Este viaje admiró desde luego á todo el mundo, hasta á Cicerón. Nadie adivinaba su objeto. ¿Qué podía maquinar Antonio? De fijo que no sería nada de bueno ni de útil para la república (2). Ático escribió que la sabiduría ya no significaba casi nada, y que todo dependía de la fortuna (3), por más de que para sus negocios ya no se fiaba exclusivamente de la fortuna, y procuraba aprovecharse del viaje de Antonio, escribiendo á Cicerón que saliese al encuentro del cónsul y le hablase del famoso asunto de Butrote. Sin embargo, al poco tiempo todos olvidaron á Antonio y su viaje cuando Dolabela, aprovechándose de la ausencia de su colega, salió de su retiro y se mostró nuevamente con gran ruído. El 26 ó 27, probablemente, se dirigió al foro con un puñado de hombres armados, y mandó destruir el famoso altar erigido por Erófilo, mató á gran número de sediciosos y ordenó que volviera á empedrarse el

(1) Véase Groebe, Ap. á Drumann, *G. R.*, I.2 pág. 427.

(2) Cicerón, *A.*, XIV, XVII, 2.

(3) Idem, *A.*, XIV, XVII, 1.

sitio ocupado por el altar. Los conservadores se quedaron muy contentos, y Cicerón escribió inmediatamente una carta de enfáticas felicitaciones «al maravilloso Dolabela», olvidando por un momento que este hombre terrible había robado poco tiempo antes, sirviéndose de un falso documento de César, una suma considerable en el Tesoro del Estado (1), y que aún le debía la parte de la dote de Tulia vencida en Enero. También escribió una carta á Casio, diciéndole, sin por eso nombrar ni atacar á Antonio, que los negocios públicos iban mejor; que debían recobrar ánimos y no dejar á medias la empresa que los idus de Marzo sólo esbozaron (2). Pero, mientras que Cicerón se alegraba de este modesto éxito, Antonio, antes de comenzar la recluta de los veteranos, escribió á Bruto y á Casio para rogarles cortés, pero resueltamente, que dejasen de reclutar amigos, como habían empezado á hacer para ir con ellos á Roma (3). Antonio nada había hecho por arrojar de Roma á Bruto y á Casio, y aun antes de cambiar de política, su marcha—el 13 de Abril—le había realmente contrariado, por aumentar de este modo su responsabilidad; pero ahora que la ausencia favorecía sus nuevos proyectos, no quería que volviesen á Roma. Luego

---

(1) Cicerón, *A*, XIV, xv, 2-3 (esta carta comienza en el § 2 y las palabras *o mirificum Dolabellam:* el § 1.° es, evidentemente, un *post-scriptum* de la carta precedente). — Cicerón, *A.*, XIV, xvii A. Fué el 26 ó 27 cuando Dolabela debió de dar su golpe de mano, pues Cicerón *(A.*, XIV, xv, 4) conocía ya la noticia el 1.° de Mayo.

(2) Cicerón, *F.*, XII, 1, carta escrita el 3 de Mayo, como ha demostrado Ruete, *Die Correspondenz Ciceros in den Iahen 44 und 43,* Marburgo, 1883, pág. 20.

(3) Cicerón, *F.*, XI, 2.

se puso á enviar mensajeros á los veteranos de la Campania, para reunirlos, para asustarlos diciéndoles que si no tenían cuidado se anularían las decisiones de César (1); cuanto á él se declaraba dispuesto á secundarlos para que todas las promesas de César pudieran realizarse, y para demostrar su celo se ocupó en el establecimiento de una nueva colonia en Casilino, donde César ya había fundado otra. En fin, á los que inmediatamente no podía ofrecer tierras en Campania, Antonio ofrecía dinero, á condición de que fuesen con él á Roma, para secundarle en la defensa de las disposiciones adoptadas por César; pero llevando sus armas, comprometiéndose á tenerlas prestas, y aceptando que dos inspectores confirmasen cada mes si cumplían su compromiso (2).

---

(1) En el relato de lo que Antonio hizo en Campania prescindo de las acusaciones lanzadas por Cicerón en la segunda filípica, acusaciones evidentemente exageradas hasta el punto de hacer imposible — dada la ausencia de documentos para contrastarlos — determinar lo que puedan contener de verdad.

(2) Cicerón, *A.*, XIV, XXI, 2; para este pasaje me adhiero á la corrección de Lambin, que me parece muy atinada: *ut «arma» omnes haberent*. El término *ut «rata» omnes* carece de sentido. La corrección propuesta por Schmidt, *Rh. Mus.*, LIII, pág. 223, *ut «rata omnia» haberent*, me parece igualmente imposible. Es verosímil que los veteranos jurasen de hacer observar todas las medidas adoptadas por César, pero me parece absurdo que nombrasen dos comisarios para inspeccionar todos los meses los *papeles* de César. No era necesario ejercer así una constante vigilancia en los archivos de César. En cambio, con *arma* queda el sentido claro: Antonio quería que los veteranos tuviesen sus armas dispuestas, pero como sólo podía llevarlos á Roma en calidad de hombres privados y sin el juramento militar, estimó conveniente tener los *duumviri* para velar por que cumpliesen bien su compromiso de acudir con las armas á cualquier llamamiento

Bruto y Casio, en cambio, cedieron á las exhortaciones del cónsul, publicando un edicto en el que declaraban licenciar voluntariamente á sus amigos (1). En realidad, no habían osado resistir á Antonio, continuando las reclutas que se hacían difícilmente; pues si la burguesía italiana era republicana y conservadora, sobre todo era muy indiferente. Además, si Casio era inteligente, resuelto y enérgico, su amigo era más apto para el estudio que para las revoluciones; nervioso y débil, disgustaba continuamente á su compañero; se desanimaba y abandonaba las empresas apenas comenzadas; pedía consejo á todo el mundo, sin excluir á su mujer y á su madre, especialmente á ésta, lo que irritaba mucho á Cicerón que se fiaba muy poco de Servilia, la antigua amiga de César (2). Bruto estaba ya tan desanimado que en contestación á una carta que escribió el 3 de Mayo á Casio, Cicerón recibió una en que Bruto le decía que deseaba marchar al destierro (3). Con tal colega, la energía de Casio no podía servir para nada; y el partido conservador continuó sin jefe. La consternación fué tanto mayor para los conservadores hacia el 7 ó el 8 de Mayo (4), tras la breve alegría que

---

(1) Cicerón, *F.*, XI, II, 1. El *Edictum* de que aquí se trata es sin duda el mismo de que habla Cicerón *A.*, XIV, XX, 4.

(2) Véase Cicerón, *A.*, XV, X, 1.

(3) Cicerón, *A.*, XIV, XIX, 1.

(4) El 3 de Mayo, cuando escribió la carta á Casio, *F.*, XII, 1, Cicerón aún ignoraba las reclutas de Antonio, pues en la enumeración de las desgracias de la república (véase § 1.º) no alude á ellas, ni siquiera con frases vagas como las de que se sirve más adelante: *arma ad cædem parantur*. En cambio, en *A.*, XIV, 19, dice Cicerón que Bruto quiere marchar al destierro; que él quiere morir; que Áti-

les había causado el golpe de mano de Dolabela, cuando conocieron los trabajos de Antonio en la Campania. Si reunía buen número de esos veteranos que le acusaban de poner poco interés en vengar á César, y que solicitaban la muerte de sus asesinos, sería necesario que anulase la amnistía. Esta noticia causó tan gran pánico en Roma, que se extendió por todo el Lacio y llegó hasta Nápoles. Servio Sulpicio abandonó á Roma diciéndole á Ático que la situación era ahora desesperada. Cicerón se asustó, perdió valor, volvió á pensar en su viaje á Grecia, se hizo más prudente al escribir sus cartas, que podían ser abiertas por extraños, y ya sólo aludió vagamente á los manejos de Antonio; pero no quiso verlo y escribió á Ático diciéndole que no había podido encontrarle (1). «La vejez me vuelve acerbo. Todo me repugna. Felizmente mi vida se acaba» (2), escribía á Ático. Dolabela aún respondió con violencia á los «horribles discursos» de Lucio Antonio (3), que preparaba á Roma para la nueva política de su hermano; pero estaba solo. Los otros, y sobre todo los cesaristas más

---

co espera la guerra civil (§ 1.º); que Servio estaba aterrado y que *perterriti omnes sumus* (§ 4); en *A.*, XIV, XVIII, 3, dice que Servio se ha ido desesperado de Roma; en *A.*, XIV, XVIII, 4, dice que, cuanto á él, quiere ir á Grecia. Este miedo habíalo causado la recluta de los veteranos — esto es indudable — que ya se conocía entonces. La carta 19 se escribió hacia el 8 y la décima octava hacia el 9 de Mayo. Véase Ruete, *Die Correspondenz Ciceros*, pág. 8.

(1) Cicerón escribió frecuentemente (*A.*, XIV, XVII, 2; XIV, XX, 2; XV, I, 2) á Ático, que no pudo ir al encuentro de Antonio por haber partido en seguida. Puede suponerse que hubo en este caso mala voluntad, que procura disimular á su amigo.

(2) Cicerón, *A.*, XIV, XXI, 3.

(3) Idem, *A.*, XIV, XX, 2.

eminentes que hasta entonces habían abandonado Antonio á sus propias fuerzas, se le acercaban otra vez, desempeñando hábilmente un doble papel que indignaba á Cicerón. Pansa desaprobaba la conducta de Antonio en la cuestión Dejotaro y en la de Sexto Clodio; pero también desaprobaba á Dolabela, que había ordenado demoler el altar de César (1). Cuando Balbo conoció los alistamientos de Antonio fué inquieto en busca de Cicerón para informarle del caso, y para quejarse del injusto odio que los conservadores sentían contra él; pero no quiso desaprobar á Antonio, al menos tan claramente como Cicerón hubiese deseado (2). Hircio convertido en ardiente cesarista, decía que todo esto era necesario, porque si los conservadores volvían á hacerse poderosos, anularían todas las decisiones de César (3); admitía que las reclutas de Antonio eran peligrosas para la paz pública, pero que no lo eran más que las de Bruto y Casio (4). Cicerón no cesaba de dirigirse á todo el mundo, y declarar que la guerra civil era inminente; pero al mismo tiempo prestaba atención á ciertos rumores alarmantes: los veteranos marchaban sobre Roma para reedificar el altar derribado por Dolabela; ellos, los conjurados y demás conservadores eminentes, debían tener mucho cuidado de no ir al Senado el 1.º de Junio, si no querían arriesgar su vida (5). Ático llegó á

---

(1) Cicerón, *A.*, XIV, XIX, 2.

(2) Idem, *A.*, XIV, XXI, 2.

(3) Idem, *A.*, XIV, XXII, 1; el *meus discipulus* es seguramente Hircio, como resulta de Cicerón, *F.*, IX, XVI, 7.

(4) Cicerón, *A.*, XV, I, 3.

(5) Idem, *A.*, XIV, XXII, 2.

escribirle el 18 de Marzo, que para salvar á la república era preciso proclamar el *senatus-consultus ultimum* y el estado de sitio, como se había hecho en el 49 antes de la guerra civil (1).

Entre tanto, Antonio volvía á Roma el 19 ó el 20 de Mayo (2), llevando tras de sí una última banda de veteranos, sin contar los millares que envió delante (3). Pero en Roma se encontró ya á Cayo Octavio obrando mientras le esperaba.

---

(1) Cicerón, *A.*, XV, III, 1.

(2) El pasaje de Cicerón, *A.*, XV, III, 1 y 2, dá á entender que Ático le envió dos cartas, una el 18 y otra el 21 de Mayo. En la primera no se trataba de Antonio, sino en la segunda, como puede verse en la breve respuesta. Ático decía de qué modo Antonio fué acogido á su vuelta por la opinión pública *(Antonio, quoniam male est, volo pejus esse)*. El pasaje de Cicerón, *A.*, XV, IV, 1, revela que Ático le escribió el 22 y 23 de Mayo, refiriéndole lo que Antonio hacía y maquinaba en Roma. Por esto se siente uno inclinado á conjeturar que Antonio regresó á Roma el 19 ó el 20.

(3) *Agmine quadrato,* dice Cicerón, *Fil.*, II, XLII, 108, con su acostumbrada exageración.

IV

El hijo de César.

Cayo Octavio aún no tenía diecinueve años. ¿Hasta qué punto son exactos los informes fragmentarios que han llegado hasta nosotros sobre su carácter y sus costumbres? Difícil es decirlo. Pero sus hechos y sus gestos nos inducen á suponer que este protegido de César, no sólo era un joven de viva inteligencia, pero también uno de esos νεώτεροι, como los llamaba Cicerón, que tanto los detestaba, uno de esos jóvenes que en todas cosas afectaban el desprecio de las antiguas tradiciones latinas y la admiración de todo lo extranjero. Mimado por el hombre más poderoso de Roma, colocado en el número de los patricios, revestido de cargos honoríficos, y nombrado hasta *magister equitum* á su edad, el joven tenía que haber concebido grandes ambiciones y habituarse á considerar como fáciles y sin importancia muchas cosas sobre las cuales sólo el tiempo y la experiencia tenían que revelarle su dificultad y valor.

Octavio había llegado á Roma por este tiempo. Los conjurados habían huído; los senadores más eximios también se habían marchado; el partido conservador

había desaparecido, por decirlo así; los veteranos y la plebe, satisfechos de su victoria y algo calmados, eran los dueños de Roma. Habiendo llegado en este corto momento de satisfacción y de tranquilidad, el hijo de César fué acogido con alegría por todos los que habían hecho manifestaciones contra los conjurados, por los dos hermanos de Antonio, que deseaban bienquistarse con los veteranos y la plebe, por el pueblo, que desde algún tiempo antes esperaba al heredero del dictador, que había de pagar á cada uno los trescientos sestercios legados por César. Iba, pues, á haber dinero. Los consejos que le dió su suegro, y que su madre le repitió en Roma, no quebrantaron la decisión de Octavio (1); sin perder tiempo, se mostró en todas partes como hijo de César; un día fué con gran acompañamiento de amigos en busca del pretor Cayo Antonio, para declarar que aceptaba la herencia y la adopción (2), y, sin esperar que se llenasen las formalidades de la adopción, tomó el nombre de Cayo Julio César Octavio (seguiremos llamándole Octavio para evitar confusiones entre él y su padre adoptivo), y quiso hablar al pueblo. No era magistrado, pero como tenía que pagar trescientos sestercios á todos los plebeyos, Lucio Antonio consintió gustoso en su calidad de tribuno de presentarle al pueblo. Y Octavio pronunció un discurso, en el que, sin aludir á la amnistía, exaltaba la memoria del dictador y declaraba que pagaría sin demora los legados de César, que inmediatamente se ocuparía en preparar para el mes de Julio los juegos en honor de las victo-

(1) Appiano, *B. C.*, III, 13; Suetonio, *Aug.*, 8; Dión, XLV, 3.
(2) Idem, *B. C.*, III, 14.

rias de César, como era su deber, á título de miembro encargado de celebrarlos (1). El silencio sobre la amnistía parece haber desagradado á Ático y Cicerón (2). En cambio, el discurso gustó mucho al pueblo bajo. ¡Iba, pues, á abonarse los trescientos sestercios! Mas para pagarlos se necesitaba dinero contante. Octavio poseía fortuna personal—como ya hemos visto, su abuelo fué un rico usurero de Velletri,—y el testamento de César le hacía entrar en posesión de las tres cuartas partes de la inmensa fortuna que el dictador había acumulado durante los últimos años, gracias á los despojos de las guerras civiles—que comprendían probablemente á buen número de casas de Roma—á vastos terrenos italianos, á fincas preciosísimas, á numerosos esclavos y libertos, pues los derechos que el patrono tenía sobre ellos pasaban al heredero. Cuanto á dinero contante, César sólo había dejado los cien millones de sestercios que Calpurnia había entregado á Antonio. Octavio, pues, se veía obligado á esperar la vuelta de Antonio para pedirle su dinero.

Pero la halagüeña acogida dispensada á Octavio no podía durar mucho. Si la lucha entre los conservadores y el partido popular se había calmado algo tras la fuga de los conjurados, las sospechas y los rencores que los recientes tumultos habían avivado tenían que

(1) Dión, XLV, 6; sin embargo, se engaña al dar el nombre del tribuno, é incurre en una confusión con los sucesos que acaecieron más tarde, como ya veremos. El tribuno que presentó á Octavio fué Lucio Antonio, como lo demuestra un pasaje de Cicerón, *A.*, XIV, xx, 5.

(2) Cicerón, *A.*, XV, II, 3.

encenderla otra vez. La llegada en gran número de los veteranos, el desfile de tantas literas cargadas de armas (1), las dilapidaciones de los fondos del Erario, cambiaban en aversión cada vez más amarga y violenta los buenos sentimientos que los conservadores experimentaron al principio por Antonio, tras el 17 de Marzo (2). En cambio, otros—señaladamente los numerosos parientes y clientes de los conjurados,—se irritaban contra Octavio por sus primeros manejos, temiendo que no respetase la amnistía. Así, aún en estos días de relativa tranquilidad, los incidentes se multiplicaban á cada momento. Un día que Dolabela se mostró en el teatro tras la destrucción del altar, fué saludado por las ovaciones entusiásticas de la parte más distinguida del público (3); y otro día en que Octavio—según parece, en los juegos que el edil Critonio dió con un retraso de más de un mes, á consecuencia de los desórdenes de Abril—quiso llevar la silla dorada de César, se lo impidieron algunos tribunos entre los aplausos de los senadores y de los caballeros (4). En suma, la situación re-

(1) Cicerón, *Fil.*, II, XLII, 108: *Sentorum lecticas portari videmus.*

(2) Cicerón, *A.*, XV, III, 2, respondiendo á una carta de Ático del 21 de Mayo en que le informaba del regreso de Antonio, dice: *Antonio quam est* (ó como se ha corregido, *male quoniam est) volo pejus esse.* Paréceme que estas palabras aluden á la mala disposición del público para con él, de que Ático le había hablado en una carta.

(3) Cicerón, *Fil.*, I, XII, 30.

(4) Del pasaje de Cicerón, *A.*, XV, III, 2 *(de sella Cæsaris bene tribuni...)*, puede concluirse que en la tercera década de Mayo, antes de que Antonio hubiese vuelto, ó á su regreso, pero antes de que empezase su litigio con Octavio, hubo un incidente á propósito de la silla de César con algunos tribunos del pueblo. ¿Alude á esto

sultaba tan tirante, que si eran posibles las calmas pasajeras no podía esperarse una definitiva tranquilidad. La oligarquía que era dueña de la gran república componíase de dos grupos enemigos: uno, descontento de la parte que le había tocado en el reparto del botín; otro, inquieto de ver á los descontentos ambicionar la que tenían; y ambos recelosos, prestos á la violencia y sólo contenidos por el miedo recíproco, por una especie de mutuo delirio persecutorio que les hacía acusarse unos á otros considerándose capaces de los más abominables proyectos. El primer grupo comprendía los restos de todos los pequeños propietarios que, en la Apulla, por ejemplo, aún laboreaban las tierras con sus propios brazos, á la manera del legendario Cincinnato, últimos vestigios de una época desaparecida (1); comprendía á los trabajadores libres del campo, que se tomaban á jornal para la vendimia, para la recolección y para los trabajos malsanos (2); los campesinos, los *coloni* ó pequeños arrendatarios que aquí y allá cultivaban las tierras ajenas pa-

---

Appiano, III, 28, al hablar de los juegos de Critonio en loor de Ceres? No me parece inverosímil, aunque estos juegos debieron de celebrarse entre el 12 y el 19 de Abril (*C. I. L.*, I.2, pág. 315); pero es más probable que fuesen retrasados este año, por los desórdenes que perturbaron á Roma en el mes de Abril. Hay, pues, que corregir á Appiano con Cicerón y admitir que Antonio tomó parte en esos juegos, y que no fué Critonio, sino ciertos tribunos del pueblo quiénes hicieron oposición, como dice Cicerón. La cosa es verosímil, pues Critonio era cesarista. Los tribunos obraron solos, inducidos por los conservadores. Appiano ha podido hacer una confusión con los incidentes de los *Ludi Victoriæ Cæsaris*, de que se hablará más adelante.

(1) Varrón, *R. R.*, I, XVII, 2; I, XXXIX, 2.

(2) Idem, *R. R.*, I, XVII, 2.

gando un canon bastante semejante al de los colonos modernos (1); comprendía al bajo pueblo miserable de los *capite censi*, que vivía en Roma y en las pequeñas ciudades de modestos comercios, de la mendicidad, y en el que se confundían las más obscuras víctimas de la conquista romana, los miserables libertos de todas las nacionalidades y lenguas, confundiéndose con la plebe de los conquistadores, la que había aportado al partido de César la fuerza de los soldados y las muchedumbres venales de los comicios. El otro grupo comprendía la verdadera aristocracia de los conquistadores. En todos los países sometidos á Roma había tomado en arrendamiento los dominios públicos; había comprado vastas extensiones de terreno en las provincias; había prestado considerables capitales á los soberanos, á las ciudades, á los hombres privados; desempeñaba los cargos del Estado y mandaba en las legiones; poseía la mayor parte de las tierras de Italia, y las hacía cultivar por esclavos ó por colonos. Sin embargo, no hay que figurarse que toda esta oligarquía se componía de gentes verdaderamente ricas. Ante todo, existía gran número de grados en esta oligarquía; pues los modestos propietarios, los caballeros y los mercaderes de posición holgada que vivían en las ciudades secundarias, se codeaban con los grandes propietarios que formaban parte del Senado y con los riquísimos capitalistas que eran caballeros como Ático, senadores como Marco Craso, ó libertos como gran número de aquellos usureros ignorantes y opulentos, que sabían esperar en Roma y

(1) Encuéntranse alusiones á estos colonos en Cicerón, *Pro, Cæc.*, 94; César, *B. C.*, I, 34.

despojar á su vez á los que despojaban al mundo. Además, muchos de ellos, en la prisa de ganar y de gozar, se habían dejado coger en la red de las deudas y de los créditos que se extendía por toda Italia. Las grandes familias aristocráticas poseían extensos dominios; pero en general, carecían de dinero, de suerte que no sólo Octavio, pero también Bruto, Casio y sus amigos se encontraban en gran penuria de numerario (1); el capital estaba casi íntegramente en manos de un pequeño grupo de personas, y en cambio, se vivía empeñado y á punto de sucumbir bajo el peso de las deudas entre gran parte de la orden de los caballeros y de los senadores, es decir, en esta clase de propietarios, de mercaderes, de hombres políticos é intelectuales que, entre la plutocracia y la nobleza de un lado, y el populacho pobre de otro, tenían que haber formado lo que hoy entre nosotros la holgada burguesía. El patrimonio de Cicerón es un precioso documénto sobre las condiciones económicas de las clases superiores de esta época. Cicerón había aumentado su fortuna por todos los medios menos ilícitos que entonces se conocían: había aceptado los dones importantes que le ofrecían los soberanos, las ciudades extranjeras, los clientes que había defendido con elocuencia ante los tribunales; había contraído casamiento con mujeres ricas; había obtenido numerosas herencias que le dejaron amigos y admiradores desconocidos; también había traficado comprando y vendiendo terrenos y edificios; había prestado algún dinero, pero más bien por prestar un servicio á sus amigos que por hacer negocio, y recibió

(1) Cornelio Nepote, *Ático*, 8.

mucho de verdaderos usureros y de amigos, como Ático y Publio Sila, que no le exigieron intereses (1). Poseía, pues, un patrimonio considerable, compuesto de casas en Roma, de posesiones productivas y de ricas *villas* en Italia. Pero, á pesar de esto se encontraba aprisionado en una red de deudas y créditos de la que no sabía salir, y de la que salía mal su negligente administrador, el esclavo Erotes. Éste le había presentado, no hacía mucho, un lindo presupuesto, según el cual, una vez recobrados sus créditos y pagadas sus deudas, el 15 de Abril, aún le quedaría un *superavit* (2); pero, sea que los créditos no se cobrasen ó que el administrador se hubiese equivocado, Cicerón se encontró entonces alcanzado de dinero, con numerosas deudas por pagar, y entre otros muchos plazos, cumplido el de la dote de Terencia, la pensión de su hijo que estudiaba en Atenas, una deuda á los habitantes de Arpino, que le reclamaban la cantidad que le prestaron en otro tiempo, cuando la población tuvo dinero disponible (3). En análogas condiciones, y obligados como Cicerón á calentarse la cabeza para buscar expedientes, pero sin los recursos que le daban á Cicerón su nombre y sus amistades, se encontraba gran número de personas en Italia, en esa clase media que tenía que haber salvado á la República interponiéndose entre los conservadores intransigentes y la demagogia revolucionaria, y que,

(1) Véase á propósito del patrimonio de Cicerón: Lichtenberger, *De Ciceronis re privata*, París 1895: *La fortune de Cicéron*, en la *Revue internationale de Sociologie*, 1896, págs. 90 y sig.

(2) Cicerón, *A.*, XV, xv, 3.

(3) Idem, *A.*, XV, xv.

en cambio, se veía empujada por las circunstancias á una crisis formidable, desunida, desalentada, disminuída, descontenta del presente, sin dinero, sin valor, sin confianza en el porvenir.

El regreso de Antonio aumentó la agitación. Dentro de diez días llegaría el 1.° de Junio, y se experimentaba deseo de saber cuáles eran los verdaderos proyectos del cónsul para la primera sesión del Senado. La loca de la casa andaba suelta, y se observaban los más leves gestos de Antonio. Pero desde su llegada, éste procuraba sustraerse á la curiosidad. Ya sólo se mostraba en público redeado de veteranos y de una guardia de árabes itureanos que había comprado en el mercado de esclavos; hacía custodiar bien las puertas de su palacio, y sólo con gran dificultad admitía á los extraños (1). ¿Cuál podía ser la causa de tantas precauciones? La incertidumbre era grande; pero al cabo de dos ó tres días, difundióse por Roma un rumor mucho más grave, llenando de espanto á los conservadores, á los parientes y á los amigos de los conjurados; decíase que no sólo deseaba Antonio tener las Galias, sino que las deseaba inmediatamente, sin esperar siquiera al año siguiente; volvía á su proyecto del 16 de Marzo, que consistía en quitar la provincia á Décimo Bruto, para arruinar así el mayor sostén del partido conservador (2); apesar de la amnistía—seguía diciéndose—Lucio Antonio iba á intentar un proceso contra Décimo Bruto por la

(1) Cicerón, *A.*, XV, VIII, 1; *aditus ad eum* (Ant.) *difficilior*.

(2) Un pasaje de Cicerón, *A.*, XV, VI, 1, nos muestra que el 23 de Mayo le había escrito Ático, y que en Roma circulaba este rumor: *Si quidem D. Bruto provincia eripitur*.

muerte de César, y que otros acusarían á Bruto y Casio (1). La inquietud de las clases superiores se acentuó: todos olvidaron los trabajos de Octavio, preguntándose si el peligro no estaría en otra parte; si Antonio, para hacerse popular, no intrigaba contra la amnistía del 17 de Marzo más secretamente que el hijo adoptivo de César. Sin embargo, había exageración en todos estos rumores, que transformaban en proyectos bien preconcebidos el eco confuso de las discusiones empeñadas en casa del cónsul desde su vuelta. En efecto, es probable que animados por el éxito de la recluta, Lucio y Fulvia incitasen entonces á Antonio para aprovecharse del desorden que reinaba en el partido de los grandes, á desgarrar la amnistía, á juzgar á los tiranicidas, á ofrecerse abiertamente como vengador de César, demostrándole que, cuando hubiese logrado dispersar y desterrar á todos los conjurados se encontraría, gracias al apoyo de los veteranos, más poderoso que César en el 59 al frente de los *collegia* de Clodio. Por otra parte, el momento era excelente; pues Antonio disponía de las legiones de Macedonia que el Senado había puesto á sus órdenes, y podría reclutar todos los soldados que quisiese entre los veteranos de César el día que los llamase para vengar al general y defender

---

(1) Cicerón, *A.*, XV, v, 3 (escrito el 27 ó 28 de Mayo: Ruete *Cór. C.*, pág. 20) *Quod si, ut scribis, L. Antonius in D. Brutum, reliqui in nostros, ego quid faciam?* Esta frase harto concisa alude á las acusaciones judiciales contra los conjurados y no á las guerras ó á las expediciones. ¿Por qué L. Antonio había de arremeter contra D. Bruto, cuando todo el mundo decía que Marco quería la Galia? ¿Y cómo podía tratarse de hacer la guerra á Bruto y á Casio, si éstos carecían de ejército?

su obra, si los conservadores osaban resistir con el ejército de Décimo Bruto. Pero si Fulvia y Lucio insistían, Antonio dudaba mucho más de lo que la gente creía. Aun temía bastante á los conservadores; encontraba un gran obstáculo en Dolabela, que era su enemigo, sabía que, entre los tribunos del pueblo, Lucio Casio; Tiberio Cannucio y hasta Carfuleno, un bravo soldado de César, se habían declarado contra él (1); que el mismo Hircio dudaba nuevamente, asustado por los robos realizados por Antonio en el Tesoro público (2); que también Fufio Caleno, el cual hacía tiempo que no estaba bien con Cicerón, escribía á éste proponiéndole una reconciliación (3). Además, circulaba el rumor de que Bruto y Casio deseaban salir de Italia para intentar una revolución en las provincias (4). Antonio se esforzaba en atraerse á Dolabela y difundir rumores inquietantes para que los senadores no volviesen á Roma. ¿Pero á cuántos lograría inspirar suficiente temor? ¿Acudiría Cicerón? ¿Podría arriesgarse á inutilizar la amnistía, es decir, á provocar la guerra civil dentro de siete ú ocho días, el 1.º de Junio próximo? En otra ocasión no hubiese dudado en consumar esta locura; pero ahora que se encontraba sólo al frente del gobierno, entre los peligros y las responsabilidades de una situación inesperada, expuesto á las críticas y al odio de todos, sen-

(1) Cicerón, *A.*, XV, IV, 1; *Fil.*, III, IX, 23 (sin embargo, no es cierto que Cannucio y Casio se volviesen contra él en este momento).

(2) Cicerón, *A.*, XV, II, 4. Πεντέλοιπος designa á Hircio (aunque la palabra sea algo ambigua) como lo demuestra el pasaje de Cicerón, *A.*, XIV, XXI, 4.

(3) Cicerón, *A.*, XV, IV, 1.

(4) Rumor recogido por Hircio: Cicerón, *A.*, XV, VI, 2-3.

tiase intimidado; y, quizás por primera vez en su vida, obraba con buen sentido y moderación.

En medio de estas discusiones, Antonio recibió de Octavio la demanda de una entrevista. Aunque el joven no le comunicase el objeto, Antonio lo comprendió fácilmente. Nada induce á creer que estuviese dispuesto á restituir el dinero de César á su heredero legítimo, y no es verosímil que tomase en serio la persona, las pretensiones ni las intrigas de este joven. Al contrario, es probable que las reivindicaciones de Octavio le sugiriesen otra idea; puesto que César le había nombrado con Décimo Bruto segundo heredero y Décimo no podría nunca hacer valer sus derechos, procuraría que Octavio abandonase la herencia, y él recibiría su parte (1). Pensó, pues, en asustar al joven maltratándole un poco, y cuando Octavio se presentó en el palacio de Pompeyo comenzó por hacerle esperar bastante tiempo; luego, habiéndole recibido en su presencia y dejádole pronunciar algunas frases, le interrumpió bruscamente, diciéndole que estaba loco si pensaba aceptar la sucesión de César siendo tan joven. Y se retiró, sin darle tiempo para responder y dejándole confuso y mortificado (2). Tenía que ocuparse en otras muchas cosas que las pretensiones de este joven. Los días pasaron; se llegó á fines de Mayo; Antonio logró que Dolabela se pasase

(1) Floro, IV, IV, 1.

(2) El relato de la entrevista que se encuentra en Appiano, *B. C.*, III, 14 y sig., está sacado, según Soltau, *Suppl. au Philologus*, VII, págs. 604 y sig. de las Memorias de Augusto, y, por consecuencia, dice la verdad, pero omitiendo los detalles humillantes. La verdad entera hay que buscarla en Veleyo, II, LX, 3, y en Nicolás de Damasco 25, donde se alude á una primera entrevista de Antonio y

á su lado dándole una cantidad considerable tomada en el Tesoro público y prometiéndole que también para él haría prolongar el poder proconsular; pero mientras que todos se figuraban que esta demanda la presentaría al Senado el 1.° de Junio, aún no se decidió sobre el momento en que le convendría obrar. En los últimos días de Mayo recibió una carta de Bruto y de Casio preguntándole con qué objeto reclutaba á tantos veteranos; el pretexto de asegurar las recompensas prometidas por César era fútil—decían,—pues ningún conservador pretendía oponerse á ellas (1). Antonio quiso tranquilizarlos entonces, y les hizo saber por mediación de Hircio y de Balbo que apenas se abriese el Senado procuraría que se les diese las provincias á que tenían derecho, pero sin decir cuáles (2). En suma, no se decidía á entrar en franca guerra con los asesinos de César, temiendo todavía el poder del partido conservador. Entre tanto, Cicerón escribía á Ático que el partido conservador ya no era, desgraciadamente, lo que había sido cinco años antes, cuando declaró con tanta audacia la guerra á César (3). El orador juzgaba la situación más

---

Octavio, cuyo relato estaba incluído en el texto precedente, que se ha perdido, y en la cual Antonio estuvo grosero con Octavio. Á esta primera entrevista es, sin duda, á la que alude Veleyo. Plutarco, *Ant.*, 16, da un resumen que parece muy verosímil de las palabras cambiadas entre Antonio y Octavio.

(1) Cicerón, *F.*, II, 2.

(2) Idem, *A.*, XV, v, 2.

(3) Idem, *A.*, XV, III, 1: *nec causa eadem est nec simile tempus. Causa* significa aquí «partido político», como en Cicerón, *A.*, XV, VI, 1: *causæ... amicissimus*, y en Cicerón, *A.*, VII, III, 5: *causam solum illa causa non habet.*

atinadamente que el cónsul. La presencia de los veteranos, los rumores alarmantes espantaban á los que se habían quedado en Roma; Hircio, que había vuelto á la ciudad, se marchó otra vez á Túsculo (1), para escribir allí, por consejo de Balbo, la continuación de los comentarios de César (2); decíase que los cónsules designados no estarían presentes en la sesión del 1.º de Junio (3). Todo esto no era para decidir á volver á los que ya habían partido, y se exortaba de diversos lados á Cicerón para que no pusiese los pies en Roma. Sin embargo se acercó; fué á Arpino, y luego, después del 25, á Túsculo, escribiendo á Ático que deseaba enterarse bien de lo que ocurriese (4); pero en Túsculo se encontró á Hircio, que le aconsejó la conveniencia de no proseguir adelante (5). También Bruto y Casio se encontraban en gran indecisión estos últimos días de Mayo, agitados por el flujo y reflujo de las noticias contradictorias. Tan pronto se les decía que Antonio iba á concederles sus provincias como que les preparaba una emboscada; pedían consejos á todos; llamaban de Roma á Servilia; escribían y hacían escribir á sus amigos, á Cicerón y á Ático, para que acudiesen á Lanuvio para hablar con ellos (6); en fin, decidían invitar á Ático para que tomase la iniciativa de un empréstito entre los ri-

---

(1) Cicerón, *A.*, XV, VI, 2; XV, V, 2: para este texto adopto la acertada corrección: *qui quidem se afuturum.*

(2) Hircio, *B. C.*, VIII, pef.

(3) Cicerón, *Fil.*, I, II, 6.

(4) Idem, *A.*, XV, III, 1.

(5) Idem, *A.*, XV, V, 2.

(6) Idem, *A.*, XV, IV, 2 y 5.

cos caballeros de Roma y proveer á Bruto y Casio de dinero, que es el nervio de la guerra. Un amigo de Bruto, Cayo Flavio, fué á Roma para tratar con el riquísimo financiero (1). Además, Casio escribió carta sobre carta á Cicerón (2), rogándole que interpusiese sus buenos oficios cerca de Hircio y de Pansa, los dos cónsules del año siguiente. Cicerón, que no sabía qué consejos dar, disponíase á estar en Lanuvio el 29 ó el 30 (3), aunque temiese dar pretexto á muchas habladurías con sus idas y venidas (4); Ático también consintió en ir (5), pero luego de negarse á tomar la iniciativa del empréstito entre los caballeros de Roma (6). No había querido comprometerse demasiado; quizás había desconfiado de triunfar en la empresa, porque los hom-

---

(1) Cornelio Nepote, *At.*, 8. Es una conjetura que estas negociaciones se celebrasen en este momento. El hecho de que un tercero, C. Flavio, fuese en busca de Ático, da á pensar que Bruto y Casio no estaban en Roma. Quizás haya una alusión á la negativa de Ático en Cicerón, XV, IV, 5 (carta escrita en esta época, y que es, sin duda, el principio de una esquela, que por error se incorporó á la precedente): *¡quam vellem Bruto studium tuum navare potuisses!* Boissier, *Cicéron et ses amis*, París, 1902, pág. 156, coloca estas negociaciones más delante, cuando Bruto se encontraba en Macedonia. Pero me parece poco probable que, cuando podía como procónsul dar prisa á la provincia ó pedir dinero al Senado, recurriese á Ático.

(2) Cicerón, *A.*, XV, V, 1; XV, VI, 1.

(3) Ruete, *Correspondants de Cicéron*, pág. 23.

(4) Cicerón, *A.*, XV, IV, 2; *Lanuvium eundum... non sine multo sermone.*

(5) Cicerón, XV, XX, 2. La entrevista de Lanuvio á que se alude es ésta, sin duda, y á él se refiere el comienzo de la carta de Cicerón, *A.*, XV, VIII, 1; *post tuum discessum.*

(6) Cornelio Nepote, *Ático*, 8.

bres poseedores de dinero, aun deseando la conservación del orden público no gustar de gastar su dinero para sostenerlo. Y cuando—hacia el 30 de Mayo probablemente—Ático y Cicerón se encontraron en Lanuvio con Bruto y Casio, luego de mucho discutir convinieron en que Antonio era ahora el árbitro de la situación, y que podía hacerles todo el mal que quisiera (1).

Pero Antonio estaba muy lejos de concebir los terribles proyectos que se le atribuían, y no advirtió que era dueño de la situación—como Bruto y Casio habían dicho algunos días antes—hasta el 1.° de Junio, cuando vió con gran sorpresa que ni Cicerón, ni los cónsules nombrados, ni los hombres más eminentes habían acudido al Senado (2). La jornada fué peregrina. Antonio sólo encontró en la sesión obscuros senadores, dispuestos á dejarle hablar y hacer lo que quisiera. Todos, pues, esperaron que Antonio expusiese al Senado sus aspiraciones sobre las provincias, y todos quedaron sorprendido al ver que el cónsul sólo trataba en esta sesión de asuntos ordinarios, sin hacer ninguna alusión á los proyectos esperados. ¿Se había calumniado á Antonio? Por la tarde parecieron tranquilizarse los conservadores. Pero después de la sesión, animado por la ausencia de los jefes eminentes, y como siempre ocurre cuando se ha dudado mucho, Antonio decidió obrar á toda prisa, convocar de improviso una reunión popular para la mañana siguiente, sin que entre la promulgación y la aprobación existiese el intervalo legal del

(1) Cicerón, *A.*, XV, xx, 2; *Lanuvii..... vidi nostros tantum spei habere ad vivendum, quantum accepissent ab Antonio.*

(2) Cicerón, *Fil.*, I, II, 6.

trinum nundinum (1); impedir por este medio que sus adversarios enviasen á los tribunos enemigos para que interpusiesen su veto, y que algunos tribunos amigos propusiesen en esta reunión la ley prolongando hasta seis años— incluso el del consulado—para él y para Dolabela el mando proconsular de Siria y Macedonia. Sin embargo, hasta en esta precipitación procuraba ser prudente y tranquilizar á los conservadores ofreciéndoles alguna compensación por esta votación poco legal. En efecto, por el momento renunciaba á solicitar las Galias, fijaba para el 5 de Junio la fecha en que se dictaría el decreto concediendo sus provincias á Bruto y á Casio; proponía que se cambiase en ley, á propuesta de los mismos tribunos y en los mismos comicios, el senato-consulto nombrando una comisión para examinar los papeles de César. Por la tarde, pues, se comunicaron las instrucciones entre los veteranos y amigos: por la mañana, el cónsul, los magistrados que le eran favorables y cierto número de ciudadanos se encontraron en el foro para representar á las tribus; y durante el día, gran número de personas ignorantes de que se hubiese celebrado una asamblea supieron que la *lex de provinciis* y la *lex de actis Cæsaris cum consilio cognoscendis* se habían aprobado apresuradamente (2). El mismo día, probablemente, supo Balbo, no sin sorpresa, que Antonio pensaba enviar á Bruto al Asia y Casio á Sicilia para comprar trigo (3). Era esta una de las más hábiles maniobras,

(1) Cicerón, *Fil.*, V, III, 7 y sig.

(2) Idem, *Fil.*, V, III, 7.

(3) Idem, *A.*, XV, IX, 1: recibió la carta de Balbo con la noticia, la tarde del 3, en Túsculo probablemente.

pues si ambos conjurados rechazaban, podrían ser acusados de la semihambre que continuamente padecía Roma, y si aceptaban se verían obligados á separarse é interrumpir—para ir á tratar con los mercaderes de trigo—todo lo que podían hacer por la defensa del partido conservador. Una tranquilidad relativa entre los conservadores y los conjurados había sucedido á la inquietud de los últimos días de Mayo, cuando se vió que la amnistía era por lo menos respetada. El mismo Cicerón, apenas llegado á Túsculo, pidió á Dolabela que lo escogiere como legado para su proconsulado, pero con la facultad de volver á Roma cuando quisiese (1). Después de su inútil entrevista con los héroes, parecióle que el mejor partido era viajar á expensas de la república. Pero cuando se supo las provincias que Antonio destinaba á Casio y á Bruto, todo el mundo se disgustó (2). ¡Podía darse misión tan humilde á los dos libertadores de la patria! Eso era un destierro disfrazado y no una misión; Antonio quería alejarlos de Roma y desposeer á Décimo de su provincia (3). Bruto llamó otra vez á su madre, á Cicerón, á Ático, á todos sus amigos de dondequiera que estuviesen, y les invitó á reunirse en Ancio para una nueva conferencia. Entre tanto, en Roma estallaban nuevos desórdenes; pero ahora era entre Antonio y Octavio. Irritado de la afrenta que había sufrido, éste último se puso á agitar las masas, á denunciar al cónsul como un enemigo del pue-

(1) Cicerón, *A.*, XV, 8.
(2) Idem, *A.*, XV, 9.
(3) Idem, *A.*, XV, 10: *Si vero aliquid de Decimo gravius... Dionis legatio.*

blo, recordando las crueles represiones del año 47 (1), acusándole de traicionar la memoria y el partido de César, de impedirle pagar los legados hechos por éste. Octavio acompañaba sus discursos de un bello gesto anunciando que vendería todos los bienes de César, sus bienes propios y los de su familia para poder pagar prestamente los trescientos sestercios (2). Antonio, en reciprocidad, oponía arteros obstáculos á la *lex curiata* que había de ratificar la aprobación de la adopción (3), y en esto se veía favorecido por los parientes de los conjurados, deseando que no hubiese en Roma ningún hijo de César. Octavio reduplicó entonces su ardor en agitar al pueblo; reunió una banda de secuaces y, nuevo Erófilo, recorrió las calles de Roma pronunciando en todas partes discursos contra Antonio, procurando impresionar á los mismos veteranos, exigiendo nuevamente la venganza de César, acusando á Antonio de no vengar al dictador y de traicionar á su partido (4). También escribió á sus amigos de las legiones de Macedonia para que supiesen la manera infame con que Antonio trataba al hijo de César.

Entre tanto, Cicerón recibió el 7 de Junio (5)—quizás con algún retraso—una carta de Dolabela, diciéndole que le había nombrado su legado el 2 de Junio,

---

(1) Véase Dión, XLV, 6.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 21.

(3) Dión, XLV, 5. En lo que refiere Appiano, *B. C.*, III, 2 y sig. no parece que haya mucha exageración.

(4) Appiano, *B. C.*, III, 28.

(5) Cicerón, XV, XI, 4: *id mihi heri vesperi nuntiatum est* (la carta es del 8).

esto es, inmediatamente después de aprobarse la *lex de provinciis*, pero por cinco años y no por dos, como había creído Cicerón (1). Dolabela dió inmediatamente satisfacción á su antiguo suegro, para obligarle á reconocer así la legalidad muy dudosa de la ley. En realidad, este nombramiento llevó al inquieto Cicerón una especie de calma filosófica, y al día siguiente marchó á Ancio, cediendo á las solicitaciones de Bruto y de Casio. En la hermosa playa de Ancio encontró reunidos á Bruto y á su mujer Porcia, á Servilia, á Tertula, mujer de Casio y hermana de Bruto, á Favonio y á otros muchos amigos. Ático no se encontraba allí, por no querer salir de Roma. Cicerón tuvo que dar su dictamen ante esta reunión de hombres y matronas, y aconsejó que se aceptase la misión. La legación de Dolabela calmó por algún tiempo al furioso conservador, que deseaba exterminar á todo el partido popular. Pero Casio, fuera de sí, declaró muy alto que jamás, nunca jamás, iría á Sicilia, prefiriendo marchar desterrado á la Acaya. En cambio, Bruto, no obstante su decaimiento, decía que deseaba volver á Roma, donde tenía que dar al pueblo los juegos apolinarios, en calidad de pretor. Cicerón intento disuadirle; Servilia, que deseaba salvar, no á la república, sino á su hijo y á su yerno, aconsejó que aceptasen la legación, en la que ella se las arreglaría para que se suprimiese el encargo desagradable de comprar trigo. La conversación se desvió: los reunidos se pusieron á deplorar tantas cosas que se tenían que haber hecho, y en las que nadie había pensado: lamentaron el no haber asesinado por consejo de Décimo

(1) Cicerón, *A.*; XV, IX, 4.

Bruto á Antonio, en los mismos idus de Marzo; tan viva parece que fué la discusión sobre este punto, que Cicerón y Servilia disputaron duramente. Al fin cedió Bruto, decidiendo no ir á Roma, y que celebrase los juegos su colega Cayo Antonio, que le sustituía. Pero la cuestión de la legación quedó en suspenso: si Casio ya no protestaba con igual vehemencia, tampoco decía que estaba dispuesto á partir. En cambio, Bruto pareció á Cicerón más dispuesto á aceptar el cargo (1). En suma, otro viaje inútil. Cicerón se consoló pensando que al menos había cumplido con su deber, y se decidió á partir para Grecia (2).

---

(1) Véase toda la hermosa carta de Cicerón, *A.*, XV, XI; con las explicaciones y detalles añadidos á la 12.ª sobre la demanda de Ático.—Las palabras: *amissas occasiones Decimumque Brutum graviter accusabant* del § 2, creo que indican el sentimiento de no haber matado á Antonio en los idus de Marzo, por consejo de Décimo y no de Marco, como generalmente se cree, siguiendo á Plutarco y Appiano. Es esto verosímil, porque Décimo y Antonio habían sido compañeros de armas, mientras que Marco Bruto y Antonio apenas se conocían, lo cual está confirmado claramente por este pasaje, que de otra manera sería inexplicable. No puede entenderse por *amissas occasiones* la inercia de Décimo en la Galia, al frente de sus legiones: apenas era Antonio más activo en Roma, y Décimo aún tenía tiempo de obrar.

(2) Cicerón, *A.*, XV, XI, 3.

V

La ley agraria de Lucio Antonio.

Estimulado por el primer éxito de la *lex de provinciis*, Antonio se decidió á reconstituir el partido cesarista que los idus de Marzo había desorganizado, y á presentar como buen discípulo de César, una serie de leyes populares para preparar la aprobación de la ley sobre las Galias. Estas dos tentativas eran una consecuencia necesaria de la nueva política seguida por Antonio después del 15 de Abril. Para tranquilizar y halagar á los colonos y veteranos, y para demostrar que en las cosas importantes los decretos del Senado eran insuficientes, haría que los comicios convirtiesen en dos leyes el senato-consulto del 17 de Marzo sobre los actos de César y la parte que conservaba las colonias. Al mismo tiempo, para desmentir á los conservadores que le acusaban de querer ser dictador, propondría el convertir en ley el senato-consulto del mes de Abril que abolía la dictadura. Además, Lucio Antonio iba á proponer—como habían hecho todos los jefes del partido popular, desde Tiberio Graco—una gran ley agraria. Desgraciadamente, por lo que concierne á las disposiciones de

esta ley, sólo poseemos algunos dispersos detalles y las invectivas de Cicerón; no es posible, pues, reconstituir el texto con esos fragmentos, y tenemos que limitarnos á decir que, para apresurar la distribución de tierras entre los veteranos, ordenaba que se desecasen las lagunas pontinas, como ya había pensado César (1) y que se nombrase una comisión de siete miembros (2) encargada de distribuir tierras públicas y comprar otras privadas en Italia (3).

Estas leyes fueron promulgadas en la primera mitad del mes de Junio por Marco y Lucio Antonio. Pero Antonio no era suficiente para dominar la agitación que implicaba el éxito de estas leyes, ni poseía el esfuerzo necesario para someter vigorosamente toda la república, pues sólo contaba con sus dos hermanos y con los veteranos: necesitaba ayudas más poderosas, agentes más numerosos y nuevos colaboradores. Para encontrarlos, advirtió que su único recurso era reconstituir, no todo el partido de César, sino el ala izquierda, la que contenía todos los elementos populares y revolucionarios. Antonio no podía contar con los cesaristas célebres, satisfechos hasta la hartura, como Hircio, Pansa, Balbo, Pisón, Salustio, Caleno, que ya no querían comprometerse ni arriesgar nada; tampoco podía encontrar partidarios en las clases superiores, de las que, hacia el año 70—después de la muerte de Sila—habían salido tantos ilustres campeones del partido popular. Los

(1) Dión, XLV, 9.

(2) Cicerón, *Fil.*, VI, v, 14; VIII, IX, 26.

(3) Está demostrado esto por el pasaje de Cicerón, *Fil.*, VIII, IX, 26.

tiempos habían cambiado; las altas clases, agotadas por las grandes luchas que habían soportado las generaciones precedentes, diezmadas por las gueras civiles y por la esterilidad, enervadas por la riqueza, por el placer y por el poder, aterradas por las desgracias que sobre ellas pesaban, divididas, orgullosas, malévolas, ya no disponían de fuerzas para combatir ni aun en su defensa; ya no daban hombres nuevos al partido conservador, y dejaban á los últimos contemporáneos de César que librasen solos este supremo combate. Hasta los hijos de los grandes hombres que habían formado la primera línea del partido conservador durante la generación precedente, tales como el hijo de Hortensio, el hijo de Lúculo, el hijo de Catón, permanecían ahora alejados, y mientras se preparaba la inminente catástrofe de su clase, todos se entregaban á sus placeres, á sus juegos ó á sus estudios. Estas clases aún podían dar menos hombres al partido popular, por haberse hecho éste francamente revolucionario. En suma, Antonio se veía obligado á dirigirse hacia lo que había de menos rico y de más descontento en el partido de César; hacia esos hombres obscuros, artesanos, pequeños propietarios y mercaderes, soldados y centuriones, italianos y extranjeros, entre los cuáles César había buscado con preferencia durante los últimos años á los oficiales, magistrados y senadores. Naturalmente que éstos eran opuestos á los conjurados, nobles casi todos, que los consideraban como intrusos y usurpadores de las dignidades que les pertenecían; temían que les arrebatasen los grados ó los bienes que habían adquirido, ó al menos ver destruídas sus esperanzas y ambiciones. Era, pues, más fácil entenderse con ellos; y si aún que-

daban algunas dificultades, Antonio disponía de dos medios poderosos para superarlas: los papeles de César y el Tesoro del Estado, del que seguiría extrayendo largamente. Así, por medio de halagos, de promesas y de falsos acuerdos atribuídos á César, con el reparto de dinero, de magistraturas y de senadurías, se esforzaba en reunir á su alrededor á los cesaristas más inteligentes que aún estaban poco satisfechos para adherirse á los conservadores: Ventidio Baso, el antiguo mulero, contratista de transportes; Décimo Saxa, un español hecho por César ciudadano, *metator castrorum*—jefe de los minadores de la época—y tribuno del pueblo este año (1); Tulio Hostilio y un tal Insteyo, ambos designados como tribunos del pueblo para el año siguiente: del último se decía que había sido bañero en las termas de Pésaro (2); un antiguo actor llamado Nucula; Cesennio Lento, oficial de César, que se había distinguido en la última guerra de España, pero de humilde origen—Cicerón pretende que había sido mimo (3);—Casio Barba, Marco Barbacio Filipo (4), Lucio Marcio Censorino (5), Tito Munacio Planco Bursa. Este último, fué desterrado tras los funerales de Clodio, luego volvió durante las guerras civiles, y por lo mismo temía que le volviesen á expulsar (6). Á estos hombres añadía Antonio buen número de amigos y compañe-

(1) Cicerón, *Fil.*, XI, v, 12; XIII, xiii, 27.
(2) Idem, *Fil.*, XIII, xiii, 26.
(3) Idem, *Fil.*, XI, vi, 13; Dión, XLIII, 40; Orosio, VI, xvi, 9.
(4) Idem, *Fil.*, XIII, ii, 3.
(5) Idem, *Fil.*, XI, v, 11.
(6) Idem, *Fil.*, XIII, xii, 27.

ros de placeres. Era un sibarita, y en este momento mismo, entre uno y otro negocio—Cicerón lo refiere y es fácil suponer que exagera un poco—empleaba el dinero de César y el del Tesoro público, en hacer vida alegre, en jugar, en dar fiestas y banquetes, en sostener una corte de parásitos (1), entre los cuales también encontró colaboradores; entre ellos á Seyo Mustela y á Numisio Tirón, al que dió, juntamente con Casio Barba, el mando de su pequeña guardia de veteranos (2); un tal Petusio de Urbino, que había derrochado todos sus bienes (3), Publio Volumnio Eutrapelio, patrono de aquella Citérida que habia sido amante de Antonio hasta que éste se casó con Fulvia, y que era entonces una de las cortesanas más en moda; el Ateniense Lisías, hijo de Fedro (4).

Entre tanto, la promulgación de las leyes dió lugar á una nueva agitación popular que arrastró en su corriente los restos de la agitación de Erófilo. El populacho y los veteranos, que antes iban en tropel á sitiar las casas de los conjurados, acudían á las reuniones donde se discutía la ley agraria; en estas reuniones se hacían, como es natural, grandes elogios de César y se invectivaba á sus asesinos, y no tardaron en adquirir un carácter violentísimo; nuevamente se alarmaron las clases ricas, los conservadores, los conjurados, y la alarma aumentó á medida que comprendieron mejor la trascendencia de la ley agraria, de las otras leyes propuestas

(1) Cicerón, *Fil.*, XIII, II, 3.
(2) Idem, *Fil.*, V, VI, 18.
(3) Idem, *Fil.*, XII, VIII, 19.
(4) Idem, *Fil.*, V, V, 13.

y de la nueva agitación del partido popular. Esta nueva agitación no sólo aspiraba á dar los últimos golpes á la amnistía, aspiraba á que el partido cesarista volviese á poner mano en el presupuesto de la república. La situación era grave. Durante tres meses, los conservadores se habían envanecido secretamente de poner mano en las sumas acumuladas por César en el Tesoro público para indemnizar—ya que no podía devolvérseles las tierras—á las familias que habían perdido sus bienes en la guerra civil (1). En cambio, el partido de César, el pretendido partido de los pobres, no sólo detentaba estos bienes, no sólo cargaba á manos llenas, por medio del cónsul, en el Tesoro público; pero bien pronto, apenas la ley agraria quedase aprobada, dispondría legalmente del Tesoro, cuando la falta del dinero pusiese á los conservadores en un compromiso cada vez mayor. Por una contradicción singular, el partido de los ricos iba á carecer de dinero en el instante decisivo de la lucha, si la caja del Estado caía en poder de los adversarios. Los recursos privados casi se habían extinguido, y numerosos conservadores se refugiaban en el campo, no sólo por miedo, sino porque la amistad con los conjurados amenazaba arruinar á los que no poseían la fortuna de Ático; pues no sólo Bruto y Casio, pero también muchos otros conjurados apremiaban á sus amigos y admiradores para la defensa de la buena causa. Los recursos públicos también faltaban. Á Décimo Bruto le incitaban sus amigos—denunciándole los manejos de Antonio—á que aumentase su ejército

(1) Véase Cicerón, *Fil.*, I, VII, 17.

y recogiese dinero en la Cisalpina (1). Y, al contrario, ahora necesitaba pagar á los soldados con su propio dinero y pedir socorro á todos sus amigos (2) Hubiese sido peligroso apremiar á la Galia cisalpina, porque no era una provincia. El malestar y el desaliento eran, pues, grandes en las clases superiores. En Roma, entre la alta sociedad, decíase que la república ya no existía (3). Hircio y Pansa, viendo reformarse el partido cesarista alrededor de Antonio, recomenzaron á cambiar; Cicerón, cansado y disgustado (4), se decidió resueltamente á partir para Grecia, y rogó á Dolabela que le diese una misión *pro forma* (5). Ático desconfiaba de recobrar sus tierras de Butrote. Cuando el partido popular triunfante prometía fundar tantas colonias, ¿cómo arrebatarle este territorio, del que ya había tomado posesión? (6) ¿Sabíase que Lucio Antonio se oponía á su demanda? (7) «Estamos en vísperas de una matanza», escribía Cicerón (8). Además circulaba el rumor de que Carteya, importante ciudad de España en el golfo de Gibraltar, se había rendido á Sexto Pompeyo. El hijo de Pompeyo disponía, pues, de un puerto; de fijo que iba á embarcar inmediatamente á su ejército para volver á Italia y recomenzar la guerra. Pero esta noticia, en vez de reavivar los ánimos, hizo temer á todos

(1) Appiano, *B. C.*, III, 27.
(2) Véase Cicerón, *F.*, XI, x, 5.
(3) Cicerón, *A.*, XV, xx, 2.
(4) Idem, *A.*, XV, 22.
(5) Idem, *A.*, XV, xiv, 2.
(6) Véase Cicerón, XV, xix, 1.
(7) Cicerón, *A.*, XV, xv, 1; XV, xvii, 1.
(8) Idem, *A.*, XV, xviii, 2; XV, xix, 1; XV, xx, 4.

que Antonio precipitase las cosas. Cicerón se dispuso á marchar lo antes posible (1); circuló el rumor de que el mismo Bruto estaba á punto de partir para Asia con objeto de desempeñar su misión anonal (2); también otros conjurados, como Domicio Enobarbo, hijo del antiguo cónsul muerto en Farsalia, preparaban barcos cerca de Puzzolo, para salir de Italia cuando llegase la hora, como habían salido de Roma, si la amnistía quedaba abolida (3). Cicerón preguntó á Ático si debía de embarcar en Puzzolo ó en Brindisi, y Ático, que parecía estar muy irritado contra Antonio por sus tierras de Butrote, le suplicó que no fuese á Brindisi; el cónsul había acampado en la vía Apia la quinta legión, la de la Alondra, que estaba de marcha para Macedonia (4), y con tantas bandas de hoscos veteranos los caminos no parecían muy seguros (5). Pero los días pasaban; el *trinum nundinum* iba á terminar; los conservadores se lamentaban y nada hacían.

¡En esta obscuridad sólo quedaba un rayo de esperanza, pero muy débil! Algunos empezaban á preguntarse si excitando á Octavio contra Antonio, no podría introducirse la división en el partido de César. Octavio continuaba su campaña contra Antonio pronunciando

---

(1) Cicerón, XV, xx, 3.

(2) Idem, XV, xx, 3. *Brutus quidem subito* (sobrentendido: marchará).

(3) Cicerón, *A.*, XVI, iv, 4.

(4) Es esta una suposición de Domaszewski, *Neue Heidelberger Jahrb.*, vol. IV, pág. 176, que me parece necesaria, pues no puede explicarse de otra manera la presencia de esta legión durante la guerra del 43.

(5) Cicerón, *A.*, XV, xx, 3; *A.*, XV, xxi, 3; *F.*, XVI, xxiii, 2.

discursos en todas partes, intentando demostrar al pueblo que no podía fiarse de él, pues su conducta había sido muy contradictoria durante los últimos meses, acusándole de haber favorecido secretamente hasta entonces á los conservadores y á los asesinos de César, cuando ahora aspiraba á ponerse al frente del partido cesarista. Sin embargo, como estaba emparentado con las más nobles familias de Roma, luego de haber actuado como demagogo durante la mañana, Octavio volvía por la tarde á su medio aristocrático, encontraba en su casa á los amigos de su familia, que eran todos amigos de los conjurados. Éstos le daban consejos bien singulares: sí, Antonio era un aventurero peligroso; todos estaban interesados en su perdición; si Octavio no desconfiase de los conservadores y de los conjurados, encontraría entre ellos auxiliares seguros y leales contra el enemigo común. Entre estos consejeros, el más celoso parece haber sido Cayo Claudio Marcelo, el intransigente aristócrata que, cónsul en el 50, había provocado la guerra civil y que era, ó iba á ser, su cuñado, casándose con su hermana Octavia (1). Marcelo creyó advertir que el joven prestaba atención á sus consejos (2).

---

(1) Deduzco esto, porque su hijo Marcelo nació el 43. El 20 de Diciembre, cuando Cicerón pronunció la tercera filípica, el matrimonio ya se había efectuado. Véase *Fil.*, III, vi, 17.

(2) Véase Cicerón, *A.*, XV, xii, 2. Sigo el texto: *Si praecipit nostro et nostris:* es decir *si praecipit deditum esse nostro Bruto*, *nostris heroibus*. Sin embargo, no es cierto. De todas suertes estas alusiones á los consejos que Marcelo y los demás daban á Octavio son importantes, pues indican el origen de la intriga, causa de que á fines del año Octavio se pasase á los conservadores. Véase *Nicolás de Damasco*, XXVIII.

Sin embargo, aunque Antonio sufriese molestias con estas intrigas, como el tiempo legal para la promulgación hubiese pasado, la ley agraria y las demás leyes quedaron aprobadas (probablemente en varios días), en la segunda mitad de Junio, sin oposición y por lo mismo sin violencia; también se designó la comisión, pero Marco Antonio, Lucio Antonio, Cayo Antonio y Dolabela componían la mayoría, teniendo por colegas á Nucula, Cesennio Lento y á un séptimo, cuyo nombre se ignora (1). Este poderoso instrumento de dominación y de lucro, estaba en manos de la familia de Antonio.

Con la aprobación de estas leyes Antonio había tomado gran delantera á Octavio y al partido de los conjurados; que ahora se desbandaba. Así, aprobadas las leyes, la impresión general fué que Antonio era el árbitro de la situación; que á Octavio sólo podía considerársele como á un chismoso poco serio y que nada tenía ya que hacer en favor de nadie. Cicerón, á quien Dolabela había dado su misión, podía partir. Pero sentía dudas y escrúpulos (2). Hubiese querido irse; pero le retenía el celo de su gloria, el temor de perder la ocasión de realizar algún acto magnífico, como cuando reprimió la conjuración de Catilina, y también algunos remordimientos y alguna vergüenza. ¿No se consideraría su marcha como una fuga? Solicitó los consejos de diferentes personas, examinó las cosas en conciencia, se preguntó si no podría partir para volver el 1.° de Enero, cuando Antonio ya no fuese cónsul y

(1) Lange, *Römische Alterthümer* Berlín, 1871, III, 493; Drumann, *G. R.*, I2, 82 y sig.

(2) Cicerón, *A.*, XV, 25.

que el Senado pudiera deliberar libremente (1). Aún le retenían sus asuntos privados (2), siempre embrollados. Pero antes había enviado á su fiel Tirón, para ver si lograba poner en claro las cuentas de Erotes (3), y solicitó á Ático que le ayudase á salir de este compromiso, aunque sin osar pedirle más dinero. ¡Ático tenía sólidas las espaldas; pero eran tantos los que recurrían á él! Él era el que aún tenía que proveer en la mayor parte á los gastos de los juegos apolinarios de Bruto (4). Verdad es que tantos gastos y una generosidad tan inagotable iban á recibir en este momento una brillante recompensa: la comisión senatorial encargada de examinar los papeles de César hacia fines de Junio, declaró fundada, cuando Ático más desesperado estaba, la reclamación de éste y dando orden á Cneyo Planco de respetar el territorio de Butrote (5). Ático debió esta agradable sorpresa á la intervención de Marco Antonio, al que tanto había maltratado en sus cartas de primeros de mes. Lucio, más temerario y violento, había propuesto distribuir entre los pobres los grandes dominios que el rico caballero tenía en el Epiro; pero Marco era más prudente, y si continuaba reuniendo con éxito á su alrededor á los antiguos cesaristas, y creándose amigos por todas partes, gracias á la

(1) Ciceron, *A.*, XV, 25.
(2) Idem, *A.*, XV, XX, 4.
(3) Idem, *A.*, XV, XV, 3; XV, XVIII, 1; XV, XX, 4.
(4) Idem, *A.*, XV, XVIII, 2.
(5) Idem, *A.*, XVI, XVI C, 11; *A.*, XV, 14. Esta carta, como ha demostrado Gruber, *Q. C.*, pág. 31, no está en su sitio y fué escrita el 26 ó el 27 de Junio. Ella nos ayuda á determinar la fecha de la deliberación.

concusión y á las promesas, también se aplicaba á tranquilizar á los conservadores, á impedir que los espíritus más exaltados intentasen cualquier golpe de mano sirviéndose de Décimo. Entre las altas clases produjo buena impresión la benevolencia que el cónsul mostró con respecto á Ático; además, tras la aprobación de las leyes, se sintió un alivio: no había sobrevenido la matanza ni las otras violencias que los conservadores habían predicho; Roma apareció más tranquila; Julio se aproximó, mes de fiestas, en que habían de celebrarse los juegos apolinarios, y después los juegos de la victoria de César. Auras de paz pasaban por el foro. Mientras que á mediados de mes se creía que Sexto Pompeyo arribaría á Italia, á últimos de mes se decía que pretendía deponer las armas, y esto causaba ahora algún enojo á Cicerón, el cual hubiese deseado que Sexto conservase su ejército para el partido conservador (1). Muchos hasta creían que la ley agraria sólo era un señuelo para el pueblo, y que Antonio no la tomaba en serio. En suma; una gran calma sobrevino rápidamente. Sólo Casio seguía moviéndose. Más enérgico é inteligente que Bruto, cansado y enervado por la inercia y por la espera, no sólo se procuraba navíos para ir á comprar grano en Sicilia; también tramaba pacientemente más grandes designios y sobre ellos atormentaba en secreto á su amigo. Era necesario, sin pérdida de tiempo, preparar en las provincias refugios y ejércitos para el ataque, quizás inminente, y en todo caso inevitable que Antonio dirigiría contra ellos al frente del partido demagógico. En Italia

(1) Cicerón, *A.*, XV, XXIX, I.

ya no podía hacerse nada; no había que esperar la reconquista del poder con los cónsules nombrados para el año siguiente. En cambio, tenían en la Galia cisalpina á Décimo Bruto, que si se encontraba corto de dinero, era al menos un amigo seguro que, habiendo reclutado una tercera legión, disponíase á realizar una expedición por ciertos valles de los Alpes para avezar á sus soldados y recoger botín. Quizás se pudiera contar igualmente con Planco (1). En Oriente, los amigos aún eran más numerosos y les sería fácil entenderse con ellos. Trebonio gobernaba á Asia y reunía dinero; Tulio Címber mandaba algunas legiones en Bitinia y reunía una flota. Cuatro legiones estaban acantonadas en Egipto; los antiguos soldados de Pompeyo eran allí numerosos y no habían tomado parte, por decirlo así, en las guerras civiles. Él mismo había dejado en Siria un buen recuerdo, y Cecilio Baso aún disponía de una legión en la Apamea, donde en vano la sitiaban. Si se entablaban secretas gestiones, demostrando á los amigos de Oriente el peligro en que su partido podía encontrarse, quizás tuviesen algún día un ejército que oponer á la revolución popular. Pero Bruto dudaba, pensando en la dificultad que había para enviar fieles mensajeros; también se decía que si Antonio llegaba á conocer ó siquiera á sospechar estas intrigas, podría precipitar las cosas; en fin, ya no esperaba que el partido conservador pudiese disponer de un ejército para defender la causa de los asesinos de César. Todos los solda-

---

(1) Véase Cicerón, *F.*, XI, IV, 1. Cicerón, *A.*, XV, XXIX, 1: *de Planco et Decimo, sane velim* quizás hace alusión á las secretas entrevistas con Décimo Bruto y Planco.

dos estaban pletóricos del espíritu cesarista. Era esta una impresión pesimista; pero general en el partido de los grandes (1).

---

(1) Excepto las vagas alusiones, ya citadas, de Cicerón en sus cartas, no ha quedado ninguna traza de las gestiones y negociaciones que precedieron á la marcha de Casio para Siria. Sin embargo—y ya lo veremos en el decurso de este relato—es evidente que Casio partió para Siria con el plan bien decidido de apoderarse de ella. Luego es verosímil que, durante este tiempo, Casio y los hombres más enérgicos del partido de los conjurados procuraron establecer relaciones con los gobernadores que podían suponer más favorables á su causa. Sólo así la marcha de Casio puede explicarse de otra manera que como una súbita y extravagante calaverada.

VI

La «lex de permutatione».

Entre tanto, Cicerón, después de terminar su libro sobre la *Gloria* y de haber casi terminado su libro sobre la *Ancianidad*, fué informado por Ático de que, para equilibrar su presupuesto tenía que tomar prestados 200.000 sestercios por cinco meses, ó sea hasta 1.° de Noviembre. Este día su hermano Quinto tenía que entregarle una cantidad equivalente (1). Como Ático estaba dispuesto á buscar quien les prestase el dinero, quedaba libre de partir cuando quisiese. En efecto, se marchó nuevamente á Puzzolo en los últimos días de Julio recorriendo breves etapas, y deteniéndose en Anagni (2), en Arpino (3), en Formia (4). Contaba con partir de Puzzolo para Oriente; pero se encontraba en la mayor in-

(1) Cicerón, *A.*, XV, xx, 4.

(2) Idem, *A.*, XV, xxvi, 1. *Tabellarius... in Anagninum ad me venit in ea nocte quae proxima ante Kal. fuit.* Sobre las dificultades de este pasaje, véase Ruete, *Correspondenz Ciceros*, pág. 27.

(3) Cicerón, *A.*, XV, xxvi, 5: *ex Arpinate.*

(4) Idem, *A.*, XV, xxix, 3.

decisión. Aún no estaba seguro de obrar bien: á todos pedía su opinión; ni siquiera sabía si debía de embarcarse en Puzzolo ó ir por tierra hasta Brindisi. Por un momento pensó en hacer el viaje con Bruto, que tenía propósito de marchar pronto como Casio, para ir á comprar trigo y que, habiéndose dirigido á la islita de Nisida en el golfo de Nápoles, á la *villa* de Lúculo, arrendaba á los mercaderes de Puzzolo y de Nápoles todos los navíos que podían ofrecerle.

Entre tanto, diversos rumores comenzaban á circular y en ocasiones á turbar la tranquilidad sobrevenida tras la aprobación de las leyes de Antonio. Confirmábase que Sexto Pompeyo estaba dispuesto á concertar la paz, y desde este punto Cicerón consideró perdida su última esperanza en la libertad (1). En cambio, de tiempo en tiempo, circulaban nuevos rumores inquietantes sobre las intenciones de Antonio; llegábase á pretender que deseaba hacer venir á Italia las legiones de Macedonia, que el Senado puso en el mes de Marzo bajo su *imperium*, y que las haría desembarcar en Brindisi (2). Cicerón consideraba esto como poco probable (3); pero no estaba muy tranquilo, y temía encontrarse con estas legiones al llegar á Brindisi. Preferible era hacerse á la mar. Pero había en esto un nuevo peligro: decíase que los piratas infestaban las costas (4). Cicerón se dijo que poniéndose en camino con Bruto y con una flotilla, estaría seguro. El 8 de Julio dirigióse, pues, á Nisida,

(1) Cicerón, *A.*, XV, XXIX, 1; XVI, 1, 4.
(2) Idem, *A.*, XVI, IV, 4.
(3) Idem, *A.*, XVI, IV, 4: *videtur... dicuntur.*
(4) Idem, *A.*, XVI, IV, 4; XVI, II, 4.

viendo con placer en la ensenada de la linda islita, los numerosos navíos de Bruto, de Casio, de Domicio Enobarbo y de otros conservadores y conjurados que estaban prestos á partir, si la amnistía era abolida. Procuró dar á entender á Bruto su deseo de marchar con él. Pero Bruto no comprendió ó fingió no comprender. Bruto aun estaba más indeciso que Cicerón. Deseaba seguir las exhortaciones de Casio, pero también deseaba la paz; deseaba marchar, pero antes de resolverse á levar anclas quiso saber lo que ocurría en Roma con motivo de los juegos, esperando que determinasen un cambio de la opinión pública y que pudiese continuar en Italia. Precisamente entonces se acababan de recibir las primeras noticias sobre la representación de la comedia griega, á la que había asistido muy poco público; pero Cicerón lo explicaba diciendo que este género de espectáculos apenas gustaba al pueblo de Roma. Sólo en la comedia latina y en la lucha de fieras podrían haber manifestaciones. Por entonces llegó Escribonio Libón con las primeras cartas auténticas de Sexto Pompeyo, que un liberto acababa de llevar de España: Sexto se declaraba dispuesto á deponer las armas, si se le restituían los bienes de su padre y si los otros jefes del partido renunciaban también á sus mandos. Era indudable que estaba más inclinado por la paz que por la guerra (1). Así, pues, Cicerón regresó—sin decidir nada con

(1) Cicerón, *A.*, XVI, 5 y XVI, 4 (es preciso leer íntegras estas cartas). En las primeras del XVI.° libro á Ático, hay cierto desorden. La 5.ª se escribió antes de la 4.ª: efectivamente, en ambas se trata de la visita hecha por Cicerón á Bruto el 8 de Julio; pero al principio de la 4.ª *(ita ut heri tibi narravi)* se alude á la 5.ª. La 4.ª se escribió el 10 de Julio; *hodie; Quintus enim* (que había partido el 8 de Julio de

Bruto—á Puzzolo, donde permaneció el 9 y el 10, pensando siempre en marchar con Bruto, aunque éste no partiese inmediatamente (1); el 10 recibió una carta de Ático diciéndole que en Roma aprobaban todos que se marchase de viaje, con tal de que volviese para el 1.º de Enero (2); y aquel mismo día hizo otra visita á Nisida, encontrando encantados á todos con las noticias de Roma. El *Terea* de Accio atrajo un público numerosísimo y obtuvo gran éxito. También se regocijó Cicerón, aun suponiendo que, para defender á la República, el pueblo haría mejor tomando las armas que aplaudiendo á los actores (3); pero vuelto á Puzzolo, recobró la impaciencia y quiso marchar inmediatamente, sin esperar á Bruto, y dirigiéndose por tierra á Brindisi. En este momento las legiones le parecían menos temibles que los piratas (4). El 11 de Julio, le escribió á Ático encargándole de la administración general de su fortuna, exhortándole á cumplir bien sus promesas con todos sus acreedores, autorizándole á contratar em-

---

Nisida, Cicerón, *A.*, XVI, v, 2) *altero die se aiebat.* Por consecuencia la 5.ª es del 9. Las cartas 5.ª y 4.ª se escribieron después de la 1.ª, pero antes de la 2.ª y de la 3.ª, puesto que en la 2.ª se trata de la segunda visita hecha á Bruto el 10 de Julio: véase el § 1.º: *VI Idus duas epistolas accepi...* § 3: *Fui enim apud illum* (trátase de Bruto) *multas horas in Neside, quum paulo ante tuas litteras accepissem.* Cicerón escribió la carta *A.*, XVI, 3 (§ 6), *conscendens e Pompeiano*, es decir, muchos días después. Luego el orden de las cartas es: 1.ª, 5.ª, 4.ª, 2.ª, 3.ª.

(1) Cicerón, *A.*, XVI, IV, 4.

(2) Idem, *A.*, XVI, II, 4; XVI, VI, 2.

(3) Idem, *A.*, XVI, II, 3.

(4) Idem, *A.*, XVI, II, 4.

préstitos y aun á vender propiedades, si era necesario, para pagarlo todo (1). Ático era un excelente amigo: hasta pensó ahora en publicar una colección de cartas del gran orador y le había solicitado todas las que poseía (2).

Y Cicerón partió para Pompeya. Entre tanto, los juegos apolinarios habían terminado en Roma. Según los conservadores, habían tenido gran éxito; en cambio, los amigos de Antonio y los adversarios de los conjurados pretendían que el público se había mostrado frío (3). ¡Ahora, pues, se juzgaban los destinos de la República por los éxitos de un actor! Pero esta vez tenían razón los amigos de Bruto, pues en el teatro y en el circo el pueblo romano ya no diferenciaba los partidos y aplaudía todos los espectáculos que le agradaban. Octavio aún puso más atención en organizar bien los juegos de la victoria de César, procurando que se hiciesen en favor del hijo de éste grandes manifestaciones que pusiesen á Antonio furioso. Pero Antonio no permanecía inactivo; trabajaba sin tregua en realzar el viejo partido de César antes de proponer la ley sobre la Galia; concedía favores, sembraba dinero, inventaba siempre nuevas decisiones de César; hacía ingresar en el Senado á los senadores de *Caronte*, como el pueblo los llamaba, es decir, á obscuros individuos que estaban bajo su dependencia, centuriones de César, cuyo nombramiento pretendía haber encontrado en los papeles del dic-

(1) Cicerón, *A.*, XVI, II, 2.

(2) Idem, *A*, XVI, v, 5.

(3) La primera versión la da Plutarco, *Bruto*, 21; Cicerón, *Fil.*, I, xv, 36; la segunda Appiano, *B. C.*, III, 24.

tador (1). No sólo había reunido de este modo á su alrededor á todos los hombres aptos del partido cesarista que eran de obscuro origen; pero también se había atraído á ciertos cesaristas de más alto origen y aun á algunos conservadores como Lucio Tremelio, que en el 47, como tribuno del pueblo, había combatido con tanto vigor la revolución de Dolabela. Los tiempos eran duros; Tremelio, como tantos otros, sentía escasez de dinero; habíase, pues, decidido á caer del lado de Antonio, como el antiguo edil Lucio Vario Cotila (2). Además, Antonio intentó corromper al sobrino de Cicerón (3), y, según parece, al mismo Pisón, suegro de César (4); quizás se puso entonces en relaciones con Lépido para un proyecto de noviazgo entre un hijo de éste y una hija de él (5), aún muy jóvenes los dos; y, en fin, donde quiera que podía no se descuidaba de mantener buenas relaciones con los conservadores. Al dictar su decreto sobre la cuestión de Butrote supo capturarse tan bien la benevolencia de Ático, que el rico financiero fué en persona á Tívoli para darle las gra-

(1) Plutarco, *Ant.*, 15.

(2) Cicerón, *Fil.*, VI, IV, 11.

(3) Véase Cicerón, *A.*, XV, XXI, 1 (pero el pasaje no está bien claro).

(4) Véase Cicerón, *A.*, XV, XXVI, 1.

(5) Dión, XLIV, 53, que, sin embargo, confunde las fechas poniendo juntos la oferta del pontificado y este casamiento. Cicerón, *F.*, XII, II, 2 (la carta está escrita en la última decena de Septiembre), dice, aludiendo sin duda á Lépido, que *affinitate nova delectatur*. Como Lépido estaba en la Narbonesa, las gestiones sobre este casamiento debieron de realizarse por esta época, sobre poco más ó menos.

cias (1). Durante este tiempo, Lucio Antonio se ocupaba en hacer ejecutar la ley agraria, midiendo las tierras públicas, comprando terrenos privados á precios más ó menos altos, según que perteneciesen á amigos ó enemigos. Pronto tuvo tantos aduladores á su alrededor, que alguien propuso que se le erigiese por las treinta y cinco tribus un monumento ecuestre sobre el foro (2). Sustentado en tantos intereses, el poder de Antonio parecía inquebrantable como una roca, y todos los esfuerzos de Octavio parecían destinados á fracasar. No obstante, Octavio gozaba de grandes simpatías entre los veteranos, entre la plebe, hasta entre los amigos del cónsul y en el partido popular reconstituído por Antonio. El fanatismo cesarista se había hecho tan violento, que sólo el nombre de César bastaba para hacerle amar si él no hubiese sido tan hábil que supiera insinuarse en las buenas gracias de la gente. Generalmente se deploraba entre los cesaristas las diferencias surgidas entre el cónsul y él; llegabase á decir que Antonio se había mostrado con él demasiado duro. ¿Podía negarse un puesto en el partido cesarista al hijo de César, cuya presencia sería una fuerza para ese partido (3).

Entre tanto, la política dormitaba, y cuando el 17 de Julio (4) dejó Cicerón su *villa* de Pompeya para ponerse definitivamente en camino, pudo calmar los escrúpulos de su conciencia y persuadirse de que no huía.

---

(1) Cicerón, *A.*, XVI, III, 1.

(2) Véase Cicerón, *Fil.*, VI, V, 12.

(3) Nicolás de Damasco, 29.

(4) Cicerón, *A.*, XVI, VI, 1, dice que el 24 de Julio, el octavo día después de su marcha, estaba en Vibona: luego partió el 17.

Partió cuando todo estaba tranquilo; volvería para el 1.º de Enero, época en que, probablemente, recomenzarían los tumultos (1). Sin embargo, estando en camino aún cambió de idea; no iría por tierra, sino por mar, con tres barquitos de diez remos que había arrendado en Pompeya (2); una vez en Regio vería si podría embarcar en algún barco grande de mercader y hacerse á la vela directamente para Patrás ó seguir costeando con estos barquitos hasta la Leucopetra de los Tarentinos (3) y desde allí dirigirse derecho á Corcira (4). Sin embargo, no estaba completamente satisfecho de su resolución; en el fondo hasta estaba descontento, no sabiendo si obraba bien ó mal y llevando consigo las grandes preocupaciones de dinero. Deudas y créditos se equilibraban en las cuentas sacadas antes de su partida con ayuda de Ático; pero en su activo estaban los créditos muy poco seguros de Dolabela, que éste había cedido á Cicerón, en lugar del dinero contante, para el pago de la dote de Tulia. De tal suerte temía al partir que el equilibrio establecido de una manera tan sutil llegara á romperse, que había querido confiar todo el cuidado de sus negocios á Ático; también había encargado al riquísimo Balbo que cuidase de su buena fama de hombre honrado (5). En fin, de bueno ó mal grado partió, y

(1) Cicerón, *A.*, XVI, III, 4; XVI, VI, 2.

(2) Idem, *A.*, XVI, III, 6.

(3) Idem, *A.*, XVI, VI, 1, la llama así, pero seguramente designa á *Leuca* y no á *Leucapetra*, cerca de Regio, de la que habla en la carta siguiente.

(4) Cicerón, *A.*, XVI, VI, 1.

(5) Idem, *A.*, XVI, II, 2; XVI, III, 5.

poco tiempo después, en la tercer decena de Julio, se celebraron en Roma los juegos de la Victoria de César, no sin que antes hubiese una viva pendencia entre Antonio y Octavio. Éste había querido trasladar al teatro la silla dorada de César; ciertos tribunos, sobornados por Antonio, se opusieron; Octavio apeló al cónsul, que no sólo aprobó á los tribunos, pero también amenazó á Octavio con reducirle á prisión si no permanecía tranquilo (1). Á pesar de esto, el pueblo y los veteranos, que deploraban tales escándalos, hicieron al joven grandes demostraciones de simpatía durante los juegos, que duraron tres ó cuatro días (2). Hasta ocurrió que un gran cometa apareció la noche del último día, y Octavio, para hacer aún más ardiente la adoración religiosa que el pueblo de Roma sentía ya por César, afirmó que era el alma de éste, que, ascendida al cielo, había ocupado su puesto entre los dioses. En el templo de Venus puso una estatua de César con un cometa de oro en la cabeza (3).

Pero terminados los juegos, quebrantóse bruscamente la paz en que Roma parecía dormir. De súbito Antonio y Dolabela promulgaron una *lex de permutatione provinciarum* (4), que destituía á Décimo Bruto, el asesino de César, de la Galia cisalpina, concediéndosela inmediatamente á Antonio (con las legiones que esta-

(1) Dión, XLV, 6; Appiano, *B. C.*, III, 28; Nicolás de Damasco, 28; Plutarco, *Ant.*, 16.

(2) Nicolás de Damasco, XXVIII. Véase Schmidt en *Neue Jahrbücher fur Philologie und Pædagogik*, 1883, I, pág. 864.

(3) Dión, XLV, 7; Suetonio, *Cæs.*, 88.

(4) Tito Livio, *Per.*, CXVII.

ban en Macedonia) y la Galia cabelluda (1), á contar del año siguiente. Décimo recibía en reciprocidad á Macedonia por el resto del año. Habiendo partido Cicerón y dirigiéndose Décimo con su ejército hacia los Alpes, Antonio escogió este momento para obtener las Galias hasta el año 39 y para responder al mismo tiempo á las acusaciones de Octavio, dando satisfacción á los veteranos que se indignaban de la amnistía del 17 de Marzo. Sin embargo, Antonio no quería provocar una nueva guerra civil, y aún cediendo á la corriente cesarista y revolucionaria, procuraba molestar lo menos posible á los adversarios. En efecto, no se proponía abolir la amnistía, sino arrebatar solamente la Galia á Décimo por los pocos meses que quedaban, y si aspiraba á presentar este hecho á los veteranos como una gran humillación para el partido de los conjurados, también esperaba que los conservadores aceptasen la cosa, pues Décimo recibía en compensación á Macedonia; en fin, quizás esperaba — ó al menos lo parece — entenderse secretamente con su antiguo amigo de las guerras galas é inducir á Décimo á aceptar esta permuta (2). En el fondo, este cambio de provincia, aunque poco favorable á los intereses del partido conservador, era mucho menos grave que la abolición de la amnistía. Pero no tardó en perder estas ilusiones; pues, apenas conocida la ley, sobrevino en Roma un vivo pánico político y financiero. De nuevo se temió por la

---

(1) No sólo se trata de la Cisalpina, como cree Krause; véase Schmidt, *N. I. P. P.*, Supl. vol. XIII, pág. 714.

(2) Esto, al menos, parece indicar un pasaje de Dión, XLV, 14: Καὶ αὐτοῦ (de Décimo) δ'Αντώνιος ἐλπίδα πολλὴν εἶεν...

amnistía; se atribuyó á Antonio las más negras intenciones; se consideró como inevitable la guerra civil, y ya no fué posible encontrar dinero prestado (1); los pocos hombres caracterizados del partido conservador que aún estaban en Roma sacudieron su larga pereza procurando ponerse de acuerdo, y también con Bruto y Casio. Hasta hubo cesaristas eminentes que se pusieron al lado de los conservadores, y, entre ellos, Pisón, el suegro de César, que se declaró dispuesto á tomar la palabra en el Senado en defensa de una proposición que quizás pudiera resolver para siempre la cuestión de la Galia cisalpina: puesto que se había concedido el derecho de ciudad á los cisalpinos, ya era tiempo de asimilar completamente esta región á Italia, y por consecuencia, de no enviar á ella procónsul ni propretor. Pusiéronse de acuerdo para que el 1.° de Agosto acudiese á la sesión el mayor número posible de senadores, y rechazar la *auctoritas* á la proposición, si Antonio la demandaba; y si no la demandaba, para rogar á los dos ó tres tribunos del pueblo contrarios á Antonio, que interpusiesen su veto (2). En medio de estos preparativos, la opinión pública se molestó con Antonio, comprendiendo que la marcha de Cicerón había aumentado la audacia del cónsul. ¿Cómo, pues, había podido irse á ver los juegos olímpicos en un momento tan grave? Pues se decía en toda Roma que era ese el objeto de su viaje. Todos se preguntaban si el antiguo cónsul se había vuelto loco ó imbécil.

---

(1) Ciceron, *A.*, XVI, VII, 6: *mirifica enim δυσχρηστία est propter metum armorum.*

(2) Appiano, *B. C.*, III, 30.

Ático le escribió asustado suplicándole que volviese, y le envió su carta con toda prisa á Leucopetra, esperando que la recibiese á tiempo (1).

Entre tanto, Cicerón, que nada sabía de esto, se deslizaba por las costas de la Italia meridional; escribía á bordo sus libros, y recomenzaba sin cesar sus propios reproches. ¿Había obrado bien al partir? Estaba lleno de arrepentimiento y de dudas; sentía vergüenza de retroceder, pero tenía miedo de obrar mal prosiguiendo su camino. Así, el 1.º de Agosto, llegó á Siracusa y el 6 á Leucopetra; pero apenas salió de este punto, un fuerte viento contrario le obligó á desembarcar casi inmediatamente en la *villa* de Publio Valerio, amigo suyo, en espera de que el viento cambiase. Pronto se supo en toda la vecindad, hasta Regio, que Cicerón estaba en esta *villa*, y numerosos ciudadanos pertenecientes á esta holgada burguesía que, aunque no actuase se mostraba favorable al partido de los conjurados, acudieron en su busca. Llegaban de Roma, de la que habían salido el 29 ó 30 de Julio, y le contaron todo lo ocurrido desde su marcha: la promulgación de la ley, el pánico, lo que de él se decía y también la mejora que luego se produjo en la situación. Antonio pareció alarmarse un momento por la agitación de los conservadores, que no consideraba tan grande, y por la intervención de Pisón. En efecto, pronunció un discurso más conciliador y dió á entender que concedería á Bruto y Casio otras provincias más importantes en cambio de la misión anonal, y que estaba dispuesto á buscar un acuerdo en la cuestión de las Galias. Bruto y Casio publicaron por

(1) Cicerón, *A.*, XVI, VII, 2.

entonces un edicto declarándose dispuestos á abandonar sus cargos é ir al destierro, si era esto necesario para la paz de la República, y para desmentir á los cesaristas que sostenían la ley acusándoles de fomentar una nueva guerra civil (1). Entonces empezó la espera, y los habitantes de Regio que volvían de Roma hablaban á Cicerón de esta espera. Antonio estaba mal aconsejado, pero era prudente; pensaban, pues, que la paz se establecería, y que Bruto y Casio regresarían á Roma (2). Entre tanto, Cicerón recibió las cartas de Ático (3) y decidió volver al punto.

Pero, mientras que Cicerón estaba de viaje, los acontecimientos tomaban en Roma un giro muy diferente del que se esperaba. Las dudas de Antonio habían durado poco; pues se vió obligado á obrar, no sólo por las habituales exhortaciones de Fulvia y de Lucio (4), sino por el entusiasmo de sus veteranos. Éstos habían interpretado la *lex de permutatione* según sus deseos é intereses, mucho más que según las intenciones de Antonio. Decíanse que el proconsulado de la Galia, del

---

(1) El edicto de Bruto y de Casio de que habla Cicerón, *Fil.*, I, III, 8 y *A.*, XVI, VII, 1; es, probablemente, el de que Veleyo, II, LXII, 3, da una parte, y cuyo contenido puede adivinarse comparando este pasaje con Cicerón, *F.*, XI, 3.—Groebe, *Ap.*, á Drumann, *G. R.*, I², pág. 430, supone que en el edicto pedían también las provincias que como pretores les correspondían durante el año siguiente; pero esto me parece poco probable, pues el objetó del edicto consistía en obligar á Antonio á renunciar la Galia.

(2) Cicerón, *Fil.*, III, 8; *A.*, XVI, VII, 1.

(3) Idem, *A.*, XVI, VII, 2: *lectis vero tuis litteris.*

(4) Idem, *Fil.*, I, III, 8: *malis suasoribus:* lo que es una evidente alusión á Fulvia y á Lucio.

que dependía la dominación de Italia, era la mejor garantía del partido cesarista; que cuando esta provincia se arrebatase á los conjurados y se otorgase á los cesaristas, estarían tranquilos por sus futuros intereses y la venganza de César resultaría fácil; que Antonio, el fiel amigo del dictador, consumaría esta venganza y restablecería el poder de los vencedores de Farsalia y de Munda. Tal ímpetu de entusiasmo debía por fuerza de arrastrar al cónsul, al Senado y á todo el mundo. El 1.º de Agosto, Pisón pronunció ante el Senado un vigoroso discurso contra Antonio, y presentó su proposición sobre la Cisalpina; pero el Senado, impresionado por los veteranos, le escuchó fríamente (1) y se limitó á conceder otras provincias á Bruto y á Casio, que no valían mucho más que las anteriores. Una era Creta; otra—según parece—Cirene (2). Antonio, por su parte, ya no podía tergiversar; para contentar á los veteranos tuvo que entrar en franca guerra con los conjurados, y responder á las generosas proposiciones de Bruto y de Casio con una carta y con un violento edicto, acusándoles de querer abandonar sus cargos y de preparar una guerra civil. Bruto y Casio respondieron el 4 de Agosto con quejas no menos violentas: no, ellos no fomentaban una guerra civil; pero tampoco era porque tuviesen miedo de Antonio: era por amor á la república (3). Pero en medio de estas disensiones aumentó de tal manera el entusiasmo cesarista de los veteranos,

---

(1) Cicerón, *Fil.*, I, IV, 10; I, VI, 14; *A.*, XVI, VII, 7.

(2) Sólo es una conjetura que estas provincias se concediesen en la sesión de referencia.

(3) Cicerón, *F.*, XI, 3.

que creó á Antonio nuevos entorpecimientos. Como había que elegir un tribuno del pueblo en sustitución de Cinna, muerto el día de los funerales de César, Octavio, animado por el éxito de los juegos, concibió la idea de que le propusiese el pueblo, apesar de ser patricio. Antonio se opuso, y acabó por suspender las elecciones para más adelante (1). Pero los veteranos siguieron deplorando estas diferencias entre Antonio y Octavio, y algunos de ellos, embriagados por las esperanzas que hacía concebir la *lex de permutatione*, dijeron muy alto que era tiempo de poner fin á estas funestas discordias, y que los veteranos tenían que interponerse como pacificadores. Un día, pues, en la primera quincena de Agosto, fueron á anunciar á Octavio que un grupo de soldados se dirigía á su casa. Sus criados y amigos se asustaron; se cerraron las puertas; Octavio subió á lo más alto de la casa para darse cuenta de lo que ocurría sin ser visto por la muchedumbre. Pero ésta se puso á exclamar. Octavio, cobrando ánimos, se mostró á todos y fué saludado con grandes aplausos. Los soldados desearon una reconciliación definitiva entre él y Antonio: habían venido á buscarle mientras otros iban en busca de Antonio (2).

---

(1) Suetonio, *Aug.*, 10; Dión, XLV, 6; Appiano, *B. C.*, I.I, 31. Sin embargo, la fecha sólo es una conjetura.

(2) Dión, XLV, 8; Nicolás de Damasco, 29; Plutarco, *Ant.*, 16, sólo hablan de una reconciliación entre Antonio y Octavio: en cambio, según Appiano, III, 30 y 39, hubo dos. Pero en caso de que Appiano no se engañe, esta segunda reconciliación careció de importancia, como resulta de su mismo relato. La reconciliación importante fué la primera, cuya fecha puede determinarse, pues los historiadores están de acuerdo, si se admite que la *lex de permutatione* se aprobó en

Propuesta de esta suerte y por estos mediadores, inminente la votación de la *lex de permutatione*, ni Octavio ni Antonio osaron negarse á la reconciliación. La paz, pues, se hizo así. Antonio y Octavio se visitaron, cambiando palabras amables; Octavio hasta se declaró dispuesto á favorecer la ley, que se aprobó al poco, en la segunda mitad del mes de Agosto. Parte de los tribunos que se oponían á ella se dejó corromper, probablemente (1), y de los incorruptibles hubo manera de defenderse, bloqueando todas las entradas del foro, de suerte que sólo entrasen los amigos (2). Cicerón se enteró de todas estas cosas en Velia, donde volvió á encontrarse con Bruto, que descendía lentamente con su flota á lo largo de las costas de Italia, resuelto ahora á partir. La conversación fué muy triste, pues Bruto estaba profundamente desesperanzado. Aprobada la *lex de permutatione*, los amigos de César dispondrían de

---

el mes de Agosto. En efecto; Dión la coloca tras los Ludi V. C.; Appiano, III, 30, poco después de votarse la *lex de perm.;* lo mismo Nicolás de Damasco, en contra de lo que piensa Schiller, *Geschichte der Römischen Kaiserzeit,* Gotha, 1883, *R. K.*, I, 29, n. 5. Nicolás no coloca esta reconciliación antes del viaje de Antonio á Brindisi, sino antes del *cambio de las provincias* (cap. XXX); y solo dice sobre esto algunas palabras, porque en su biografía de Augusto no hace más que un resumen de los hechos que no se refieren á su héroe. Plutarco, *Ant.*, 16, se engaña evidentemente cuando refiere esta reconciliación á la época en que se concertó un acuerdo entre Octavio y Cicerón. Los textos conciertan á maravilla si se coloca la *lex de permutatione* en el mes de Agosto; lo que es un nuevo argumento en favor de esta hipótesis.

(1) Appiano, *B. C.*, III, 30.

(2) Livio, *Per.*, 117, *quum..... legem..... per vim tulisset.* Véase Cicerón, *Fil.*, V, IV, 9.

la república y de la amnistía, y los conjurados y los conservadores sólo podrían ya apelar al supremo recurso de una nueva guerra civil. Pero, ¿dónde encontrar un ejército? Bruto no participaba en las esperanzas de Casio, que, confiado y audaz, había enviado poco tiempo antes—en Julio, y de acuerdo, según parece, con Servilia—emisarios secretos á Trebonio, á los oficiales de las legiones de Egipto y á Cecilio Baso, proponiéndoles organizar en Oriente un gran ejército para defensa de la causa conservadora y para decirles que él, Casio, estaba dispuesto á dirigirse á Siria. Bruto consintió en que Marco Escapcio, el intrigante de que se sirvió para sus préstamos en Chipre y que tantas amistades y relaciones tenía en Oriente, se encargase de tomar parte en la trama; pero él renunció á la lucha, y habiendo recibido de Ático 100.000 sestercios (1) para su viaje, se marchó á Grecia como desterrado voluntario, sacrificándose á la causa de la paz. Sin embargo, viendo á Cicerón dispuesto á lanzarse nuevamente en la lucha, no quiso disuadirle; al contrario, se alegró de su intención y le comunicó la mala impresión causada en Roma al verle partir; le aconsejó que volviese á Roma en seguida para ponerse al frente de la oposición contra Antonio (2). Pero Cicerón empezaba á sentir menos ardor, y otra vez le asaltaban las dudas. ¿Para que marchar á Roma? Supuesto lo que era el Senado, ¿podía hacer cara á Antonio? (3) Tras la ley sobre la Galia vendría la cuestión de la amnistía, y no sería cosa fácil hacer

(1) Cornelio Nepote, *Ático*, VIII, 6.
(2) Cicerón, *A.*, XVI; VII, 5, y sig.
(3) Idem. *A.*, XVI, VII, 7.

la oposición á Antonio y á los veteranos en este terreno. Entre tanto, Hircio cuya salud hacía tiempo que estaba quebrantada, cayó tan gravemente enfermo (1) que los conservadores tuvieron un nuevo motivo de inquietudes. Si Hircio moría, Antonio haría seguramente elegir en su puesto á un franco cesarista para el consulado del año 43. Sin embargo, los elogios recibidos por Pisón, el deseo de hacer olvidar su reciente viaje, las bellas exhortaciones de los que decían que sólo él podía salvar la república, no dejaban de actuar en Cicerón; los cuidados que le inspiraban sus asuntos propios también le hacían desear volver á Roma. El pánico causado por la *lex de permutatione* había subvertido todo el presupuesto con tanto cuidado hecho por Ático; éste le había escrito poco antes que, para pagar sus deudas le sería necesario cobrar créditos, porque ya no era posible encontrar dinero á préstamo (2). Pero, tratándose de tiempos tan difíciles, Cicerón apenas podría exigir el reembolso de los créditos si no iba personalmente en busca de los deudores. Habiendo, pues, triunfado de estas últimas dudas, Cicerón llegó á Roma el 31 de Agosto, y fué calurosamente acogido por sus amigos y admiradores (3). Afortunadamente, cuando llegó, Hircio estaba fuera de peligro.

---

(1) Cieerón, *Fil.*, xv, 37.

(2) Idem, *A.*, XVI, vii, 6.

(3) Idem, *Fil.*, V, vii, 19, dice que el 1.º de Septiembre se celebró la sesión á que no asistió Cicerón, y en la que Antonio formuló amenazas contra él á propósito de esta acogida. Plutarco, *Cic.*, 43, dice que esta sesión se celebró al siguiente día de su llegada. Luego fué el 31 de Agosto cuando Cicerón llegó á Roma.

VII

Los veteranos á subasta.

Cuando Cicerón llegó á Roma, Antonio ya había promulgado otras dos leyes: una *lex de tertia decuria* y una *lex de vi et majestate*, y había dado orden á cuatro de las legiones de Macedonia—la segunda, la cuarta, la trigésima quinta y la legión de Marte—que surcasen el Adriático. De esta suerte, incorporándoles la legión de la Alondra, dispondría en Italia de una fuerza considerable, si Décimo no se resignaba á acatar la ley á su regreso de los Alpes. En cambio no había presentado ninguna proposición sobre la amnistía; es decir, que procuraba siempre halagar al pueblo y al partido cesarista, sin por eso abordar esta cuestión que le parecía peligrosa. Si los conservadores tenían tanto miedo de verle tocar á la amnistía, él no tenía menos miedo. Así, por la primera de estas leyes halagaba á los soldados destruyendo la reforma aristocrática de los tribunales, que César había hecho en el 46; ya no serían exclusivamente los senadores y los caballeros, es decir, los ciudadanos de las altas clases, sino también los centuriones, los oficiales subalternos del ejército, los que serían inscri-

tos, sin consideración censitaria, en las listas de ciudadanos, entre quienes se sacaba por suerte los jueces de las *cuæstiones* (los que hoy llamaríamos jurados). La segunda de estas leyes decidía que cualquier ciudadano condenado por *majestas* ó por *vis* (todos los delitos referentes al orden público estaban incluídos en estas dos denominaciones) tendría el derecho, abolido por Sila y por César, de la *provocatio* ó apelación á los comicios (1). Por esta ley, Antonio condenaba el suplicio de Erófilo y las matanzas del 47, haciendo casi imposible el reprimir rápidamente las sediciones. En fin, para dar sin peligro otra satisfacción al pueblo—aunque desde otro punto de vista resultase una gran audacia—Antonio quería proponer al Senado en el siguiente día, 1.º de Septiembre, que se añadiesen á los honores fúnebres que todos los años tributase á César su familia, rogativas públicas, como las que se consagraban á los dioses: en otros términos, que se deificase á César y se le colocase en el número de los dioses (2). Esta superstición oriental, tan odiosa á los romanos, había realizado grandes progresos en dos meses. Desde las primeras é ingenuas ofrendas hechas por el pueblo bajo é ignorante en el altar de Erófilo, habíase llegado en un mes á las declamaciones de Octavio sobre el cometa y el alma del dictador, y ahora, al cabo de otro mes, quería inaugurarse oficialmente el culto de César.

El partido popular parecía de nuevo victorioso: su victoria hasta parecía más brillante que la del 59. Y sin embargo, Antonio no sabía imitar á César en la

(1) Cicerón, *Fil.*, I, VIII, 19; I, IX, 21.

(2) Idem, *Fil.*, I, VI, 13.

energía con que éste había sabido aprovecharse hasta el fin de su victoria, sin dejar un momento de tregua á sus adversarios. Hasta entonces había obrado con gran circunspección, dudando, tergiversando, volviendo sobre sus pasos: adoptaba infinitas precauciones, para defender su vida (1); la menor oposición le causaba inquietudes; las fatigas, las emociones y la orgía, aún le volvieron más irascible que de ordinario (2). Y es, que si ambos hombres eran diferentes, la situación también había cambiado desde el primer consulado de César, y cambiado en detrimento de su imitador. En la época del primer consulado de César, los recuerdos de la guerra civil de Sila y de Mario estaban lejanos; la conjuración de Catilina, cuyo peligro se había exagerado bastante, estaba vencida; recientes las victorias de Lúculo y de Pompeyo en Oriente; las riquezas de la nación aumentaban con rapidez; la vida intelectual era muy activa. Aunque existiese la costumbre de quejarse siempre, se tenía confianza en el porvenir, apenas se creía en la posibilidad de una gran catástrofe; se aceptaban sin gran preocupación todas las dificultades presentes, las deudas, el desorden administrativo, la corrupción y la inestabilidad política. Así es que, la revolución realizada por César se aceptó pasivamente ó aún se admiró por esa burguesía que tan activamente transformaba la vida social de Italia. En cambio, ¡qué diferencia ahora! Todas las clases y todos los partidos habían sufrido tan amargas decepciones y habían pasado por tantas pruebas, que ricos y pobres, conserva-

(1) Cicerón, *A.*, XV, xx, 4: *iste qui umbras timet* (Antonio).
(2) Idem, *Fil.*, I, xi, 27: *eum* (Ant.) *iracundum audio esse factum.*

dores y hombres del partido popular estaban igualmente cansados, hastiados y recelosos; la vida social y política estaba análogamente desorganizada. Aunque toda Italia estuviese más imbuída que nunca del espíritu conservador, del temor á las revoluciones, del odio á la democracia, del amor al orden, ya no existía en realidad el partido conservador, y las clases superiores se debilitaban en un egoísmo brutal que Ático reflejaba en una carta escrita por esta época á Cicerón: «Si la República se pierde, salvemos al menos nuestro patrimonio» (1). Pero con tal egoísmo ¿no se corría el riesgo de perder simultáneamente el patrimonio y la república? Entre los jóvenes ninguno osaba ya aventurarse en la lucha contra la revolución; ya no se veía á los hombres nuevos acudir en ayuda de los viejos que, diezmados y dispersos, no se bastaban para defender los intereses de las clases ricas; apenas si algunos ciudadanos más audaces y enérgicos se defendían ellos mismos. Pero, como especie de compensación paradógica, los proyectos concebidos por estos hombres aislados, en la desorganización general de su partido, solían ser de una temeridad casi insensata. Si Casio quería marchar sólo, con algunas barcas, á la conquista de Oriente, otro (ignoramos quien fuese éste) tramaba al mismo tiempo algo mucho más audaz y difícil, de acuerdo con algunos conservadores de los menos indolentes: tratábase de sublevar á las legiones de Macedonia contra su general, y esto, por todos los medios, aún acusando á Antonio de ser un partidario de César demasiado tibio y poco fiel, aún acudiendo no sólo á

(1) Cicerón, *A.*, XVI, III, 1.

los amigos que muchos conservadores tenían entre los oficiales de estas legiones, pero también al mismo Octavio, y por su mediación á sus amigos, que eran bastante más numerosos. Las primeras tentativas para indisponer á Octavio y á Antonio habían fracasado por interponerse los veteranos; pero ni Marcelo ni los otros nobles amigos de la familia habían cesado por eso de sembrar la desconfianza en el ánimo de Octavio, persuadiéndole de que, apesar de la reconciliación no debía de fiarse de Antonio; al contrario, tenía que ayudarles á sembrar la protesta entre los soldados del audacísimo cónsul. Pero si la acción del partido conservador se reducía á estas intrigas aisladas, el partido popular no estaba más unido ni era más fuerte. Sin duda tenía todas las simpatías del pueblo, en el cual no cesaba de aumentar la admiración por César y el odio por los asesinos; también estaba sostenido por una fuerte coalición de intereses, por los veteranos y por los colonos de César, que deseaban conservar lo recibido del dictador, ó recibir lo que les había prometido. Los veteranos pedían á gritos nuevas batallas; en cambio, ofrecían á sus jefes lo que quisieran y aún el imperio del mundo ¿Pero, quién osaría aceptar esta espada sin temblar? ¿Quién podría olvidar la cobardía de los idus de Marzo? César, el conquistador de la Galia, el fundador de tantas colonias, el dictador de por vida, asesinado por sus amigos y por sus obligados, en el Senado, en pleno día, ante los ojos de otros amigos y de otros obligados, sin que nadie se atreviese á correr en su auxilio! ¿Quién podía olvidar el espantoso desarrollo del partido popular á la muerte de su jefe, la precipitada desorganización que en pocos meses lo había

reducido á él, el partido árbitro del imperio, á un conglomerado de miserables, de bandidos y de aventureros? ¿Quién podía sustraerse á la desanimación general, que invadía á todos los espíritus? Nadie creía ya, como antaño, que todas las conquistas triunfasen; que las deudas se pagasen sin dificultad, que la crisis política y económica, que desgarraba á Italia, pudiese terminar algún día. Italia había buscado recientemente remedio á sus males con un esfuerzo desesperado: pero, ¿para qué había servido la guerra civil sino para envenenar todos los males? La gran propiedad fué atacada y muchos inmensos patrimonios, como los de Pompeyo y de Labieno, fueron conquistados y repartidos; buen número de tribunos, centuriones y soldados de César adquirieron bienestar y riqueza (1); pero si la muchedumbre no llegó á ser más pobre, lo cierto es que aún llegó á estar menos satisfecha que antes, y la clase media no estaba menos empeñada. Durante algún tiempo se erigió sobre la antigua lucha de facciones una vigorosa dictadura revolucionaria; pero una mañana la derribaron bruscamente algunas puñaladas, y la situación del mundo romano aún empeoró. El Estado ya no se veía gobernado, ni siquiera por las antiguas facciones; sino que unas veces dependía de Erófilo y otras de Fulvia. En una situación tan incierta, Antonio no podía acariciar muy dulces ilusiones, apesar de que, no sólo las tribus, pero también los caballeros y los usureros uniesen sus esfuerzos para erigir monumentos á su hermano Lucio; apesar de que su esposa Fulvia pudiese comprar fácilmente, en estos tiempos de crisis, inmensos

(1) Véase Cicerón, *A.*, XIV, x, 10, 2.

dominios que personas complacientes (1) le vendían á crédito; apesar de que el Senado obedeciese con docilidad sus órdenes. Después de haber visto á César asesinado por sus más caros amigos, y, durante estos últimos meses, á tanta gente dar media vuelta, cambiar de opinión y traicionar de la noche á la mañana, Antonio, apesar de haberse visto obligado por los acontecimientos á tomar la dirección de este conglomerado de aventureros que componían el partido de César, desconfiaba demasiado de ellos para comprometerse á la ligera, al frente de esta partida, en una acción decisiva. Obligado á subir una pendiente rápida y resbaladiza, apoyándose en escombros que rodaban bajo sus pies, necesariamente tenía que desconfiar de todo y de todos.

Así, el retorno de Cicerón y la gozosa acogida que tuvo, irritaron vivamente al cónsul. ¿Volvería á encontrar un jefe la oposición, y un jefe de tanta autoridad? Bruto y Casio se habían ido; pero Antonio no ganaba gran cosa, puesto que Cicerón volvía, y justamente para la sesión que había de celebrarse al siguiente día en el templo de la Concordia. Sin embargo, Cicerón no fué al Senado el 1.° de Septiembre; envió á un amigo para prevenir á Antonio que las fatigas del viaje le retenían en su casa (2). Es mucho más probable que Ci-

(1) Cornelio Nepote, *Ático,* IX, 3.

(2) Cicerón, *Fil.*, I. v, 12; Plutarco, *Cic.*, 43. Plutarco pretende que no acudió porque se le tendieron emboscadas; pero esto no puede ser verdad. Ni Antonio ni nadie podían pensar en tal maldad. Esa es la explicación dada por los enemigos de Antonio, que, á causa de esto, χαλεπῶς μὲν εἶχεν ἐπὶ τῇ διαβολῇ, se indignó como de una calumnia. Por eso he supuesto que Antonio, en su arrebato, protestó contra la calumnia.

cerón no osase oponerse á la deificación de César por miedo á los veteranos, y que no pudiendo asistir al Senado y callarse ideó esa excusa. De todas suertes, Antonio tenía que haberse alegrado. ¿Qué ocurrió entonces en él? Este hombre, violento por naturaleza, y que ahora se encontraba más irritable que de costumbre, ¿cedió á un súbito movimiento de rabia? ¿Fingía encolerizarse para inspirar miedo á Cicerón y obligarle á huir de Roma? Ambas suposiciones son verosímiles. Lo cierto es que, cuando se le comunicó el mensaje, se apoderó de Antonio un terrible furor, se puso á gritar en pleno Senado que Cicerón quería dar á entender que se le tendían emboscadas y que estaba en peligro; que Cicerón le calumniaba y afrentaba; que él, Antonio, emplearía todos sus derechos de cónsul para hacerle venir por fuerza al Senado; que, si resistía, enviaría soldados y herreros para romper las puertas de su casa (1). La sorpresa y la confusión fueron extremas; los senadores se levantaron en seguida para suplicarle que se calmase, y, sea que Antonio comprendiese que había ido demasiado lejos, ó que su rabia sólo fuese simulada, acabó por anular la orden de que Cicerón fuese conducido por la fuerza al Senado (2). En seguida se aprobaron los honores que habían de tributarse á César (3). Pero si Antonio, con sus amenazas, había seguramente causado miedo á Cicerón, también había ultrajado al más

(1) Cicerón, *Fil.*, I, V, 12; Plutarco, *Cic.*, 43. Los herreros tendrían que emplearse para forzar las puertas y no para destruir la casa, como pretenden muchos historiadores.

(2) Plutarco, *Cic.*, 43.

(3) Cicerón, *Fil.*, I, VI, 13: *quod vos inviti secuti estis.*

ilustre personaje del Senado, y de una manera tal, que éste, á pesar de su avanzada edad y de su debilidad, no podía dejar de reparar la injuria. Y, en efecto, el anciano la reparó, no obstante el miedo que le inspiraba Antonio y sus veteranos, en un discurso mesurado y lleno de dignidad que escribió este mismo día, el primero de los discursos contra Antonio, á los cuales, y en recuerdo de Demóstenes, dió más tarde, mitad en broma y mitad en serio (1), el nombre de filípicas que han conservado. En ese discurso empezó explicando su viaje y su ausencia del día precedente; se quejó de las invectivas de Antonio, pero brevemente y con cierta gravedad, como sintiendo tener que hablar de cosas que tan poco convenían á sus dignidad. En seguida consideró el estado de la república: censuró la política de Antonio, pero con moderación y de una manera singular, pues le acusaba de no haber respetado las decisiones y las leyes de César, y pareció decir á los veteranos que él deseaba más sinceramente que Antonio el respeto á la voluntad del dictador. En fin, censuró las leyes de Antonio, no por lo que contenían, sino porque el procedimiento había sido irregular, y acabó por aconsejar á Antonio y Dolabela á que se calmasen, que no abrigasen ambiciones parricidas, que pusiesen en práctica la clásica teoría constitucional de Aristóteles, de la que se había convertido en vulgarizador: *libertate esse parem ceteris principem dignitate*, ser el primer ciudadano en una república de ciudadanos iguales (2). En suma, en este discurso se manifestaba dispuesto á aceptar las

---

(1) Cicerón, *ad Brut.*, II, v, 4.
(2) Idem, *Fil.*, I, xiv, 34.

excusas, si querían dárselas. Pero Antonio no se mostró en el Senado el 2 de Septiembre (1). Quizás tuvo miedo á la elocuencia de Cicerón — como éste tuvo miedo de sus veteranos — y sentía encontrarse poco fuerte para contestarle. De todos modos, esta ausencia era para Cicerón una nueva afrenta. En efecto, del Senado salió enemigo declarado de Antonio; ya no le saludó al encontrarle en la calle (2); se puso á tratarle — no en público, sino en sus cartas — de loco, de gladiador y de hombre perdido (3), á acusarle de preparar una matanza de senadores y de grandes que había de empezar por él (4), á sospechar de estar corrompidos todos los que no se declaraban francamente enemigos de Antonio (5).

La tendencia á atribuirse naturalmente malas intenciones, esa especie de recíproco delirio persecutorio entre los hombres, los partidos y las clases, que se propaga en las grandes crisis sociales, es una enfermedad peligrosísima, pues el que exagera el número y furor de sus enemigos suele llegar á cambiar en enemigos verdaderos á los que sólo eran enemigos imaginarios. Esto es lo que entonces ocurrió. Entre los conjurados ninguno se daba cuenta de la perplejidad y de las dudas de Antonio; figurábanse todos que, apenas llegadas á Italia las legiones macedónicas, anularía la amnistía, y ante el peligro inminente que amenazaba á cuantos habían

---

(1) Cicerón, *Fil.*, I, VII, 16; I, XIII, 31.
(2) Plutarco, *Cic.*, 43.
(3) Cicerón, *F.*, XII, II, 1: *homo amens et perditus*, *F.*, XII, III, 1.
(4) Idem, *F.*, XII, II, 1.
(5) Idem, *F.*, XII, II, 2-3.

tomado parte en la conjuración, pusiéronse á intrigar más activamente cerca de las legiones de Macedonia y de Octavio. ¿Se dejaría éste persuadir? Es probable que no, aunque la cosa parezca insegura; en cambio, parece que por esta época Antonio se dió cuenta del gran trabajo de intrigas que se realizaba entre las legiones de Macedonia. No podría explicarse de otro modo por qué Antonio salió en este momento, y sin razón explicable, de su prudente indecisión y se lanzó furioso contra los conjurados, contra los conservadores y contra Octavio. Súbitamente, pasados diecisiete días de silencio, cuando todos se figuraban que ya no respondería á Cicerón, convocó al Senado para el 19 y pronunció un discurso violentísimo contra el gran orador, al que acusó de haber organizado la conjuración contra César (1). Cicerón, partícipe de la cólera y del temor que le inspiraban Antonio, sus maquinaciones y sus veteranos, no salió este día de su casa (2). Entre tanto, durante la segunda mitad de Septiembre, llegó la noticia de que Décimo Bruto había vuelto de su expedición á los Alpes y que había sido aclamado *imperator* por sus soldados (3). Habiendo recobrado ánimos los conservadores, Antonio se esforzó en despertar entre los suyos el entusiasmo cesarista, é hizo inscribir en el pedestal de una estatua de César instalada en los Rostros: *Parenti optime meri-*

(1) Cicerón, *Fil.*, II, XII, 30; *F.*, XII, II, 1.

(2) Idem, *Fil.*, V, VII, 20.

(3) Sternkopp, *in Philologus*, 60, págs. 303-304, supone, alegando buenas razones, que la carta de Cicerón, *F.*, XI, 4, se escribió en Septiembre, y que la carta *F.*, XI, VI, 1, es la contestación, colocada por error al principio de otra carta que comprende los §§ 2 y 3.

to (1); el 2 de Octubre pronunció en una reunión popular un discurso tan violento contra los conjurados, que los conservadores dieron ya por abolida la amnistía del 17 de Marzo (2); en fin, algunos días después, el 4 ó el 5, tendió un lazo á Octavio (3). Súbitamente circuló estos días el rumor de que Antonio había descubierto en su casa á unos sicarios enviados para asesinarle, y que esos sicarios declararon haber sido sobornados por Octavio. La emoción fué vivísima en Roma y las impresiones muy diferentes. Por lo demás, eran pocos los que daban crédito al rumor; Cicerón y los más violentos enemigos de Antonio hasta felicitaron al presunto autor y deploraron que hubiese errado el golpe; pero la madre de Octavio tuvo miedo; corrió en busca de su hijo, le suplicó que se alejase de Roma durante algún tiempo para que la tempestad se alejase. Octavio dió entonces prueba de una gran firmeza; no sólo no quiso salir de Roma, pero también dió orden de que las puertas de su casa se abriesen á todo el mundo, como de costumbre, á las horas de visita, y como de costumbre también, recibió á los clientes, á los pretendientes y á los veteranos. Antonio, entre tanto, reunió á un grupo de amigos para referirles la declaración de los sicarios y pedirles consejo. Pero entonces ocurrió una curiosa escena en presencia del cónsul. Cuando éste acabó de hablar todos comprendieron que, so color de consejo, Antonio les deman-

(1) Cicerón, *F.*, XII, III, 1.

(2) Idem, *F.*, XII, III, 2; XXIII, 3.

(3) Según Nicolás de Damasco, 30, el atentado tuvo lugar cuatro ó cinco días antes de la marcha de Antonio, que se efectuó el 9 de Octubre, *F.*, XIII, XXIII, 2.

daba que compartiesen la responsabilidad de una falsa acusación y de un proceso contra el hijo de César. Pero la responsabilidad era grave, y sobrevino un penoso silencio, pues nadie osó dar su consejo. Sin embargo, alguien se atrevió á quebrantar ese silencio, y pidió que compareciesen los sicarios y que se les interrogase ante ellos. Entonces Antonio, luego de haber respondido que no era necesario, habló de otras cosas; sus amigos, muy embarazados, le dejaron hablar sin interrumpirle, y poco después los despidió á todos (1). Nadie oyó hablar ya de los sicarios.

El golpe, aunque bien dirigido, marró; pero los que rodeaban al cónsul concibieron mayores temores por las legiones de Macedonia. Tan viva se hizo la inquietud, que Antonio y Fulvia (2) decidieron salir á su encuentro en Brindisi, y en efecto, marcharon el 9 de Octubre (3). Fácil es figurarse en qué estado de ánimo:

(1) Es éste uno de los puntos más obscuros en la historia de Octavio. Aunque en la historia escrita para él trascienda algo el cortesano, he seguido el relato de Nicolás de Damasco, porque es bastante verosímil. No es posible, como observa Appiano, *B. C.*, III, 39, que Octavio pensase entonces en matar á Antonio; hubiese sido una empresa difícil, peligrosa, audacísima, y, por lo mismo, en contradicción con la prudencia y las habituales dudas de Octavio. Si Antonio, que era mucho más fuerte y audaz, no se arriesgaba á matar á Octavio, no es posible que el débil Octavio quisiese matar á Antonio. Además, Cicerón, *F.*, XII, XXIII, 2, dice que nadie en Roma tomó en serio la acusación. Las afirmaciones de Suetonio, *Aug.*, 10, y de Séneca, *de Clem.*, I, IX, 1, no pueden prevalecer contra las otras fuentes y la verosimilitud.

(2) El relato de los suplicios de los centuriones en Brindisi, demuestra que Fulvia fué con Antonio. Véase Cicerón, *Fil.*, III, 4; V, VIII, 22.

(3) Cicerón, *F.*, XII, XXIII, 2.

por todas partes esperaban encontrar sobornadores y protestantes. Pero ahora los siguió Octavio, pasados algunos días. El lazo que Antonio le había tendido, no sólo había demostrado á Octavio y á sus amigos que los conservadores tenían razón y que Antonio deseaba acaparar para él sólo la herencia de César; también había predispuesto en favor de Octavio á los conservadores enemigos de Antonio (1), á quienes el odio hacía suponer que Octavio deseaba ser para Antonio un nuevo Bruto. Y, en efecto, se vió colmado de elogios y felicitaciones por todos estos aristócratas, como un digno émulo de los conjurados y por un proyecto en el que nunca había soñado; había oído á su alrededor desear á todos que Antonio no hubiese escapado ahora á la muerte, que sus soldados se rebelasen, que alguien tuviese el valor de recurrir á un audaz golpe de Estado para arrancarle el poder. Octavio, que era de natural prudente y casi tímido, y que estaba en los comienzos de su carrera política, difícilmente hubiese intentado la audacísima empresa que muy pronto referiremos, si no se hubiese sentido ayudado ó al menos aprobado por poderosos personajes. Es, pues, permitido el suponer que no sólo aceptó estos elogios como si le fueran debidos, y que verdaderamente se hizo pasar como hombre que intentaba la muerte de Antonio; pero también que los violentos discursos de los conservadores, y sobre todo los de su cuñado Cayo Marcelo, le sugirieron la idea de reclutar en la Campania una guardia entre los

(1) Cicerón, *F.*, XII, XXIII, 2: *prudentes et boni viri et credunt factum et probant... magna spes est in eo* (Octavio). *Nihil est quod non existimetur laudis et gloriæ causa factorus.*

veteranos de César, como había hecho Antonio en el mes de Abril, y que habiendo comunicado esta idea á sus amigos conservadores, fué vivamente aprobada por ellos. Pensaban todos que, en una situación tan desesperada, sería conveniente tener en Roma dos cuerpos de veteranos cuyas fuerzas, si eran enemigos, podrían equilibrarse. Eran estos consejos dictados por el odio hacia Antonio, é inspirados en esa ligereza de que dan prueba los hombres cuando aconsejan sin empeñar su responsabilidad. Pero el peligro era ya tan grande que, por más de que Roma jamás hubiera visto nada tan temerario, Octavio y sus amigos se decidieron al fin. Reunieron á sus criados y clientes, cargaron en mulas todo el dinero que pudieron y, formando un gran grupo, marcharon á Capua, con el pretexto de vender algunos dominios que pertenecían á la madre de Octavio (1). Cicerón también salió por entonces de Roma (2). Para contestar á los discursos de Antonio, había empezado á escribir la segunda filípica, que es una maravillosa caricatura y que muchos historiadores han cometido el error de tomar por un retrato; en ella derramaba toda la rabia que le había causado la afrenta de Antonio. Pero no pensaba en publicar esta filípica; en fuerza de atribuir á su enemigo proyectos de matanza, había acabado por sentir verdadero miedo ante la próxima llegada de las legiones. Dirigióse, pues, á Puzzolo para reanudar sus estudios y comenzar su *De officiis*.

(1) Nicolás de Damasco, XXXI.

(2) La carta *F.*, XII, XXIII, 2, nos demuestra que el 12 de Octubre aún estaba en Roma; y la carta *A.*, XV, VIII, 1, que el 25 llegó á Puzzolo.

Así, en la segunda quincena de Octubre, mientras que Cicerón se ocupaba en describir las perfectas costumbres de una ciudad ideal, los agentes de Octavio y los de Antonio, se disputaban en la Italia del Sur los veteranos de César y los nuevos reclutas, Antonio había ido á Brindisi, donde entre las nonas y los idus de Octubre desembarcaron en dos veces las cuatro legiones y una numerosa caballería gala y tracia (1). Pero su estado de espíritu no era nada tranquilizador. Las cartas que Octavio había escrito durante los meses anteriores á sus amigos de Macedonia denunciando á Antonio como traidor al partido de César, no habían carecido de efecto, sobre todo entre los antiguos soldados del dictador, que eran numerosos en la cuarta legión y en la legión de Marte; las intrigas de los oficiales amigos de Octavio y las de los oficiales amigos de los conservadores aún avivaron más la irritación; en fin, los soldados quizás estaban descontentos de que se les impidiese tomar parte en la guerra de los partos, que todo el mundo consideraba como inminente y que debía de ser muy lucrativa, para enviarlos á la Galia, donde permanecerían inactivos y pobres. Cuando menos esperaban como compensación un buen *donativum*. Por todas estas razones, la acogida hecha por los soldados al general fué tan poco cariñosa, que cuando Antonio los reunió par a dirigirles la palabra y subió al tribunal, no se oyó ningún aplauso. Descontento de esta frialdad, Antonio cometió una segunda falta quejándose de ella en el exordio de su discurso; luego incurrió en otra más gra-

---

(1) Véase Schmidt *Neue Jahrbücker für Philologie and Paedagogik, Supl.* 13, págs. 720-721.

ve declarando sus sospechas, quizás exagerándolas, deplorando que sus soldados hubiesen tolerado—en lugar de denunciarlos—á los emisarios de Octavio llegados para fomentar la protesta. Luego, tras la amargura de los reproches, les ofreció la miel de una bella promesa: les distribuiría 400 sestercios. Pero los soldados esperaban mucho más, y al terminar el discurso hubo un estallido de risas, de gritos y de invectivas. El irritable Antonio sintió entonces que se despertaban en él sus instintos autoritarios; hizo instruir un proceso; ciertos centuriones que en sus hojas individuales (la palabra es moderna, pero la cosa es antigua) (1) estaban indicados como sediciosos, fueron detenidos y llevados á la casa donde se había hospedado, y, si sus enemigos no han exagerado el hecho, se les condenó á muerte en presencia de Fulvia. Según dice Cicerón, esta terrible mujer quiso asistir al sangriento espectáculo y sus ropas se empaparon con la sangre que corría de la garganta de un centurión (2).

Las legiones se amedrentaron y callaron; pero el mis-

(1) Appiano, *B. C.*, III, 43.

(2) Idem, *B. C.*, III, 43-44. Véase Cicerón, *A.*, XVI, VIII, 2. El relato de estos sucesos que se encuentra en Appiano es bastante verosímil; sin embargo, se equivoca al suponer que los emisarios de Octavio estaban ya gestionando. Difícil es decir exactamente en qué consistieron los suplicios de Brindisi: los detalles que da Appiano son harto sucintos, y los de Cicerón demasiado fragmentarios y sospechosos. ¿Es posible que Antonio condenase á muerte 300 personas? Cicerón, *Fil.*, III, IV, 10. ¿Pertenecían los centuriones á todas las legiones ó simplemente á la de Marte, como parece decir Cicerón, *Fil.*, XII, VI, 12; XIII, VIII, 18? Además, según Cicerón, Antonio realizó dos ejecuciones: la una en Brindisi, la otra en Suessa Aurunca. Ignórase en qué fecha ni por qué razones se consumó esta última.

mo Antonio les había sugerido con sus sospechas la idea de la revuelta, y como para dar más consistencia á esta idea, cambió á todos los oficiales y ordenó severas investigaciones para descubrir á los sobornadores enviados por Octavio. No se les pudo encontrar, porque no existían (1). Por desgracia, Antonio no sólo sugirió á los soldados la idea de la rebelión, sino lo que aún era peor, al mismo Octavio, que tuvo noticia de estos sucesos en la Campania, mientras lograba reunir unos 3.000 veteranos (2) alrededor de Casilino y de Calacia, haciendo en sus discursos la apología de César, al que decía querer vengar, y aún más sirviéndose del oro que había conducido en las mulas, pues ofrecía dos mil sestercios á cada uno. Puesto que Antonio tanto lo temía, parece que era fácil arrastrar á la protesta las legiones de Macedonia: al presente tenían ya algo más que vagos motivos de descontento. El suplicio de los centuriones las había exasperado. La empresa era sin duda muy audaz y peligrosa; pero Octavio se veía empujado á ella por las imprudencias de Antonio, por la facilidad del reclutamiento y por las exhortaciones que recibía de Roma. Se decidió, pues; y como Antonio había dirigido tres legiones á lo largo de la costa adriática para pasar á la Galia cisalpina (3) mientras que él iría á Roma con la otra legión y la de la Alondra, Octavio

(1) Appiano, *B. C.*, III, 44.

(2) Suetonio, *Aug.*, 10; Dión, XLV, 12; Appiano, *B. C.*, III, 40; Cicerón, *A.*, XVI, VII, 1. El testimonio de Cicerón al decir que Octavio reunió 3.000 veteranos, es más seguro que el de Appiano pretendiendo que fueron 10.000.

(3) Cicerón, *A.*, XVI, VIII, 2.

envió emisarios á las tres primeras legiones, prometiéndoles también dos mil sestercios por soldado, si querían declararse en su favor. Lejos de Antonio, tendrían más valor para sublevarse (1). Sin embargo, aun que las circunstancias favoreciesen la empresa, resultaba muy por encima de algunos jóvenes sin experiencia ni autoridad, para que Octavio y sus amigos no estuviesen estos días agitados, dubitativos é irresolutos. No sabían qué hacer de sus tres mil hombres, si dejarlos en Capua ó llevarlos á Roma; preguntábanse si Octavio debía de marchar á las otras colonias de César, ó en busca de las legiones de Macedonia que se dirigirían á Rímini (2); deseaban ser aconsejados y ayudados por influyentes personajes, que participando de su responsabilidad, aligerasen un poco la carga que pesaba sobre sus hombros. Habiendo sabido que Cicerón estaba en Puzzolo, Octavio quiso atraerle, y le escribió una carta solicitándole una entrevista secreta, en Capua ó en cualquier otro sitio (3).

---

(1) Cicerón, *A.*, XVI, VIII, 1-2: *quas sperat suas esse.*
(2) Idem, *A.*, XVI, VIII, 1-2.
(3) Idem, *A.*, XVI, VIII, 1-2.

VIII

El «De Officiis».

Cicerón, que recibió esta carta en Puzzolo el 1.° de Noviembre (1), fué secretamente informado algunos días antes—por Servilia, según parece—de otras cosas importantes: Marco Escapcio y un criado de Cecilio Baso, habían llegado de Oriente con la noticia de que las legiones de Egipto daban buenas esperanzas y de que en Siria se esperaba á Casio (2). Animado por estos informes, Casio partió inmediatamente con una flotilla (3), decidido á quitarle la Siria á Dolabela (4).

---

(1) Cicerón, *A.*, XVI, VIII, 1.

(2) Idem, *A.*, XV, VIII, 4. Admítese ya por todos que esta carta se colocó por error entre las del mes de Junio, y que la fecha que aparece al principio debe de leerse, VIII, Kal. Nov.

(3) Las cartas de Cicerón, *F.*, XII, 2 y 3, hacen ver que Casio aún estaba en Italia durante la primera quincena de Octubre; fué, pues, en este mes cuando tuvo que marchar, como supone Schmidt, *Rhein Mus.*, 1898, 235. La vaga expresión de *paucis post diebus*, que Cicerón emplea en *Fil.*, X, IV, 8, no puede dar pretexto á una objeción. Es bastante verosímil que Casio partió luego de haber recibido las cartas de que habla Cicerón, *A.*, XV, XIII, 4.

(4) Cicerón, *Fil.*, XI, XII, 28.

Pero si estas noticias causaron algún contento al viejo escritor (1), no por eso pudieron curarle del profundo desánimo que se había apoderado de él desde hacía algún tiempo. Antonio le parecía ahora invencible; ya no esperaba que pudiera contenérsele. Cansado y disgustado, Cicerón se resignó, pues, con su destino; ya no quería ocuparse en ningún negocio público; ni siquiera quiso publicar la segunda filípica que había terminado y enviado á Ático (2); y mientras que fuera todo parecía desplomarse en un abismo de codicia, de lujo, y de deudas, él, en su *villa* solitaria al lado del golfo, durante los días fríos, nubosos y ventosos de Noviembre, trabajaba con fervor en erigir sobre el papel la república ideal. Había terminado los dos primeros libros y avanzaba en el tercero de su tratado sobre el Deber, que tras algunas indecisiones intituló en latín *De officiis* (3). En tanto que tratado doctrinal sobre el bien y el mal, el libro es poco notable, pues sólo es una compilación hecha apresuradamente de Panecio y de Posidonio é interpolada de reminiscencias aristotélicas y platónicas, de reflexiones y de recuerdos personales sobre la historia de la Roma antigua y contemporánea. En cambio, el libro merece ser leído con mucha atención por los historiadores, porque éstos pueden encontrar en él—entre las discusiones filosófi-

---

(1) Cicerón, *A.*, XV, XIII, 4 y 7.

(2) Idem, *A.*, XV, XIII, 1 y 2.

(3) Idem, *A.*, XV, XIII, 6; XVI, XI, 4. La exacta interpretación de Cicerón, t. XVI, XI, 4, me parece que es la de Remigio Salbadini, en la introducción á su edición anotada del *De officiis*, Turín, 1889, págs. VIII y XI.

cas—una importante teoría sobre la regeneración social y moral de Roma. El que no recuerde á cada página que este libro se escribió durante el Otoño del 44, en una especie de enervamiento causado por las amarguras de la guerra civil, por la emocionante tragedia de los idus de Marzo, por la ansiedad de las catástrofes inminentes; el que no conozca la historia de este año terrible, y día por día la vida de Cicerón durante estos meses, arrojará á un lado sin comprenderlo, entre las mediocres mezcolanzas de filosofía, este documento capital de la historia política y social de Roma. Como todos los grandes espíritus de Roma durante la segunda guerra púnica, Cicerón estaba vivamente preocupado de ver cómo por una trágica contradicción Italia se instruía y se corrompía, se enriquecía y se hacía insaciable, tenía necesidad de hombre y devenía estéril, suscitaba guerras y perdía las cualidades militares, extendía su imperio sobre los demás pueblos y enajenaba su libertad. Él también quería buscar, así como sus predecesores, el secreto medio de conciliar el imperialismo con la libertad, los progresos del bienestar, del lujo, de la riqueza, con la disciplina familiar y política, la cultura intelectual con la moral. Por eso volvía á analizar la cuestión ya examinada en el *De republica*, pero considerándola en el aspecto moral y social, y no solamente en el aspecto político. En suma, quiso investigar cuáles eran las virtudes necesarias á la clase dominante en la república ideal, cuyas instituciones había ya descrito. Y había llegado á la convicción de que, para pacificar al mundo, era preciso destruir el principio moral de la existencia, considerar á la riqueza y al poder que tan fácilmente corrompen á los hombres, no como

los bienes supremos de la vida (1), que deben buscarse y desearse por sí mismos, sino como cargas pesadas que es necesario soportar para bien de todos, y sobre todo, para bien del pueblo. ¡Qué revolución tan bienhechora podría aportar este nuevo principio en las costumbres y en el Estado! Los nobles acabarían por comprender todos sus deberes privados y políticos, que Cicerón enumera y analiza en el decurso de su obra: vivir con dignidad, pero sin extravagancia (2); consagrarse á la agricultura ó al gran comercio (3) recibir su parte en las funciones públicas, no para granjear riquezas y corromper al pueblo, sino para secundar celosamente los intereses de los pobres y de la clase media (4); emprender trabajos públicos que sean de utilidad, como muros, puertos, acueductos, caminos, y no munumentos de lujo, teatros, pórticos y templos (5); socorrer al pueblo durante las hambres sin arruinar al Tesoro público (6), y á los deudores inocentes sin abolir las deudas con revoluciones (7), dar tierras á los pobres sin arrebatárselas á los legítimos propietarios (8). Así el bien de todos se convertiría en fin del gobierno (9), y se alcanzaría por el respeto escrupuloso de las leyes, por la inteligente liberalidad de los grandes,

---

(1) *De off.*, I, 8; I, XIX, 65.
(2) I, 39.
(3) I, 42.
(4) II, 22; II, 15 y 16; II, XVIII, 63.
(5) II, XVII, 60.
(6) II, XXI, 72.
(7) II, XXII, 78; II, 24.
(8) II, XXII, 78.
(9) I, 25.

por el ejercicio de las virtudes austeras, como la fe, la franqueza y la economía. ¡Desgraciadas—escribía el amigo de Ático, mientras seguía debatiéndose entre deudas, olvidando su situación—desgraciadas de las repúblicas en que los hombres que gobiernan están acribillados de deudas y en sus negocios privados reina el desorden (1)! La república ideal que imaginaba tampoco estaba desligada de obligaciones con los pueblos que dominaba. Sobre ellos debía de ejercer su imperio con justicia y buscar el bien de ellos antes que el suyo propio (2); abstenerse de las guerras agresivas como las que César, Craso y los jefes populares habían hecho durante los últimos años (3); no realizar actos de inútil ferocidad como la destrucción de Corinto; detestar la perfidia y la deslealtad en relación con los enemigos (4); en suma, ser como hoy diríamos «pacifistas» en tanto que las condiciones sociales del mundo antiguo lo permitiesen. Sólo se serviría de la guerra como de un medio para obtener la paz, que es el bien y el supremo fin de la vida (5); á los grandes oradores preferiría: los juristas, los ciudadanos generosos y prudentes, los sabios, los filósofos, los grandes guerreros (6), pero á condición de que el amor al estudio no distrajese al ciudadano de sus deberes cívicos, que debían ser objeto constante y supremo de todos sus esfuerzos. Esta

(1) II, xv, 16.
(2) III, xxii, 87, 88.
(3) I, xi, 36; I, xii, 38; II, viii, 27.
(4) I, xi, 35.
(5) I, xi, 35; I, xxiii, 80.
(6) I, 22.

división del trabajo, causa de que en su época muchos ciudadanos ya no supiesen ser á la vez oradores, juristas, generales, administradores; esta creciente variedad de las aptitudes y de las inclinaciones individuales, que causó la ruína de las antiguas instituciones republicanas, parecía á Cicerón una decadencia. Según él, había que volver á la antigua unidad enciclopédica (1). Figurándose aliar lo que había de austero y de vigoroso en la antigüedád con lo que existía de refinado y magnífico en los tiempos nuevos, despojando á aquélla de lo que tenía de más grosero, y á éstos de lo que tenían de corrompidos, Cicerón hubiese querido fundar una república aristocrática, en la que no se encontrasen demagogos ambiciosos ni conservadores violentos, ni nuevos Silas, ni nuevos Césares, ni nuevos Gracos, pues él los juzgaba á todos con idéntica severidad (2).

Embriagado por sus grandes ensueños y disgustado de los negocios públicos, Cicerón contestó á Octavio rechazando la entrevista secreta (3). Pero apenas hubo enviado su carta cuando llegó un mensajero de Octavio, el 2 de Noviembre, probablemente. Era uno de sus clientes, un tal Cecina de Volterra; venía á contarle que Antonio marchaba sobre Roma con una legión, y que Octavio se preguntaba si debía ir á Roma con sus tres mil veteranos, ó procurar detener á Antonio en Capua, ó marchar en busca de las legiones de Macedonia. El

(1) I, VI, 9; I, IX, 28-29; I, 20; I, XXI, 71.

(2) I, XIV, 43; I, XXII, 76; II, VII, 23; II, VIII, 27; II, XII, 43; II, XXI, 72; II, 24; III, XXI, 82.

(3) Cicerón, *A.*, XVI, VIII, 1.

inconstante anciano, á quién ya habían comunicado algún valor las noticias recibidas, sintió renacer algunas ilusiones, exagerando como todos sus amigos la influencia que ejercía sobre el pueblo el nombre de César. Mientras que Casio marchaba á la conquista de Oriente, ¿no podría Octavio arrastrar al pueblo ni á las altas clases haciendo una leal oposición á Antonio (1)? Quizás entonces se pudiera vencer á Antonio y salvar la amnistía. Cicerón, pues, aconsejó á Octavio que se dirigiese á Roma. Pero el 3 recibió otras dos cartas de Octavio, invitándole que fuese á Roma y declarándose dispuesto á ponerse á las órdenes del Senado con sus soldados y prometiéndole que en cualquier ocasión se dejaría guiar dócilmente por él. Cicerón pues, volvió, á esperar y al mismo tiempo á interesarse cada vez más en los negocios públicos. El 4 y el 5, llegaron otras cartas conteniendo las mismas proposiciones y exhortaciones, pero aún más apremiantes. Octavio hasta llegaba á decirle que era preciso convocar inmediatamente el Senado (2). En suma, la adhesión del hijo de César al partido de los conjurados se acentuaba súbitamente, y el plan de Marcelo, tan quimérico en apariencia, parecía á punto de triunfar. Era esto indicio de que los acontecimientos iban á precipitarse. En efecto, Antonio, que vigilaba á sus adversarios, no ignoraba

---

(1) Cicerón, *A.*, XVI, VIII, 1; como la carta se escribió lo más tarde el 2, este día debió recibir la visita de Cecina.

(2) Cicerón, *A.*, XVI, IX, 1: *binæ uno die mihi litteræ ab Octaviano* (la carta quizás se escribió el 3): *A.*, XVI, XI, 6; *ab Octaviano quotidie litteræ* (carta escrita el 5 de Noviembre, como resulta del § 1).

que Casio había marchado á Oriente con propósito de conquistar á Siria (1); sabía que los conservadores enviaban á Décimo cartas y mensajes exhortándole para que no reconociese la *lex de permutatione*, y que algunos cesaristas, como Pansa, se inclinaban en favor de esta política (2); sabía que Octavio intrigaba verdaderamente esta vez para sobornar las legiones y que conspiraba con los conservadores, y en especial con Cicerón. Desde los primeros días de Noviembre había, pues, obligado á Dolabela para marchar sin retraso á Siria y apoderarse ante todo de Asia, que era tan rica; y adelantó su vuelta á Roma con dos legiones—una de las legiones de Macedonia y la de la Alondra—decidido á lanzarse contra la red de intrigas urdida por sus enemigos y acabar con Octavio. La ocasión parecía buena, pues el imprudente joven había cometido un gravísimo delito armando soldados contra el cónsul. Antonio pediría al Senado que le declarase *hostis reipublicæ*; el Senado no osaría absolverle, y Octavio sólo podría sustraerse á este juicio dándose muerte. Pero esta súbita marcha á Roma alarmó vivamente á Octavio y á sus amigos, que adivinaron fácilmente las intenciones de Antonio; entonces se decidieron á ir también á Roma con los tres mil veteranos y redoblaron sus esfuerzos para obtener la ayuda de los conservadores, que, luego

(1) Sabemos que Antonio se figuraba las intenciones de Casio por una carta que escribió en el mes de Marzo del 43, ante los muros de Módena, á Hircio y á Octavio, antes de que llegasen las cartas de Casio. Véase Cicerón, *Fil.*, XIII, xv, 30: *in Syriam Cassium misistis.*

(2) Véase Cicerón, *F.*, XI, v, 1.

de haberlos animado el mes pasado, podían defenderlos ahora francamente.

Pero, al llegar Octavio—hacia el día 10 de Noviembre (1)—á Roma antes de Antonio, con sus tres mil veteranos los hizo acampar cerca del templo de Marte, donde más tarde habían de alzarse las termas de Caracalla (2), y no tardó en advertir que obtendría menos socorros verdaderos que felicitaciones y palabras de aliento tuvo. Roma no era de ningún modo para él. Los conservadores rabiosos aprobaban á Octavio en sus conversaciones privadas y atacaban á Antonio, acusándole de querer entrar en Roma á sangre y fuego; pero otros muchos conservadores, más avisados y prudentes, tales como Varrón, Ático (3), los parientes y los amigos de los conjurados, desconfiaban de Octavio, y estimaban que no se podía dejar la defensa de la amnistía al hijo mismo de la víctima. Además, en el Senado, entre los magistrados y en la alta sociedad, la mayoría de las gentes tenían miedo á Antonio. Decíase que, disponiendo de tantas legiones, apenas podía ser intimidado por un joven que no estaba revestido de ninguna magistratura, y que sólo mandaba tres mil veteranos, y por lo mismo se consideraba que los aprestos de Octavio eran insensatos y criminales (4). En fin, la mayor parte de los cesaristas, y no ya solamente los que hasta entonces habían seguido á Antonio, estaban furiosos contra Octavio, á quien acusaban, y no sin

(1) Véase Ruete, *Correspondenz Ciceros*, 36.

(2) Gardthausen, *Augustus und seine Zeit*, Leipzig, 1891, I, 70.

(3) Véase Cicerón *A.*, XVI, 9; *A.*, XVI, xiv, 1; *A.*, XVI, xv, 3.

(4) Cicerón, *A.*, XVI, xi, 6: *¿Quis veniet?* (in senatum). *Si venerit, quis, insertis rebus, ¿offendet Antonium?*

razón, de traicionar á su partido en provecho de los enemigos comunes. En suma, todo el mundo estaba indignado de su audacia: hasta los que le habían inducido secretamente á alistar soldados no osaban sostenerle en público. Octavio pensó en pronunciar un discurso para explicar sus actos y disipar las prevenciones del público; y después de numerosas entrevistas y de no pocas promesas, logró que el tribuno Canucio convocase á una reunión en el foro. Pero la empresa era muy difícil, pues entre unos y entre otros las prevenciones eran demasiado numerosas. Octavio se encontró cogido en una contradicción insoluble; había denunciado á Antonio como traidor á la causa cesarista é invitado á los veteranos para defender la memoria de su padre, y ahora ofrecía esos soldados al partido conservador para defender á los asesinos de César y anular las decisiones adoptadas por éste. Para no descontentar á los hombres del partido popular ni á los conservadores, el joven habló de una manera ambigua: hizo con énfasis el elogio de César, pero no se atrevió á afirmar que había reclutado los soldados para consumar la venganza de su padre, que Antonio había descuidado; ni siquiera osó confesar que había hecho gestiones con Cicerón. Limitóse á decir que ponía sus soldados á disposición de la patria; de manera que el discurso dejó á los soldados y al pueblo indecisos y fríos, y desagradó mucho á los conservadores cuya ayuda imploraba, y singularmente á Cicerón (1). Entre tanto, la tempestad retumbaba ya sobre su cabeza:

(1) Appiano, *B. C.*, III, 41-42; Dión, XLV, 12; Véase Cicerón *A.*, XVI, xv, 3.

Antonio se acercaba, y por el camino iba lanzando violentísimos edictos contra Octavio, en los que le atribuía un origen sórdido, é insinuando que César le había adoptado por habérsele prostituído siendo muy joven, y tratándole de nuevo Espartaco (1); también lanzó un edicto convocando al Senado para el 24 de Noviembre para tratar *de summa republica*, y advirtiendo á los senadores que los que no asistiesen á la sesión se les consideraría como cómplices de Octavio (2). La familia y los amigos de éste veíanse abandonados por todos, aunque su cuñado Marcelo y su suegro Filipo procurasen ayudarle lo mejor posible. Los dos (3) y Opio, á quien Octavio había logrado atraer (4), pidieron á Cicerón que interviniese. Pero, luego de haber esperado mucho de Octavio, Cicerón, asustado por las amenazas de Antonio, otra vez llegó á desconfiar de todos, hasta de Octavio (5); y á medida que se acercaba á Roma inventaba pretextos para no hacer nada, alegando que nada podría intentarse antes del año siguiente en que Antonio ya no sería cónsul; solicitaba de Octavio prendas de sinceridad, y declaraba que se interesaría por él cuando hubiese demostrado que era realmente amigo de los matadores de César, lo que podría hacer el 10 de Diciembre, día en que los nuevos tribunos entrarían en ejercicio. Entre ellos figuraba

(1) Cicerón, *Fil.*, III, VI, 15; III, VIII, 21. Las groseras acusaciones de Antonio á que alude Suetonio, *Aug.*, 68, quizás son las mismas que Antonio emitió en esta ocasión.

(2) Cicerón, *Fil.*, III, VIII, 19.

(3) Plutarco, *Cic.*, 44; véase Cicerón, *A.*, XVI, XIV, 2.

(4) Cicerón, *A.*, XVI, XV, 3.

(5) Idem, *A.*, XVI, XIV, 2.

Casca, el conjurado que dió á César la primera puñalada. Opio se esforzaba en asegurar á Cicerón que Octavio era verdadero amigo de Casca y de todos los matadores de César (1); pero Cicerón sólo quería ocuparse en su fortuna y en el *De officiis*. Entre tanto, las tentativas hechas por Octavio y sus amigos para excitar al pueblo contra Antonio, daban pocos resultados; los veteranos reclutados en la Campania estaban indecisos: no ignoraban que corrían el riesgo de ser declarados enemigos públicos, y esto les intimidaba; además, sabían que en el partido de César muchos eran hostiles á Octavio (2). ¿No siendo más que tres mil y teniendo al frente á un jovencito, podían rebelarse contra el cónsul? Las defecciones se sucedían, y la tropa se fundía como hielo al sol.

Antonio llegó al fin á Roma, luego de haber enviado sus dos legiones á Tibur, y sin encontrar á Dolabela que había partido ya para Oriente. Los días 21 y 22 pasaron entre alternativas de esperanzas y temores. El 23 supo súbitamente que la sesión se había diferido hasta el 28 (3), porque Antonio había ido á ver su legión en Tibur, ignoramos por qué razones (4). Parece que Antonio hacía algún tiempo que estaba inquieto por el sordo trabajo que los agentes de Octavio, ayudados

(1) Cicerón, *A.*, XVI, xv, 3.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 42.

(3) Cicerón, *Fil.*, III, viii, 19-20.

(4) *Vino atque epulis retentus*, dice Cicerón, *Fil.*, III, viii, 20; pero evidentemente se trata de una invención. Puede verse por Cicerón, *Fil.*, XIII, ix, 19: *rediit ad milites; ibi pestifera illa Tiburi contio*, que el motivo del retraso fué un viaje á Tibur, el cual (sin que esto esté probado) pudo tener por objeto tranquilizar á los sol-

por los conservadores, realizaban entre sus legiones, y había sabido que los soldados, descontentos ya y mal informados sobre las verdaderas intenciones del joven, censuraban la nueva persecución dirigida contra Octavio. ¿Era posible que uno de los generales más queridos de César amenazase al hijo del dictador por haber reclutado un puñado de veteranos para apresurar la venganza de su padre? ¿Luego Antonio se había precipitado en ir á Roma con el único objeto de aniquilar á Octavio? Sin duda en el último momento se asustó Antonio por alguna noticia peor, y acudió para conservarse los adictos mediante nuevas promesas, antes de lanzar el golpe mortal, contra el hijo de César. Sea de ello lo que quiera, esta demora era una suerte para Octavio; pues durante estos cuatro días ¡podrían ocurrir tantos sucesos! Y en efecto, antes de que Antonio hubiese regresado informaron á Octavio de que las nuevas persecuciones dirigidas contra él, justamente con la cólera causada por los suplicios y la seducción de los 2.000 sestercios que había prometido, dieron buena cuenta de la legión de Marte, que se había declarado en su favor y que, abandonando las otras dos, iba á encerrarse en Alba (1). Al menos encontraría entre estos soldados un

---

dados inquietos y vacilantes. Appiano, *B. C.*, III, 45, sólo habla de la sesión del 28 y del viaje á Tibur que se efectuó después de esta sesión y no del viaje realizado entre el 24 y el 28.

(1) El pasaje de Cicerón, *Fil.*, XIII, 19: *nam Martiam legionem Albæ consedisse sciebat,* demuestra que Appiano, *B. C.*, III, 45 se engaña haciendo llegar de una manera algo melodramática la noticia de la rebelión de las dos legiones, una tras otra, á algunos minutos de intervalo. Antonio conoció la rebelión de la legión de Marte entre el 24 y el 28, cuando estaba de viaje en Tibur.

refugio en el peligro, ahora que los tres mil veteranos le habían abandonado casi todos. Además, Cicerón que no podía permanecer inactivo había acabado por escuchar las exhortaciones de Opio, de Marcelo y de Filipo y había decidido trasladarse á Roma, llegando el 27 de de Noviembre (1). Pero este mismo día también llegó Antonio; en Tibur tuvo noticia de la rebelión, y corrió inmediatamente á Alba, donde intentó que le abriesen las puertas para atraerse á los soldados, pero no pudo conseguirlo (2). Entonces se revolvió más furioso contra Octavio, decidiendo vengarse de él al siguiente día. La fortuna salvó á Octavio por segunda vez; pues, por la madrugada del 28, según parece, tuvo Antonio noticia de que la cuarta legión, trabajada singularmente por el cuestor Lucio Egnatuleyo, abrazaba con ardor—no sabemos por qué razones—el partido de Octavio (3) y

(1) La fecha dada por Cicerón, *F.*, XI, v, 1: a. d. v. idus decem, debe de corregirse como propone Ruete, *Correspondenz Ciceros*, 37 y sig. en a. d. v. Kal. decem. Verdad es que Stehnkopf, *Fil.*, X, 60, pág. 299, ha destruído diversos é ingeniosos argumentos de Ruete, demostrando que el § 1.º de la carta de Cicerón, *F.*, 11, VI, es una esquela separada, escrita probablemente en Septiembre; pero lo que resulta para mí un argumento decisivo, es que la carta 5, escrita tras la llegada de Cicerón á Roma, lo fué antes de que se conociese la rebeldía de las legiones, pues de no ser así, Cicerón, para persuadir á Décimo de la necesidad de resistir, no hubiese dejado de hablarle de esta rebeldía, como lo prueba la comparación con la carta 7. Cicerón, pues, volvió á Roma antes de la protesta de las legiones. El hecho de que Cicerón declarase que no volvería á Roma en tanto que en ella entuviese Antonio, carece de importancia, pues Cicerón se contradecía cada momento por esta época.

(2) El viaje á Alba, que Appiano, *B. C.*, III, 45 refiere al día 28, tuvo que ser antes por las razones que ya hemos expuesto.

(3) Cicerón, *Fil.*, III, III, 7; XIII, IX, 19; Appiano, *B. C.*, III, 45.

había imitado el ejemplo de la legión de Marte. En esta peregrina confusión, mientras que Octavio declaraba á los conservadores que era amigo de los asesinos de su padre, las dos antiguas legiones de César abandonaban á Antonio por Octavio acusándole — precisamente cuando se disponía á arrojar á Décimo — de ocuparse con excesiva negligencia en la venganza de la gran víctima.

Esta segunda protesta asustó de tal modo á Antonio, que renunció á su designio de acabar inmediatamente con Octavio. Si se obstinaba en perseguirle temía ver á las otras legiones rebelarse igualmente. ¿No se encontraría entonces á merced del partido conservador? La situación mudó así en pocas horas. Cambiando súbitamente de pensamiento, Antonio se dirigió al Senado y no habló de Octavio ni de sus armamentos; al contrario, hizo saber que Lépido había concertado la paz con Sexto Pompeyo, á condición de indemnizarle de los bienes confiscados á su padre, y propuso un voto de gracias en favor de Lépido (1), que se aprobó, así como la indemnización para Pompeyo. Antonio despidió entonces á los senadores y reunió á sus amigos para discutir sobre la situación. No es inverosímil que entonces se encontrase dispuesto á soltar prendas en pro de la conciliación; pero su mujer y su hermano le esperaban en su casa, exasperados por la decepción y resueltos á arrastrarle á medidas desesperadas. Era preciso que se apoderase en seguida de la Galia cisalpina, que era tan rica y populosa, sin dar tiempo al partido conservador de comprender la situación y aprovecharse de las ventajas del momento. También ahora

(1) Cicerón, *Fil.*, III, IX, 23.

cedió Antonio. Pero el Senado aún no había echado á la suerte las provincias para el año 43, que no había provisto César, y hubiese sido una tontería de Antonio dejar que sus adversarios las repartiesen entre sus amigos. Los senadores, pues, fueron convocados urgentemente el mismo día para una sesión de tarde, á hora inusitada; y en esta sesión, sin formalidades y de prisa, se hizo el reparto de las provincias, y de tal suerte se hizo, que los amigos de Antonio fueron muy favorecidos por la suerte. Cayo Antonio, por ejemplo, obtuvo Macedonia y Calvisio Sabino, el África antigua (1). Durante la noche, Antonio recogió la mayor parte de los veteranos que pudo reclutar y se fué á Tibur para tomar el mando de la legión (2).

---

(1) Cicerón, *Fil.*, III, x, 24 y sig. Sobre los nombres de los gobernadores que entonces se escogieron y que cita Cicerón, véase Groebe, *Ap.* á Drumann, *G. R.*, I2, 439.

(2) Cicerón, *Fil.*, V, IX, 24; Appiano, *B. C.*, III, 45.

IX

Las Filípicas.

Á la siguiente mañana, cuando se supo la noticia de la marcha de Antonio, la primera impresión entre los senadores, los caballeros y los ricos plebeyos de Roma, fué una impresión de espanto. Desde el año 49 habíanse sucedido cinco guerras civiles: ¿iba á comenzar la sexta? En efecto, ya se anunciaba que Décimo Bruto había reclutado cuatro nuevas legiones, encontrándose así con un ejército de siete legiones (1). Viendo que los acontecimientos se precipitaban, probablemente se dió prisa er terminar las reclutas que había comenzado. Así, muchos ciudadanos influyentes se dirigieron á Tibur para intentar una reconciliación (2). Al principio pareció que Antonio se decidiría á regresar á Roma, pues la guerra civil le asustaba tanto como á los conservadores. Desgraciadamente, Lucio también intervino ahora, y empleando las amenazas (3), según se dice,

---

(1) Véase Cicerón, *Fil.*, V, XIII, 37; *F.*, XI, VII, 3.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 46.

(3) Cicerón, *Fil.*, VI, IV, 10: *nuper quidem dicitur ad Tibur, ut opinor, cum ei* (L. Ant.) *labare M. Antonius videretur, mortem fratri esse minitatus.*

logró disuadirle. En los primeros días de Diciembre, Antonio se dirigió á la Galia cisalpina con dos legiones, la cohorte pretoriana, la caballería y los veteranos, que salieron casi todos de Roma para seguirle. También cargó con lo que aún pudo encontrar en el Tesoro público.

Al mismo tiempo que los veteranos, gran número de cesaristas se incorporaban á Antonio, que, desde la traición ahora manifiesta de Octavio, era el único jefe del partido. Entre ellos estaba Decidio Saxa, T. Munacio Planco, Censorino, Tremelio y Volumnio, al que Antonio quería hacer jefe de ingenieros. Muchos de ellos viajaban con dinero pedido á Ático (1), que prestaba á los dos partidos, y, aun ayudando á los conservadores, no tenía inconveniente en pagar esta prima de seguro contra la revolución. Así, el partido cesarista, que en el mes de Abril había arrojado de Roma á los conservadores, veíase ahora obligado por un inesperado cambio de la fortuna á evacuar apresuradamente la metrópoli, lo que significaba abandonar la dirección del gobierno legal mientras que los conservadores podían entrar libremente y apoderarse del poder. Los parientes de Pompeyo y de los conjurados, los restos de los conservadores intransigentes, comprendieron en seguida que esta era una ocasión excepcional para destruir al partido cesarista y librar á la república de sus más peligrosos enemigos. Por desgracia, Bruto, Casio y los más influyentes conjurados habían partido demasiado pronto, y la inepta mayoría del Senado, abandonada así misma, inclinábase á la indulgencia y á per-

(1) Véase Cornelio Nepote, *Ático*, IX, 3.

donar todas las ilegalidades cometidas por Antonio. El mando de Décimo terminaría dentro de algunos días: Antonio—pensaban—podría gobernar perfectamente la Galia durante cinco años sin que el mundo se desplomase por eso. ¿No era preferible ceder? (1) Además, aún entre los enemigos de Antonio, nadie osaba tomar en el Senado la iniciativa de la guerra. De suerte que, á principios de Diciembre, la república se encontraba abandonada por todos y en un desorden indescriptible Ya no había cónsules, faltaban varios pretores, y pronto los magistrados estarían al cabo de sus funciones: era éste un buen pretexto para diferirlo todo y esperar al 10 de Diciembre, día en que los nuevos tribunos debían entrar en ejercicio. Esperar se convertía en el santo y seña de todos los tímidos, que eran la mayoría. Esperando se tenía la ventaja de saber qué resolvía Décimo Bruto, si quería ceder ó resistir. El hecho era importante, pues muchas cosas dependían de Décimo. En la correspondencia privada le insistían mucho en que resistiese; hasta salían de Roma para incorporársele; pero nadie osaba proponer que se convocase al Senado y de autorizarle legalmente para hacer la guerra á Antonio: muchos llegaban á esperar que él mismo cediese. Sólo un hombre trabajaba activamente por los conservadores y por los asesinos de César: era el hijo de éste, Octavio, que, contentísimo de haber escapado milagrosamente al peligro, se había refugiado en Alba, al lado de las dos legiones rebeldes. Si Octavio quedó abandonado por casi todo el partido de César, en cambio el grupito de los conservadores in-

(1) Véase Cicerón, *Fil.*, V, 11, 5.

transigentes seguía alentándole, halagándole, tratándole de héroe; y esta simpatía del partido aristocrático había hecho concebir al ambicioso joven el proyecto de aprovecharse del desorden para adquirir autoridad oficial, haciendo que la guerra estallase á cualquier precio. Envió mensajeros á Décimo para ofrecerle su ayuda y su alianza si quería oponerse al cónsul (1); aduló á los soldados é hizo que las legiones le ofreciesen las insignias de protector, que rechazó con fingida modestia (2); entabló gestiones por mediación de sus amigos y parientes con los nobles más hostiles á Antonio y con los parientes de los conjurados; les prometió organizar un ejército para ir en socorro de Décimo, de formar una legión de nuevos reclutas, de ir con las dos legiones á Arezzo, cerca de los veteranos de su padre y, de reforzar la séptima y octava legión de César si se le concedía la necesaria autoridad legal. Sin embargo, los conservadores, á quienes el odio á Antonio no cegaba, respondieron con frialdad á tanto celo. En vez de extinguirla, la rebelión de las dos legiones aumentó en ellos la aversión por el hijo de César. Además, había una dificultad de orden más general. Para empeñar á fondo la lucha contra Antonio, que Octavio deseaba, faltaba un jefe de valor reconocido que pudiese tomar la dirección. Realizáronse gestiones cerca de Cicerón, pero dudaba y volvía constantemente á su idea de no presentarse en el Senado antes del primero de Enero (3). Entre tanto, la marcha

(1) Dión, XLV, 15.
(2) Appiano, *B. C.*, III, 48.
(3) Cicerón, *F.*, XI, VI, 2.

de los veteranos permitía respirar con más libertad; muchos conservadores reconquistaban valor y comenzaban á entenderse y á concertarse; Cicerón, que no había olvidado la afrenta que le había inferido Antonio el primero de Septiembre, experimentaba nuevamente, tras sus largas contemplaciones filosóficas, cierta necesidad de obrar. Por esta época llegó á Roma un tal Lupo, enviado por Décimo para interrogar á los hombres más caracterizados sobre lo que debía de hacer. En la misma casa de Cicerón, que ya estaba al corriente de las proposiciones de Octavio, se celebró un conciliábulo en el que tomaron parte Servio Sulpicio y Escribonio Libón. Se acordó aconsejar á Décimo que obrase por sí mismo, sin esperar las órdenes del Senado (1). Un tal Seyo marchó en seguida para llevar esta contestación. Á pesar de eso, en los primeros días de Diciembre la situación siguió siendo insegura; Cicerón aún dudaba mucho de que Décimo osase asumir la responsabilidad á que todos procuraban sustraerse en Roma, aunque no tardó en escribirle que no convenía considerar como una locura los reclutamientos de Octavio y la rebelión de las dos legiones, aprobada por todos los buenos ciudadanos (2).

En fin, el 10 de Diciembre entraron en ejercicio los nuevos tribunos; y por la misma época Cayo Antonio partió para Macedonia con la ruidosa cohorte de

(1) Cicerón, *F.*, XI, vii, 1.—Á propósito de la fecha de esta entrevista, que ha dado lugar á numerosas discusiones, véase Sternkopff, *in Fil.*, vol. LX, pág. 297, que coloca la entrevista en el 12 de Diciembre. Admitiendo que Cicerón volvió á Roma el 27 de Noviembre, también puede referirse á la primera decena.

(2) Cicerón, *Fil.*, XI, vii, 2.

sus amigos, dispuesto á realizar rápidamente su viaje. Pero los nuevos tribunos también dejaron pasar varios días sin hacer nada, y se decidieron á convocar al Senado para el 20 de Diciembre, no para ocuparse de Antonio ó de Décimo, sino para adoptar medidas atinentes á que los nuevos cónsules pudiesen tomar posesión de sus cargos sin peligro (1), como si los veteranos aún ocupasen á Roma. Era difícil persuadirse de que verdaderamente habían partido. Pero este mismo día—el 14 ó 15 probablemente—se supo en Roma que Décimo había publicado un edicto para declarar que no se reconocía á Antonio como gobernador de la Galia, y que mantendría la provincia por poder del Senado (2). Décimo, pues, quería la guerra. Esta noticia causó en Roma gran emoción. Cicerón, singularmente, se sintió muy agitado. ¿Persistiría en su intención de no poner los pies en el Senado antes del 1.º de Enero, ó asistiría á la sesión del 20? Los amigos y los parientes de Octavio le insistían vivamente; la discusión no podía por menos de rebasar la mezquina orden del día de los tribunos y alcanzar al edicto de Décimo. ¿Dejaría entonces Cicerón de realizar una gran hazaña, todavía más gloriosa que la represión de Catilina, destruyendo el partido de César y restaurando definitivamente la república? Lo que había de más noble en su ambición, el sentimiento de sus deberes para con la patria, el amor ideal por la libertad republicana, su odio por Antonio,

(1) Cicerón, *F.*, XI, vi, 2.

(2) Idem, *Fil.*, III, iv, 8. Appiano, *B. C.*, III, 49, el cual dice que Décimo hizo esto respondiendo á una orden del Senado, está en absoluta contradicción con la tercera filípica de Cicerón.

su afecto por tantos amigos que habían perecido en la guerra civil ó que estaban en peligro, obligábale á obrar. Pero las dificultades eran innumerables; grandísimos los peligros... Como si hubiese presentido que la resolución que iba á adoptar era una cuestión de vida ó muerte para él, Cicerón volvió á caer en su natural timidez. También es probable que los requerimientos de los agentes, de los amigos, de los parientes de Octavio aumentasen su decisión. Si las proposiciones de alianza hechas á Décimo por el jōven le habían predispuesto más en favor de éste á los desconfiados (1), si parecía imprudente rechazar á la ligera, cuando tan probable era la guerra, la ayuda de cinco legiones, también era adoptar un grave partido el conceder autoridad de magistrado á un joven de veinte años, que ostentaba el nombre de César. Solicitado por diversas inquietudes, Cicerón no adoptó una resolución antes del 19. Pero llegado este día no había más remedio que decidirse por una cosa ó por otra. Y, sin embargo, la tarde del 19 aún dudaba; al levantarse en la mañana del 20 todavía ignoraba si iría ó no iría á la sesión (2). Era esta la hora decisiva de su vida, la hora de la suprema audacia, del postrer sacrificio, de la gloria definitiva. En fin, esta mañana adoptó la resolución decisiva: á los sesenta y dos años, aunque más hábil en manejar la pluma

(1) Dión, XLV, 15.

(2) Esto es lo que nos indica el pasaje de Cicerón, *F.*, XI, VI, 3. Cicerón nos dice que hasta la mañana del 20, cuando le vieron ir á la sesión del Senado, no se decidieron á acudir muchos senadores. Esto significa que la tarde precedente aún no se habían precisado las intenciones de Cicerón.

que la espada, el primero en este mundo político que tergiversaba desde hacía ocho meses, se lanzó en el abismo obscuro é inmenso que obstruía el camino de su generación, con una audacia que aún hace más bella su naturaleza tímida, y que puede calificarse de heróica si se considera cuán inciertas y terribles eran las circunstancias. Dirigióse al Senado (1), donde no se mostraron Hircio ni Pansa (2), y pronunció la tercera filípica, discurso moderado, cuyo objeto era tantear el terreno poco seguro del Senado, proponiendo que se decretasen elogios á Décimo Bruto por su edicto, á Octavio por sus reclutamientos y á las dos legiones protestantes por su rebelión. También propuso que Pansa é Hircio fuesen los encargados de designar el 1.° de Enero el premio que debía de otorgarse á los que habían merecido bien de la república, desde los jefes hasta los soldados, antes de cualquier otro asunto; y en fin, propuso que se anulase el reparto de las provincias hecho el 20 de Noviembre por Antonio, y que todos los gobernadores permaneciesen en sus puestos hasta que el Senado enviase otros (3). El discurso fué hábil; pues Cicerón no abordó directamente la alternativa de la paz ó de la guerra: sólo respondió Vario Cotila, pero débilmente, y la mayoría, no temiendo ya comprometerse demasiado, aprobó todas las proposicio-

---

(1) Cicerón, *Fil.*, III, I, I; V, XI, 30, dice que pidió todos los días que se convocase al Senado; pero él mismo se contradice en la declaración confidencial, y por consecuencia más sincera que hace en *F.*, XI, VI, 2.

(2) Cicerón, *Fil.*, V, XI, 30.

(3) Idem, *Fil.*, III, XV, 37 y sig.

nes (1). Cicerón repitió el mismo día las mismas cosas al pueblo y pronunció la cuarta filípica.

Entre tanto llegaron las primeras noticias de la guerra, si es que no era prematuro dar el nombre de guerra á una lucha en que los adversarios procuraban eludirse mutuamente. Antonio y Bruto comenzaron á cambiar cartas en que uno y otro se comprometían cortesmente á ceder por su bien. Bruto fué invitado por Antonio á salir de la Cisalpina en virtud de la *lex de permutatione provinciarum;* Bruto rogó á Antonio, en nombre del Senado, á respetar la provincia. En seguida instaló Antonio su cuartel general y la mayor parte de su ejército en Bolonia; y dejó que Décimo Bruto condujese su ejército á Módena y que lo dispusiese todo como para un largo sitio (2). Ni uno ni otro tenían prisa en romper las hostilidades. Décimo no se sentía con fuerzas para afrontar las legiones aguerridas de Antonio, con su ejército reclutado de cualquier manera; su intención, pues, era ganar tiempo para que sus amigos de Roma pudieran enviarle refuerzos. Por su parte, Antonio, que quizás hubiese podido sorprender y aplastar á Décimo (3), deseaba ante todo reparar las pérdidas que le causó la rebeldía de las legiones, organizando un ejército numeroso que le sería útil, lo mismo si estallaba la

(1) En contra de lo que piensan Nake y Bardt, los cuales pretenden que no se aprobaron. Véase Cicerón, *Fil.*, IV, II, 6; IV, IV, 8; V, XI, 28; X, XI, 23; *F.*, XII, XXII, 3.—Véase también Sternkopf, en *Philol.*, vol. LX, págs. 285 y sig.—Dión, XLVI, 29, comete un error sobre la fecha en que se anuló la ley sobre las provincias.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 49.

(3) Idem, *B. C.*, III, 49.

guerra civil, que si llegaba á un acuerdo. En la última decena de Diciembre aún envió algunas tropas para sitiar á Módena é intentar una apariencia de asedio (1); luego, mientras que él mismo se quedaba en Bolonia hasta que llegase la primavera, envió á Lucio Pisón á Macedonia para tomar el mando de la legión que allí quedaba, y á Ventidio Baso con mucho dinero á la Italia meridional, para reclutar á los veteranos de la séptima y octava legiones de César, que habían abandonado á Octavio, así como á los de la novena. Hecho esto, en vez de intentar la toma inmediata de Módena, procuró no dejar á Roma en completo poder de sus enemigos. Aun no había perdido todas las esperanzas de lograr su objetivo, no con la guerra, sino con las intrigas políticas. De tal modo andaban las cosas, que sólo Antonio representaba ahora las tradiciones y los intereses del partido cesarista, al que podía ser fatal una restauración aristocrática si era vencido. El partido que él había reorganizado en Junio y Julio estaba, pues, interesado en evitar su caída. El mismo Fufio Caleno, aunque en diversas ocasiones se hubiese inclinado por los enemigos de Antonio durante los meses anteriores, quizás se había dejado captar por más sólidos argumentos. Había dado hospitalidad en su casa á Fulvia (2), y se disponía á colocarse en el Senado al frente

(1) Véase Dión, XLVI, 36; dice que Bruto, παντελῶς ἀπετειχίσθη, es decir sólo fué completamente bloqueado cuando Antonio desesperó de sobornar á sus soldados. Además, Cicerón, *F.*, XII, v, 2, dice que, hasta la segunda mitad de Febrero, todas las fuerzas de Antonio estaban en Bolonia y en Parma; apenas, pues, podían quedarle para cercar á Módena.

(2) Cicerón, *Fil.*, XIII, 1.

de los antiguos cesaristas y de todos los que Antonio había hecho senadores, ó favorecido de otra manera, para dar larga á las cosas, para impedir el envío de refuerzos, para dar tiempo á Antonio de intrigar cerca de Lépido, de Planco y de Polión, y de esperar los acontecimientos. Antonio podía ganarlo todo con este recurso... En cambio, sus enemigos tenían interés en destruirle cuanto antes. Por esta razón las primeras noticias de la guerra se exageraron en Roma por los conservadores intransigentes, por los parientes de los conjurados, por los amigos de Octavio, ya envalentonados con la sesión del 20 de Diciembre. Pretendíase que Décimo estaba ya encerrado en un círculo de hierro; con estas exageraciones se asustaba á la gente; la mayoría de la opinión reaccionó en favor de Octavio. Augurábase que Roma hubiese sido saqueada por Antonio, si Octavio no hubiese sublevado las legiones; se comenzó á exaltarle como salvador de Roma; si algunos días antes dijo Cicerón modestamente que no se considerase como locura lo hecho por este joven, todos afirmaban ahora que había revelado una audacia sublime (1); y la alianza de Octavio y los conservadores contra Antonio, se terminó bajo la impresión de las primeras noticias exageradísimas de la guerra. Octavio se encargaría del ejército; los conservadores, por su parte, harían que el Senado le diese el dinero necesario y le confiriese la dignidad de senador y de propretor, con el privilegio de poder solicitar el consulado dieciocho años antes del tiempo legal. Marcelo, Filipo, los enemigos más encarnizados de Antonio, indujeron á

(1) Véase Cicerón, *ad Br.*, I, xv, 7; I, III, 1.

dos personajes de edad y de consideración, Servio Sulpicio y Publio Servilio, á proponer que se otorgasen estos honores á Octavio (1), logrando también que Cicerón pronunciase un gran discurso en defensa de la proposición.

El 1.º de Enero del año 43, en la primera sesión del Senado, al terminar los discursos de los nuevos cónsules Hircio y Pansa, se levantó á hablar Fufio Caleno: con mucha moderación procuró disminuir la gravedad de los acontecimientos; aseguró que Antonio no quería la guerra, y, en fin, propuso que se le enviasen embajadores para tratar de la paz (2). Servio Sulpicio y Publio Servilio hablaron en seguida; propusieron que se concediese á Octavio la dignidad de propretor y el mando del ejército con que había evitado las matanzas que meditaba Antonio; que se le considerase como senador del grado de pretor; que pudiese aspirar á las magistraturas como si hubiese ejercido ya la cuestura. Luego se levantó Cicerón. Suele ocurrir durante las revoluciones que algunos hombres de pluma, tímidos, dudosos, hasta indolentes, resultan algún tiempo inflamados por la pasión, hábiles, impetuosos, infatigables como héroes. Tal cambio se produjo en Cicerón durante los once días que siguieron á la última sesión del Senado. Olvidando sus malos presagios, desechando todo temor é incertidumbre, el autor del tratado *De republica*, el filósofo doctrinario comprendió que para defender la causa conservadora era preciso apelar á medios revolucionarios, y al pronunciar la quinta filípica atacó furiosamente á

(1) Cicerón, *ad Br.*, I, xv, 25.
(2) Idem, *Fil.*, V, ix, 25.

Antonio, exageró sin medida todos sus defectos, declaró que no se trataba de hacer la guerra al partido de César, sino á una partida de bandoleros; él mismo acogió las proposiciones de Servio y de Servilio añadiendo otras nuevas. Pidió que se ordenasen reclutamientos, que se proclamase el *tumultus* y el estado de sitio, que se decretase la erección de una estatua de oro á Lépido para premiar sus sentimientos republicanos, que Egnatuleyo pudiese aspirar á las magistraturas tres años antes del tiempo legal (1), que se pagase á los soldados las cantidades prometidas por Octavio y que se les prometiesen otras recompensas consistentes en tierras, en dinero y en privilegios. Después de este discurso comenzó la lucha entre ambos partidos. Los amigos declarados de Antonio no eran ciertamente muy numerosos en el Senado; pero había muchos hombres eminentes, como Pisón y los dos cónsules (2) que eran contrarios á la guerra, y la proposición de Caleno era á propósito para agradar á mucha gente. Así es que este primer día los amigos de Antonio lograron prolongar la discusión y que el acuerdo se adoptase al día siguiente (3). La discusión se reanudó por la mañana; pero durante la noche, habiendo hecho gestiones los conservadores más intransigentes para tener mayoría en la sesión, los amigos de Antonio temieron ser derrotados si se votaba, y por mediación de un tribuno lograron que se retrasase la votación (4). Esta obstrucción indignó á la mayoría,

(1) Cicerón, *Fil.*, V, XVII-XIX, 46-53; Cicerón, *Fil.*, VI, I, 2.
(2) Dión, XLVI, 35.
(3) Idem, XLVI, 29; Appiano, *B. C.*, III, 50.
(4) Appiano, *B. C.*, III, 50.

que se vengó aprobando inmediatamente—aunque con algunas modificaciones—los honores demandados por Octavio. Éste iba á ser admitido en el Senado entre los senadores de rango consular, y no del orden pretoriano; podría solicitar el consulado, no dieciocho años antes del tiempo legal, lo cual parecía exagerado, sino diez años antes (1). Los partidarios de Antonio no se atrevieron á oponer el veto á esta proposición, pero durante la noche trabajaron por su amigo, y llegaron hasta á enviar de casa en casa á la anciana madre de Antonio y á Fulvia, para realizar gestiones cerca de los senadores indecisos (2). El 3 de Enero se reanudó la sesión con creciente viveza. Cicerón habló nuevamente, y fué ruidosamente aplaudido por sus amigos, que procuraban atraer así á las personas dudosas (3); también hablaron otros, pero tampoco este día (ignoramos por qué razones) pudo llegarse á una conclusión (4). Fué necesario reunirse una vez más, el 4, y tras un discurso de Pisón, se adoptó un partido intermedio; se decidió enviar una embajada compuesta de Servio Sulpicio, de Pisón y de Lucio Marcio Filipo, no para tratar de la paz, sino para rogar á Antonio que saliese de la Cisalpina y volviese á Italia: si no obedecía se proclamaría el *tumultus*. Entre tanto, proseguirían los armamentos, y uno

---

(1) *Mon. Anc.*, I, 3-5 (lat.); I, 6-7 (gr.); Appiano, *B. C.*, III, 51; Tito Livio, *Per.*, CXVIII. La afirmación de Dión, XLVI, 29-41, es, pues, errónea. Lo es igualmente que, según Appiano, estos honores se aprobaron el 2 de Enero, y el 3 según Dión. Véase Groebe, *Ap.*, á Drumann, *G. R.*, I², pág. 443.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 51.

(3) Idem, *B. C.*, III, 54.

(4) Cicerón, *Fil.*, VI, 1, 3.

de los cónsules tomaría el mando supremo del ejército que Octavio organizaba ya en Arezzo, y lo conduciría cerca de la Galia (1). Á propuesta de Lucio César también se revocó la ley agraria de Lucio Antonio (2).

El mismo día, ante una muchedumbre inmensa, Cicerón pronunció en el foro su sexta filípica, y contó lo que había ocurrido; previno á los ciudadanos que la guerra era inevitable; y á imitación de lo que Aristóteles había escrito á Alejandro á propósito de los griegos, dijo que los otros pueblos podían vivir en la esclavitud, pero que los romanos no podían pasar sin la libertad (3). Así terminó, tras cinco días, el primer empeño de la lucha parlamentaria que en este momento se desenvolvía en Roma, como prólogo á la guerra civil que muy pronto iba á encenderse en la llanura del Po. Como siempre ocurre, tras este empeño hubo una tregua durante la cual, Hircio, designado por la suerte, salió de Roma, á pesar de estar convaleciente para incorporarse á Octavio; Pansa se quedó en Roma para reclutar cuatro nuevas legiones y reunir dinero, y Cicerón se convirtió en jefe de la república; si no legalmente, de hecho. Tras los grandes discursos del 20 de Diciembre y del 1.° de Enero, el viejo orador se irguió audazmente entre la incertidumbre general, como un enorme bloque errático en la llanura. De todas partes se dirigían á él para denunciar peligros, indicar precauciones, demandar consejos; veíase obligado á intervenir él mismo en todos los negocios públicos para velar por la

(1) Cicerón, VI, III; 9; VII, IV, 11-14; VII, IX, 26.
(2) Idem, *Fil.*, VI, V, 14.
(3) Idem, *Fil.*, VI, VII, 19.

ejecución de sus decretos, que de otro modo hubiesen sido letra muerta. Así, aunque el Senado hubiese anulado á propuesta suya el reparto de las provincias hecho el 27 de Noviembre, Cayo Antonio había marchado ya á Macedonia, Calvisio Sabino había salido de Roma y enviado legados á su provincia. Cicerón, que estaba en guardia, protestó varias veces ante el Senado contra esta usurpación de Calvisio, pero en vano y sin poder hacer votar una medida rigurosa (1). Además, cambió con Octavio numerosa correspondencia. Comprendía que la responsabilidad de los honores extraordinarios concedidos al joven recaía sobre él—antes que sobre Servilio y Sulpicio—tras el gran discurso del 1.º de Enero en el que había hecho tan gran elogio de Octavio, garantizando lo que él hiciese. Procuraba, pues, dirigirle de lejos, enviándole infinidad de cartas llenas de sabios consejos, y llegando así á asumir parte de la dirección y responsabilidad de la guerra. En suma, dada la confusión general, tenía que suplir las innumerables deficiencias de todos los órganos del Estado. Por otra parte, este trabajo le apasionaba, y el entusiasmo redoblaba sus fuerzas; jamás había recibido tantas visitas, ni escrito tantas cartas, ni pronunciado tantos discursos (2); pero se sentía como rejuvenecido, infatigable y lleno de un ardor que cada día se exaltaba más y que se convertía casi en idea fija. Así, cuando en la segunda mitad de Enero convocó Pansa el Senado

(1) Cicerón, *F.*, XII, xxv, 1; XII, xxx, 7. Véase Cicerón, *Fil.*, III, x, 26.

(2) Cicerón, *F.*, X, xxviii, 3: *eram maximis occupacionibus impeditus.*

para tratar ciertas cuestiones administrativas referentes á la vía Apia, á la acuñación de moneda, á las fiestas Lupercales, el viejo orador se aprovechó de la ocasión para invitar á los senadores en un vehemente discurso—la séptima filípica—á ocuparse, no de la acuñación de moneda, sino de la guerra inevitable. «Con ninguna condición—decía—quiero hacer la paz con Antonio... (1). Si no podemos vivir libres, conviene morir» (2). Desgraciadamente, no todos compartían su ardor. Los dos cónsules no dejaban de escribir cartas amistosas á Antonio, declarándose dispuestos á la paz (3); entre los senadores que aplaudían muy alto el valor de Cicerón, muchos hacían lo mismo en secreto; los embajadores, que sólo habían aceptado su misión para terminar de una manera cualquiera el largo debate que fatigaba al Senado, disponíanse en el camino á convertir el *ultimatum* en una ocasión de entablar negociaciones por la paz. El de más edad de los tres, Servio Sulpicio Rufo, que estaba ya enfermo, sucumbió en el viaje (4); y sólo Pisón y Filipo se presentaron en el campamento de Antonio, donde pudieron ver con sus propios ojos que el hombre que Cicerón les había descrito como una fiera sedienta de sangre romana, dirigía el asedio de una manera muy singular. Había escalonado su ejército desde Claterna hasta Parma, y, como si hubiese sido de intento, cercaba la ciudad tan indolentemente y con tan pocos soldados, que seguían entran-

(1) Cicerón, *Fil.*, VII, III, 8.
(2) Idem, *Fil.*, VII, V, 14.
(3) Dión, XLVI, 35.
(4) Cicerón, *Fil.*, IX. I, I.

do los víveres (1). Antonio esperaba la llegada de la primavera y de refuerzos para hacer la guerra seriamente, si esto era necesario; entre tanto, procuraba aumentar sus fuerzas, llamándose en todas partes vengador de César y defensor de la causa de sus soldados. Había enviado emisarios á las legiones de Asinio (2), y quizás á la de Planco, para inducirla á venirse con él mediante la promesa de dos mil sestercios. También procuró con cartas y mensajes que se le uniesen Lépido y Planco; hacía reclutar una nueva legión de soldados en la Cisalpina, y logró que penetrasen emisarios en Módena para decir á los soldados de Décimo que no quería combatir contra ellos, sino solamente castigar á Décimo Bruto, que había tomado parte en el asesinato del dictador. Si querían abandonarle y hacer causa común con todos los veteranos de César, serían recompensados (3). Pero todos estos trabajos eran secretos, mientras que los embajadores sólo pudieron observar la molicie con que Antonio hacía la guerra. Como es natural, Filipo y Pisón no quisieron irritar á un adversario tan complaciente; presentáronse á él con todo el respeto debido á tan alto personaje, y en vez de comunicarle el *ultimutum* del Senado, discutieron amistosamente con él sobre la situación. Por su parte, Antonio

(1) Dión, XLVI, 36.

(2) Véase Cicerón, *F.*, X, XXXII, 4.

(3) Esto es lo que puede verse comparando á Dión, XLVI, 31, y lo que dice Antonio en la carta á Hircio y Antonio. Cicerón, *Fil.*, XIII, XVII, 35: *Nihil moror eos* (los soldados de Módena) *salvos esse et ire quo lubet, si tantum modo patiuntur perire eum qui meruit* (Décimo Bruto). Véase también Dión, XLVI, 35.

se mostró muy amable, y si no les autorizó para transmitir á Décimo Bruto las decisiones del Senado, les hizo, en cambio, razonables proposiciones de paz (1). Cedería la Galia cisalpina, pero se le dejaría la Transalpina durante cinco años con las tres legiones que tenía á sus órdenes y las tres que reclutaba Ventidio; no se discutiría lo que Dolabela y él habían hecho; no se derogaría la *lex judiciaria*; no se instruiría ningún expediente sobre las cantidades tomadas en el Tesoro por los miembros de la comisión encargada de aplicar la ley agraria de Lucio; sus seis legiones, su caballería y su cohorte pretoriana obtendrían tierras (2). ¡Tan cierto es que Antonio sólo aspiraba á obtener una rica provincia! Pisón y Filipo se retiraron, satisfechos de estas proposiciones, con Lucio Vario Cotila, que había de representar á Antonio en el curso de las negociaciones. Entre tanto Hircio y Octavio, partiendo de Arezzo y pasando los Apeninos, llegaban á Rímini; remontaban la vía Emilia hasta el Forum Corneli en la vecindad de Imola, donde acamparon hasta que llegase la primavera (3). Hircio hasta expulsó de Claterna, al cabo de algunos días, las avanzadas de Antonio (4).

Los embajadores llegaron á Roma en los primeros

---

(1) El mismo Cicerón lo reconoce, *Fil.*, XII, v, 11: *videbantur... aliquo modo posse concedi.*

(2) Cicerón, *Fil.*, VIII, VIII-IX.

(3) Dión, XLVI, 35.

(4) Cicerón, *Fil.*, VIII, II, 6: á la antigua Claterna corresponde hoy Quaderna, á 19 kilómetros de Bolonia, donde el profesor Brizio hizo en 1890 interesantes excavaciones. Véase E. Rosetti, *La Romagna*, Milán, 1894, pág. 625.

días de Febrero (1), y Pansa convocó inmediatamente al Senado. ¿Iba á ser decisiva la sesión? Cicerón—que en sus cartas privadas había tratado de miserables á los embajadores (2)—la esperaba. Efectivamente, estimando que en esta sesión ya no se necesitaba un discurso, expuso brevemente su opinión; Antonio no había obedecido; era necesario declararle *hostis* (3). Pero su ardor le engañó sobre las intenciones de los demás. La mayoría de los consulares no desesperó—en vista de esta embajada—de entenderse con Antonio (4); Fufio Caleno propuso que se enviasen nuevos embajadores; Lucio César, el viejo tío de Antonio, conservador intransigente, vencido quizás por los ruegos de sus amigos,

(1) Pareceme que la fecha de la décima filípica está bastante bien fijada por Schmidt, *De epistolis et a Cassio et ad Cassium datis*, pág. 27, en los idus de Febrero, con tal de que se acepte esa fecha como aproximativa, sin querer precisar demasiado. Las consideraciones de Ganter, *Neue Jarhrbücher fur Philologie und Paedagogik*, 1894, págs. 613 y sig., son ingeniosísimas, y en gran parte aceptables; pero me parece que espacía demasiado los sucesos queriendo precisar, y así resulta que su teoría no puede sostenerse sin admitir que grandes acontecimientos, como la revolución de Bruto en Macedonia, ocurriese con precisión matemática. Creo que es preferible dejar campo á lo imprevisto y espaciar algo las fechas; tanto más, porque nada se opone á que la décima filípica se pronunciase á mediados de Febrero y no el día 4.

(2) Cicerón, *F.*, XII, IV, 1.

(3) En efecto, no tenemos ningún discurso pronunciado por Cicerón en esta sesión, donde, á pesar de eso, *dixit sententiam:* Cicerón, *Fil.*, VIII, I, 1: *victa est... propter verbi asperitatem... nostra sententia.*

(4) Cicerón, *F.*, X, XXVIII, 3: *habemus fortem senatum, consulares partim timidos, partim male sentientes: F.*, XII, V, 3. *partim inertes, partim improbos:* Cicerón, *Fil.*, VIII, VII, 20.

pidió que se atenuase la proposición de Cicerón; no se declaría la guerra, sino el *tumultus;* sería esto reconocer que el orden público estaba perturbado, pero no que hubiese estallado una guerra civil. Pansa, que procuraba siempre cortejar á los cesaristas, y que tanto deseaba proponer una ley á los comicios de las centurias para confirmar las decisiones tomadas por César (1), se adhirió á la proposición de Lucio César, y dirigió tan bien los debates, que la proposición fué aprobada (2). Exasperado Cicerón, se preparó para un nuevo asalto más vigoroso en la sesión del día siguiente, en que Pansa tenía que comunicar la carta de Hircio relatando la escaramuza de Claterna, y proponer que se restituyese á los marselleses todo lo que César les había arrebatado el 49 (3) y que tantas veces habían reclamado durante los últimos meses. Sin limitarse exclusivamente á este punto, Cicerón pronunció la octava filípica: en ella censuró las deliberaciones del día anterior; demostró que se trataba de una guerra y no de un *tumultus;* atacó violentamente á Caleno, á los consulares, á los embajadores, y predijo confiscaciones y carnicerías si Antonio triunfaba. También se quejó de que, por una inacción culpable, se dejase enfriar el celo de las ciudades italianas y galas, que tan bien predispuestas estaban en favor del Senado. Terminó proponiendo que se concediese de plazo hasta el 15 de Marzo para que los soldados de Antonio le abandonasen; pasado este tiempo se les declararía rebelde. Su vigoroso discurso pro-

---

(1) Cicerón, *Fil.*, X, VIII, 17; véase XII, XV, 31.
(2) Idem, *Fil.*, VIII, I, 1.
(3) Idem, *Fil.*, VIII, VI, 18.

dujo efecto, y la proposición fué aprobada. Pero Pansa, que quizás deseaba dar una compensación á los conservadores, á los que había traicionado el día precedente, presentó otra proposición: pidió que se elevase á Servio Sulpicio un pequeño monumento fúnebre á expensas del Estado, y una estatua ecuestre en el foro, como era costumbre tratándose de los embajadores que habían sido muertos durante su misión. Pero Servilio, que era en las cosas pequeñas un meticuloso observador de la legalidad, objetó que Servio no había sido muerto, sino que sucumbió de enfermedad. El incansable anciano pronunció entonces la novena filípica para sostener la proposición de Pansa, diciendo de una manera bastante sofística que era preciso considerar las causas determinantes de la muerte y no el género de muerte. Á propósito de Marsella no se decidió nada (1).

En realidad, Cicerón era el único que deseaba la guerra. Los demás hablaban haciendo hipócritas reservas ú obraban con secreta intención de no llevar las cosas hasta el fin. Tal era el caso, no sólo de Hircio, pero también de Octavio, apesar de que éste hubiese visto con mucho gusto aniquilado á Antonio, y aunque su llegada al teatro de la guerra hubiese hecho muy desfavorable para Antonio la situación militar. Con tres legiones y una cohorte, Antonio sitiaba á dos legiones

(1) Esto es lo que indica la carta de Marzo escrita por Antonio á Hircio y á Octavio. Cicerón, *Fil.*, XIII, xv, 32; *Massiliensibus jure belli adempta reddituros vos pollicemini.* Es verosímil suponer, como lo hace Ganter, *Neue Jahrbücher für Philologie und Paedagogik*, 1894, pág. 616, que la octava y novena filípica se pronunciaron el mismo día.

de veteranos y á cinco legiones de nuevos reclutas, y tenía que hacer cara á un ejército de cuatro legiones de veteranos y una legión de reclutas: si Hircio y Octavio le atacaban se vería cogido entre ellos y Décimo, y se vería aplastado ú obligado á huir hacia el Norte (1). En vez de esto, tras la escaramuza de Claterna, Hircio y Octavio encerraron las legiones en su campamento, y nada hicieron ya; pues Antonio paralizó á Octavio, á Décimo y á Hircio, mostrándoles lo que para todos los políticos de entonces era como la cabeza de Medusa: la venganza de César. La opinión de los veteranos era nuevamente en Italia tan favorable á Antonio, que Ventidio logró sin dificultad agrupar bajo las armas á casi todos los soldados licenciados de la séptima, octava y novena legiones, de suerte que entonces había dos legiones que se llamaban la séptima y otras dos que se llamaban la octava legión de César: las de Ventidio y las de Octavio. Y el favor de los veteranos valía en este momento para Antonio tanto como un gran ejército. Décimo, á quien inquietaban las secretas intrigas de Antonio, estaba tan ocupado en vigilar sus tropas para impedir que se sublevasen (2) que ya no se atrevía á salir para atacar; Hircio, débil por la enfermedad, no osaba medirse con su antiguo amigo, que sitiaba á Décimo para vengar á su común bienhechor; Octavio, asustado también por el vago peligro de una sublevación militar, molesto por la inercia de Hircio, no sabía qué hacer; y para pasar el tiempo reanudaba sus ejercicios

---

(1) Cicerón, *F.*, XII, v, 2, observa con razón que Antonio estaba en Febrero á merced de Décimo Bruto, de Hircio y de Octavio.

(2) Dión, XLVI, 36.

literarios favoritos; declamaba y escribía todo el día (1). Sin embargo, pasados algunos, un verdadero golpe teatral distrajo por algún tiempo en Roma la atención pública fija en los sucesos de Módena. Un día, hacia mediados de Febrero, los senadores recibieron inesperadamente el aviso de que Pansa convocaba al Senado para el día siguiente: se había recibido de Bruto cartas tan importantes que no se podía demorar la reunión de la asamblea (2). Al día siguiente el Senado estaba lleno; y entre la estupefacción general se leyeron cartas refiriendo la siguiente historia casi inverosímil. Llegado en el otoño á Atenas, Bruto se alojó en casa de un amigo, y, como un hombre privado cualqüiera, empezó á seguir los cursos de los filósofos Teomnestes y Cratipo, con otros muchos jóvenes estudiantes romanos (3), entre los cuales figuraban Cneo Domicio Enobarbo, el hijo de Cicerón y un joven de veinte años, venusino, que se llamaba Quinto Horacio Flaco. El padre de éste último era un liberto honrado é inteligente; su profesión de cobrador de impuestos le había permitido realizar algunas economías; compró una pequeña hacienda, y como amaba mucho á su hijo, quiso que se dedicase al estudio. Estos jóvenes, que pertenecían casi todos á grandes familias, dispensaron calurosa acogida al tiranicida; también fué bien recibido por Atenas, la república degenerada que con tan gran facilidad prodigaba honores á sus huéspedes de nota. Los espíritus no tardaron en caldearse, y entre los lamentos, fiestas,

(1) Suetonio, *Aug.*, 84.
(2) Cicerón, *Fil.*, X, 1, 1.
(3) Plutarco, *Bruto*, 24.

conversaciones, se empezó á urdir una conspiración revolucionaria. No podría decirse quién había sido el primero en concebir la idea, ni es verosímil que Bruto fuese el autor (1), aunque al cabo tuviese que tomar la dirección como jefe. Su autoridad personal, el papel desempeñado por él en la conjuración, sus amigos, y en fin, un incidente sobrevenido poco después de su llegada, obligáronle de mejor ó peor grado á ponerse al frente del movimiento. Habiendo sabido los jóvenes que rodeaban á Bruto que Trebonio enviaba de Asia á Roma 16.000 talentos (2), y que la persona encargada de conducir el tributo había de tocar en Grecia, demostraron á Bruto que era necesario detener esta suma en el camino, pues de otra manera caería en poder de sus enemigos al llegar á Italia, y que él solo tenía autoridad para persuadir al enviado de Trebonio á que le entregase el tesoro. Bruto se dejó convencer; fué á Eubea en busca del enviado, y le decidió á entregarle el dinero (3); pero ya en posesión de esta enorme suma, se consideró obligado á emplearla en beneficio de la causa conservadora. Era este el momento—Noviembre del año 44—en que Dolabela pasaba como un torbellino al través de Macedonia, ordenando á una parte de la caballería que se le adelantase, llevando consigo una legión, y dando orden á la caballería restante de que formase dos cuerpos y le siguiese á Asia (4). Apenas hubo partido Dolabela, los jóvenes amigos de Bruto se pusieron á sobor-

---

(1) Véase Boissier, *Cicerón y sus amigos*, París, 1902, 370.

(2) Unos dieciocho millones de francos.

(3) Plutarco, *Bruto*, 24.

(4) Dión, XLVII, 26 y 29; Cicerón, *Fil.*, X, VI, 13; Plutarco *Bruto*, 25.

nar los soldados con el dinero de Trebonio: Domicio logró disuadir en su camino á un cuerpo de caballería; un tal Cinna, según parece, consiguió ganar el otro cuerpo para la causa de Bruto; el hijo de Cicerón aun pudo sublevar en favor de Bruto á la última legión de Macedonia, que el legado de Marco Antonio había venido á recoger (1). Bruto, pues, se encontró en Diciembre al frente de un pequeño ejército y rodeado de una cohorte de jóvenes admiradores, entre los cuales figuraba Horacio; con ellos se dirigió á Tesalónica, donde el gobernador de Macedonia, Hortensio, que no tenía un solo soldado, le reconoció por sucesor; entonces envió tropas sin tardanza para apoderarse del depósito de armas que César había establecido en Demetriades, y con ayuda de Hortensio se puso á reclutar una nueva legión entre los numerosos veteranos de Pompeyo, que se habían quedado en Macedonia y en Tesalia después de Farsalia (2). Pero en medio de estos preparativos—en los primeros días de Enero—supo que Cayo Antonio, nombrado gobernador de Macedonia, había desembarcado en Dirraquio (3). Temiendo que Cayo Antonio se entendiese para hacerle la guerra con el gobernador de Iliria, Vatinio, que era cesarista, Bruto desafió con su pequeño ejército los rigores del invierno, y recorrió á marchas forzadas las 270 millas que separan á Tesalónica de Dirraquio, llegando á orillas del Adriático hacia el 20 de Enero (4). Por dicha para

(1) Cicerón, *Fil.*, X, VI, 13.

(2) Dión, XLVII, 21; Plutarco, *Bruto*, 25.

(3) Plutarco, *Bruto*, 25; Dión, XLVII, 21.

(4) Ganter, en *Neue Jahrbücher fur Philologie und Paedagogik*, 1895, págs. 620 y sig.

Bruto, Vatinio que estaba enfermo, inhábil, detestado por los soldados, no había sabido impedir después de la muerte de César la protesta general de las poblaciones ilirias, que ya no pagaban su tributo; hasta había perdido cinco cohortes en una emboscada; el ejército, que no recibía ni un óbolo, estaba descontento é irritado (1). La llegada de Bruto, que estaba tan bien provisto de dinero, produjo una escisión: dos de las tres legiones de Vatinio se fueron con el asesino de César; la otra siguió á Cayo Antonio, que procuraba retirarse hacia el Epiro. Pero en el camino perdió tres cohortes y acabó por lanzarse con las siete restantes en Apolonia, donde Bruto le tenía sitiado. Éste terminaba sus cartas solicitando que el Senado aprobase todo lo hecho por él (2).

Fácil es concebir la emoción que estas noticias causaron en Roma. Su importancia era verdaderamente inmensa, pues valían más que una victoria para realzar los ánimos del partido conservador. Esta revolución en el orden legal de los mandos militares y de los gobiernos, realizada por un hombre que había salido de Italia como un fugitivo con algunos navíos, algunos amigos y 100.000 sestercios emprestados á Ático, demostraba que los conservadores estaban en un error al creer á los ejércitos imbuídos de tal manera del espíritu cesarista, que jamás pudieron esperar en tener uno á su disposición. ¡Al fin tenían un ejército, un buen ejército, un ejército seguro! Por la misma razón, estas noticias causaron gran decepción en los amigos de Antonio. De prisa, du-

(1) Appiano, III, 13.

(2) Cicerón, *Fil*, X, VI, 13; Tito Livio, *Per.*, 118; Dión, XLVII, 21; Plutarco, *Bruto*, 26; Appiano, *B. C.*, III, 79; IV, 75.

rante la noche, decidieron éstos hacer una tentativa desesperada para impedir que el Senado aprobase los actos de Bruto. Y, en efecto, á la mañana siguiente, después de leerse las cartas de Macedonia, Caleno pidió la palabra: comenzó haciendo un gran elogio del estilo en que estaban escritas (1), pero se aplicó á demostrar que no podían aprobarse los actos de Bruto por ser ilegales, y aún intentó mostrar otra vez el espantajo de los veteranos. Éstos, según él, no tenían confianza en Marco Bruto; si el Senado aceptaba las demandas de éste, corría el riesgo de enajenarse á todos los veteranos (2). Pero Cicerón, haciendo en la décima filípica un elogio enfático de la revolución consumada por Bruto, hizo aprobar sin dificultad una proposición invistiendo á Bruto con el alto mando proconsular de Macedonia, Iliria y Grecia, con la recomendación de conservarse en la vecindad de Italia (3). Y cosa más grave, excitado por el éxito de Bruto, el Senado anuló—en esta misma sesión, probablemente—todas las leyes de Antonio (4). Pero si las noticias comunicaron ánimos á los conservadores, también redoblaron la actividad de Antonio y de sus amigos. Las probabilidades de llegar á un acuerdo habían disminuído con esto; era, pues, necesario apercibirse para una lucha eventual. Antonio, que empezaba á perder las esperanzas de sublevar las legiones de Décimo, salió de Bolonia hacia fines de Febrero, y trasladó todas sus fuerzas á Móde-

(1) Cicerón, *Fil.*, X, II, 5.

(2) Idem, *Fil.*, X, 7, 15.

(3) Idem, *Fil.*, X, XI, 25, 26.

(4) Véase Cicerón, *Fil.*, XII, V, 2.—Apropósito de la fecha, véase Lange, *Römische Alterthüme,* Berlín, 1871, III, 515.

na, queriéndola bloquear verdaderamente; dió á Ventidio Baso, que se dirigía á Ancona, la orden de llegar pronto con sus tres legiones; y, en fin, se decidió á hacer seriamente la guerra y tomar á Módena (1). Al mismo tiempo, los amigos de Antonio redoblaron sus esfuerzos para retener en Roma á Pansa, que se preparaba, aunque con gran lentitud, á conducir socorros á Módena. Al mismo tiempo, en los primeros días de Marzo (el 1 ó el 2 probablemente) llegó la noticia de que Dolabela, que había entrado en Asia con su legión y su caballería, se había apoderado traidoramente en Esmirna de Trebonio, y le había hecho morir, después de haberle torturado durante dos días para saber dónde estaba el dinero (2). Al menos, esto es lo que referían las cartas, que quizás exageraban deliberadamente la maldad de Dolabela. La pérdida de la provincia de Asia, gran mina de Roma, era una desgracia para el partido conservador; pero esta desgracia estaba compensada por la atrocidad del crimen, que suscitó vivísima indignación en la opinión pública, y de rechazo causó daño á Antonio, pues todos sabían que estaba de acuerdo con Dolabela, y muchos hasta decían que le había inducido á realizar el crimen. Sin embargo, el hábil Caleno procuró aprovecharse de este suceso; y cuando se reunió el Senado, pronunció un severo discurso contra Dolabela, diciendo que estaba dispuesto á declararle enemigo público (3); pero al mismo tiempo propu-

---

(1) Dión, XLVI, 36.

(2) Dión, XLVII, 29; Tito Livio, *Per.*, 119; Appiano, *B. C.*, III, 26; Orosio, VI, XVIII, 6; Cicerón, *Fil.*, XI, II, 4; III, 9.

(3) Cicerón, *Fil.*, XI, VI, 15.

so que se confiase la guerra contra él á los dos cónsules, cuando hubiesen librado á Módena (1). Por este discurso el partido de Antonio desautorizaba al comprometedor Dolabela, y procuraba hacer perder tiempo á los cónsules, obligándoles á preparar una nueva guerra. La proposición suscitó viva oposición: en cambio, otros senadores pidieron que se enviase contra Dolabela á un general con mando extraordinario (2); y Cicerón presentó una proposición más audaz, que le sirvió de tema para su undécima filípica: pidió que la guerra contra Dolabela se confiase á Casio, con el proconsulado de Siria, otorgándole amplios poderes sobre Asia, Bitinia y el Ponto. Todavía no se sabía nada de cierto sobre Casio; pero, exaltado por las buenas noticias que se habían recibido de Bruto, no dudaba de que Casio también había vencido en el designio por él formado al salir de Italia; y, para sostener su proposición, afirmó con seguridad que Casio era ya dueño de Siria, que había recobrado el Asia y que pronto se tendrían informes oficiales (3). Sin embargo, Pansa, que servía á los conservadores, pero no quería verlos muy potentes, hizo una vigorosa oposición é impidió que se votase. Cicerón procuró entonces resolver la indecisión del Senado suscitando una agitación popular; é hizo que un tribuno del pueblo convocase á una reunión del pueblo, en la que expuso otra vez su proposición en medio de grandes aplausos. Pero Pansa intervino é hizo una nueva oposición, diciendo que proposición la desagrada-

(1) Cicerón, *Fil.*, XI, IX, 21 y sig.
(2) Idem, *Fil.*, XI, VII, 16 y sig.
(3) Idem, *Fil.*, XI, XI, 26 y sig.

ba á la madre de Casio, á sus hermanas y á Servilia (1). Al cabo de varios días y de largas discusiones, acabó por adoptarse la proposición de Caleno (2). Cicerón, irritadísimo contra Pansa, le acusó nuevamente de traicionar la causa conservadora: y la acusación, que no era completamente injustificada, pues el astuto cónsul, que en realidad no quería ver á los conservadores árbitros de la situación, se negaba desde hacía algún tiempo á enviar á Bruto parte de los soldados recién reclutados en Italia, y hasta procuraba impedir que mucha gente—y sobre todo los jóvenes de las clases bien acomodadas—sirviesen á las órdenes del jefe de la conjuración (3). Muchos, sin embargo, marcharon, y entre ellos Marco Valerio Mesala Corvino, el hijo de Lúculo, el hijo de Catón, el hijo de Hortensio, el hijo de Bíbulo.

El fracaso desalentó un poco al viejo orador, y estimuló á los amigos de Antonio, que intentaron en seguida una nueva maniobra. El 7 ó el 8 de Marzo se vió salir á los más conocidos partidarios de Antonio tristes y sombríos, formar conciliábulos, recibir y enviar mensajeros, preguntar á los senadores qué harían si Antonio levantaba el sitio de Módena. Todos creyeron que Antonio se arrepentía; Pansa quiso intervenir en seguida para negociar la paz; la fatiga hizo perder por un

(1) Cicerón, *F.*, XII, VII, 1.

(2) Idem, *F.*, XII, XIV, 4: *Consulibus decreta est Asia:* Dión, XLVII, 29.

(3) Cicerón, *ad Brut.*, II, VI, 1.—Advierto aquí, de una vez para siempre, que las dos cartas *ad Brut.*, II, 3 y 5, son las dos partes de una misma carta escrita por Bruto á Cicerón el 1.° de Abril, que las dos cartas *ad Brut.*, II, 4 y 6 son las dos partes de la misma contestación, escrita el 12 de Abril.

instante al mismo Cicerón su lucidez habitual. Hubo un momento de debilidad general, durante el cual el Senado acordó enviar á Antonio una nueva embajada compuesta de cinco personajes de todos los partidos, entre los cuales figuraba el mismo Cicerón (1). Entre tanto, Octavio, temiendo que Módena cayese verdaderamente, había decidido á Hircio, siempre dudoso, á abandonar sus cuarteles de invierno, á apoderarse de Bolonia y avanzar hasta Panaro, á vista de Módena, para informar á Décimo de que estaban allí y darle esperanzas (2), sin atacar por eso á Antonio. Ni uno ni otro se atrevían. Su embarazo aumentaba; pues los sucesos de Macedonia, la anulación de las leyes de Antonio, las decisiones del Senado á propósito de Marco Bruto, confirmaban de una manera indiscutible las acusaciones de Antonio, el cual pretendía que Hircio y Octavio defendían la causa de los asesinos de César contra la de los veteranos. Octavio se decidió á calmar los escrúpulos cesaristas de sus soldados prometiéndoles veinte mil en vez de dos mil sestercios (3); pero, á pesar de este hermoso presente, no osó conducirlos al combate, y en vez de atacar á Antonio se puso casi á cortejarlo con Hircio. Así Hircio, que desde Bolonia podía cortar las comunicaciones entre Antonio y sus amigos de Roma, enviaba

(1) Cicerón, *Fil.*, XII, 1, 1 y sig.

(2) Dión, XLVI, 36.

(3) Appiano, *B. C.*, III, 48: sin embargo, se engaña sobre la fecha de este aumento, colocándola antes de la votación del Senado del 2 de Enero. Es un error evidente, pues entonces no hubiese surgido después ninguna diferencia entre Octavio y el Senado sobre la cantidad debida á los soldados, de que hablaremos en el capítulo siguiente.

á su dirección con extremada amabilidad todas las cartas de Antonio que interceptaba (1), y cuando él y Octavio supieron el 12 que se enviaba de Roma una nueva embajada á Antonio, se apresuraron á enviarle una carta en humilde tono. En esta carta le referían la muerte de Trebonio y el horror que había suscitado, le informaban de que el Senado había decidido enviarle esta nueva embajada; casi se excusaban de combatir contra él, diciendo que su objeto no era molestarle ó socorrer á Décimo, sino solamente de salvar á los soldados de César encerrados en Módena; solicitábanle que no les pusiese en el trance de tenerle que atacar, pues no eran sus enemigos, y le dejarían en paz si dejaba de sitiar á Décimo, y aun si dejaba entrar trigo en Módena (2). ¿Podían ser más conciliadores? Hubiesen podido aniquilarlo y le rogaban que se mostrase razonable y bastante bueno para dejar entrar víveres en Módena mientras llegaban los embajadores. Pero Antonio, que adivinaba las razones de esta moderación, se aprovechó de la ocasión para ofrecerse á los soldados de Hircio y de Octavio como el verdadero y único vengador de César, y les replicó en una carta llena de violencia y ultrajes, que ha llegado hasta nosotros, y que, si realmente fué escrita por él, nos demuestra que Antonio estaba dotado de un notable talento literario. En esta carta aprobaba, como soberbia hazaña, el asesinato de Trebonio; declaraba que, deseando perseguir á to-

(1) Dión, XLVI, 35.

(2) El contenido de esta carta puede deducirse de la respuesta de Antonio. La décima tercera filípica nos ha conservado algunos fragmentos.

dos los matadores de César, permanecería hasta el término fiel á Dolabela; acusaba á Hircio y á Octavio de traicionar la causa cesarista y de luchar en favor de los asesinos y del partido que pretendía despojar á los veteranos de sus recompensas; declarábase dispuesto á dejar salir de Módena á los soldados si querían entregarle á Décimo; afirmaba que Lépido y Planco estaban de acuerdo con él; decía que se hallaba dispuesto á recibir los embajadores, si acudían, pues estaba siempre dispuesto á concertar la paz, pero añadía que no pensaba en que llegasen. Hircio y Octavio aceptaron sin decir ni hacer nada esta respuesta insolente, y se contentaron con enviar la carta á Roma, donde llegó el 18 ó 19, cuando parte de las previsiones de Antonio se habían ya verificado. La embajada se anuló entre el 10 y el 14 probablemente. Los amigos de Antonio se dieron demasiada prisa en mostrar su alegría; Cicerón y los demás se dieron inmediata cuenta de que habían sido víctimas de un ardid (1); hablábase ya en Roma de una traición, y en la primera sesión que celebró el Senado, Cicerón pronunció la duodécima filípica, en la que confesó haberse engañado. El Senado anuló su precedente decisión. Entre tanto, con la buena estación, empezaron á llegar numerosas cartas de provincias, y Pansa, no teniendo ya ningún pretexto para diferir su viaje, lo fijó para el 19 de Marzo. Este mismo día, antes de partir, presidió una sesión en el Senado, leyéndose cartas de Cornificio, que se quejaba de las dificultades que le creaban los legados enviados por Calvisio. El Senado ordenó que el goberna-

(1) Cicerón, *Fil.*, XII, VII, 18.

dor de Numidia, T. Sextio, cediese una legión á Cornificio para restablecer el orden y que enviase dos más á Italia para la guerra de Módena; pero habiendo propuesto alguien que se castigase á los falsos legados de Calvisio, Pansa se opuso (1). Luego partió al frente de cuatro nuevas legiones, y para eludir á Ventidio tomó la vía Casia, que, por Fiésoles y el Apenino, desembocaba en la vía Emilia, más abajo de Bolonia. Con las tres legiones de Octavio y las cuatro de Décimo eran ya catorce legiones las nuevamente reclutadas ó llamadas bajo las banderas en algunos meses; las treinta y seis legiones dejadas por César se habían elevado á cincuenta en Italia, que hacía mucho tiempo no suministraba soldados. ¿Iban á renacer las aptitudes guerreras, tan atenuadas, de los pueblos italianos? El ejemplo de los soldados de César que se habían enriquecido, una locura contagiosa de esperanzas quiméricas, y la miseria también, lanzaban al oficio de soldado á muchos artesanos que ya no encontraban trabajo en Roma ó en las otras ciudades, á muchos hijos de colonos cansados de la penosa pobreza de sus padres, y á muchos trabajadores entrampados y desesperados. Sólo las rivalidades políticas de la oligarquía romana les permitía vivir en este momento de crisis. Sin embargo, nadie se preguntaba cómo se podría hacer frente á los gastos militares tan rápidamente aumentados; hasta costaba trabajo encontrar armas para tantos soldados. Así es que en el campamento de Antonio permanecían con las manos vacías los nuevos reclutas de la Cisalpina; el mismo Antonio pensó un momento en que le enviasen armas

(1) Cicerón, *F.*, XII, xxv, 1.

de Demetríades (1), y Pansa tuvo en Roma que reclutar armeros en todas partes (2).

Pero la situación seguía siendo incierta. El 20 de Marzo, el pretor Aulo Cornuto leyó, en ausencia de los cónsules, cartas de Lépido y de Planco, que significaban al Senado su gran deseo de ver la paz restablecida. Planco, singularmente, había escrito con gran prudencia, encargando á C. Furnio, que llevó la carta, que añadiese de viva voz declaraciones más explícitas de adhesión á la constitución (3). Todos sabían que Lépido era favorable á Antonio; pero uno y otro procuraban engañar á los dos partidos de manera que no se comprometiesen con ninguno; Lépido aún había hecho más: llamó á las armas la décima y la décimasexta legiones, que César estableció en Narbona y en Arlés, y formó una tercera (ignoramos con qué soldados) (4), y hasta envió refuerzos á Módena, dando al oficial Marco Junio Silano, hijo de Servilia, y por lo tanto su cuñado, órdenes muy equívocas, de suerte que pudiese pretender que lo había enviado contra Antonio (5). Irritado por estas cartas, que traducían á cada línea la preocupación de no comprometerse, pensando que desanimarían al Senado, tan indeciso ya, Cicerón, para excitar á los senadores á la guerra y para pedir que se decretasen honores á Sexto Pompeyo, pronunció la décima tercera filípica, obra maestra de elocuencia furiosa

---

(1) Plutarco, *Bruto*, 25.
(2) Idem, *Fil.*, VII, IV, 13.
(3) Idem, *F.*, X, VI, 1.
(4) Kromayer, en *Hermes*, vol. XXXI, págs. 1 y sig.
(5) Dión, XLVI, 38.

y rugiente. Luego escribió dos cartas muy secas y violentísimas á Planco y á Lépido (1). ¿Intentarían aún oponer obstáculos? Pero los últimos días de Marzo y los primeros de Abril fueron para todos llenos de inquietud y de malestar. La gente se preguntaba lo que ocurría alrededor de Módena, lo que en Oriente maquinaban Dolabela y Casio. Había momentos en que todo se creía perdido en Roma; decíase que Módena se encontraba en el último extremo, que los cónsules traicionaban la causa del Senado (2). Cicerón se veía obligado á presentarse en público con el rostro sereno, á tranquilizar á todos y á mostrar una confianza que quizás no tenía. El 7 de Abril (3) leyéronse al Senado nuevas cartas de Planco (4), y habiendo sabido entre tanto que los socorros de Pansa habían salido verdaderamente, se apresuró á escribir que había disimulado hasta entonces su devoción republicana para asegurarse la fidelidad de las legiones, á las que Antonio procuraba arrastrar á la revuelta. Pero habiendo propuesto Cicerón algunos honores para él, el Senado discutió con violencia durante dos días, porque Servilio, tenaz en sus odios, no quería otorgar honores á un antiguo partidario de César (5). Afortunadamente, el 9 de Abril se recibieron por diversos conductos buenas noticias de Casio. Desembarcado en la provincia de Asia antes que Dolabela, recibió dinero de Trebonio; y de Léntulo, que lo había desviado

(1) Cicerón, *F.*, X, VI; *F.*, X, XXVII.
(2) Idem, *ad Br.*, II, I, I.
(3) Idem, *F.*, X, XII, 2-3.
(4) Idem, *F.*, X, 8.
(5) Idem, *F.*, X, XII, 3-4.

de su camino, el cuerpo de caballería enviado delante por Dolabela; luego, habiendo reclutado nuevos soldados y recogido dinero, invadió á Siria, donde las cinco legiones del gobernador de ésta y del de Bitinia que sitiaban á Cecilio Baso en Apamea se pasaron á él, seguidos pronto por la legión de Cecilio Baso. El partido conservador tenía, pues, un nuevo ejército en Oriente, y Dolabela estaba perdido. Pero, por otra parte, dos días después de estas dichosas noticias, Cicerón recibió de Bruto una carta bien extraña fechada el 1.° de Abril. El célebre conjurado mostrábase en esta carta asustado y pedía consejo; habiendo perdido el Asia y sus subsidios, se encontraba sin dinero (los dieciséis mil talentos ya se habían consumido); añadía que, según su opinión, era oportuno reflexionar bien antes de divulgar las noticias que se recibiesen de Casio; en fin, confesaba que no sabía cómo tratar á Cayo Antonio, el hermano de Marco, que se le había rendido poco antes en Apolonia. Sus ruegos le «habían impresionado bastante» (1). En realidad, Bruto, como todos los hombres de estudio extraviados en la vida activa, era un hombre ingenuo, y mientras se distraía acuñando monedas ornadas con el gorro frigio, con puñales y con la inscripción EID-MAR (Idus Martiæ), el astuto Cayo Antonio se puso á captarle con mil adulaciones, y procuraba indisponerle con Cicerón, diciéndole que éste desesperaba á los cesaristas, mientras que con él, Bruto, era posible entenderse; que era absurdo fiarse de Octavio en vez de procurar ponerse de acuerdo con su hermano. En suma, logró despertar las antiguas desconfianzas del

(1) Cicerón, *ad Br.*, II, v, 2

conjurado en contra del hijo de César. El débil Bruto acabó por ser su amigo y por soñar en una alianza con Antonio y en contra de Octavio, y hasta hizo algo que no osó referir á Cicerón: le tomó á sus órdenes como gobernador de Iliria en sustitución de Vatinio. Cicerón le contestó secamente al otro día que no se le podía enviar dinero, que no se podían alistar soldados, que era preciso guardar á Cayo Antonio como rehén hasta que Décimo se viese libre (1), y que, en lo referente á las noticias de Casio, convenía publicarlas muy alto y en todas partes, en lugar de callarlas. Pero al día siguiente por la mañana, 13 de Abril, Cicerón recibió otra sorpresa mayor en el Senado: dos mensajes, uno de Cayo Antonio, otro de Bruto, llegaron por la mañana y se llevaron directamente al Senado, sin darlos antes á leer á Cicerón ó á algún otro personaje, según costumbre. En esas cartas, Cayo Antonio solicitaba la paz por él y por su hermano, y Bruto no sólo recomendaba que se concediese buena acogida á esta demanda, pero también consintió que Cayo pusiese al frente de su carta el título de procónsul. Cicerón, completamente estupefacto, supo contenerse; pero cuando se levantó la sesión corrió á conferenciar con otros senadores, y decidieron recurrir á un expediente extremo. El senador Labeón declaró al siguiente día que había examinado cuidadosamente los sellos de la carta de Bruto y se había persuadido de que ésta era falsa. Cicerón escribió el mismo día á Bruto una larga carta en estilo pulcro, pero resuelto; referíale todo y le hacía compren-

(1) Las cartas de Cicerón, *ad Br.*, II, 4 y II, 6, son la contestación única de Cicerón, de la que se han hecho dos cartas.

der, sin decírselo claramente, la conveniencia de que no desmintiese á Labeón, y, en fin, le manifestaba que, tratándose de una guerra en la que era preciso morir si no se vencía, convenía mostrar energía implacable y no muelle clemencia (1). Fué ésta una advertencia de cuyo acierto no tardó en darse cuenta, pues Cayo Antonio le recompensó muy pronto de su buen trato, urdiendo contra él una rebelión de los soldados, que afortunadamente se descubrió y pudo atajarse á tiempo (2).

Pero este mismo día, 14 de Abril, ó el día siguiente, pues la fecha no es segura (3), los dos ejércitos vinieron á las manos en Castelfranco, que se llamaba entonces *Forum Gallorum*. Antonio disponía de fuerzas poco considerables; pero, seguro con la ayuda de Lépido después que Silano le llevó sus soldados y fiado en su prestigio de vengador de César, osó tomar la ofensiva. Hacía ya algún tiempo que, habiendo dejado parte de sus tropas para continuar el sitio de Módena, había establecido su campamento cerca del de Hircio y Octavio, y lo hostilizaba con breves ataques; pero como Ventidio se aproximaba, al saber que Pansa iba á salir de Bolonia para incorporarse á Hircio y Octavio, tuvo idea de atacarle en el camino, mientras que su hermano Lucio distraería la atención de Hircio y de Octavio simulando un ataque contra su campamento. Pero Hircio, que había enviado á un tal Galba para decirle á

---

(1) Es la carta *ad Br.*, II, 7. Creo con Gurlitt que no se escribió el 19 de Abril, como dicen los manuscritos, ni el 16, como cree Schmidt y Meyer, sino el 14. Véase *Sup. Fil.*, IV, 564.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 79: Dión, XLVII, 23.

(3) Véase Cicerón, *F.*, X, xxx, 1; Ovidio, *Fast.*, IV, 625.

Pansa que se capitulase, se figuró la intención de Antonio, y, durante la noche del 13 al 14, envió á su encuentro la legión de Marte y dos cohortes pretorianas á las órdenes de Carfuleno. Éste cruzó durante la noche el *Forum Gallorum*, y prosiguió su camino, marchando siempre al encuentro de Pansa; y algunas horas después, Antonio, que ignoraba todo esto, llegó y apostó dos legiones y dos cohortes pretorianas en el *Forum Gallorum;* luego envió á la vía Emilia, al encuentro de Pansa, caballería é infantería ligera para atraer á los soldados sirviéndose de escaramuzas hasta los muros de Castelfranco. Su plan se realizó; pero lo que atrajo al combate no fué una ó dos legiones de reclutas como suponía, sino las doce cohortes de veteranos de Carfuleno, que marchaban al frente del ejército, á cierta distancia de las nuevas legiones. Como la vía Emilia estaba llena de bosques y pantanos, durante algún tiempo no fué posible llegar á las manos; pero cuando en la vecindad del *Forum Gallorum* se encontraron en terreno llano y libre, las doce cohortes desplegaron en orden de batalla; las veintidós cohortes de Antonio salieron entonces del pueblo y atacaron á la legión de Marte. El choque fué violento. Pansa ordenó á dos de sus cuatro legiones nuevas que montasen corriendo el campamento; envió á las otras dos en socorro de los que combatían; expidió mensajeros para pedir refuerzos á Hircio, y él también acudió al campo de batalla. Pero las nuevas legiones no sirvieron para nada: la cohorte pretoriana de César quedó destruída y el mismo Pansa herido; hasta la legión de Marte acabó por replegarse hacia el campamento, perseguida por el enemigo, que hizo una gran carnicería entre los veteranos y reclutas. Los sol-

dados de Antonio se creyeron ya victoriosos; pero después del medio día, luego de haber obligado á todo el ejército enemigo á refugiarse en el campamento, al retirarse fatigados hacia Módena, apareció súbitamente Hircio con dos legiones de veteranos. No era posible empeñar una nueva batalla con tropas de refresco, y las dos legiones se dispersaron desordenadamente por los bosques y pantanos vecinos. La noche que llegaba y la falta de caballería impidieron á Hircio de persegir á los fugitivos. Durante la noche, Antonio los hizo recoger por la caballería, que los condujo á su campamento de Módena. Octavio, entre tanto, había defendido el campamento contra los ataques simulados de Lucio. Este fué su primer hecho de armas, fácil sin duda, pero que le valió—como á los dos cónsules—una nueva ovación del ejército (1). Ninguno de ambos adversarios pudo decirse en absoluto vencedor ó vencido.

La inquietud era grande. El 17 ó 18 circuló el rumor de que el ejército del Senado había quedado deshecho (2). Al fin llegaron las cartas de Hircio. Los partidarios de Antonio encerráronse desesperados en sus casas; ante la de Cicerón se celebró una gran manifestación popular; se le condujo al Capitolio y se le obligó á hablar entre grandes aplausos (3); muchas personas, prudentes ó indiferentes de ordinario, cedieron al contagio y revelaron su odio por Antonio. En la sesión del 21 de Abril Cicerón pronunció la décima cuarta y última filípica, en la que pidió se decretase una su-

(1) Cicerón, *F.*, X, 30; Dión, 46, 37; Appiano, *B. C.*, III, 67, 70.
(2) Idem, *ad Br.*, I, III, 2.
(3) Idem, *ad Br.*, I, III, 2.

plicación de cuarenta días, que se erigiese un monumento á los soldados que habían sucumbido en la batalla y la concesión á los padres de las sumas y de los privilegios prometidos á los soldados del ejército del Senado. Todos creían que el partido conservador había obtenido una gran victoria. Pero la batalla no había sido decisiva. Antonio, más prudente desde su fracaso, trasladó su ejército al campamento para continuar el sitio. Ventidio se acercaba por la vía Emilia, á retaguardia de Hircio y de Octavio. Éstos, que habían recobrado audacia al ver que los veteranos combatían, se decidieron el 21 de Abril á intentar romper la línea del bloqueo, para enviar á la ciudad un convoy de víveres. Antonio destacó su caballería para rechazarlos, y luego, como era insuficiente, dos legiones. Hircio se aprovechó de este instante para arrojarse con la cuarta legión sobre el campamento, defendido por la quinta, y Décimo Bruto osó sacar de Módena algunas cohortes al mando de Poncio Aquila. Entonces se empeñaron dos terribles combates en el campamento y en las trincheras. Hircio y Poncio Aquila cayeron muertos; la cuarta legión retrocedía ya cuando Octavio acudió en su socorro; la batalla recomenzó tan violenta, que el mismo Octavio se encontró en mitad de la pelea y tuvo que luchar como un soldado. Salvó el cuerpo de Hircio, pero no pudo ó no supo conservar el terreno, y dió la orden de retirada. Los soldados de Décimo también volvieron á Módena, y por la tarde la línea de asedio no parecía haber quedado rota. Sin embargo, el ejército de Antonio sufrió mucho. Durante la noche reunió un consejo de guerra, en el que casi todos opinaron que debía continuar el sitio. Si Antonio hubiese sabido que Hircio

había muerto, seguramente que al otro día hubiese atacado el ejército, que sólo estaba mandado por Octavio, y quizás, con ayuda de Ventidio, que había llegado á Faenza, hubiese aniquilado para siempre al heredero de César. Pero suele ocurrir que, durante las revoluciones, la suerte de un hombre suele depender de hilos muy tenues. Ignorando Antonio lo que había ocurrido, temió sufrir un nuevo ataque al siguiente día, antes de que Ventidio hubiese llegado; se acordó de lo que César había hecho ante los muros de Gergovia, y adoptó el partido de retirarse á la Galia narbonesa, al lado de Lépido. Durante la noche envió mensajeros á Ventidio Baso ordenándole que cruzase el Apenino y se le incorporase en la Narbonesa; dió orden de levantar el sitio y partió durante la noche (1).

---

(1) La mejor reconstitución y cronología de la segunda batalla de Módena, me parece que es la de Schmidt, *Neue Jahrbücher fur Philologie und Pædagogik*, 1892, págs. 323 y sig.

X

Triumviri reipublicæ constituendæ.

Las noticias de los sucesos de Módena llegaron á Roma el 25 de Abril, según parece; pero muy exagerados, y el 26 se reunió el Senado. Bajo la impresión de estas noticias se decretó sin oposición el destierro de Antonio y de sus partidarios (1); y diferentes senadores

---

(1) La comparación de los pasajes de las cartas *ad Br.*, I, 5 y I, 3 me parece indicar bien que la proscripción de Antonio se decretó el 26, como dice Lange, *R. A.*, III, 524. La carta I, 3, se compone, como demuestra Schmidt, *I. P. P.*, 1892, pág. 331, de dos cartas: una compuesta de los párrafos 1, 2 y 3, y que se escribió después de la batalla del *Forum Gallorum*, y cuya fecha es quizás la colocada al pie de toda la carta; la otra compuesta del párrafo 4 y escrita después de llegar la noticia de la muerte de Pansa. Trátase en esta carta de una sesión en que Antonio y los suyos fueron declarados enemigos de la república. En la carta I, 5, del 5 de Mayo, Cicerón habla á Bruto de una sesión del 27 de Abril, en la que se trató de la manera de perseguir á Antonio, y que parece distinta de la en que fué proscripto. Por eso supongo que hubo una sesión el 26 y otra el 27. La noticia de la muerte de Pansa, que llegó entre el 26 y el 27, hizo necesaria la sesión del 27; Appiano, III, 74, dice, efectivamente, que en la primera sesión no se quiso conceder á Décimo el mando supremo. La carta de Cicerón, *ad Br.*, I, 3 § 4, fué, pues, escrita tras la sesión del 26, y antes de la sesión del 27, y en el momento en que la noticia de la muerte de Pansa, que se ignoraba por la mañana, acababa por consecuencia de llegar durante el día 26. En fin, esto demuestra que la noticia de la muerte de Pansa llegó á Roma en la tarde del 26.

presentaron las más varias proposiciones. En honor de Décimo Bruto, que parecía haber contribuído más que los otros á la victoria con su obstinada resistencia, propusiéronse los más extravagantes decretos: una suplicación de cincuenta días, el triunfo y hasta la inscripción de su nombre en el calendario el día en que se recibió la noticia y que resultó coincidir con el aniversario del nacimiento de Bruto (1). Tal era el extravío general (2). También se acordó tributar honores á los que habían caído en el campo de batalla; alguien pidió que se concediesen también á los soldados de Módena las recompensas prometidas á los soldados de Octavio (3). Estimando Cicerón que no convenía perder el tiempo propuso que, como Hircio había muerto y Pansa

(1) Dión, XLVI, 39-40; Appiano, *B. C.*, III, 74; Cicerón, *ad Br.* I, xv, 8.

(2) Al narrar estos sucesos, los historiadores modernos se han dejado engañar por los relatos tendenciosos que hicieron en la antigüedad los amigos de Augusto, y de los que se encuentran numerosas trazas en Tito Livio, *Per.*, CXIX; Veleyo, II, 62; Dión, XLVI, 39-40, y Appiano, *B. C.*, III, 74. Estos relatos procuran justificar la abominable conducta de Octavio con el partido conservador, estimándola como una consecuencia de la mala fe y de la oposición del Senado. Ya veremos que ésto sólo en parte es verdad. En esos relatos encontramos la tendencia á considerar los honores otorgados á D. Bruto después de su liberación, como una ofensa inferida á Octavio. Pero esto es absurdo, y en vano que los historiadores de la antigüedad observen que Décimo Bruto nada había hecho, cuando resistió valerosamente en vez de capitular. En todas las guerras donde se envía un ejército para libertar á otro sitiado, los primeros honores son para los libertados: son la recompensa de su tenacidad y el consuelo de sus sufrimientos. Luego, al rendir honores á Décimo Bruto, no había intención de inferir una afrenta á Octavio.

(3) Dión, XLVI, 40.

estaba herido en Bolonia, se concediese á Décimo Bruto el mando supremo del ejército (1). Naturalmente que no se aprobaron todas estas proposiciones; la inscripción del nombre de Bruto en el calendario fué combatida (2), y la proposición de Cicerón sobre Pansa fué rechazada (3). Pero, durante el día se supo que Pansa había muerto en la noche del 22 al 23 (4). Fué necesario convocar al Senado el 27, para tratar de las legiones y de la guerra contra Dolabela, que se había confiado á los cónsules. En esta sesión, Servilio volvió á proponer é hizo aprobar la antigua proposición de Cicerón, encomendando á Casio la guerra contra Dolabela, con el proconsulado de Siria y el mando superior sobre todos los gobiernos de las provincias asiáticas (5); se redimió á Bruto de la obligación en que estaba de permanecer cerca de Italia, dejándole en libertad de poder ayudar á Casio, si lo consideraba oportuno; también se proscribió á Ventidio, que el día precedente, con la prisa y la alegría, quedó olvidado (6). Italia estaba en seguridad—al menos, todos lo creían—ahora que An-

---

(1) Es lo que dice Appiano, *B. C.*, III, 74, y la cosa me parece verosímil. Efectivamente, Décimo Bruto (*F.*, XI, x, 1) en una carta fechada en Tortona el 5 de Mayo, se queja de que algunos ciudadanos se opongan á que se le tributen honores, y hasta buscan—dice—*quo minus respublica a me commode administrari possit*, lo que quizás sea una alusión á la proposición de Cicerón que no fué aprobada.

(2) Véase Cicerón, *ad Br.*, I, xv, 8.

(3) Véase n.° 2.

(4) Cicerón, *F.*, XI, XIII, 2.

(5) Idem, *ad Br.*, I, v, 1; Dión, XLVI, 40.

(6) Idem, *ad Br.*, I, v, 1.

tonio huía con algunas tropas cansadas y derrotadas (1). También parece que, para la dirección de la guerra contra Antonio, se adoptó á medias una medida poniendo las cuatro legiones de Pansa bajo el mando de Décimo, propretor más antiguo que Octavio, pero se dejó á éste al mando de sus cinco legiones (2). Por lo demás, todos creían en Roma que Décimo Bruto y Octavio se habrían ya lanzado en persecución de Antonio (3) y estaban persuadidos de que, al cabo de algunos días, acabaría como Catilina. Como en los primeros días que siguieron á la muerte de César, el partido conservador parecía á todo el mundo árbitro de la república: los amigos, los parientes, la mujer del vencido, se vieron cubiertos de injurias, de amenazas, de procesos; Fulvia, que tenía que pagar en este momento una propiedad comprada á crédito, no hubiese podido encontrar un sestercio sin el amable Ático, que permanecía fiel á su costumbre de dar dinero á todo el mundo (4).

Nadie dudaba en Roma de que todas estas previsio-

---

(1) Véase Cicerón, *F.*, XI, XII, 1; XI, XIV, 3.

(2) Tito Livio, *Per.*, 120.—Dión, XLVI, 40, dice que no se retiró á Octavio el mando de sus legiones, y esto está confirmado por las cartas de Cicerón, *F.*, XI, XIV, 2; XI, XIX, 1, que demuestran que no se aprobaron las proposiciones de Druso y Paulo. En cambio, de las cartas de Cicerón, *F.*, XI, XX, 4, resulta que tres de las cuatro legiones de Pansa fueron enviadas por Octavio á Décimo Bruto, el cual se queja de que no se le haya enviado la cuarta. Esto significa que hasta Octavio reconocía su derecho de mandar las cuatro legiones, y que el Senado las había puesto bajo el mando de Décimo Bruto. Por lo demás, ésto es lo que dicen Dión, XLVI, 40 y Appiano, *B. C.*, III, 76. Esta decisión tampoco podía ser una afrenta para Octavio.

(3) Cicerón, *ad Br.*, III, 4.

(4) Cornelio Nepote, *Ático*, 9.

nes optimistas no correspondiesen á la realidad. En contra de lo que todos creían en Roma, Décimo Bruto y Octavio no habían ido en persecución de Antonio el día mismo de la liberación y encuentro de ambos ejércitos. Durante el 22 de Abril, Décimo Bruto se dirigió al campamento del ejército libertador para saludar á Hircio, y habiendo sabido allí la muerte del cónsul, y puesto al corriente por Octavio de la situación militar (1), comprendió en seguida que Ventidio Baso procuraría incorporarse á Antonio sin tropezar con sus ejércitos, franqueando el Apenino y descendiendo á Liguria. Décimo, pues, procuró decidir á Octavio para pasar la montaña con sus legiones y cortar el camino de Liguria, mientras que él perseguiría á Antonio con el propósito de lanzarle hacia las regiones desoladas del Apenino (2). Pero Octavio sólo se había servido tímidamente de las legiones, mientras que—en parte al menos—estaba sostenido por la autoridad de un cesarista tan ilustre como Hircio; pero ¿cómo osaría conducirlas ahora, al mismo tiempo que uno de los asesinos de César, al definitivo aniquilamiento de Antonio y de sus veteranos? (3) Décimo no logró convencerle (4) este día, y quizás pensó en salir sólo al siguiente, cuando

(1) Cicerón, *F.*, XI, XIII, 1. Todo lo que Appiano, *B. C.*, III, 73, refiere sobre esta entrevista es una invención, ó, cuando menos, una exageración, que procede de un hombre favorable á Augusto. Puede darse cuenta de esto leyendo la carta de Cicerón, *F.*, XI, 13, que demuestra claramente la falsedad de Appiano.

(2) Cicerón, *F.*, XI, x, 4.

(3) Décimo Bruto lo dice claramente: Cicerón, *F.*, XI, x, 4: *sed neque Cæsaris imperari potest, nec Cæsar exercitu suo.*

(4) Cicerón, *F.*, XI, XIII, 1.

por la noche recibió un mensaje de Pansa llamándole á Bolonia. El 23, pues, se dirigió á esta ciudad; pero habiendo sabido en el camino que Pansa había muerto, retrocedió, volvió á sus últimos acuerdos y el 24 marchó con sus legiones en persecución de Antonio. Éste, pues, tomó una delantera de dos días (1) y sólo fué perseguido por un general. Fué ésta una primera decepción, pero aún fué mayor la que Antonio reservaba á sus enemigos de Roma, demostrándoles con hechos que ni estaba abatido ni se resignaba á perecer como Catilina, aunque se viese abandonado de todos y sólo contase con pocas tropas. La rabia de la derrota y la inminencia del peligro sobreexcitaron súbitamente en este hombre—tan dudoso durante los meses últimos—la imaginación y la voluntad, haciéndole concebir y poner en seguida en ejecución un proyecto digno verdaderamente de César: para ir á la Narbonesa tomaría con decisión el camino de Liguria, escalaría inmediatamente el escarpado Apenino, bravío y desierto desde Tortona hasta Vado, donde Décimo Bruto quería arrojarle á la muerte como un ciervo herido. Era audaz empresa el aventurarse entre montañas desoladas, donde podía morir de hambre un ejército que, si no estaba deshecho como en Roma se decía, había sufrido mucho en los últimos encuentros. Pero el hombre que había luchado al lado de César contra Vercingetórix, no dudó en escoger este camino que, si era más difícil, también resultaba más corto que el del pequeño San Bernardo y le hacía más fácil y rápida su incorporación con Ventidio, á quien le había ordenado que cru-

(1) Cicerón, *F.*, XI, XIII, 2.

zase el Apenino. Tomando el camino de Liguria iba justamente al encuentro de Ventidio; podía encontrarse con él en Vado, abreviando el camino que su general hubiese tenido que recorrer solo, es decir, el más peligroso, aquél en que los soldados y el jefe, sintiéndose lejos de él, podía quitarles más fácilmente los ánimos. Con las cuatro legiones y la caballería, que aún estaba en buen orden, con los soldados que había reclutado, pero que todavía no formaban legiones ni ejércitos recorrió el 22 y el 23 las treinta millas que separan á Módena de Parma. Durante la tarde del 23 cayó sobre Parma como un ciclón, entregando la ciudad á los soldados, que hicieron algunos destrozos (1); el 24 y el 25 recorrió las cuarenta millas que hay de Parma á Plasencia; el 26 se dirigió por la vía Milvia á Dertona (Tortona), distante unos 100 kilómetros, á donde llegó el 28 probablemente, para que sus soldados descansasen un día y emprender el 30 la ascensión de las montañas que le separaban de Vada Sabatia (Vado). En cambio, Décimo había presumido demasiado de las fuerzas de su ejército, que estaba en parte compuesto de reclutas, extenuado por las privaciones del sitio y desprovisto de todo, hasta de mulas y caballos (2), pues se los habían comido durante el sitio (3); durante los primeros días, pues, sólo pudo avanzar lentamente.

---

(1) Cicerón, *F.*, XI, XIII a. Véase Cicerón, *F.*, X, XXXIII, 4: *Parmam direptam.* Los enemigos de Antonio han tenido que exagerar para hacer de él un bandido y un sobornador de esclavos. Antonio no tenía bastante tiempo que perder para saquear las ciudades y vaciar las ergástulas.

(2) Cicerón, *F.*, XI, XIII, 2.

(3) Appiano, *B. C.*, III, 49.

Durante este tiempo, Octavio se dirigió con su ejército á Bolonia, para preparar la vuelta solemne de los despojos de Hircio y de Pansa.

Todo esto se supo en Roma durante los primeros días del mes de Mayo, cuando la falsa idea que todos se forjaban sobre la derrota de Antonio creaba una nueva confusión. La victoria de Módena—y es ésta una curiosa contradicción que demuestra hasta qué punto de disolución política habían llegado las altas clases de Roma—quebrantó indudablemente la autoridad del hombre á quien correspondía el principal mérito. Cicerón comprendió que era necesario aprovecharse, sin pérdida de tiempo, del gran desorden en que se hallaba el partido cesarista para herirlo de muerte, comenzando por aniquilar á Antonio. Estaba, pues, lleno de impaciencia y trataba con dureza al Senado y á los senadores para impedirles que se durmiesen con la beata ilusión de una victoria precaria; pero los cónsules habían muerto, el gobierno de la república estaba confiado á un obscuro propretor, Aulo Cornuto, es decir, no había persona al frente de los negocios. Durante el sitio de Módena, el peligro había comunicado algún vigor á la cansada asamblea; pero ahora, la mayoría de los senadores que sólo contra su voluntad habían aceptado la guerra y que deseaban forjarse la ilusión de que no había motivos de inquietud, de esfuerzo ni de lucha, ya no prestaban la misma atención al orador de las filípicas y consideraban sus discursos como locas arengas de un viejo exaltado. Además, á la sombra de las querellas, veía reanimarse los intereses, las sordas rivalidades personales, los mezquinos piques del amor propio. Ya no se podía adoptar ninguna medida seria, pues la

asamblea daba largas á las cuestiones, difiriendo cada discusión para más adelante; sólo aprobaba expedientes dilatorios. Cicerón ya no sentía al Senado en su poder como el mes anterior, y advertía que la muerte de Pansa había sido una desgracia para él mismo, pues, á pesar de sus tergiversaciones, el ilustre consular era al menos un hombre de energía y de buen sentido (1). Pero, desde que se supo en Roma que Décimo marchaba solo en persecución de Antonio, surgieron nuevas dificultades. La antigua discordia entre los partidarios de Octavio y sus enemigos, que se había calmado durante la guerra, volvió á encenderse. Numerosos miembros del Senado se indignaron contra Octavio, que permanecía inactivo en Bolonia (2); los parientes de los conjurados, siempre inquietos, los enemigos, los celosos del joven—¡eran tan numerosos!—se aprovecharon de este descontento para perjudicarle, y dos senadores, Lucio Emilio Paulo, hermano de Lépido, y Livio Druso, propusieron que se concediese á Décimo el mando de las legiones de veteranos que reclutó Octavio (3). Era ésta una política de lucha que, realizada

(1) Cicerón, *F.*, XI, XIV, 1; Cicerón, *ad Br.*, I, X, 1.

(2) Los historiadores de la antigüedad, harto apegados á las tradiciones favorables á Augusto, no han comprendido que la negativa de Octavio de participar en la persecución de Antonio fué la primera causa de la discordia entre el Senado y Octavio.

(3) Véase en Cicerón la carta *F.*, XI, XIX, 1, que se escribió el 21 de Mayo. Luego la proposición se presentó en la primera decena de Mayo, y no inmediatamente después de recibirse la noticia de la victoria de Módena. Esto demuestra que la proposición no fué una provocación gratuíta, como quiere Dión, XLVI, 40, sino que se presentó al saberse en los primeros días de Mayo que Octavio no salía en persecución de Antonio.

con energía y perseverancia, hubiese podido quitar á Octavio toda posibilidad de molestar. En cambio, otros como Cicerón, comprendiendo que la victoria aún no era definitiva, recomendaban prudencia y aconsejaban que se siguiese halagando á Octavio y servirse de él para defender á Italia (1). El mismo Casio, el más inteligente de los conjurados, parece que no estuvo muy lejos ahora de entablar negociaciones para llegar á un acuerdo con él (2). También esta política, aunque opuesta á la otra, hubiese podido aportar á un resultado favorable, si se hubiese tenido el valor de seguirla hasta el fin. Al contrario, en el enervamiento general, el Senado no supo decidirse por la una ni por la otra, y aceptó una solución intermedia con todos los peligros de ambas y ninguna de sus ventajas. La proposición de Emilio y de Livio se consideró demasiado atrevida, y el Senado no la aprobó temiendo que los soldados se negasen á obedecer (3); pero tampoco se entablaron negociaciones para hacer de Octavio un aliado y se le abandonó á sí mismo, dejándole sin órdenes al frente

---

(1) Cicerón, XI, XIV, 1: *mirabiliter, mi Brute, lætor mea consilia measque sententias probari de decemviris, de ornando adulescente.* La carta se escribió á fines de Mayo, en contestación á una carta de Bruto expedida á primeros del mismo. Esto prueba: 1.°, que la proposición de los decenviros se hizo por Cicerón; 2.°, que á primeros de Mayo Cicerón opinaba que era necesario *ornare adulescentem* y (puesto que se alegra de que Décimo Bruto esté de acuerdo con él) que había otros que opinaban de distinta manera.

(2) Esto parece resultar de Dión, XLVII, 28, según el cual, Casio τῷ τε Καίσαρι περὶ τῶν συναλλαγῶν ἐπέστειλε.

(3) Dión, XLVI, 40, lo dice y Cicerón, *F.*, XI, XIX, 1; XI, XIV, 2, lo confirma.

de sus legiones. Pero el Senado sufría una ilusión creyendo desembarazarse con esta política de todos los cuidados que pudieran producirle Octavio y su ejército. Al cabo de algunos días se recibió en Roma cartas de Octavio, en las que rogaba al Senado que diese á sus soldados las recompensas que se les había prometido (1), esto es, no sólo los dos mil sestercios que el Senado había concedido el 4 de Enero á las legiones rebeldes, sino los veinte mil sestercios prometidos por Octavio si resultaba vencedor, á cada soldado, lo mismo de las dos legiones rebeldes que de las otras (2). Jefe inactivo de un ejército inútil, confinado en una pequeña ciudad de la Galia, no osando rebelarse contra el Senado, que por su parte tampoco osaba darle órdenes, Octavio se encontró entonces en Bolonia en un

(1) Appiano, *B. C.*, III, 86 y 88, habla de dos embajadas de soldados de Octavio á Roma, la primera de las cuales tuvo que acudir por ahora. Pero me cuesta trabajo creer que tuviese que recurrir por dos veces á un procedimiento tan revolucionario, y por primera vez en un momento en que la situación todavía no era desesperada. Sin embargo, como no es verosímil que el Senado, tan inactivo tras la liberación de Módena, tomase la iniciativa para enviar esta especie de mensaje á los soldados, supongo que se acordó á consecuencia de las gestiones hechas por Octavio.

(2) Dión, XLVI, 40, y Appiano, *B. C.*, III, 86, dicen en substancia lo mismo, completándose mutuamente. Dice Dión que se acordó abonar 10.000 sestercios á una parte de los soldados, y nada á los otros. Appiano dice que se envió á las dos legiones rebeldes la mitad del *donativum* que se les había prometido. Conviene, pues, admitir que hubo desacuerdo sobre la interpretación del senato-consulto del 3 de Enero, que el Senado lo aplicó literalmente en lo tocante al número de los que tenían derecho al donativo; pero, cuanto á la suma, hubo una transacción, acordándose abonar la mitad.

verdadero compromiso, sin saber qué hacer de su ejército. Dispuso las cuatro legiones de Pansa para enviárselas á Décimo (1), y al mismo tiempo dejó á Ventidio el paso libre en el Apenino. Con su gestión cerca del Senado sólo quiso demostrar á los soldados que se interesaba por ellos. Por eso resultaba tan difícil al Senado responder sí como no. Y recomenzó el sistema de tira y afloja, tan largo como inútil. Al fin, los que nada querían conceder á los soldados y los que deseaban mostrarse generosos, adoptaron una vez más disposiciones intermedias y contradictorias; se decidió que sólo las dos legiones rebeldes, como decía el senatoconsulto, recibirían recompensa, y no de veinte mil, sino de diez mil sestercios; también se acordó que esta contestación se comunicaría directamente á las legiones por una embajada del Senado, como para hacerles ver que dependían efectivamente del Senado y no de Octavio (2); en fin, se decidió como compensación y á propuesta de Cicerón, que no quería irritar á los soldados, de nombrar una comisión de diez miembros, entre los cuales figuraría el mismo Cicerón, para pagar inmediatamente el *donativum* y buscar tierras para distribuirlas entre cuatro legiones. Dos de éstas eran, desde luego, las legiones rebeldes; las otras dos, desconocidas para nosotros, podían ser las de los veteranos de Décimo Bruto (3). Quizás, para demostrar el interés que

(1) Cicerón. *F.*, XI, xx, 1.
(2) Dión, XLVI, 40; Appiano, *B. C.*, III, 86.
(3) Décimo Bruto, en la carta *F.*, XI, 20, escrita el 25 de Mayo en Ivrea, habla al mismo tiempo que los decenviros de las distribuciones de tierras y del pago en dinero de las cantidades, así como

sentía por los veteranos, el Senado encargó en esta sesión á Lépido y Planco de fundar en la confluencia del Ródano y del Saona la colonia que más adelante se convirtió en Lyón. En suma, el Senado respondió á los soldados con equívocas decisiones que debían de inspirar sospechas al general y con nuevas promesas que no estaba en situación de cumplir, pues las tierras que podía distribuírseles en Italia eran poco numerosas, á menos de que quisiera comprárselas á precios exorbitantes, y el Tesoro público estaba vacío, y los tributos de las ricas provincias de Oriente habían sido secuestrados en el camino por Bruto, por Casio y por Dolabela. Cicerón pensó con terror que para cumplir las promesas hechas á los soldados habría que imponer á Italia el *tributum* ó empréstito obligatorio de guerra, y se tendría que obligar á la gente á pagar este impuesto cuando el oro y la plata se hacían raros en Italia y el crédito resultaba más difícil; pues, aun entre la clase holgada, muchas personas, para procurarse dinero contante, se veían obligadas á malvender sus casas, sus granjas, sus campos, sus objetos de arte, sus créditos.

Mientras el Senado adoptaba en Roma estas decisiones, el infatigable Antonio ascendió el 30 de Abril á las montañas de Liguria; durante seis días avanzó por el camino de Acquæ Statiellæ á Vado, entre las montañas fragosas y desoladas, preguntándose si Ventidio no se

de las quejas de los soldados sobre este punto. Lo cual parece indicar que todas estas decisiones se adoptaron al mismo tiempo, en la primera decena de Mayo; por eso las refiero á las gestiones de Octavio. Appiano, *B. C.*, III, 86, dice que los decenviros debían ocuparse en pagar las sumas de dinero.

detendría, si no resultaría derrotado, ó si no le traicionaría en el camino. Su suerte dependía en parte de Ventidio y del éxito de su misión. En fin, el 5 de Mayo llegó Antonio á Vada Sabatia (Vado). No encontró allí á Ventidio, que, habiendo de recorrer cincuenta millas más que él, aún no podía haber llegado; pero quizás recibió noticias expedidas previamente que le decidieron á enviar de vanguardia á Lucio con un cuerpo de caballería (1) y algunas cohortes y esperar en Vado para impedir que el ejército de Décimo pudiera interponerse entre ellos si llegaba á Vado antes que Ventidio. Y éste era ahora el gran problema: ¿Llegaría Ventidio antes que Décimo? Éste había reorganizado su ejército lo mejor posible sobre la marcha, y había apresurado ésta. El 5 de Mayo, un poco antes de la llegada de Antonio á Vado, estaba en Tortona, donde supo la falsa noticia, difundida por casualidad ó con intención, de que Ventidio se había unido á Antonio en Vado (2). Décimo la creyó un instante; escribió una carta desolada á Cicerón, rogándole también que le enviase dinero por encontrarse muy escaso (3). Pero durante la noche pudo convencerse de que la noticia no era cierta, pues al día siguiente, por la mañana, hizo avanzar su ejército en dirección á Acquæ, y el 6, el 7 y el 8 de Mayo marchó sin detenerse, llegando durante el día del 9 á treinta millas de Vado (3). En fin, allí tuvo informes más

(1) Cicerón, *F.*, X, xxxiv, 1; *F.*, X, xv; *L. Antonium, praemissum cum equitibus.*

(2) Cicerón, *F.*, XI, x, 3.

(3) Idem, *F.*, XI, x, 5.

(4) Idem, *F.*, XI, xiii, 3

exactos sobre Antonio. Ventidio llegó el 7, probablemente, y Antonio pudo creerse por un momento en seguridad. Pero al cabo de algunas horas sufrió una amarga decepción; las tres legiones estaban cansadísimas, y cuando Antonio les habló el 8 declarando que su propósito era incorporarse á Lépido, la sola idea de que aún tenían que recorrer cien millas por esta abrupta región les asustó de tal manera, que se negaron á continuar, diciendo muy alto que deseaban regresar á Italia, aun á riesgo de morir. Antonio tuvo que prometerles enviarlas al otro día á Pollenzo, mientras que él se dirigiría con sus tropas á la Galia narbonesa (1). Informado de todo esto Décimo Bruto, cambió su itinerario, y marchó á toda prisa hacia Pollenzo, donde llegó una hora antes que la vanguardia de Ventidio, prestando así un gran servicio á Antonio (2). En efecto, viéndose rechazadas de Pollenzo, las tres legiones se resignaron á reanudar el camino de la Galia, y siguieron á Antonio, á dos días de distancia (3).

Cuando en Roma se conocieron estas cosas, durante la tercera decena de Mayo, Cicerón aún fué más partidario de que era preciso atraerse á Octavio; pero los enemigos de Antonio y los envidiosos que sentían celos de Décimo, acusaron á éste de haber dejado escapar torpemente al fugitivo (4). Su irritación fué tanto más viva, porque al cabo de algunos días llegaron otras cartas de

---

(1) Cicerón. *F.*, XI, XIII, 3.

(2) Idem, *F.*, XI, XIII, 4.

(3) Idem, *F.*, XI, XIII, 4; véase Cicerón, *F.*, X., XVII, 1: *Ventidius bidui spatio abest ab eo.*

(4) Cicerón, *F.*, XI, XIV, 3.

él, aconsejando, como Cicerón, la conveniencia de mostrarse obsequiosos con Octavio, y que se diese orden á Marco Bruto de regresar á Italia (1). Esta proposición también se adoptó en Roma por estos días para calmar la inquietud que habían suscitado las noticias de Antonio, é igualmente se trató de hacer venir á Italia la legión que estaba en Cerdeña y apresurar el viaje de las legiones de África (2). Entre tanto, se supo que Lucio Antonio llegó el 8 de Mayo al *Forum Julii* (3). Y la irritación aun aumentó hacia fines de Mayo, cuando volvieron los embajadores que se habían dirigido al campamento de Octavio para hablar á los soldados. El hijo de César les había dispensado una acogida bastante extraña. Se les hizo entrar en el campamento y se reunió á los soldados; pero éstos se negaron á oir á los embajadores, si Octavio no estaba presente. Hubo, pues, que transigir; Octavio acudió y los embajadores expusieron las decisiones del Senado: pero el espíritu de cuerpo era ya tan poderoso en esta época entre los compañeros de armas, que sobrevino una protesta general y los que habían de obtener recompensa se indignaron con más violencia que los privados de ella (4). Tampoco estaban satisfechos de la ley agraria: quejándose de que á Octavio no le hubiesen designado para formar parte de ella (5). Era esto un primer signo del peligro que amenazaba por la

---

(1) Cicerón, *F.*, XI, XIV, 2. La carta debió escribirse á fines de Mayo.

(2) Cicerón, *F.*, XI, 26, demuestra que el 3 de Junio sabía ya Décimo Bruto que esta proposición estaba en el ambiente.

(3) Cicerón, *F.*, X, XV, 3.

(4) Dión, XLIV, 41; Appiano, *B. C.*, III, 86.

(5) Cicerón, *F.*, XI, XX, 1.

parte de Octavio. Apesar de las ilusiones que en Roma se forjaba mucha gente, Octavio no podía permanecer largo tiempo inactivo. Si la fuerza de las cosas no bastaba, sería arrastrado á la acción por los que le rodeaban, que eran antiguos oficiales y soldados de César. Aunque hubiesen tomado las armas contra Antonio, todos sentían por los conservadores un odio antiquísimo y muy arraigado, y tenían mucho miedo de que se estableciese una restauración conservadora sobre las ruínas del partido cesarista. Muchos de ellos procuraban indisponer á Octavio con Cicerón; llegaban hasta contarle que éste último había dicho que era preciso matarle (1), y le excitaban á mostrarse audaz (2). También le decían que los conservadores que le habían hecho propretor iban á procurar desentenderse de él, como ya procuraban desacreditarle llamándole niño. Puesto que Antonio estaba casi abatido por la mala fortuna era necesario que Octavio se colocase pronto al frente del partido cesarista, que carecía de jefe. ¿No había sido él mismo, siguiendo el ejemplo de Erófilo, quien había dado impulso á la agitación por la venganza de César, y que Antonio había continuado tan afortunadamente? Él, el hijo adoptivo y el heredero de César, ¿no era el hombre más indicado para continuar eficazmente este movimiento? Los dos cargos de cónsul estaban vacantes: las dificultades legales y las intrigas de los numerosos aspirantes habían retrasado las elecciones: era

(1) Cicerón, *F.*, XI, xx, 1; Véase Veleyo, II, LXII, 6.

(2) Cicerón, *ad Br.*, I, xxx, 3, dice que fueron los amigos de Octavio quienes le exhortaron á solicitar el consulado, y parece muy verosímil que fuese así.

necesario que Octavio se presentase candidato al consulado, manifestándose al pueblo como el hijo de César, y diciendo que estaba dispuesto á patrocinar por el bien del pueblo y de los soldados todos los proyectos que la conspiración había impedido realizar á su padre. ¡Todavía no se habían visto en Roma cónsules de diecinueve años; pero los tiempos habían cambiado tanto! Seguramente que sería electo, y así se convertiría en jefe del partido cesarista. Octavio no era insensible á estos halagadores proyectos; conservaba á su lado una de las legiones de Pansa y se ocupaba en reclutar otras dos; pero dudaba. Dábase cuenta de que ciertos conservadores procuraban despojarle de su ejército, y estaba inquieto (1). ¿Pero podría colocarse sólo al frente del partido de César, sin verse ayudado cuando menos por alguno de los poderosos gobernadores de las provincias vecinas de Italia? Preguntábase á veces si no podría reconciliarse con Antonio; trataba bien á los soldados de éste que tenía prisioneros; ponía en libertad á algunos de sus oficiales, luego de darles a entender que no sería raro llegar á un acuerdo (2). Pero en Roma eran muy pocos los que sospechaban de esto; al contrario, quejábanse de que el joven se viese obligado á permanecer inactivo en Bolonia; y hacia últimos de Mayo, todos perdieron la esperanza de ver á Décimo infligir á Antonio la suerte de Catilina. Habiendo fracasado su proyecto de impedir la reunión de Antonio y de Ventidio, Décimo no osó aventurar sus legiones recién reclutadas en la bravía Liguria; se dijo que si los fugitivos

(1) Plutarco, *Cic.*, 45.
(2) Appiano, *B. C.*, III, 80.

eran bien acogidos por Lépido, también habría que hacerle la guerra á éste; y decidió incorporarse á Planco en las Galias, regresando á la Cisalpina y cruzando la región que hoy se llama el Piamonte. Planco tenía que ser cónsul con él al año siguiente; podían, pues, considerarse ya como colegas y obrar de común acuerdo. Escribió en seguida á Planco y dejó que su ejército descansase algún tiempo en Pollenzo, pues sufría de disentería (1); luego, hacia el 10 de Mayo, volvió la espalda á Liguria y se encaminó hacia el valle del Po. Era, pues, cierto que Antonio podría llegar sano y salvo hasta donde estaba Lépido. Todo el mundo comenzó á preguntarse con ansiedad en Roma lo que haría Lépido. ¿Trataría á Antonio de enemigo, como decía en sus cartas? (2). ¿Ó estaba ya de acuerdo con él, como decían malas lenguas? (3). Era verdaderamente difícil el adivinar según sus actos las intenciones de procónsul. Como Lucio Antonio se acercaba, su jefe Culeón, que guardaba la frontera de la provincia, se le incorporó en vez de oponérsele al paso (4); pero al mismo tiempo Lépido escribía á Planco diciéndole que estaba resuelto á combatir á Antonio, y pidiéndole refuerzos de caballería, ¿Qué pretendía, pues, hacer? En cambio, Planco perecía ser para los conservadores un fiel sostén: había descendido por el curso del Isère hasta Cularo (Grenoble); había construído un puente, y el 12 de Mayo había hecho pasar al ejército y enviado apresuradamente de van-

(1) Appiano, *B. C.*, III, 81.

(2) Cicerón, *F.*, X, XXXIV, 1.

(3) Idem, *F.*, X, XXXIV, 3.

(4) Appiano, *B. C.*, III, 83, confirmado por Cicerón, *F.*, X, XXXIV, 2,

guardia 4.000 jinetes, apenas se informó de la llegada de Lucio al *Forum Julii* (1). Pero, mientras que en Roma se ocupaban todos de Lépido, comprendiendo Octavio que era peligroso perder todavía el tiempo, y no llegando á adoptar un partido decisivo, procuró desempeñar otra vez un doble papel. Por una parte escribió á Lépido y á Asinio para saber si estarían dispuestos á reconocerle como jefe del partido cesarista (2); y de otra á Cicerón aconsejándole que solicitase el consulado y le tomase por colega: ¡era tan joven que se dejaría guiar por él en todos los casos, y le ayudaría á salvar la república! (3). Esta proposición no desagradó á Cicerón; pero como se sentía ya desanimado y paralizado por la aversión y el desprecio que los conservadores experimentaban cada vez más contra el joven; no osó decidirse.

En esta confusión general nadie sabía más de lo que quería. Sólo Antonio corrió derecho á su objeto. Mientras que Décimo Bruto, reforzado con tres legiones de Pansa, se dirigía tranquilamente por Verceil é Ivrea al pequeño San Bernardo (4). Antonio, llegado el 15 de Mayo al *Forum Julii* (Frejo) (5), dirigíase atrevidamen-

---

(1) Cicerón, *F.*, X, XV, 2-3.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 81.

(3) Idem, *B. C.*, III, 82; Plutarco, *Cic.*, 45. Appiano refiere estas tentativas antes de reunirse Antonio y Lépido; Dión, XLVI, 42, las coloca antes. Dión está confirmado por Cicerón en su carta *ad Br.*, I, x, 3, que fué escrita después de la traición de Lépido. Pero pueden ponerse de acuerdos ambos relatos, suponiendo que las negociaciones se entablaron por primera vez, luego se suspendieron y volvieron á reanudarse.

(4) Véase Cicerón, *F.*, XI, 19; XI, 20; XI, 23.

(5) Cicerón, *F.*, X, XVII, 1.

te en busca del ejército de Lépido, compuesto de siete antiguas legiones de César, y que se encontraba en *Forum Voconii*, á veinticuatro millas de distancia (1). El momento crítico se acercaba. ¿Podrían las antiguas legiones tomar las armas contra su antiguo general, que al frente de tantos viejos compañeros de armas venía, perseguido vengador de César, á pedir socorro para él mismo y para el partido que exigía el sostenimiento de las antiguas promesas y añadía otras nuevas, en una época en que el espíritu de solidaridad se había hecho tan poderoso en los ejércitos del dictador? En realidad, el procónsul de la Narbonesa desconfiaba de poder resistir á la tendencia de las legiones en favor de Antonio; pero, hombre débil y mediocre, quería verse arrastrado por sus soldados, hacer concebir á los demás y forjarse él mismo la ilusión de que obraba contra su voluntad. Antonio supo secundar hábilmente este secreto deseo de su colega, y se puso á representar una extraña comedia cuando los dos ejércitos, entre el 15 y el 20 de Mayo, se encontraron en las dos orillas de un riachuelo llamado el Argentado (2). Antonio ni siquiera hizo acampar á sus soldados, como para dar el pecho al enemigo, si sentía el valor de herir; Lépido, en cambio, se fortificó en su campamento, como si tuviese enfrente á un nuevo Aníbal (3). Cuando Silano y Culeón aparecieron en el campamento, Lépido les reprendió severamente de que hubiesen prestado ayuda á Antonio, mas para castigarles los dejó en reposo, por lás-

(1) Cicerón, *F.*, X, XVII, 1; X, XXXIV, 1.
(2) Idem, *F.*, X, XXXIV, 1.
(3) Plutarco, *Ant.*, 18; Appiano, *B. C.*, III, 83.

tima, como escribió al Senado (1). Realizó gestiones cerca de Planco, que, luego de recibir la carta de Décimo, se detuvo para esperarle en Grenoble; pero al mismo tiempo dejó libre comunicación entre ambos campamentos por un puente de barcas (2); acogió á buen número de falsos desertores, que, con pretexto de abandonar á Antonio, venían á intrigar en su favor al campamento de Lépido, y éste fingía acogerlos como verdaderos desertores. Hasta escribió al Senado que el ejército de Antonio disminuía á ojos vistas (3) y le tranquilizó diciendo que sus legiones no faltarían á su deber (4). Y, sin embargo, dejaba que los oficiales, y especialmente Canidio y Rufreno (5), las excitasen á la rebelión, y también dejaba que llegasen á sus soldados mensajes de Antonio, llevados sin saber por quién, y que, repetidos en la sombra, soliviantaban á los soldados (6). Creyendo, sin duda, llegado el momento, Antonio se dirigió un día con el pelo en desorden, larga la barba y vestido de negro á la orilla del Argentado y se puso á arengar á los soldados de Lépido, que estaban al otro lado. Éstos llegaron en tropel y se produjo gran tumulto en el campamento; pero Lépido tuvo miedo á una traición tan manifiesta; acudió é hizo tocar las trompetas de suerte que fuera imposible oir á los

(1) Cicerón, *F.*, X, XXXIV, 2; Dión, XLVI, 51, con ciertas inexactitudes que corrigen la citada carta de Lépido.

(2) Appiano, *B. C.*, III, 83.

(3) Cicerón, *F.*, X, XXXIV, 1.

(4) Idem, *F.*, X, XXXIV, 2.

(5) Idem, X, XXI, 4: *corrupti etiam per eos qui presunt, per Canidios Rufrenos et ceteros...*

(6) Dión, XLVI, 51.

soldados una sola palabra de lo que Antonio dijese (1). Recomenzaron las intrigas y las idas y venidas de uno á otro campamento; los soldados de la décima legión realizaban grandes esfuerzos por atraerse á sus compañeros (2); el único jefe sinceramente adicto á la causa conservadora, Juvencio Laterense (3), advertía sin cesar á Lépido del peligro de una rebelión, y tan pronto le aconsejaba que adoptase una medida como otra (4). Lépido fingía tener miedo; le daba las gracias, le prometía seguir sus consejos, pero nada hacía. Al contrario, escribió á Planco—que había partido sin destruir el puente que había de servir á Décimo—que ya no acudiese en su socorro (5); también permitió que sus soldados hiciesen impunemente demostraciones en favor de Antonio, aun en su presencia (6). En fin, la mañana del 29 de Mayo (7) Antonio vadeó el riachuelo con un grupo de soldados, é inmediatamente, en el campamento de Lépido, los soldados rompieron la empalizada, salieron al encuentro de Antonio y le condujeron entre aclamaciones á la tienda de Lépido; éste, que aún estaba acostado, acudió, sin preocuparse del traje, á abrazar á Antonio (8). En medio del tumulto, Laterense se

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 18.
(2) Appiano, *B. C.*, III, 83.
(3) Dión, XLVI, 51; Appiano, *B. C.*, III, 84.
(4) Appiano, *B. C.*, III, 84.
(5) Cicerón, *F.*, X, XXI, 2.
(6) Idem, *F.*, X, XXI, 4.
(7) Idem, *F.*, X, XXIII, 2; Appiano, *B. C.*, III, 84.
(8) Appiano, *B. C.*, III, 84; Plutarco, *Ant.*, 18; ambos relatos se completan.

suicidó ante los ojos de los soldados (1). Al siguiente día escribió Lépido una brevísima carta al Senado, que podría tomarse por una burla; decía que la piedad había llegado al colmo en los soldados y en él, y esperaba que no se consideraría como un crimen en las legiones ni en él si habían sido misericordiosos (2).

El suceso se conoció en Roma hacia el 8 de Junio. La indignación y el terror fueron inmensos. El Senado adoptó bruscamente gran número de decisiones que se reclamaban desde mucho antes. Marco Bruto y Casio fueron llamados con sus tropas á Italia; se enviaron correos á las legiones de África para apresurar su marcha; á Sexto Pompeyo se le dió el mando de la flota con el título de *præfectus classis et oræ maritimæ*, y con los mismos poderes de que gozó su padre durante la guerra contra los piratas (3); se decretó el *tributum* ó em-

---

(1) Dión, XLVI, 51.

(2) Cicerón, *F.*, X, 35.

(3) Dión, XLVI, 51. Véase Appiano, *B. C.*, IV, 84. Verdad es que Dión, XLVI, 40, dice que un decreto semejante en favor de Pompeyo se votó tras la batalla de Módena, al mismo tiempo que él que concedía el mando de la guerra contra Dolabela á Casio y la Macedonia á Bruto. Pero Dión, que ya confunde á propósito de Bruto la decisión adoptada en Febrero con la facultad que luego se le concedió de tomar parte en la guerra contra Dolabela, se engaña también á propósito de Sexto. En efecto, la carta de Cicerón, *ad Br.*, I, v, 1-2, demuestra que en la sesión del 27 de Abril, en la que se tomaron los acuerdos sobre Bruto y Casio, no se trató de Pompeyo. Cicerón no hubiese dejado de decírselo á Bruto, pues hubiera sido importante hacerle saber que podían contar con una flota. El título oficial del cargo confiado á Pompeyo se nos ha conservado en las monedas; véase Cohen, *M. R.*, 1, págs. 19, 20. Sobre las legiones de África, véase Appiano, III, 85.

préstito obligatorio para la guerra; en fin, se confió á Octavio el mando de la guerra contra Antonio (1). Pero una nueva dificultad se presentó á propósito de la proscripción de Lépido. Cicerón, siempre dispuesto á adoptar enérgicas decisiones, la había demandado en seguida; pero Lépido tenía en Roma muchos parientes y amigos, y su suegra, la poderosa Servilia, trabajaba con todas sus fuerzas para salvarle (2). Al fin se logró diferir el acuerdo, y así se perdió el efecto de la rapidez, que es el más eficaz en las revoluciones. Pero no tardaron en llegar mejores noticias; habiendo sabido Planco lo ocurrido el 29 de Mayo á orillas del Argentado, retrocedió (3). Décimo, por Verceil é Ivrea, remontó el valle de Aosta, donde los astutos salasianos, amenazando con interceptarle el camino, le hicieron pagar una dracma por soldado (4); luego de pasar el Pequeño San Bernardo, se reunió con Planco en Grenoble, durante la primera mitad del mes de Junio. Pero entonces estalló un inesperado escándalo. Octavio cometió un gravísimo error en este momento supremo: volvió á pensar en otro arreglo con los conservadores, y creyendo que en esta hora de terror podría obtener del Senado la autorización para presentar su candidatura al consulado, comprometió nuevamente á Cicerón para que hiciese la proposición (5). Cicerón consintió, seducido por

---

(1) Appiano, *B. C.*, III, 85; Dión, XLVI, 42 y 51, confirmado por Cicerón, *F.*, X, XXIV, 4.

(2) Cicerón, *ad Br.*, I, XII, 1.

(3) Idem, *F.*, XX, XXIII, 3.

(4) Estrabón, IV, VI, 7 (205).

(5) Dión, XLVI, 42.

la idea de volver á ser cónsul. Pero la nueva ambición de Octavio se acogió ahora tan mal, no sólo por los conservadores, sino por toda la gente imparcial, que ningún magistrado osó inclinarse por él. Cicerón tuvo que abandonar su idea y procurar disuadir á Octavio en sus aspiraciones al consulado (1). Los espíritus, mal predipuestos contra el joven, aún se irritaron más; hasta se llegó á afirmar que hizo asesinar á Hircio en la batalla y envenenó á Pansa herido para tener más probabilidades de llegar al consulado (2). Pero una vez desvanecida la impresión de este escándalo, todos reincidieron pronto en la indecisión ordinaria, y hacia fines de Junio nadie hacía ya nada. Planco y Décimo esperaban á Octavio; habiéndo comprendido éste que no podía esperar por el momento el consulado, escribió que iba á ir inmediatamente, pero se estuvo quieto (3). Antonio reorganizó sus legiones con ayuda de Lépido y permaneció en la Narbonesa. En Roma creían que Bruto y Casio llegarían de un momento á otro; pero Casio estaba lejos y tenía que combatir á Dolabela. Cuanto á Bruto, había caído en gran postración física y moral: padecía del estómago (4); se dejaba guiar por el astuto Cayo Antonio en lugar de aplicarle el decreto de proscripción dictado el 26 de Abril contra los partidarios de su hermano, y, engañado por él, reprobaba la benevolencia que Cicerón testificaba á Octa-

(1) Cicerón, *ad Br.*, I, x, 3.

(2) Este es tal vez el origen de los rumores que se hacían circular, y de que habla Suetonio, *Aug.*, 11.

(3) Cicerón, *F.*, X, xxiv, 4.

(4) Idem, *ad Br.*, I, xiii, 2.

vio (1). Siguió creyendo que lo mejor sería entenderse con Antonio. También se preocupó mucho de la inminente proscripción de Lépido, y escribió á sus amigos de Roma recomendándoles á su hermana y á sus sobrinos que quedarían arruinados con la proscripción (2); en fin, lejos de hacer sus preparativos para pasar el mar y volver á Italia, pensó en realizar una expedición contra los besos. Así es que Cicerón tenía que luchar contra sus amigos más queridos, contra el mismo Bruto. Al fin, Lépido fué declarado el 30 de Junio enemigo público, pero se estableció un nuevo plazo entre la amenaza y el castigo; se quiso dejar á los soldados el tiempo necesario para obtener el perdón, y se les concedió hasta el 1.º de Septiembre para abandonar al procónsul (3).

Sin embargo, las cosas habían llegado á un punto en que los sucesos tenían necesariamente que precipitarse, á pesar de los temores, de las dudas, de las incertidumbres y de todos los esfuerzos que se realizaban para contenerlos. No sin razón prolongaban Antonio y Lépido su estancia en la Narbonesa. Los conservadores y los conjurados, no obstante su miedo, habían reconquistado casi todo el ascendiente que Antonio, en los meses de Julio y Agosto precedentes, parecía haberles quitado. Tenían en Europa las diez legiones de Décimo, en quien podían depositar plena confianza, las cinco legiones de Planco y las tres legiones de Asinio, que

(1) Véase su carta á Ático en Cicerón, *ad Br.*, I, 17. Véase también Cicerón, *ad Br.*, I, IV, 4 y sig.

(2) Cicerón, *ad Br.*, I, 13.

(3) Idem, *F.*, XII, x, 1.

parecían serle fieles; habían conquistado además á Oriente, donde Bruto había reclutado nuevos soldados y elevado á siete el número de sus legiones, y donde Casio, con sus diez legiones, debía vencer pronto á Dolabela. Además, desde Marsella, Sexto Pompeyo reclutaba navíos en todos los puertos del Mediterráneo, compraba y alistaba marineros en África y organizaba una flota. Los otros, que sólo disponían de catorce legiones ¿qué podrían hacer contra tan poderosos enemigos? Era necesario reorganizar un gran ejército cesarista en Occidente, induciendo á casi todos los generales de Europa á unírseles, ó quitarles sus legiones si se negaban. No podían, pues, obstinarse en ser hostiles á Octavio. Afortunadamente, Lépido (1) podría servir de honrado corredor en este gran mercado político, y reconciliar á los dos rivales. Era el de más edad de los tres; había sido gran amigo de César, y permanecido neutral en la querella. Hiciéronse, pues, algunas gestiones cerca de Planco y Asinio, que también habían sido amigos de César; se envió á sus ejércitos personas encargadas de difundir invitaciones, sospechas, promesas, y de procurar arrastrar á los soldados por medio de los generales y á éstos por medio de los soldados. Lépido hizo al mismo tiempo—en los primeros días de Julio—las gestiones para una reconciliación con Octavio. El momento era oportuno. Octavio acababa de ver malogradas sus esperanzas á propósito del consulado, y, habiendo comprendido que ya no podía contar con los conservadores ni con el Senado, se acordó otra vez de

(1) Tito Livio, *Per.*, 119 y *Eutr.*, VII, 2, nos dicen que Lépido fué el agente de la reconciliación.

que era hijo de César y se aprestó á mostrarse émulo de Antonio como defensor activo de la causa cesarista. Por otra parte, sus soldados, poseídos también por esa especie de locura cesarista que invadía á los ejércitos, hacían continuas manifestaciones proclamando que jamás combatirían contra los soldados de César (1). Si Octavio aún hubiese tenido alguna duda, pronto sus soldados la hubiesen hecho desaparecer. Dispensó, pues, buena acogida á las proposiciones de Lépido; dirigió á sus soldados discursos inflamados, en los que hacía el elogio de su padre; les prometió que cuando fuera cónsul les haría dar las prometidas recompensas. De esta manera logró que los soldados enviasen á Roma una diputación compuesta de centuriones y soldados para pedir que Octavio fuese electo cónsul, y que se anulase la proscripción de Antonio (2). La embajada llegó á Roma hacia el 15 de Julio (3), cuando los conservadores estaban inquietos por no tener noticias sobre la vuelta de Bruto á Italia, en un momento también en que los trabajos sospechosos de Octavio habían desacreditado completamente á Cicerón, y se sabía que en toda Italia había causado el *tributum* (4) gran descontento entre las clases ricas. La diputación llegó así á Roma sin encontrar ningún obstáculo en su camino; y

(1) Dión, XLVI, 42.

(2) Dión, XLVI, 42-43; Appiano, *B. C.*, III, 87-88; Suetonio, *Aug.*, 26.

(3) Planco, en las Galias, fué informado de esta tentiva el 28 de Julio. Cicerón, *F.*, X, XXIV, 6. Quizás haya otra alusión en la carta de Cicerón, *ad Br.*, I, XIV, 2, que fué escrita el 11 de Julio. Véase también Cicerón, *ad Br.*, I, XVIII, 4.

(4) Cicerón, *ad Br.*, I, XVIII, 5.

los centuriones pudieron penetrar en la *curia*, donde el Senado se había reunido para recibirlos, lleno de temor y desconfianza. Pero su insolencia fué tal, que comunicó energía y valor á este Senado pusilánime que, irritado, los despidió bruscamente (1). Octavio se enteró de esta repulsa en la última decena de Julio; y, entonces, envalentonado por el acuerdo, cada vez más probable, con Antonio y Lépido, apeló á una suprema audacia. Cuando los soldados se le acercaron para ofrecerle las insignias consulares, las aceptó fingiendo verse obligado á ello, y se puso en marcha con sus ocho legiones.

Si las primeras gestiones de Lépido y de Antonio habían inducido á Octavio á adoptar otra vez la actitud de un cesarista y de un domagogo, esta nueva actitud, tan clara y audaz, adoptada por Octavio también incitó á Antonio y Lépido á extremar todos sus esfuerzos para sobornar á los ejércitos de Planco y de Asinio y sublevar al de Décimo. No querían dejarse superar por su antiguo rival, trocado súbitamente en enemigo. En todos los ejércitos las intrigas y los trabajos de zapa realizados por los agentes del partido popular doblaron en intensidad; el fanatismo cesarista se caldeó; la fidelidad de las legiones se tambaleó, socavada en sus cimientos... Sólo faltaba una sacudida para precipitar los acontecimientos por la pendiente fatal; y era Octavio quien tenía que darla con su expedición á Roma. Si lograba apoderarse de la ciudad y que le eligiesen cónsul, el fanatismo cesarista estallaría en todos los ejércitos con tal violencia, que arrastraría todos los espíritus. Así, al acercarse á Roma el ejército,

(1) Dión, XLVI, 43.

hubó gran pánico. Se buscó refugio para las mujeres y los niños en las *villas* de los alrededores; se cerraron las casas (1); el Senado, para atajar á las legiones, les envió delegados con el dinero que se les había prometido; el 25 de Julio, Casca, Labeón, Escapcio y Cicerón—éste estaba desesperado comprendiendo que había sido el primer artífice del poder de Octavio (2)—se reunieron para estudiar la situación en casa de Servilia, la Niobe de la última revolución de Roma, y que simbolizaba con su familia la trágica discordia de la aristocracia romana. En este momento tenía á su yerno al frente y á un hijo en el ejército cesarista que deseaba la venganza de su gran amigo; á un hijo y á un yerno al frente del partido de la conjuración. En esta reunión se decidió llamar otra vez á Bruto para que volviese á Italia (3). Pero Octavio supo persuadir á los delegados del Senado para que retrocediesen, haciéndoles creer que en el camino estaban apostados numerosos sicarios (4). La mayoría del Senado se sintió entonces tan despavorida, que se revolvió contra los pompeyanos, y en un acceso de cobardía cedió en todos los puntos. Decidióse abonar los veinte mil sestercios, no sólo á la legión de Marte y á la cuarta, sino á todas las legiones; que Octavio formaría parte de la comisión para el reparto de las tierras, y que podría solicitar el consulado, pero sin estar en Roma. Expidiéronse mensajeros á toda prisa para advertir de todo esto al joven gene-

(1) Appiano, *B. C.*, III, 89.
(2) Cicerón, *ad Br*, I, XVIII, 1-3.
(3) Idem, *ad Br.*, I, XVIII, 1-2.
(4) Appiano, *B. C.*, III, 88.

ral (1). Pero, apenas partieron los mensajeros cuando se supo que las legiones de África habían llegado á Ostia (la legión de Cerdeña, sin duda, estaba en Roma hacía tiempo). Súbitamente los pompeyanos, los parientes de los conjurados y Cicerón reconquistaron su ascendiente sobre la mayoría pusilánime: y asustándola nuevamente lograron que anulase sus anteriores acuerdos. Se ordenó una recluta de soldados, se fortificó la ciudad; hasta se buscó á la madre y á la hermana de Octavio para guardarlas en rehenes (2). Apenas los primeros delegados llegaron al ejército, cuando se les incorporaron los otros, que retractaron todo lo dicho, sin lograr otra cosa que irritar más vivamente á los soldados (3). Octavio envió entonces á Roma algunos emisarios que se confundieron con el pueblo en las tabernas, en el foro, en las callejas de los barrios populares para tranquilizar á las masas sobre las intenciones de Octavio, para hacer grandes promesas á las legiones de África que eran antiguas legiones de César, é incitarlas á la rebelión. Cuando llegó ante los muros de Roma y las legiones de África y Cerdeña se declararon por él (4), la sumisión fué general. La ciudad se rindió; los jefes del par-

(1) Appiano, III, 90; Dión, XLVI, 44: Dión se engaña seguramente al decir que el Senado nombró cónsul á Octavio.

(2) Dión, XLVI, 44 y Appiano, III, 90, hablan de este cambio en la política del Senado, pero sin dar la razón; Drumann, *G. R.*, I 2, 244, la refiere justamente á la llegada de las legiones de África, de que habla Appiano, *B. C.*, III, 91.

(3) Appiano, *B. C.*, III, 92.

(4) Idem, *B. C.*, III, 92: esta rebelión debió ocurrir en el momento mismo de llegar Octavio; de otro modo no se comprendería que tan fácilmente entrase en Roma.

tido popular se dieron á la fuga, y al siguiente día el hijo de César pudo entrar en Roma con una escolta. En el foro abrazó á su madre y á su hermana, á las que habían escondido las Vestales; hizo un sacrificio á Júpiter Capitolino; recibió numerosos senadores y á Cicerón, con quien parece haber sostenido una conversación bastante fría; luego regresó junto á su ejército, fuera de la ciudad, mientras que el Senado preparaba la elección consular. Llenas rápidamente las formalidades, Octavio y Quinto Pedio fueron electos cónsules el 19 de Agosto (1).

Lo que los conservadores temieron desde un año antes ocurrió entonces. Luego de haber hecho revalidar su adopción por los comicios curiatos y de haber abonado á los soldados con dinero público parte de las recompensas, y al pueblo parte del legado de César, Octavio hizo plenamente lo que sólo á medias osó hacer Antonio: propuso, por mediación de Quinto Pedio, y logró que se aprobase fácilmente por los comicios, una ley que remitía todos los autores y cómplices de la muerte de César á un tribunal especial para ser condenados á la *interdictio aqua et igni* y á la confiscación (2). La caprichosa fortuna había realzado nuevamente á un partido para rebajar á otro; la amnistía del 17 de Marzo del 44, obra maestra de la política ciceroniana, quedó anulada; Erófilo, el obscuro veterinario de la Magna

(1) Dión, XLVI, 45-46; Appiano, *B. C.*, III, 92-94. La fecha del 19 de Agosto la dan Dión, XLVI, 30, y Tácito, *An.*, I, 9. Esta será también la fecha de la muerte de Augusto. Veleyo, II, LXV, 2, se engaña. Véase, *C. I. L. X.*, 3.682.

(2) Dión, XLVI, 47-48; Appiano, *B. C.*, III, 95; Tito Livio, *Ep.*, 120; Veleyo, II, LXIX, 5.

Grecia, que fué el primero en excitar al bajo pueblo á vengar el asesinato del dictador, triunfaba en toda la línea. En pocos días, los amigos de Octavio, presumiendo lo que al acusador tocaría de los bienes del condenado, se repartieron á los conjurados como presas, y cada uno se encargó de acusar á tal ó á cual. Y no tardaron en ser condenados todos por contumacia. No se exceptuó ni á Casca, que era tribuno; ni á Bruto, que combatía entonces contra los besos; ni á Casio, á quien acusó Agripa; ni á Décimo, que, habiéndose unido á Planco, esperaba los socorros de Octavio para combatir á Antonio; ni á Sexto Pompeyo, que no había intervenido para nada en el asesinato de César, sino que—¡falta enorme!—había recibido los mismos poderes excepcionales que su padre en la guerra contra los piratas (1). El partido cesarista era árbitro de Roma y de Italia, con Octavio al frente de un ejército de once legiones, y en la Galia narbonesa con las catorce legiones de Lépido y de Antonio. El efecto de este éxito no se hizo esperar. Asinio Polión, cuyos soldados dudaban ya, mostrábase por su parte propicio á Octavio, agradecido á César; además, solo, en el fondo de España con sus tres legiones, nada podía hacer. Acabó, pues, por decidirse, y en el mes de Septiembre distribuyó sus legiones entre Antonio y Lépido, dando dos al primero y una al segundo (2). Quedaban los dos ejércitos de Bruto y de Planco. Pero Planco, que, en su temor de perder el consulado para el año siguiente, había permanecido hasta entonces tan fiel al Senado, tampoco po-

(1) Plutarco, *Bruto*, 27; Veleyo, II, LXIX, 5; Dión, XLVI, 48-49.
(2) Appiano, *B. C.*, III, 97.

día abandonar á Décimo Bruto después de su condena, si no quería indisponerse al mismo tiempo con Antonio, Lépido, Octavio y Asinio (1). Décimo y él sólo tenían quince legiones, cuando los otros reunidos disponían de veintiocho; ¿podía continuar la lucha en tan graves condiciones de inferioridad? Planco, pues, también traicionó. De sus cinco legiones, Antonio tomó tres y Lépido las otras dos (2). Décimo, abandonado por Planco y proscripto, procuró ir por tierra con su ejército para incorporarse á Bruto en Macedonia, y se puso en marcha; pero las promesas que ya habían dado cuenta de tantos ejércitos, el ejemplo y una especie de locura cesarista que se apoderaba de las tropas, arrastraron por la común pendiente á sus legiones, asustadas ya por el largo y penoso viaje que se les imponía. Á lo largo del camino, los soldados, unos tras otros, por grupos, por cohortes, empezaron á abandonar á Décimo para irse con Antonio y con Octavio. El ejército acabó por desbandarse, y las cuatro legiones antiguas, que eran las mejores, se pusieron en marcha para incorporarse á Antonio y á Lépido, y las otras seis para unirse á Octavio. Abandonado así y errante con una escolta de algunos hombres, fué cogido en los Alpes por un jefe de los bárbaros, que le condenó á muerte por orden de Antonio, á quien Décimo salvó la vida durante la conjuración (3). Así, el partido conservador perdió el último ejército y el último general que le quedaba en Occidente; perdió á Italia y á las provin-

(1) Plutarco, *Ant.*, 18; Dión, XLVI, 53; Veleyo, II, LXIII, 3.
(2) Appiano, *B. C.*, III, 97.
(3) Dión, XLVI, 53; Appiano, *B. C.*, II, 97-98; Veleyo, II, 64.

cias de Europa, y esto definitivamente, si no sobrevenía algún desacuerdo entre los jefes de la nueva revolución cesarista.

Pero si ciertas personas abrigaban esta esperanza, no tardaron en perderla. Algo más fuerte que la voluntad ó los caprichos personales imponían el acuerdo á estos jefes: los ejércitos de Bruto y de Casio. Este había vencido en Laodicea, en el mes de Junio, á Dolabela, que se suicidó; le tomó dos legiones, que elevaron á doce el número de las suyas; Bruto y él, con sus diecinueve legiones, eran los dueños de Oriente, es decir, de la parte rica del imperio. Durante todo el mes de Septiembre, tuvieron que cambiarse gran número de mensajes entre Lépido, Antonio y Octavio; y poco á poco se designaron las líneas generales de un proyecto de acuerdo. Entendiéronse fácilmente á distancia para restablecer la dictadura de César, que se distribuyeron entre sí haciéndose llamar *triumviri reipublicæ constituendæ*, con los plenos poderes de que César había disfrutado durante los años últimos. Pero si el acuerdo para el designio común era fácil, necesitaban ante todo tranquilizarse unos á otros dándose prendas de paz; además, había gran número de cuestiones secundarias, pero graves, que resolver, y para ello era necesario una reunión. Esto no resultaba fácil, pues Octavio y Antonio desconfiaban entre sí. ¿Dónde y cómo podrían encontrarse ambos rivales? Sin embargo, empezaron por aproximarse. Octavio partió de Roma con sus once legiones, diciendo que iba á combatir contra Antonio y Lépido, según las órdenes del Senado (1); Lépido y An-

(1) Dión, XLVI, 52, Appiano, *B. C.*, III, 96.

tonio, después de dejar á Vario Cotila con cinco legiones en la Galia transalpina, bajaron á Italia con diecisiete legiones y diez mil caballos (1). Mientras avanzaban, Octavio hizo proponer por Q. Pedio y aprobar por el Senado una ley disponiendo que se anulase la proscripción dictada contra Lépido y Antonio (2). Así les daba una gran garantía. No obstante, seguía siendo difícil organizar un encuentro que no hiciese concebir sospechas ni miedo. Y acabaron por encontrar el sitio, conviniendo que no fuese lejos de la vía Emilia y de Bolonia, en una islita situada en la confluencia del Reno y del Lavino, que en esta época, sin duda, no desembocaba en el Samoggia, sino en el Reno. Esta islita comunicaba con las riberas por medio de dos puentes (3). Los tres jefes podrían dirigirse á la isla dejando á sus soldados al otro lado de los puentes, y así discutirían ante las legiones sin poder temer ninguna violencia ni sorpresa. Hacia fines de Octubre, los dos ejércitos se encontraron frente á frente, á cada lado del río; acamparon á cierta distancia; se montó una tienda en la isla ó península; y una mañana, Octavio, por un lado, Lépido y Antonio por otro, se aproximaron con escolta á los dos puentes que conducían al minúsculo continente. Lépido entró primero y completamente solo,

(1) Plutarco, *Ant.*, 18; Dión, XLVI, 54.

(2) Dión, XLVI, 52; Appiano, *B. C.*, III, 96.

(3) Los textos antiguos donde se describe el sitio de la entrevista son: Suetonio, *Aug.*, 96; Plutarco, *Ant.*, 19 y Cicerón, 46; Dión, XLVI, 55; Appiano, *B. C.*, IV, 2; Floro, IV, 6.—Se ha escrito mucho á propósito de este lugar. Véase *Giornale Arcadico* del 1825; Borghesi, *Œuvres*, París, 1865, vol. 4, pág. 91; Frati, en los *Atti della R. Deputazione di Storia patria delle Romagne,* 1868, págs. 1 y sig.

miró y nada observó de sospechoso; luego hizo un signo á Antonio y á Octavio para que llegasen. Se acercaron, se saludaron, se registraron mutuamente y con cuidado para asegurarse de que no tenían armas; luego penetraron con Lépido en la tienda (1).

---

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 2; Dión, XLVI, 55.

XI

La matanza de los ricos y la batalla de Filipos.

¿Qué se dijeron en esa tienda los tres personajes durante los dos ó tres días (1) que duró la discusión? Los contemporáneos nada han sabido y, naturalmente, que nosotros nada sabemos. Informaciones exactas sólo podían haberlas comunicado estos mismos personajes, y cada uno de ellos tuvo en adelante sobradas razones para lanzar sobre los otros la responsabilidad de los acuerdos adoptados. Hay, pues, que limitarse á reproducir los resultados de la conferencia, que son harto conocidos. La situación debió de parecer terrible á los tres generales, y lo era en realidad. Como decían los antiguos, tenían que resolver el «problema de Arquímides», lo que nosotros llamaríamos la cuadratura del círculo. Tras la *lex Pedia* y la rebelión de tantas legiones, la guerra contra Bruto y Casio, es decir, con el último ejército del partido conservador, resultaba inevitable. No podían, pues, licenciar ni á una sola de las

(1) Dos días según Appiano, *B. C.*, IV, 2.—Tres días según Plutarco, *Cic.*, 44.

cuarenta legiones de que disponían; veíanse obligados á cumplir las extravagantes promesas que en el furor de la lucha habían hecho á estos 200.000 hombres; también tenían que sostener á los 30.000 ó 40.000 hombres de tropas auxiliares y de caballería que seguían al ejército; lo que, según sus cálculos, implicaba un gasto de más de 800 millones de sestercios—unos 200 millones de francos (1)—y los triunviros carecían de dinero. El Tesoro público que Octavio había desvalijado en el mes de Agosto, para pagar á los soldados y á la plebe, estaba exhausto. Las más ricas provincias de Oriente—y sobre todo Asia—se encontraban en poder del enemigo, y las provincias pobres de Europa no podían pagar á tantos soldados. Tampoco podía contarse con Italia, que desde hacía más de un siglo, había perdido el hábito de pagar los impuestos, y se mostraba tan refractaria al *tributum* restablecido por el Senado. En suma, esta gran revolución en los mandos militares de las provincias de Europa sólo había triunfado gracias á las promesas de que los tres jefes habían sido tan pródigos, y que no podían satisfacer por los medios ordinarios. Temiendo verse abandonados por sus soldados si carecían de dinero, inducidos en parte por el sentimiento que más fácilmente aconseja los actos temerarios—el miedo—y en parte por la fatal necesidad que suele arrojar hacia adelante á los jefes de las revoluciones que no pueden retroceder, acabaron por adoptar resoluciones terribles que, algunos meses antes, sin duda, hubiesen espantado á los tres. Resolvieron apoderarse del poder supremo y repartírselo; convertidos en

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 31.

soberanos confiscarían los bienes de las clases ricas y los emplearían en pagar lo mejor posible á sus soldados; luego se darían prisa en llevar la guerra á Oriente contra Bruto y Casio, si éstos, como era probable, no incurrían en el error de venir á atacarlos á Italia, para terminar pronto con una situación tan peligrosa. Estos acuerdos se relacionaban estrechamente: sin el poder dictatorial no podían realizarse tan grandes confiscaciones y sin estas confiscaciones no era posible sostener la guerra. Octavio, pues, depondría el consulado: adoptarían los tres, no el título de dictadores (1) sino el de *triumviri reipublicæ costituendæ*, y se atribuirían por cinco años—aparte del ya comenzado—hasta el 1.° de Enero del año 37 (2), un poder semejante al de Sila y al de César, que implicaría la facultad de dictar leyes (3), la jurisdicción criminal sin restricciones, sin apelación y sin procedimiento (4), el poder soberano de los cónsules sobre todo el Estado (5), el derecho de fijar impuestos, de ordenar reclutamientos, de nombrar á los senadores, á los magistrados de Roma y de las ciudades, á los gobernadores de las provincias (6), el derecho de expropiar, de distribuir tierras, de fundar colonias (7), de acuñar

---

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 2.

(2) Fasti Colotiani, in *C. I. L.*, I, pág. 466.

(3) Mommsen, *Le Droit public romain*, IV, 451. Otros como Ganter, *Die Provinzialverwaltung der Triumvirn*, Estrasburgo, 1892, pág. 49, lo niegan.

(4) Mommsen, *D. P. R.*, IV, 461.

(5) Appiano, *B. C.*, IV, 2; Mommsen, *D. P. R.*, IV, 449.

(6) Idem, *B. C.*, IV, 2; Dión. XLVI, 55; Mommsen, *D. P. R.*, IV, 456-464.

(7) Mommsen, *D. P. R.*, IV, 465.

monedas con la efigie de ellos (1). Se repartirían las provincias; pero gobernarían de concierto á Roma é Italia. Octavio, que disponía de menos ejército y autoridad por sus pocos años, tendría la parte menos buena (2): África, Numidia y las islas; Antonio obtendría la Galia cabelluda y la Cisalpina; Lépido la Galia narbonesa y las dos Españas (3). Sin embargo, como Lépido era cuñado de Bruto y Casio, no podía tomar parte en la guerra contra los dos conjurados: Antonio y Octavio, pues, tomarían el mando de cuarenta de las cuarenta y tres legiones que tenían á sus órdenes, ó sea veinte cada uno, mientras que Lépido se quedaría con tres legiones para defender á Italia. Luego se formó una lista de un centenar de senadores y de unos dos mil caballeros, escogidos entre los más ricos; se les añadió cierto número de adversarios políticos, para quitar á los conservadores los pocos hombres que les quedaba en Italia, que aún tenían energía y habilidad: á unos y á

(1) Mommsen, *D. P. R.*, IV, 454; Herzog, *Geschichte und System der römischen Staatsverfassang*, Leipzig, 1891, II, 96.

(2) Plinio, *H. N.*, VII, XLV, 147; Gardthausen, *Augustus und seine Zeit*, I, 130. En cambio Drumann, *G. R.*, I², 264 y Schiller, *Geschichte der römischen Kaiserzeit*, I, 60, atribuyen esta elección á la previsión de Octavio que deseaba poseer una flota, la cual le fué, efectivamente, muy útil después, en su guerra contra Antonio. Trátase de un elogio exageradó. La prisa con que Octavio construyó su flota, y solo algunos años más tarde, es segura prueba de que entonces no pensaba en ser fuerte por mar, y, al contrario, que se contentó con las provincias que Antonio le dejó. «Con harta frecuencia — ha dicho muy ingeniosamente M. Viollet en la *Revue hippique*, vol. XL, pág. 14 — solemos forjar prodigios, y hasta diría monstruos de perspicacia y de previsión, que nunca han tenido existencia real.

(3) Dión, XLVI, 55; Appiano, *B. C.*, IV, 2.

otros se les condenó á muerte y á la confiscación de sus bienes (1). Parece que sobre esto hubo numerosas discusiones, pues cada cual quería salvar á sus amigos y parientes. Pero Antonio sentía demasiado odio y rabia, y Lépido y Octavio sentían demasiado miedo. Acabaron por componer una lista en la que, según unos, figuraban doce víctimas, y según otros, diecisiete (2) que habían de ser las primeras, pues su muerte estaba absolutamente decidida. Entre ellos figuraba Cicerón, pues Octavio se lo dejó á Antonio. Hasta comunicaron á Quin-

---

(1) Ha sido un error el considerar las proscripciones de los años 43 y 42 como una venganza política de los triunviros. Su principal objeto fué despojar á los más ricos propietarios de Italia. Es digno de nota que el número de los senadores proscriptos, variable según los historiadores (300 según Appiano, *B. C.*, IV, 5 y Plutarco, *Ant.*, 20; 140, según Floro, IV, VI; 132, según Orosio, VI, XVIII, 10; 130, según Tito Livio, *Per.*, 120; unos 200 según Plutarco, *Cic.*, 46; *Bruto*, 27) es mucho menor que el de los caballeros que, según Appiano, *B. C.*, IV, 5, fueron 2.000 y según Tito Livio, *Per.*, 120 *plurimi*. En Orosio, IV, XVIII, 12, hay seguramente un error. Dión dice que los enemigos de los triunviros fueron al mismo tiempo que los ricos las víctimas de las proscripciones: 47, 5: οἱ ἐχθρὰ αὐτῶν ᾗ καὶ οἱ πλούσιοι... y añade, 47, 6, que por la necesidad de dinero se hicieron los triunviros enemigos de los ricos. Klœvekorne, *De proscriptionibus*, a. 43, Kœnigsberg, 1891 ha consignado 98 nombres de proscriptos, senadores casi todos, y de los cuales fueron perdonados 54; todavía es esto una prueba de que los triunviros no los temían tanto ni tampoco sentían contra ellos muy grandes rencores, puesto que, cuando entregaron á la revolución parte de sus bienes, les perdonaron la vida. En fin, cierto número de senadores sólo pueden haber sido proscriptos por sus riquezas: por ejemplo, Verres, que se retiró á la vida privada hacía veintisiete años, y Varrón, que era muy viejo y apenas militaba.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 6. Estos doce ó diecisiete proscriptos eran, probablemente, verdaderos enemigos políticos.

to Pedio la orden de ejecutar inmediatamente á estos proscriptos, antes de que la ley sobre el triunvirato les hubiese dado el derecho de condenar á muerte á los ciudadanos. También acordaron prometer solemnemente que, apenas terminada la guerra, darían á los veteranos de César, que no habían recibido nada, las tierras prometidas por el dictador; pero es poco probable que se ocupasen ahora en los detalles del reparto, que efectivamente se realizó más adelante. En fin, nombraron los magistrados para el año siguiente, escogiendo á sus amigos: Ventidio Baso iría á reemplazar en los últimos meses del consulado á Octavio, que presentaría su dimisión (1); Planco y Lépido serían cónsules al siguiente año. También se convino—á lo que parece por petición de los soldados—que Octavio se casaría con la hija de Clodio y de Fulvia (2).

Así es como el despotismo militar, ejercido dos años antes por un hombre de alta inteligencia, se había restablecido y compartido entre tres personajes, de los cuales, solo Antonio era un hombre notable, apesar de sus defectos. Octavio sólo era un joven de veinte años y Lépido un hombre mediocre y obscuro, que debía su posición á un azar de la fortuna. Para reconciliar á Antonio con Octavio y rehacer la unidad del partido cesarista, se necesitó un mediador: sólo Lépido pudo prestar este servicio y por eso fué pagado con su parte en el triunvirato. Sin embargo, es de notar que los tres cómplices no osaron tomar el título de dictadores, que se ofrecieron como los reorganizadores del Estado, y

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 2.
(2) Dión, XLVI, 56.

que asumieron el poder por un espacio de cinco años, queriendo indicar con esto que su despotismo sólo sería un paréntesis en la larga historia constitucional de Roma. No osaron, pues, afrontar la superstición republicana y la adhesión á la constitución, que aún se hizo más viva en las altas clases tras la muerte del dictador. Por eso precisamente, cuando destruían la república, rendían un homenaje platónico á los principios republicanos respetando la reciente ley de Antonio que abolía la dictadura. Pero el público apenas tuvo tiempo de admirar estos distingos. Se bromeó al principio viendo nombrar cónsul á Ventidio Baso, el que había comenzado por muletero, pues ningún hombre procedente de tan ínfima categoría había llegado al consulado, y cuando poco después Ventidio erigió en un templo una estatua á los Dióscuros, un bello ingenio escribió contra él una mordaz parodia de la célebre poesía de Cátulo:

Phaselus ille quem videtis, hospites... (1)

Pero ya no se bromeó, cuando, hacia el 15 de Noviembre, algunos días después de llegar la noticia de la constitución del triunvirato, Quinto Pedio, el primero en espantarse de una orden tan cruel, tuvo que enviar á unos sicarios para matar á los doce condenados, cuatro de los cuales fueron encontrados y muertos en seguida. Un loco terror se apoderó de Roma á este primer estallido de la temida tempestad. Pedio se vió obligado á salir de su casa y recorrer la ciudad durante toda la noche para tranquilizar á la población, y al siguiente día, no sabiendo qué hacer, publicó de propia iniciati-

(1) La composición VIII de las *Catalecta* atribuídas á Virgilio.

va un edicto, asegurando que sólo doce ciudadanos habían sido condenados. Pero, como para aumentar el terror, el día siguiente murió de súbito Quinto Pedio (1). La tempestad se desencadenó entonces. El 24, el 25 y el 26 de Noviembre, uno tras otro, entraron en Roma Octavio, Antonio y Lépido, cada cual con una legión y la cohorte pretoriana; al siguiente día, el 27, hicieron aprobar, á instancias de L. Ticio, y sin promulgarla, la *lex Titia*, que establecía el triunvirato hasta el 31 de Diciembre del año 38 (2); nombraron á un antiguo jefe de César, Cayo Carrinas, cónsul en lugar de Pedio; luego se pusieron á publicar la lista de los proscriptos, prometiendo espléndidas recompensas á todos los que—libres ó esclavos—los denunciasen ó matasen, amenazando con la muerte y confiscación á cualquiera que los ocultase ó ayudase á huir, aunque fuese un próximo pariente, rompiendo así de un golpe todos los lazos de fidelidad, de respeto y de afecto existentes entre el señor y el criado, el patrono y el cliente, el amigo y el amigo, el marido y la mujer, el padre y los hijos. El desorden que de esto resultó fué terrible. Los hábitos inveterados por la educación quedaron suprimidos súbitamente, lo mismo la hipocresía inconsciente ó el disimulo estudiado; cada cual se entregó á sus instintos: así como en una noche lóbrega el relámpago que ilumina el cielo con vivo resplandor hace ver con extraordinaria claridad el tronco y las ramas de los grandes árboles, así á la luz de este rayo se vió distintamente los ramos de los nuevos vicios y de las

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 6.
(2) *C. I. L.*, I, 466.

virtudes nuevas que habían brotado en el tronco vigoroso de la antigua vida romana, transformada por la riqueza, por el poder y por la cultura intelectual (1). En unos el egoísmo, la debilidad nerviosa y esa sed ardiente de vivir que causa la civilización multiplicando los placeres intelectuales y sensuales, se revelaron súbitamente en crueldades y cobardías sin ejemplo. Se vió á orgullosos sanadores que habían llevado el *paludamentum* consular, y que, con autoridad de reyes, habían gobernado inmensas provincias, disfrazarse de poceros y de esclavos, abrazar las piernas de sus servidores, rogándoles que no les traicionasen, escondiéndose en los sótanos, en las cloacas, en las tumbas abandonadas. Unos se olvidaron de todo en su trastorno, se deshicieron en suspiros y en lamentos, y se dejaron prender. Otros corrieron al encuentro de sus verdugos para librarse más pronto de la espera de la muerte, más dolorosa que la muerte misma. Hubo criados que mataron á sus amos con sus propias manos, mujeres que llegaron á inscribir en la lista fatal á los maridos que detestaban, ó que, haciéndoles creer que deseaban salvarlos,

(1) Seria imposible de examinar uno á uno los numerosos relatos que se hicieron sobre la manera con que muchos proscriptos se eximieron ó fueron muertos. Durante los diez años que siguieron, escribióse gran número de libros sobre estas aventuras (Appiano, *B. C.*, IV, 16), y en esos relatos la fábula se mezcla á la verdad. Sin embargo, por el conjunto puede formarse una idea general bastante exacta sobre lo que pudo ocurrir. Como documento auténtico sobre estas proscripciones poseemos el elogio de *Turia* (*C. I. L.*, VI, 1527), que, sin embargo, como ha demostrado Vaglieri, tiene una denominación inexacta. Véase *Notizie degli scavi*, Octubre, 1898, págs. 412 y sig.

ellas mismas los entregaban á los verdugos. Hasta hubo hijos que denunciaron el sitio donde se ocultaba su padre. Sobre todo, los jóvenes dieron pruebas de una abominable cobardía en estos terribles momentos (1). La generación de los que habían nacido hacia el año 60, como Octavio, sentía más miedo á la muerte y á la pobreza, y aún se mostraba más cruel y cobarde que la de los contemporáneos de César. En cambio, otros sintieron ante el peligro despertarse en ellos lo que restaba de la antigua ferocidad romana: se fortificaron en sus casas, armaron á sus esclavos é hicieron verdaderas matanzas antes de caer muertos. Un viejo samnita que había tomado parte en la guerra social y que había sido proscripto ahora, á los ochenta años, por su fortuna, hizo que sus esclavos arrojasen á los que pasaban por la calle el oro, la plata, todos los objetos preciosos que poseía para frustrar á sus verdugos; luego puso fuego á su casa y se arrojó en las llamas. Al contrario, en otros se vió brillar la bondad, la generosidad, la abnegación, las bellas virtudes humanas que la civilización aún fortifica, dando á los espíritus de elección una conciencia más viva de sus deberes. Así se vió á humildes servidores, á jóvenes sin experiencia, á tímidas mujeres luchar astutamente con los verdugos, ocultar á sus amos, á sus padres, á sus maridos, arriesgando la cabeza, disponer su fuga, obtener su perdón de los triunviros, y á veces inmolarse en su lugar. Un fiel servidor llegó hasta ponerse el traje de su amo para que le matasen por él los verdugos que tenían prisa. En fin, la mayoría de los proscriptos procuraron huir y llegar al

(1) Veleyo, II, 67: *fidem... filiorum nullam.*

mar para tomar algún navío que les condujese á Oriente ó les incorporase á Sexto Pompeyo, que había acudido con su flota á Sicilia y procuraba persuadir al gobernador que reconociese el alto mando sobre las costas que el Senado le había concedido (1), y desde allí acudir en ayuda de los proscriptos, publicando por todas las ciudades de Italia edictos en que prometía á los que salvasen á un proscripto doble recompensa de la ofrecida por matarle. Hasta envió á lo largo de las costas de Italia numerosos barcos para recoger á los fugitivos ó para indicar su camino á las embarcaciones conducidas por pilotos inexpertos (2). No obstante su ayuda, gran número de proscriptos fueron cogidos en el camino. Todos los días, y de todos los puntos de Italia, llegaban grupos de soldados llevando en sacos las cabezas cortadas de los nobles senadores ó de los ricos financieros proscriptos, que iban á exponerlas en el foro, horribles trofeos de esta espantosa guerra civil. Los que lograban huir, y que, tras muchas aventuras, encontraban un momentáneo refugio en Oriente ó en Sicilia, sabían que sus tierras estaban confiscadas, sus casas invadidas por los usurpadores y desvalijadas, sus familias dispersas, y que sólo podrían volver á Italia después de una nueva guerra civil.

La gran propiedad y la alta plutocracia estaban casi completamente exterminadas; los bienes de las ricas clases de Italia, que constituían una parte considerable de los despojos realizados por Roma en el mundo entero, caían en poder de la revolución popular victoriosa.

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 84; Dión, XLVIII, 17.

(2) Idem, *B. C.*, IV, 36.

Sólo se dejaba su dote á las viudas de los proscriptos, la décima parte de la fortuna á sus hijos y la vigésima á sus hijas (1). En todas partes, en Roma como en Italia, los triunviros recogían enorme botín; todo el oro y toda la plata encontrada en casa de los ricos caballeros; los demás objetos de valor: la vajilla, las estatuas, los vasos, los muebles, los tapices que adornaban las moradas elegantes, y también los esclavos; gran número de casas de contrata y palacios de Roma; las más hermosas *villas* del Lacio y de Campania; un infinito número de propiedades dispersas en toda Italia y cultivadas por colonos; los grandes dominios de la Italia meridional y de la Sicilia interior, que pertenecían en su mayoría á los ricos caballeros de Roma; los vastos territorios que poseían los senadores y caballeros en la Cisalpina y fuera de Italia, sobre todo en África; animales de carga, bueyes, carros, caballos, esclavos hábiles en ciertas artes y oficios; en fin, créditos que muchos de estos caballeros tenían contra otras personas y que también fueron confiscados. Todos estos valores habían de venderse poco á poco. Pero los triunviros fueron los primeros en servirse de ellos, y los tres desearon crearse en pocos días un gran patrimonio, alejando de las almonedas á los competidores y comprando por casi nada todos los bienes que quisieron (2). La venta seria tuvo que comenzar entonces. Pero el ejemplo de los triunviros fué imitado por los jefes y oficiales más influyentes, como Rufreno y Canidio, que habían arriesgado su vida para arrastrar las legiones á la rebeldía. Como sus je-

(1) Dión, XLVII, 14.
(2) Dión Casio, XLVII, 14.

fes, enviaron á las subastas soldados para alejar á los compradores extraños, y si algún impertinente se obstinaba en querer comprar algo, hacían subir rápidamente el precio, obligándole á comprar en condiciones ruinosas (1). No queriendo descontentar á los soldados, los triunviros tuvieron que dejarlos hacer (2), y bien pronto, entre las bandas alegres é insolentes de los soldados venidos de todos los puntos de Italia, de las pequeñas ciudades florecientes de la Galia cisalpina, de las montañas de Apulia ó de Lucania, de las ciudades en decadencia de la Italia meridional, los pregoneros públicos anunciaron en todos los barrios de Roma y en muchas ciudades de Italia, la venta en subasta de los despojos de los aristócratas y financieros, que con las armas y con la usura habían saqueado todos los dominios de la república. Los que habían despojado al mundo fueron despojados á su vez, y mientras que un mulero ejercía el consulado y mostraba á los ojos de todos la victoria política de las clases pobres sobre las ricas, los inmensos patrimonios amasados por éstas en el recinto de Roma sobre los escombros de tantas civilizaciones destruídas, eran presa de una horda embriagada del saqueo. Sin embargo, las familias de la aristocracia romana conservaban entre sí tantos lazos de amistad y de parentesco, que, para muchas de ellas, no fué imposible encontrar, en medio de tantas rapiñas, discretos protectores entre los que debían de parecer al público ingenuo como sus más feroces enemigos. Así, Ca-

(1) Dión, XLVII, 14.
(2) Véase Appiano, *B. C.*, IV, 35, y Dión, XLVII, 14.

leno salvó á Varrón (1), y Octavia, hermana de Octavio y mujer de Marcelo, dulce, bella é inteligente matrona, intercedió con su hermano en favor de numerosos proscriptos. Ático, el fiel amigo de todo el mundo, no fué molestado; el mismo Antonio, que le estaba agradecido por haber socorrido á su mujer y á sus amigos en la horas difíciles, se opuso á su proscripción (2). Pero ni Verres ni Cicerón pudieron eludirla, encontrándose ambos, acusador y acusado, al borde del mismo abismo al cabo de veintisiete años. Verres fué proscripto por sus riquezas, á pesar de ser viejo y de permanecer alejado tantos años de los negocios públicos, gozando en paz de sus antiguos saqueos (3). Cuanto á Cicerón, no obstante su nombre glorioso, tenía que ser víctima—al mismo tiempo que su hermano y que su sobrino—del odio de Antonio. Si su hijo no estuviese entonces en Grecia, toda la familia hubiese quedado aniquilada de un solo golpe. Al menos, él moría rematada su obra y después de haber adquirido el derecho de que se le considerase—juntamente con César—como la más alta figura de esta gran época de la historia de Roma. Los historiadores de nuestros días aciertan fácilmente cuando se aplican á demostrarnos las debilidades, las incertidumbres y las contradicciones de Cicerón; pero olvidan que probablemente podría decirse lo mismo de sus contemporáneos, y aún César, y que si el trabajo es más fácil tratándose de Cicerón, es por

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 47.
(2) Cornelio Nepote, *Ático,* 10.
(3) Plinio, *H. N.*, XXXIV, 11, 6.

habernos contado él mismo todas esas cosas. Es preciso ver otra cosa en Cicerón y en el papel histórico que ha desempeñado. En esta sociedad romana, donde por espacio de tantos siglos nadie pudo convertirse en un verdadero hombre de Estado, á menos de pertenecer á la alta nobleza, de ser un rico señor ó un general ilustre, Cicerón fué el primero—á pesar de no ser noble ni rico, ni hombre de espada—que ingresó en la clase directora, ocupando los primeros puestos y gobernando la república con los nobles, con los millonarios y con los generales, y esto porque hablaba y escribía de una manera admirable, porque sabía exponer ante el gran público en claro estilo las ideas complejas y profundas de la filosofía griega. En la historia de Roma, y, por consecuencia, en la historia de la civilización europea de que Roma es origen, fué el primer hombre de Estado perteneciente á la clase de los intelectuales, y, por consecuencia, jefe de una dinastía tan corrompida, viciosa y malhechora como se quiera, pero que el historiador—aun en el caso de que la deteste—tiene que reconocer que ha durado más tiempo que la de los Césares; pues, desde Cicerón hasta nuestros días, jamás ha cesado de dominar á Europa durante veinte siglos. Cicerón fué el primero de esos hombres de pluma que en toda la historia de la civilización tan pronto han sido los sostenes del Estado como los artífices de la revolución: retóricos, jurisconsultos, polígrafos en el imperio pagano, apologistas en seguida y padres de la Iglesia, monjes, legistas, teólogos, doctores y lectores en la Edad Media, humanistas en la época del Renacimiento, enciclopedistas en la Francia del siglo XVIII, y en nuestros días abogados, periodistas, publicistas y profesores. Ci-

cerón pudo cometer graves errores políticos, pero su importancia histórica no es menos grande que la de César y poco inferior á la de San Pablo ó de San Agustín. También hay que decir de Cicerón que poseyó todas las grandes cualidades de la dinastía que fundó y sólo tuvo sus más leves defectos. Era uno de esos hombres como sólo muy de tarde en tarde se encuentran, aun en el mundo de los pensadores y de los escritores, que no poseen la ambición del mando ni la sed de las riquezas, sino sólo el deseo, mucho más noble, de ser admirados, aunque esto implique cierta vanidad. De todos los hombres que entonces gobernaron el mundo romano, Cicerón fué el único que no perdió completamente en la horrible política de su época la conciencia del bien y del mal, que si no preserva al hombre de las pequeñas debilidades, le impide, sin embargo, realizar los grandes crímenes; él fué el único que intentó gobernar al mundo, no con la loca obstinación de Catón ó con el cínico oportunismo de los otros, sino observando un método reflexivo, esforzándose en permanecer fiel entre los desórdenes de su tiempo á las tradiciones republicanas, conciliando las austeras tradiciones latinas con las artes y la sabiduría de los griegos, difundiendo en toda la sociedad romana un espíritu de equidad y de dulzura que hizo en todas partes más humana la aplicación, ciega y brutal ordinariamente, del derecho de los más fuertes. Los historiadores han podido bromear á la ligera del buen Cicerón á propósito de sus utopias: sus contemporáneos tuvieron que apreciarlas de otra manera, puesto que quince años después intentaron realizar gran parte de esas pretendidas utopias.

Sin embargo, cuando el gran escritor cayó bajo los sicarios de los triunviros cerca de Formia, sólo algunos ciudadanos le lloraron en secreto. En medio de esta tempestad espantosa, cada cual pensaba en salvarse sin inquietarse del vecino que veía caer. El terror aún acrecentaba el peligro en las imaginaciones; circulaban los rumores más alarmantes; decíase que los tres tiranos se proponían desvalijarlo todo. Octavio, que había llegado al poder con una rapidez sin ejemplo en la historia de Roma, se transformó para el pueblo en un monstrúo horroroso de crueldad. En rigor, era posible resignarse á la dictadura de un hombre como Antonio, que hacía tiempo se había acreditado, ó á la de un gran señor como Lépido; pero, ¿por qué este joven de veintiún años, este hijo de un usurero—pues en el odio que por él se experimentaba, la gente confundía á su padre con su abuelo—había merecido ser amo de Roma? Las calles de la ciudad no tardaron en cubrirse de inscripciones injuriosas para sus antepasados y para él (1); referíanse á sus expensas las más horribles historias; pretendíase que dictaba en la mesa, estando ébrio, las sentencias de muerte (2); que se oponía á que terminasen las matanzas, como hubiesen querido los otros dos triunviros (3); que en la lista de los proscriptos había incluído á infortunados con el único objeto de robarles magníficos vasos griegos (4). Sin duda eran exageraciones; pero la mayoría de las personas creían en ellas, y por

---

(1) Suetonio, *Aug.*, 70.
(2) Séneca, *de clem.*, I, IX, 3.
(3) Véase Suetonio, *Aug.*, 27.
(4) Suetonio, *Aug.*, 70.

eso gran número de los que no habían sido proscriptos, pero que gozaban de fortuna y de un nombre insigne, huían y abandonaban á Italia, como Livio Druso, Favonio y muchos otros. Si habían sido respetados hasta entonces, ¿las violencias de que habían sido testigos, no daban á entender que seguirían otras aún más terribles? Y sus temores eran fundadísimos; pues los triunviros, no pudiendo contener ya á los soldados, estaban obligados á seguirles, arrastrados ellos mismos por esa fuerza de los acontecimientos que, sobre todo en las revoluciones, suelen conducir á resultados que superan con mucho á las intenciones de los hombres, á los que más tarde se atribuye la gloria y la infamia, como si verdaderamente fueran los autores de ellos. Cuando los triunviros se pusieron á vender las casas, las tierras, el mobiliario de los proscriptos, advirtieron pronto que las confiscaciones no les daban tanto dinero como necesitaban para la guerra, y que el valor efectivo de esta inmensa presa era casi nulo. Quizás gran número de proscriptos eran menos ricos de lo que el público se imaginaba; quizás entre el gran pánico reinante habían logrado ocultar sus capitales, confiarlos á clientes seguros, ó colocarlos en manos de las vestales (3). Mucho dinero quedó sin duda en poder de los esclavos, de los libertos, de los parientes, de los sicarios, y á causa de su carencia, muy pocas personas estaban en situación de comprar los bienes puestos en venta. Además, apenas osaba nadie comprar los bienes de los proscriptos: temían á las persecuciones, al odio del pueblo, á los oficiales que se entendían para acaparar lo que era bueno y

(3) Plutarco, *Ant.*, 21.

para alejar á los competidores peligrosos. Así, á medida que las confiscaciones adelantaban y que aumentaba el número de los bienes sacados á subasta, disminuían los compradores serios (1); y la venta rendía tan pequeños beneficios, que los triunviros no tardaron en suspenderla y en dejar abandonadas estas inmensas propiedades esperando tiempos mejores. Sin embargo; era preciso encontrar algún dinero... Á falta de mejores medios, los triunviros recurrieron á nuevas expoliaciones al empezar el año 42. Ordenaron la consfiscación de las sumas depositadas por los particulares en el templo de Vesta (2); aumentaron el *tributum* ya impuesto por el Senado; ordenaron que todos los ciudadanos, todos los extranjeros, todos los libertos que poseyesen más de 400.000 sestercios, declarasen su patrimonio y prestasen al Estado un suma igual al dos por ciento de su valor y la renta de un año, que se calculó, en los casos dudosos, en la décima parte del capital, según parece: hasta incluyeron en este cálculo las casas habitadas por los propietarios no evaluando más que la renta probable de seis meses (3). Á los que poseían menos de 400.000 sestercios les impusieron una contribución

(1) Dión Casio, XLVII, 17; Appiano, *B. C.*, IV, 37.

(2) Plutarco, *Ant.*, 21.

(3) Páreceme que así puede conciliarse lo que dice Appiano, IV, 34, que se hizo un empréstito forzoso de la cincuentena y que se impuso la contribución de la renta de un año, con lo que dice Dión, XLVII, 16, que se tomó á todo el mundo, incluso á los libertos, la décima parte del patrimonio. Quizás esta décima parte era la renta supuesta de un año. Además, me parece verosímil que el impuesto sobre las casas según habla Dión XLVII, 14, se incluyese en esta misma disposición.

igual á la mitad de la renta de un año (1). En fin, llegaron á invitar á mil trecientas de las más ricas matronas de Italia para declarar el valor de sus dotes (2). Fué preciso acosar sin piedad á Italia para obtener todo el oro y la plata de que aún podía disponer. También se decidió la consfiscación de los bienes de los que, aun no siendo proscriptos, se daban á la fuga, en la esperanza de contener así el éxodo de los «emigrados» de aquel tiempo (3). En medio de todos estos robos y muertes, Rufreno, el jefe que había corrompido á las legiones de Lépido, propuso á los comicios una ley que declaraba *divus* á Julio César, y por la cual no sólo se decidió reerigir el altar de Erófilo (4), sino de cerrar la curia de Pompeyo y de levantar á César un templo sobre el foro, en el mismo sitio donde fué quemado. Así es como el partido victorioso daba satisfacción á las confusas aspiraciones del populacho que, desde la muerte de César, sentía veneración por el lugar donde se había alzado su pira. Pero al mismo tiempo introducía en el Estado una nueva revolución extremamente grave: el culto de un ciudadano á quien todos habían visto vivo, como en Oriente se hacía con los reyes (5).

La consecuencia de las proscripciones fué una espan-

---

(1) Una vaga frase de Dión, XLVII, 14, parece indicar que en ciertos lugares los propietarios tuvieron que dar la «mitad» de la renta.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 32.

(3) Tal resulta de una cláusula del tratado de Micenas, que restituía sus bienes á aquellos ὅσοι κατὰ φόβον ἔφευγον.

(4) Desde las excavaciones hechas por el arqueólogo Boni, pueden verse los restos en el foro.

(5) Dión, XLVII, 18-19, *C. I. L.*, IV, 872; IX, 5136.

pantosa disolución social. Los mismos triunviros—excepto Antonio—estaban espantados. Desvanecido por el éxito, por las riquezas y por el espíritu de venganza, Antonio derrochaba el dinero de las fortunas confiscadas en fiestas y orgías de mimos, cantantes y cortesanas, mientras que Fulvia se vengaba de las humillaciones que había sufrido abandonándose á sus instintos de rapiña y de tiranía. Lépido se nos revela en un documento contemporáneo como un hombre colérico y brutal, víctima él mismo del disgusto y del miedo (1). Cuanto á Octavio parece afectado por una especie de locura pasajera, sufriendo alternativas de clemencia y de ferocidad. El caso ni siquiera es difícil de explicar tratándose de un hombre tan poco hecho para tales tormentas. Era desde muy pequeño uno de esos niños nerviosos y delicados, como suelen producirlos las civilizaciones corrompidas, refinadas y laxas, de complexión enfermiza y débil, y de una inteligencia precoz, al que su madre y abuela habían rodeado de grandes cuidados. Á los trece años habíase mostrado ya en sus estudios como un pequeño prodigio y hasta había pronunciado un discurso público; luego se transformó rápidamente en un joven reflexivo y estudiosísimo, que velaba por su salud, bebía poco vino (2), y abandonaba lo menos posible á sus amados libros y maestros, Atenodoro de Tarso y Dídimo Areo. Súbitamente, este joven educado por mujeres, enfermizo y delicado, se vió lanzado por el azar en medio de una revolución; y entonces, bruscamente, se convirtió en lo que hoy llamaríamos un

(1) Suetonio, *Aug.*, 77.
(2) *C. I. L.*, VI, 1527, pág. 335, v. 10-15.

«arrivista» feroz, en uno de esos jóvenes como se encuentran en las civilizaciones refinadas y ricas, á quienes la ambición, la impaciencia de triunfar, la falta de firmeza, la cobardía, hacen capaces de cometer las más grandes bajezas y crueldades. No es, pues, sorprendente que, débil é impresionable, procediese de tal modo que los historiadores pudiesen consignar sobre él relatos muy contradictorios, y al mismo tiempo verosímiles, por lo mismo de que son contradictorios. Compréndese que en los momentos más tranquilos, su hermana, á la que amaba mucho, pudiese influir en él y salvar á ciertos proscriptos; y que, al contrario, en las horas de acceso, cuando tenía miedo, se mostrara cruel, llegando á matar á diferentes personas por sospechas de que atentaban contra su vida (1).

La situación, por lo demás, no tardó en hacerse tan grave, que el mismo Antonio llegó á preocuparse. Era evidente que, después de este horrible saqueo, los triunviros no podrían vencer el inmenso disgusto que su gobierno inspiraba á Italia, si no destruían muy pronto el ejército de Casio y de Bruto. Sólo este triunfo podría calmar un poco el gran descontento de Italia, que si no lograba derribar á su gobierno, siempre lo hubiese debilitado y paralizado. Ya á comienzos del año 42, Antonio había enviado á Brindisi ocho legiones al mando de Lucio Decidio Saxa y de Cayo Norbano Flaco, dándoles orden de invadir durante la primavera á Macedonia, que Bruto (2), á últimos de año, y luego de haber he-

(1) Suetonio, *Aug.*, 27.

(2) Plutarco, *Bruto*, 28.—Según Gardthausen, Bruto tuvo que pasar mucho más pronto á Asia, y el segundo encuentro de Bruto con Casio tuvo que celebrarse en Sardes, á principios del año 42

cho matar en desquite á Cayo Antonio, la había evacuado para marchar con todo su ejército á Asia, quizás con el propósito de recoger dinero y de invernar en un país más rico y más separado de Italia. Pero era evidente que, tras aquella vanguardia, era preciso enviar el cuerpo expedicionario, realizar un esfuerzo mucho más considerable; lo que significaba abandonar Italia al descontento y á la anarquía. Preocupados de este peligro, los triunviros se decidieron á realizar un acto de tiranía como el mismo César no lo había osado: abolieron completamente los derechos electorales de los comicios y designaron por adelantado á los magistrados que desempeñarían los cargos durante los cinco años del triunvirato (1). Era este un medio para interesar á muchas personas en su estabilidad. Pero, mientras que Decidio y Norbano desembarcaban en Macedonia, Bruto y Casio se reunían con sus ejércitos en Esmirna. Bruto, que estaba más cerca de Italia y mejor informado de cuanto ocurría, había tomado la iniciativa de esta incorporación, escribiendo á Casio que era preciso reunir sus ejércitos y combatir juntos á los triunviros, como los decretos del Senado les autorizaban á hacer (2). Casio, que pensaba en este momento marchar á Egipto para castigar á Cleopatra, siempre fiel al partido cesarista, consintió en ello: dejó en Siria una pequeña guarnición á las órdenes de su sobrino, y envío á Capa-

---

(*A. Z.*, I, 667). Pero, además de estar esto en contradicción con el relato de Plutarco, la cosa es inverosímil; pues la batalla de Filipos no se libró hasta fines de Octubre, y sería imposible explicar este largo período de inactividad.

(1) Dión, XLVII, 19; Appiano, *B. C.*, IV, 2.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 63; Plutarco, *Bruto*, 28.

docia un gran destacamento de caballería para matar al rey que le había traicionado y para recoger metales preciosos (1). Luego con el grueso de su ejército, fué á Esmirna en busca de Bruto (2). Se celebró un consejo de guerra. Bruto deseaba que Casio y él volviesen á Macedonia para destruir las doce legiones de vanguardia é impedir que desembarcasen las otras (3): al contrario, Casio proponía un plan más vasto, más lento y más hábil, que Bruto acabó por aceptar. Aun no estaban seguros de ser dueños de todo Oriente: Rodas, las repúblicas de Licia y otras ciudades aún eran dudosas, siempre había que temer una invasión de los partos en Siria y nuevas intrigas en Egipto. Si, mientras hacían la guerra en Macedonia, se suscitaban en Oriente grandes perturbaciones, y si el enemigo, que disponía de muchos más soldados, intentaban sorprenderlos por retaguardia con la ayuda de Egipto, todo podía quedar perdido para ellos. Preferible era abandonar la Macedonia al enemigo, negociar con los partos para asegurar su neutralidad, hacerse con las armas dueños del mar y de Oriente, reunir una gran flota, someter á Rodas y á Licia, recoger en Oriente la mayor cantidad posible de dinero, y luego hacerse árbitros de mar, cortar las comunicaciones entre Italia y Macedonia é invadir á ésta. Así no les sería posible á los triunviros el trasladar á ella cuarenta legiones, pues las comunicaciones por mar estarían cortadas ó amenazadas, no podrían reunir en Macedonia más que al pequeño ejército que pu-

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 63; Drumann, *G. R.*, II, 133.
(2) Plutarco, *Bruto*, 28.
(3) Appiano, *B. C.*, IV, 65.

diera vivir del país y de Tesalia, que estaba igualmente estéril, despoblada, empobrecida por las recientes guerras. Además, si las hostilidades se prolongaban, se notaría la falta de dinero, Italia seguiría sufriendo, y el descontento aumentaría entre los soldados, cuyos apetitos no se verían satisfechos (1). Habiendo aceptado Bruto este plan, Casio le cedió parte de su tesoro; Labieno, hijo del antiguo general de César, fué enviado á la corte del rey de los partos (2); se decidió que Bruto realizase la conquista de Licia, mientras que Casio iría á someter la isla de Rodas.

Emprendidas estas expediciones por el enemigo, obligaron á Antonio á retrasar la guerra contra Bruto y Casio (3). Pero esto fué para él un gran peligro; pues la inercia á que estaba condenado enervaba á los soldados, excitaba el descontento público, aumentaba las dificultades políticas y financieras entre las cuales se debatía el triunvirato. Costase lo que costase, los triunviros tenían necesidad de hacer algo que diese á Italia la impresión de su poder. Antonio pensó entonces enviar

---

(1) Véase Appiano, *B. C.*, IV, 65, y el discurso de Casio, Appiano, *B. C.*, IV, 90-100. Este discurso responde tan fielmente á las circunstancias, que debe resumir las verdaderas ideas de Casio.

(2) Dión, XLVIII, 24. Se pretende que Casio pidió á los partos que fuesen en su ayuda; pero esto solo fué, probablemente, una invención de sus enemigos. Era tan imposible la cosa, que no creo que Casio pensase nunca en ella.

(3) Dión, XLVII, 36, dice que los triunviros enviaron á Norbano y á Décimo á Macedonia para aprovecharse de las expediciones de Casio y de Bruto en Asia. Me parece más exacto referir á esta época la expedición de Octavio á Sicilia; pues, como dice Appiano, es más verosímil que las ocho legiones estuviesen ya en Macedonia.

á Octavio con parte de la flota para reconquistar á Sicilia. Sexto Pompeyo, que á principios del año 42, había condenado á muerte al gobernador de la isla, y se había apoderado completamente de ella, comenzaba á molestar. Reunía navíos, reclutaba marinos, organizaba legiones, devastaba las costas de Italia é interceptaba por mar los cargamentos de trigo destinados á Roma; podría ayudar á las flotas de Bruto y de Casio é impedir en el Adriático el transporte de tropas y de víveres para Macedonia. Así es que en la primavera del año 42 comenzó la guerra en Sicilia y en Oriente. Entre la primavera y el principio del estío, Casio realizó la toma de Rodas (1); encontró en los Tesoros públicos y privados 8.500 talentos que confiscó (2); hizo pagar á las ciudades de Asia un tributo de diez años (3); reunió navíos procedentes de todas las costas y organizó en todo Oriente gran número de guarniciones de tierra y de mar; envió á Marco con sesenta navíos al cabo Tenaro para impedir que los socorros preparados por Cleopatra pudiesen llegar hasta los triunviros (4). Durante este tiempo Bruto también realizaba una feliz campaña y sometía las repúblicas de Licia, imponiendo una contribución á las principales ciudades. Á comienzos del verano, los dos jefes del ejército republicano pudieron, pues, encontrarse en Sardes y adoptar disposiciones para invadir á Macedonia. Al contrario, Octavio había fracasado lastimosamente en sus tentativas, y Sicilia aún no estaba conquistada cuando Bruto

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 66-67.
(2) Plutarco, *Bruto*, 22.
(3) Appiano, *B. C.*, IV, 74.
(4) Idem, *B. C.*, IV, 74.

y Casio dirigieron su ejército hacia Abidos para hacerle cruzar el Bósforo y tomar en Sextos la vía Ignacia, que conducía al corazón de Macedonia. El fracaso de Octavio debía de preocupar bastante á Antonio, pues la marcha de Bruto y de Casio le obligaban á socorrer á Norbano y á Décimo. Esperando siempre que Octavio llegase al término de su empresa, Antonio se decidió al fin á dejarle en aguas de Sicilia é ir sólo á Macedonia con doce legiones (1), empeñar el último combate de esta lucha suprema, que no sólo era la lucha del partido cesarista y popular contra el partido aristocrático y conservador, sino también la lucha de Occidente contra Oriente. Bruto y Casio, que se habían sustentado en las provincias asiáticas, tenían menos soldados que Antonio y Octavio, por encontrarse menos hombres en el Oriente civilizado, país de comerciantes y de capitalistas, que amaban la paz y carecían ya de vida política. Pero disponían de la gran fuerza que el Oriente civilizado é industrial representaba en el mundo antiguo, el dinero: en sus marchas contra el enemigo, encerrados en grandes ánforas, cargados en carros, conducían los productos de su saqueo, los tesoros en metales preciosos que Oriente, en los cuarenta años de paz y de orden relativos que siguieron á la gran guerra contra Mitrídates, había logrado acumular nuevamente, á pesar de las

(1) Indica claramente que fueron doce legiones las que Antonio trasladó á Oriente, el hecho de que en Filipos los triunviros tenían diecinueve y que habían dejado una en Anfípoli (Appiano, *B. C.*, IV, 107 y 108). Como había ya ocho al mando de Norbano y de Decidio, es preciso que con esta expedición desembarcasen doce nuevas legiones en Macedonia.

exacciones de los republicanos y de los gobernantes, y hasta recobrando una parte considerable del oro y de la plata que los italianos le habían robado, á cambio de los productos agrícolas ó industriales exportados á Italia (1). En cambio, aunque desde dos siglos antes Italia atrajase de todas las partes del mundo los objetos más útiles y los metales preciosos, seguía sufriendo general penuria, faltándole singularmente el oro y la plata, pues tantas eran las riquezas que devoraba en el lujo público y privado, en la renovación de su agricultura, en el aumento del bienestar de todas las clases, en los negocios temerarios, en las revoluciones y en las guerras civiles, en una política de negocios y de clientelas en el interior, de rapiñas y de conquistas en el exterior. Tenía más soldados que necesitaba; podía enviar á Oriente ejércitos formidables; pero se veía obligada á enviarlos allende el mar casi en girones, sin dinero, sin los necesarios arreos, sin una flota suficiente para defender sus comunicaciones y llevarles víveres. El término de la guerra tenía que demostrar qué metal reunía más valor en esta guerra civil, el oro ó el hierro.

Los comienzos de la guerra fueron bastante fáciles y alentadores para Bruto y Casio. Sin dificultad lograron que sus ejércitos pasasen el Bósforo; dirigiéronlos á lo largo de la costa, hacia el cabo Serreyón y el estrecho paso entre la montaña y el mar, que Norbano ocupaba, obligándole á retirarse sin dificultad, mientras que ellos enviaban á Tulio Címber con la flota para amenazarle por retaguardia. Norbano se vió obligado á retirarse hasta la garganta de *Burum Calessi*, que se considera-

(1) Véase Appiano, *B. C.*, IV, 73.

ba como el único sitio por donde un gran ejército podría pasar de Asia á Europa, y harto bien fortificado para poderlo forzar (1). Al contrario, Antonio quedó detenido á principios de su expedición por un obstáculo imprevisto: la flota de Murco. Habiendo dispersado una tempestad en las costas de África el socorro de Cleopatra, Murco acudió inmediatamente á bloquear á Brindisi para impedir que Antonio surcase el Adriático; Antonio realizó múltiples tentativas para forzar el paso; pero habiendo fracasado siempre, acabó por llamar á Octavio en su socorro, haciéndole interrumpir su empresa de Sicilia, que aún no había podido conducir á buen término (2). Sin duda que no era conveniente dejar detrás á Sexto Pompeyo, poderoso en la isla; pero, ¿qué otro partido adoptar? El caso es que, cuando Octavio llegó al Adriático para sorprender á Murco, que sólo disponía de sesenta navíos, éste tuvo que retirarse (3), y los dos triunviros pudieron desembarcar juntos en Dirraquio con las doce legiones. Pero, á partir de Dirraquio, la expedición encontró más trabajos y peligros. Correos enviados apresuradamente por Norbano y por Decidio vinieron pronto á anunciar que habían tenido que abandonar las posiciones inexpugnables que ocupaban. Un jefe tracio había revelado á Bruto y á Casio otro paso más angosto y abrupto, por donde el ejército, siempre que llevase agua, podría su-

---

(1) Heuzey et Daumet *Mission archéologique de Mocédoine*, París, 1876, pág. 99) han creído reconocer en la garganta que hoy se llama Burun-Calessi el paso *Sapæicus* de que hablan los antiguos.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 82; Polieno, *Strat.*, VIII, XXIV, 7.

(3) Idem, *B. C.*, IV, 86.

perar la montaña en tres días. Así, Norbano, que esperaba un ataque de frente, supo de pronto que los enemigos iban á desembocar á retaguardia suya, en la llanura de Filipos, y tuvo que retirarse de prisa hacia Anfípolis para no quedar cercado. En suma, las puertas de Macedonia y las comunicaciones con Tracia, habían caído en poder del enemigo, y Anfípolis, que sólo estaba defendida por ocho legiones, podía ser atacada de un momento á otro por fuerzas casi dobles. La situación parecía peligrosísima, y una súbita enfermedad que inmovilizó á Octavio en Dirraquio aún aumentó el peligro. Resuelto á defender á Anfípolis, Antonio dejó á su enfermo colega en Dirraquio, y se dirigió rápidamente con sus legiones á la ciudad; pero una vez llegado no tardó en advertir que sus lugartenientes sentían miedo de un fantasma, como suele ocurrir en la guerra. Bruto y Casio no se habían puesto en persecución de Norbano y de Decidio; se habían detenido más abajo de Filipos, en una posición formidable, atrincherándose en dos campamentos sobre la vía Ignacia. Bruto, al Norte, al pie de las colinas Panaghirdagh; Casio, al Sur, cerca del mar, del que le separaba una gran marisma imposible de atravesar, al pie de la colina de Madiartopé (1). Ambos campamentos estaban reunidos por una empalizada, detrás de la cual corría un río límpido y abundante, el Gangas, y comunicaban por la vía Egnacia con el puerto de Neápolis, donde los navíos llegaban de Asia y de la isla de Tasos, que los conjurados habían escogido para depósito general de víveres, de armas y de dinero.

(1) Véase en Duruy, *Histoire des Romaines*, París, 1881, III, 483, el mapa de Filipos tomado de Heuzey-Daumet.

Establecidos en esta fuerte posición, Bruto y Casio quisieron esperar el ataque de los enemigos y prolongar la guerra hasta que el hambre hubiese dado razón del ejército enemigo, que se hallaba encerrado en una región estrecha y estéril, y aún procuraron hacerles más difícil las comunicaciones por mar, enviando á Domicio Enobarbo con una flota para que prestase ayuda á Murco. Apenas comprendió Antonio que no sería atacado en Anfípolis, sólo dejó en ésta una legión y se encaminó con las otras á la llanura de Filipos, donde acampó frente al enemigo esperando á Octavio, que se encontraba convaleciente, y que llegó al cabo de algunos días conducido en una litera. Entonces Casio, para impedir que Antonio intentase cortarle las comunicaciones con la mar, también unió su campamento á la marisma por medio de una empalizada.

Largos días de turbación é inquietud comenzaron entonces para los dos ejércitos, que acampaban frente á frente en la llanura de Filipos, durante el gris, pluvioso y ventoso mes de Octubre del año 42 (1). El combate decisivo de la larga lucha se acercaba: todos los combatientes tenían que realizar un esfuerzo supremo, desplegar todas sus energías, someterse con paciencia á todos los sacrificios, para recoger el fruto de tantas fatigas. Nada de esto. En el momento supremo la disolución general de las leyes, de las tradiciones, del Estado, de la familia, de la propiedad, de la moral,

---

(1) Las dos batallas de Filipos están bastante bien descritas en Plutarco, *Bruto* 40, y sig.; algo menos bien en Appiano, *B. C.*, IV, 108 y sig.; de una manera bastante descuidada en Dión, XLVII, 42 y sig. Pero aún subsisten obscuridades y lagunas.

que había subvertido á todo el imperio, arrastró en sus torbellinos á los dos ejércitos, arrebatándolos á la autoridad de sus jefes. La discordia, la prisa y la fatiga de éstos, la impaciencia y la indisciplina de los soldados, introdujeron tal confusión y desorden, que al poco ya no hubo de ambos lados voluntad capaz de dirigir nada. Bruto y Casio estaban unidos por una recíproca y absoluta confianza; pero esto no impidió que fuesen de distinta opinión. Bruto, que sólo era un débil y tranquilo hombre de estudios arrastrado por un extraño destino á la vida de la acción, estaba agotado por tan largo esfuerzo, por tantas responsabilidades, por la continua lucha que en él libraban el político y el ideólogo, obligado cada momento á desistir de hacer cosas que le parecían conformes á su deber y á realizar otras que le parecían contrarias. Se había hecho nerviosísimo y muy impresionable, y lloraba continuamente; padecía de insomnios, y durante la noche, en su tienda, á la luz de su lámpara, aparecíansele sombras vagas, en las que creía reconocer á su víctima. Casio, que era un ferviente discípulo de Epicuro, procuraba persuadirle de que aquéllo sólo eran ilusiones de sus sentidos cansados. Pero esto remató con su escasa energía (1); ya no tenía más que un deseo: el de acabar lo más pronto posible, aligerarse de la gran carga que sobre él pesaba, sin cometer por eso ninguna cobardía ni huir; y se sentía dispuesto á obtener esta liberación al precio del mayor sacrificio. Propuso, pues, que se diese la batalla inmediatamente: si la perdían ¿no les quedaría como último refugio la muerte, con la

---

(1) Plutarco, *Bruto*, 36-37.

cuál todo habría terminado? Al contrario, Casio, que era un hombre más fuerte y que deseaba vencer, aconsejaba que se agotasen las fuerzas del enemigo con una sabia inercia (1). Si tenían la paciencia de esperar, podrían contar con dos aliados: la sedición y el hambre. Desgraciadamente, el ejército estaba de acuerdo con Bruto; deseaba terminar la guerra antes del invierno y volver á Italia lo antes posible con el dinero reunido en Oriente gracias á sus grandes depredaciones. Casio solo pudo imponer su idea á su colega y al ejército tras inauditos esfuerzos. Antonio y Octavio disponían de tropas más seguras; pero Octavio, cansado por la enfermedad, espantado por esta guerra desesperada, pasaba el tiempo haciendo largas excursiones fuera del campamento con pretexto de recobrar sus fuerzas, y entregaba el ejército á sus jefes. Antonio, pues, tenía que hacerlo todo él mismo y asumir íntegramente la responsabilidad de la guerra. Preocupado siempre por el peligro del hambre, presentaba continuamente la batalla, buscando la ocasión de obligar al enemigo á aceptarla (2); pero Casio rechazaba obstinadamente. Los días se sucedían monótonos y enervantes, en una inercia que debilitaba las voluntades y que el joven Horacio, que poseía un grado en el ejército, ha descrito admirablemente en una poesía compuesta después; pero cuya idea la concibió sin duda en los ocios de estas jornadas:. «Una espantosa tempestad ha cubierto el cielo, y Júpiter precipita la lluvia y la nieve: en el mar y en los bosques muje el viento de Tracia. Aproveché-

(1) Plutarco, *Bruto*, 39.
(2) Appiano, *B. C.*, IV, 109.

monos ¡oh amigos! de la ocasión que pasa, y mientras que nuestra piernas sean firmes y podamos, borremos de nuestras frentes los surcos de la vejez. Trae un ánfora que contenga un vino del año mismo en que yo nací, y no te cuides de nada: quizás algún dios llegue á cambiar dichosamente el curso de las cosas y á ponerlo todo en su lugar (1).....» Antonio acabó por construir un camino con fagina, tierra y cañizos para atravesar la marisma que separaba el campamento de Casio del mar, llegar así á la vía Ignacia, amenazar la retaguardia del enemigo y obligarle á aceptar la batalla. Y en efecto; desplegando todos los días en la llanura, como para presentar batalla, gran parte de sus soldados y de los de Octavio, que cuidaba de su salud dando largos paseos, pudo distraer la atención del enemigo, y durante diez días hizo trabajar á sus soldados entre las altas yerbas de la marisma sin ser molestados (2). Pero súbitamente, el undécimo día, los ejércitos de Bruto y de Casio hicieron una salida; y el de Bruto, que ocupaba el ala derecha, se arrojó sobre las legiones de Octavio. Es posible que Casio se percatase de los trabajos é intenciones de Antonio, y que, aceptando los consejos de Bruto, quisiese atacar al enemigo (3). No se

---

(1) Horacio, *Epod.*, XIII, 1 y sig.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 109, y su relato está justificado por el de Plutarco, *Bruto*, 41.

(3) Sobre este punto es imposible reconciliar el relato de Appiano, *B. C.*, IV, 110, con el de Plutarco, 40-41. Según Appiano, fué Antonio el que atacó primero; según Plutarco, fueron Bruto y Casio. Esta segunda versión es la que me parece verdadera, pues no se comprende en Appiano cómo Antonio podría obligar á Casio á aceptar la batalla.

sabe con precision lo que ocurrió entonces. Parece ser que en este preciso momento Octavio estaba paseando cerca del campamento, y que no habiendo recibido órdenes los jefes de sus legiones, fueron éstas deshechas cuando las legiones de Bruto cayeron sobre ellas. Sólo la cuarta legión resistió vigorosamente. Al contrario, Antonio que estaba alerta, se lanzó con ímpetu sobre el ala izquierda mandada por Casio; la hizo arredrar, la persiguió en dirección del campamento y empeñó bajo las empalizadas una lucha terrible. Si Bruto, que durante este tiempo casi había deshecho y aniquilado á la cuarta legión (1), hubiese vuelto á retaguardia para ayudar á su colega, y hubiese atacado de flanco al ejército de Antonio, la batalla quedara por ellos. Pero Bruto no pudo contener á sus legiones, que persiguieron á á los fugitivos, arrastraron á los oficiales, invadieron el campamento de los triunviros, se entregaron al saqueo y asustaron á Octavio, que se paseaba á alguna distancia de allí, y hasta tal punto se asustó, que huyó á una ciénaga vecina (2). También Antonio pudo forzar el campamento de Casio; pero sus soldados, como los de Bruto, apenas penetraron en el campamento enemigo, cuando ya no escucharon las voces de mando y se desparramaron como partidas de bandoleros para saquear las tiendas. No preocupándose cada cual más que de transportar á su campamento lo que había robado en el otro, la batalla se cambió pronto en una serie de escaramuzas entre los pequeños grupos de soldados que

(1) Esto, según Appiano, *B. C.*, IV, 117; Plutarco dice en realidad *tres* legiones.

(2) Plinio, *H. N.*, VII, XLV, 148.

volvían á su campamento cargados como faquines, terminando con una terrible confusión en la que nadie entendía nada y en medio de la cual murió Casio. Cuenta la tradición que no pudiendo distinguir bien lo que ocurría desde la altura á que había subido por impedírselo una gran nube de polvo, creyó que Bruto había sido derrotado y que tomó por enemigo á un destacamento de caballería que venia hacia él, y que Bruto le enviaba para anunciarle su victoria. Y se dice que entonces dió orden á un liberto de que le matase. Sin embargo, los historiadores encuentran extraño que un general de tanta capacidad como Casio perdiese tan fácilmente la cabeza, y han supuesto que fué muerto en el gran desorden por alguno de los libertos que corrompieron los triunviros. Así sucumbió sin que se sepa cómo, el más inteligente de los conjurados (1). Sólo él había sabido resistir al desaliento que se apoderó de todo el partido conservador en el 44; él solo—y los hechos le daban la razón—había comprendido que era posible reclutar un ejército para combatir al partido cesarista; en él, pues, recaía el mérito de haber prolongado durante dos años la defensa de su partido. Esta defensa fué hermosísima; si Casio fracasó al fin, no por eso debemos olvidar que este hombre, que pudo ser uno de los servidores mejor recompensados por César, prefirió morir en defensa de esas libertades republicanas, que, aunque estuviesen reducidas á un principio ideal y favoreciesen también intereses de casta, seguían constituyendo una gran tradición.

Pero el resultado de la batalla era incierto. Antonio

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 110-114; Plutarco, *Bruto*, 41-45.

había tenido dobles pérdidas que el enemigo: todo su campamento había sido saqueado, mientras que sus soldados sólo habían saqueado el campamento de Casio (1). Probablemente su situación hubiese quedado comprometida por siempre, si la muerte de Casio no hubiese sido una pérdida irreparable para el enemigo. Por haber sucumbido Casio, esta primera batalla decidió de la guerra. Los anhelantes días de espera recomenzaron en la llanura de Filipos para los dos ejércitos. Persuadido por la batalla de que Casio tuvo razón, Bruto adoptó sus medidas, y procuró retener á sus tropas distribuyéndoles mucho dinero. Si los soldados hubiesen tenido la paciencia de esperar, quizás hubieran alcanzado la victoria sin combatir. El hambre comenzaba á hacerse sentir en las filas de los enemigos: un invierno precoz de helados vientos transía en los campamentos á los soldados, muchos de los cuales lo habían perdido todo en el saqueo del campamento; los generales, que escaseaban de dinero, sólo podían indemnizarlos con promesas (2). Y no tardó en llegar una nueva noticia, que los triunviros se esforzaron en que no llegase á Bruto: los aprovisionamientos y refuerzos que tenían que llegar de Italia habían sido atacados por las flotas de Murco y de Domicio Enobarbo y echados á pique en el Adriático: dos legiones—una de las cuales era la legión de Marte—habían ido á dormir su sueño eterno al fondo del mar (3). Afortunadamen-

(1) Plutarco, *Bruto*, 45; Appiano, *B. C.*, IV, 112.

(2) Dión, XLVII, 47; Plutarco, *Bruto*, 46-47; Appiano, *B. C.*, IV, 123.

(3) Appiano, *B. C.*, IV, 115; Plutarco, *Bruto*, 47.

te para los triunviros, Bruto no sabía mantener la disciplina como Casio (1); cedía con excesiva facilidad ante los soldados y discutía con ellos en lugar de hacerse obedecer: si los soldados le amaban, apenas le temían. El mando no era bastante enérgico, y de él se resentía la disciplina: nacieron los celos y surgieron las discordias entre los antiguos soldados de Casio y los de Bruto. Muy pronto, apenas repuestos de la impresión causada por la batalla, recomenzaron las impaciencias por terminar pronto con la guerra; los jefes de los aliados de Oriente, que tenían prisa en volver á sus casas, realizaban continuas gestiones cerca del general para inducirle á dar la batalla (2). Bruto no supo hacer cesar las murmuraciones ni calmar las inquietudes. Aunque aún mostrase por de fuera su habitual y aristocrática serenidad, estaba agotado. Obligado á desplegar un extraordinario esfuerzo de voluntad para realizar el aplastante trabajo de cada día; atormentado por el insomnio y las alucinaciones, dejó que se apoderase de él ese fatalismo resignado que es la última parálisis de la voluntad para los espíritus demasiado sensibles y agotados por muchas emociones y fatigas. Había escrito á Ático que se sentía feliz, porque tocaba al término de su prueba: si obtenía la victoria salvaría á la república; y al contrario, si perdía la batalla, se suicidaría abandonando una vida que se le hacía intolerable (3). Preparado así para la muerte, si aún estaba su persona en la lucha y parecía dirigir los últimos ac-

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 123.
(2) Idem, *B. C.*, IV, 123-124.
(3) Plutarco, *Bruto*, 29.

tos de la guerra, en realidad había abandonado ya la lucha. Sometíase á la fortuna, resistiendo con creciente debilidad los esfuerzos desesperados que hacía Antonio para provocarle á la batalla. Mientras que el triunviro enviaba á sus soldados fuera del recinto para tratar á los enemigos de cobardes y poltrones y les hacía llegar esquelas para lanzarlos á la rebeldía, Bruto dirigía hermosos discursos á sus soldados para persuadirles de que aún era preciso tener paciencia; pero que sólo servían para aumentar el descontento, como ocurre cuando se pretende calmar con palabras razonables á un loco delirante. Bien pronto los oficiales, los reyes de Oriente, todo el mundo dió prisa á Bruto pidiendo la batalla: Bruto comprendía que sería una falta; pero estaba agotado, y al fin, contra su voluntad, se dejó arrancar la orden de darla. Antonio disponía de tropas más resistentes que las suyas, y también tenía más energía: Bruto fué vencido (1). Habiéndose retirado á un vecino vallecillo de colinas con algunos amigos, el matador de César se dió la muerte sin proferir una queja, con su habitual serenidad, ayudado por un retórico griego, Estratón, que había sido su maestro de elocuencia (2). Bruto no era un tonto ni un hombre de genio; ni un loco ni un héroe, como han querido la mayoría de los historiadores, según pertenecían á uno ú otro partido. Era un hombre de estudios y un aristócrata á quien las circunstancias obligaron á desempeñar un papel para el que se hubiese necesitado un hombre superior, y á encargarse de una em-

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 128 y sig.; Plutarco, *Bruto*, 49.
(2) Plutarco, *Bruto*, 50-53; Appiano, *B. C.*, IV, 131.

presa para la cual eran insuficientes sus fuerzas. Tuvo el orgullo de sostener hasta la muerte el peso de su responsabilidad, pero quedó aplastado. Sin embargo, su sacrificio no fué vano. En el supremo instanste tuvo que decirse que la gran idea clásica de la República, por la que daba su vida, estaba muerta para lo sucesivo; que el mundo que dejaba estaba demasiado corrompido para los que aún creían en esta idea. Bruto apenas podía adivinar qué hombre recogería esa idea y sabría adaptarla á las nuevas condiciones del mundo. Sin embargo, ese hombre no estaba lejos de él: había combatido en Filipos, pero en el otro campamento.

XII

Fin de una aristocracia.

En el campo de batalla de Filipos se extinguió gran número de ilustres familias romanas. Además de Bruto, que no dejaba hijos, allí sucumbió el único hijo de Catón, el único hijo de Lúculo, el hijo único de Hortensio, Lucio, sobrino de Casio. Cierto número de proscriptos y de conjurados, hechos prisioneros, fueron sacrificados, entre ellos Favonio (1). La mayor parte del ejército derrotado se retiró con sus jefes hacia el mar, se embarcó en los navíos y se refugió en la isla de Tasos. Allí hubiese podido permanecer algún tiempo reanimando el espíritu abatido, pues los adversarios carecían de flota. Pero el golpe había sido demasiado rudo, y ya no era posible vencer el general desaliento. Muchos personajes ilustres: Livio Druso, Quintilio Varo, Labeón, y bastantes otros, se mataron (2). Y cuanto á los que no desesperaron tanto del porvenir empezaron á pensar en sí mismos, y el ejército se desbandó. Cneo Domicio se

(1) Dión, XLVII, 49.

(2) Appiano, *B. C.*, IV, 135; Veleyo, II, 71.

apoderó en Tasos de cierto número de navíos; invitó á muchos soldados del ejército vencido á refugiarse en ellos y partió muy decidido á hacerse pirata si no encontraba otro medio de salvarse (1). El hijo de Cicerón huyó á Oriente, donde aún quedaba un destacamento de la flota y del ejército á las órdenes de Casio Parmense, en las costas de Asia; otro, á las órdenes de un tal Clodio y de Turulio, estaba en Rodas; otro más, á las órdenes de un tal Manio Lépido, en Creta (2). Lucio Valerio Mesala Corvino y Lucio Bíbulo, yerno de Bruto, continuaron en Tasos, y después de rechazar el mando que le ofrecieron sus soldados, que aún permanecían en la isla, sometiéronse á Antonio, que les perdonó la vida cuando le entregaron el tesoro y las provisiones del ejército (3). Los oficiales sin relieve fueron perdonados más fácilmente, y, como Quinto Horacio Flaco, pudieron regresar más ó menos bien á Italia. Cuanto á los soldados, la mayoría se rindieron ó se dispersaron.

La oposición al gobierno popular y cesarista pareció á casi todo el mundo vencida para siempre tras esta victoria. Nadie osó ya esperar que el escaso número de desesperados que se habían hecho á la mar, ni que Sexto Pompeyo, que sólo era dueño de Sicilia, pudiesen cambiar el destino de la guerra. La batalla de Filipos había confirmado definitivamente lo que ya se había decidido en Farsalia. La libertad había muerto; los ejérci-

---

(1) Veleyo, II, 72; Appiano, *B. C.*, V, 2.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 2. Este Lépido quizás sea al que se refiere la inscripción que figura en el *Bull. Corr. Hell.*, 1879, 151.

(3) Appiano, *B. C.*, IV, 136.

tos iban ahora á reconocer por jefes á los triunviros que, por esta misma razón, parecía á todos que iban á gozar siempre del poder, singularmente Antonio. Tras la batalla, cuando los senadores prisioneros comparecieron ante los triunviros, muchos insultaron á Octavio con violencia (1), pero todos saludaron á Antonio con respeto. Á punto de morir, anticiparon el juicio general. Los soldados sabían que la victoria se debía á Antonio, mientras que Octavio nada había hecho. Todos sabían que Antonio se había elevado al puesto que ocupaba por un esfuerzo cuya duración y trabajo eran iguales á los resultados, mientras que Octavio más bien parecía un detestable intruso, un ambicioso cruel y perverso, á quien había favorecido una inmerecida fortuna. Cuanto á Lépido, estaba demasiado desacreditado dejando durante el tiempo la guerra que la intrigante y autoritaria Fulvia usurpase sus poderes de triunviro y de cónsul, que gobernase en su lugar á Italia y que se impusiese al Senado y á los magistrados (2). Ahora que el partido conservador estaba aniquilado y la última batalla ganada, Antonio era el árbitro supremo de un poder más grande y seguro que el César después de Tapsos; y si aún tenía que compartir parte de ese poder con su desacreditado colega, al menos podía imponer á éste todas sus voluntades (3). Sin duda ninguna que él fué el principal autor de las numerosas y graves decisiones adoptadas después de Filipos por ambos triunviros. Á pesar de la victoria, las dificultades aún eran numerosas. Ha-

(1) Suetonio, *Aug.*, 13.
(2) Dión, XLVIII, 4.
(3) Appiano, *B. C.*, V, 14.

bía que abonar á los soldados los 20.000 sestercios que se les había prometido y los sueldos atrasados; pero no había dinero. Había que licenciar á parte del ejército; pues no era posible soportar más tiempo los gastos que causaba el sostenimiento de las cuarenta y tres legiones. Había que satisfacer hasta el fin á los veteranos de César, que en los idus de Marzo aún no habían recibido nada de las antiguas promesas que les había hecho el dictador, y que los triunviros se habían comprometido á cumplir, como continuadores que eran de la tradición cesarista. Era, pues, urgente, el restablecer la autoridad romana en la parte del imperio de donde podía sacarse dinero, en ese Oriente que la guerra civil había subvertido completamente. Los principillos de Siria y de Fenicia, que Pompeyo había depuesto, reaparecieron en mayor número durante los dos últimos años, unos excitados por Casio, otros por propia iniciativa, aprovechándose de la confusión general. La provincia se había dividido de este modo en gran número de pequeños Estados que guerreaban entre sí, y uno de los más importantes, la ciudad de Tiro, entró en guerra con Palestina, apoderándose de parte de su territorio, de acuerdo con Ptolomeo, príncipe de Calcis, y con ayuda de Antígono, hijo de aquel Aristóbulo á quien Pompeyo había arrebatado el poder en Palestina para dárselo á Hircano. La guerra civil estalló así nuevamente en Palestina, en apariencia entre los partidarios de ambos pretendientes, en realidad entre el partido nacional y el partido romano. Asia estaba más tranquila; pero la guerra y las rapiñas habían introducido en ella gran desorden. En casi todas las monarquías y principados dependientes de Roma habían estallado las discordias de casta, las riva-

lidades de familia y de bandería, hasta pequeñas revoluciones. No había, pues, que dormirse sobre los laureles de Filipos. Antonio y Octavio comenzaron por querer prescindir de Lépido, que, mientras ellos obtenían su victoria, no había hecho más que tonterías en Italia, y que, sólo disponiendo de tres legiones, no podía ni siquiera pensar en resistir. Cuanto al ejército, como tres legiones habían perecido enteras durante la guerra, se encontraba reducido así á cuarenta. Se decidió licenciar las ocho legiones de los veteranos de César que habían sido llamadas bajo las armas, esto es, las tres de Ventidio, las tres de Lépido y las dos de Octavio. De las treinta y dos legiones á que el ejército estaba así reducido, las once que habían combatido en Filipos iban á seguir bajo las armas en Macedonia y serían reforzadas por los soldados de Bruto y de Casio. Antonio recibiría seis y Octavio cinco: este último también tendría las tres legiones de Lépido. Antonio, pues, mandaría diecisiete legiones; las once que estaban en Italia y las seis de Macedonia. Octavio mandaría quince legiones: las siete de Italia, las tres de Lépido y las cinco de Macedonia. Cuanto á las provincias de Lépido, Antonio tomaría la Narbonesa, Octavio á España, y cedería en cambio á Antonio la provincia de África (1), donde había estallado una pequeña guerra civil, mientras que los triunviros combatían en Filipos. Cornificio no había querido reconocer la autoridad de los triunviros; Sextio, gobernador de la nueva África, se había declarado en favor de Antonio, resultando así una guerra en que Cornificio fué vencido y muerto. Además, se acordó

(1) Appiano, *B. C.*, V. 3; Dión, XLVIII, 1.

que si se entrevía algún peligro despojando completamente á Lépido, Octavio le cedería la Numidia y Antonio el África (1). Luego se decidió que Antonio marchase á Oriente con el pretexto de pacificarlo; pero en realidad para buscar dinero, y que Octavio iría á Italia para hacer la guerra á Sexto y, en fin, para distribuir tierras entre los veteranos de su padre. Esta no era fácil empresa. Los veteranos de las guerras de las Galias que no habían obtenido satisfacción, quizás no pasasen de siete ú ocho mil desde las nuevas guerras; pero como cada uno había de recibir la parte más considerable de lo que se había ofrecido como concesión, doscientas fanegas, esto es, unas cincuenta hectáreas, se necesitaban unas trescientas mil ó cuatrocientas mil hectáreas de buena tierra en Italia, y esto era una empresa imposible con los medios ordinarios. La experiencia de lo pasado lo probaba. ¿De qué habían servido las leyes agrarias aprobadas en el 64, en el 60 y en el 59, si el partido popular había tenido que respetar todas las ficciones de la legalidad, y proponer que se distribuyese solamente lo que quedaba del *ager publicus* y comprar tierras á precios razonables, *sine injuria privatorum* (2)? Solo había resultado que, siendo insuficien-

(1) Dión, XLVIII, 1.—Appiano, *B. C.*, V, 3, dice, al contrario, y probablemente según las Memorias de Augusto, que estas provincias tenían que darse á Lépido en caso de que Octavio hubiese encontrado injustas las sospechas de una traición con Sexto Pompeyo, que pesaba sobre Lépido. Hay que creer á Dión; pues esta pretendida traición es indudable que solo fué un pretexto para despojar á Lépido.

(2) Llamo la atención sobre esta fórmula contenida en el senatoconsulto propuesto el 1.° de Enero del 43 por Cicerón. Cicerón, *Fil.*, V, XIX, 53: *agri... qui sine injuria privatorum dividi posset.* Paréce-

te el *ager publicus*, cuando se intentó comprar las tierras de los particulares nadie quiso vender, si no era á elevadísimos precios, el suelo privilegiado de Italia, que no pagaba impuestos; y las recomendaciones, los ruegos, las intrigas de los propietarios habían aprisionado con lazos invisibles los brazos de los fundadores de colonias y hasta los del mismo César. Por otra parte, los triunviros no tenían dinero; por consecuencia, aunque lo hubiesen querido, no les fuera posible comprar tierras. En venganza, después de haber aniquilado completamente en Filipos al partido conservador, Antonio y Octavio podían emplear rápidos y violentos procedimientos—á los que César, después de Tapsos, no se había atrevido á recurrir contra los conservadores derrotados, pero no aplastados—y sólo con ellos era posible triunfar de las resistencias ocultas, pero tenaces de los intereses privados. Antonio y Octavio decidieron, pues, dar tierras á esos siete mil ú ocho mil soldados en el término de las dieciocho de las más bellas y ricas ciudades de Italia (1), despojando en todas ellas á cada propietario de una parte, y prometiéndoles una indemnización, que fijarían ellos mismos, y pagarían cuando pudiesen. Todas estas colonias las fundaría Octavio y recibirían el nombre de *Juliæ*, pues estarían íntegramente compuestas de veteranos de César, y al fundarlas no se haría más que cumplir sus promesas (2). En fin, decidióse poner en

---

me verosímil que un fórmula análoga figuró en todas las leyes agrarias, aún en las de César del año 59 antes de Cristo. Era éste un medio para no asustar demasiado á la clase media. Desgraciadamente esta fórmula permitía á los propietarios hacer la ley inaplicable.

(1) Appiano, *B. C.*, IV, 3.

(2) Idem, *B. C.*, V, 14.

ejecución la ley de César, concediendo el derecho de ciudad á los cisalpinos (1). Convenido secretamente este tratado entre ambos no lo someterían á la aprobación del Senado ni del pueblo (2). Las hipocresías constitucionales á que tuvieron que apelar al principio del triunvirato, ya no parecían necesarias después de Filipos, y el poder personal podía violentar más francamente á las tradiciones republicanas. Antonio aún obtuvo de Octavio dos legiones más de las que había en Macedonia, y prometió cederle dos de las que tenía en Italia (3).

Muchos historiadores modernos han pretendido que Antonio prefirió Oriente á Italia por un necio deseo de fáciles voluptuosidades. Más bien me parece que su proyecto consistía en reorganizar esta porción del dominio romano, que él, como todos sus contemporáneos, sin excluir á César, consideraba como la mejor. En efecto, las provincias de Europa eran pobres, poco pobladas y semibárbaras, en comparación de este Oriente tan vasto, tan lleno de riquezas y tan altamente civilizado, donde estaban las grandes ciudades industriales, los grandes caminos comerciales, los más importantes centros de estudio y las tierras mejor cultivadas. La misma Italia pasaba por una crisis económica y política tan grave, tan larga y tan complicada, que la mayoría de la gente desconfiaba de ver restablecerse nunca

(1) Appiano, *B. C.*, V, 3; Dión, XLVIII, 12.

(2) Como puede verse en Appiano, *B. C.*, V, 12 y Dión, XLVIII, 11-12. Véase Ganter, *Die Provinzial-verwaltung der Triumvirn*, Estrasburgo, 1892, pág. 2.

(3) Dión, XLVIII, 2; Appiano, *B. C.*, V, 3.

el orden y la paz. Si César había mirado hacia el lado del Rhin para extender la dominación romana, fué casi por casualidad y porque ningún otro pretexto de conquista se presentó al término de su consulado; pero también él hubiese considerado siempre á Oriente como la verdadera presa de Italia; y había muerto precisamente cuando organizaba una nueva expedición contra Persia. Además, los progresos del mercantilismo disponían naturalmente á los espíritus para exagerar la importancia de la riqueza en las cosas humanas, y, por consecuencia, á considerar los países más ricos como los mejores y más perfectos. ¿No habían corrido el riesgo de fracasar los triunviros en la guerra por su falta de dinero? ¿No había dicho César que para gobernar al mundo se necesitaban soldados y oro? Antonio, que era su fiel discípulo, deseaba ahora que disponía de un ejército, apoderarse ante todo de los más ricos países. Parece, pues, que en éste, como en los demás puntos de la convención de Filipos, Octavio tuvo que aceptar todas las condiciones que Antonio le impuso (1).

Así es que, hacia fines del año 42, Antonio partió para Grecia con ocho legiones, mientras que Octavio regresaba á Italia con tres legiones, precedido y seguido de la muchedumbre de veteranos licenciados que vol-

---

(1) Seeck, *Kaiser Augustus*, Leipzig, 1902, págs. 63 y sig., se ha dado exacta cuenta de este hecho. Que ciertos sucesos hiciesen ventajosas algunas cláusulas desfavorables del tratado de Filipos que Octavio tuvo que aceptar, es evidente, como demostraremos después; pero es pueril como hacen muchos historiadores el concluir que Octavio haya sabido prever y querer todo esto desde el primer instante.

vían á sus hogares. Pero encontraron á Italia en la más desastrosa situación. Desde el punto de vista económico, Italia parecía arruinada. Ya no había dinero en circulación, y esta carencia había aportado una especie de quiebra general. Exigiendo impuestos tan elevados cuando los metales preciosos resultaban tan raros, los triunviros habían arrojado al abismo de la quiebra á muchos propietarios, aunque les hubiesen concedido un tercio del dinero producido por la venta de sus bienes. Las propiedades se vendieron á tan bajo precio, que casi todos los dueños se quedaron desnudos (1). Así es que gran parte de las pequeñísimas propiedades que, á fuerza de trabajo, habían acabado por constituirse á mediados del siglo precedente al lado de los grandes patrimonios públicos y privados, quedaron nuevamente arruinados. Pero la situación moral aún era más espantosa. La nobleza había desaparecido; el partido popular ya no existía; el Senado estaba reducido á una obscura asamblea de aventureros; las magistraturas carecían de prestigio; las leyes no tenían fuerza. Ya no existía nada: ni clases, ni partidos, ni instituciones, ni tradiciones capaces de dirigir á la sociedad; era el desorden universal, la completa anarquía revolucionaria, con su inevitable consecuencia: las tiranías personales, formadas al azar, ejercidas por los más extraños medios. Italia había presenciado la más inaudita y monstruosa de esas tiranías: la de Fulvia. En el inmenso desorden, una mujer se había apoderado del poder; ella había nombrado á los magistrados, dirigido al Senado, hecho las leyes en una nación donde el Estado había revestido

---

(1) Dión, XLVII, 17.

siempre un carácter tan masculino. El gobierno de Fulvia represetaba por sí solo una inmensa subversión de las tradiciones romanas. Pero no era esto sólo. Destruídas las clases y las instituciones que habían sostenido principalmente la tradición, las corrientes revolucionarias lo invadieron todo: el derecho privado como la familia, la educación como la literatura. El sentido de la dignidad de clase se perdió de tal modo, que este mismo año se vió á ciudadanos pertenecientes al orden ecuestre gladiar en los circos contra las fieras (1). En medio de este espantoso desorden iba á aprobarse al año siguiente una de las leyes más importantes para la organización económica de la familia latina; la *lex Falcidia* (2). Esta ley, que había de ser la base secular del derecho hereditario, limitaba definitivamente la libertad entera de que los testadores habían gozado en el antiguo derecho; pues les obligaba á dejar un cuarto del patrimonio á sus herederos, concediéndoles la facultad de disponer solamente de las tres cuartas partes para legarlos á voluntad. Cierto que Fulvia era una excepción; pero mucha gente encontraba un espíritu ambicioso y autoritorio análogo al suyo entre sus mujeres é hijos. En toda la alta sociedad las mujeres recibían cultura literaria, y adquirían hábitos de libertad y de placer cada vez mayores. En lugar de permanecer en sus hogares para criar á los hijos y vigilar á sus criados, eran aficionadas á salir, á gozar de los espectáculos, á hacerse admirar, mientras que los hombres enervados por el vicio, por los estudios y por extrañas ideas filosóficas, solian

(1) Dión, XLVIII, 33.
(2) Idem, XLVIII, 33; Gayo, *Inst.*, II, 27.

convertirse en sus esclavos ó en sus víctimas. La autoridad se había aflojado en la familia como en el Estado: el *pater familias*, que fué antaño un déspota, se resignaba ahora á compartir su poder con la mujer, como ocurre en las civilizaciones intelectuales, refinadas y voluptuosas en que el hombre se deja arrancar el palo de la mano, ese eficaz instrumento de la dominación masculina. Como en la familia y en el Estado, observábase en la literatura la lucha entre las ideas antiguas y las nuevas. La pasión del estudio, tan difundida ya entre las altas y medias clases de la generación precedente, aun se difundía más entre la nueva generación. Cicerón había fundado verdaderamente en Italia la dinastía de los hombres de pluma; el talento literario se convertía en una fuerza social cada vez mayor, á medida que la aristocracia desaparecía y que el poder y la riqueza caían en manos de las obscuras familias. En medio de la crisis universal de los oficios y de las propiedades, la enseñanza, que era entonces una empresa privada, realizaba excelentes negocios. Los estudiantes eran cada día más numerosos en casa de los maestros y en las escuelas. Los hijos de los propietarios bien acomodados de las pequeñas ciudades se codeaban en ellas con los hijos, los libertos ó los esclavos de los caballeros que habían granjeado en la agricultura ó en el comercio un modesto pasar en tiempos de César. Roma estaba llena de poetas que leían sus poesías al público, hasta en los baños (1). En esta época estudiaba el hijo de un rico señor de Padua, Tito Livio, que tenía diecisiete años;

(1) Horacio, *Sat.*, I, IV, 73 y sig.

entonces también empezaban á estudiar los numerosos *poetæ minores* de la época de Augusto y todos los libertos que bajo su gobierno veremos enseñar retórica y gramática. Así se formó de hombres libres, de esclavos y de libertos, una clase media de «intelectuales», como hoy diríamos, que iba á disputar muy pronto el campo de las profesiones intelectuales á los retóricos y á los filósofos de Oriente, pero para superar el triunfo de la cultura de sus rivales sobre la cultura nacional. La caída de la aristocracia, la victoria del partido revolucionario en Filipos, tuvo repercusión hasta en el mundo de las letras. La antigua literatura clásica romana era despreciada y descuidada; el helenismo triunfaba en todas partes. En torno de Asinio Polión, que gobernaba la Galia cisalpina y que, joven, culto, riquísimo, componía él mismo las *carmina nova* (1), es decir, poesías en nuevo estilo, se formaba un grupo de jóvenes poetas helenizantes, enemigos declarados de los imitadores de Ennio, y apasionados de las más audaces innovaciones helénicas. Entre estos jóvenes poetas figuraba Virgilio, que tenía entonces veintiocho años y que, estimulado por Asinio, meditaba una obra más original que las breves composiciones poéticas en que se había ejercitado hasta entonces. Iba á escribir églogas en exámetros, á imitación de Teócrito, pero para disfrazar con sus pastores de Sicilia á los hombres de su tiempo; para hacer en escenas bucólicas alusiones á los sucesos contemporáneos, y para intercalar en los paisajes tradicionales de la bucólica griega otras descripciones del dulce pai-

(1) Virgilio, *Buc.*, III, 86.

saje del valle del Po, cuyo encanto tan profundamente sentía este hijo de campesino, criado en las márgenes del Mincio. Hacia fines del año 42, trabajaba ya en la segunda égloga—la primera que compuso—en la que canta los amores del pastor Coridón por el bello Alejo, vistiendo así en versos bucólicos (si hemos de creer á los antiguos), su admiración por un joven esclavo que le regaló Asinio Polión; y en la tercera, donde, imitando el cuarto idilio de Teócrito, pone en escena á dos pastores que comienzan querellándose y, habiéndose desafiado á un combate poético, lanzan versos llenos de invectivas contra los poetas de la antigua escuela latina y celebran á Polión como un poeta que sabe cultivar el nuevo estilo. Las polémicas literarias contemporáneas se insinuaban así en los cantos de los pastores de Arcadia. Por la misma época el espíritu férvido y bilioso de Salustio se ejercitaba en arruinar otra antigüedad secular, la de los Anales. Salustio había rehecho su fortuna durante la guerra civil de César, robando mucho en Numidia; á su vuelta había podido desplegar gran lujo, construir *villas* y palacios y gozar de una fortuna é influencia que la amistad de César parecía que iba á hacer eterna. Pero los idus de Marzo llegaron para subvertirlo todo. Después de esta catástrofe, Salustio huyó precipitadamente de la vida política que se había hecho demasiado peligrosa para un hombre tan rico como él. Pero no se reconcilió con los conservadores, y, habiendo hecho desaparecer la batalla de Filipos todo peligro de una restauración conservadora, había tomado la pluma para derramar sus rencores, y se había puesto á componer una serie de historias en las que quería exponer la vergüenza y las faltas del partido conservador.

La primera, en la que ahora trabajaba con ayuda de un liberto griego de nombre Ateyo, retórico y gramático de profesión (1), era una historia paradójica de la conjuración de Catalina. Para replicar audazmente á los conservadores, que no cesaban de acusar á los hombres del partido popular de haber sido los cómplices del terrible criminal, aplicábase á demostrar que esta conjuración la había tramado la nobleza consagrada á Sila, por haberse empobrecido después de darse excesiva prisa en disipar el botín sangriento de la guerra civil. La conjuración, pues, era una vergüenza para el partido conservador, y la madre de un héroe de este partido, de un asesino de César y de Décimo Bruto, había tomado parte en ella. Salustio ponía demasiada pasión en esta obra para no embrollar y alterar los hechos; pero al mismo tiempo prestaba un gran servicio á la cultura latina renovando en la historia artística, psicológica y racional el escueto relato de los anales, que constituían desde siglos há la historia de Roma, historia tan árida y ridícula como esa pretendida historia crítica y científica á que ciertos pedantes aún quisieran reducirla hoy. Hasta Ático y Cornelio Nepote para narrar los grandes hechos de la historia de Roma, habían seguido el método secular y habían comunicado los hechos secamente, año por año, como si los personajes de la historia solo fuesen sombras, y los acontecimientos un mero motivo de monótonas enumeraciones. Al contrario, Salustio, á imitación de los griegos y sobre todo de Tucídides, escribió una historia psicológica y artística, en que se

(1) Suetonio, III, Gr., 17.

analizan las pasiones de los hombres, en que los personajes se ponen de relieve de una manera vigorosa, y en que los sucesos referidos en orden racional son objeto de consideraciones filosóficas y morales.

Pero tan grandes contrastes en las ideas y en la política, juntos á la inquietud de los propietarios que temían verse despojados de sus bienes, no podían por menos de producir en toda Italia un gran malestar, y en todas partes odios y rencores. Cuando hacia fines del año 42 se supo que Octavio, mientras volvía á Italia, había caído gravemente enfermo hasta el punto de encontrarse en peligro de muerte (1), mucha gente deseó que feneciese. Sabíase desde luego que sólo volvía á Italia para cometer nuevas maldades á expensas de los ricos y de las personas de bien. Pero el joven triunviro no murió; y á comienzos de la primavera del año 44, volvió á Roma casi restablecido, creyendo comenzar en seguida la distribución de tierras entre los veteranos. Pero una imprevista dificultad le aguardaba. Fulvia, que había gobernado á Italia durante la guerra, ni siquiera pensaba entregar el poder á su joven yerno. La batalla de Filipos, haciendo de Antonio el árbitro de la situación, había aumentado la influencia y las ambiciones de toda su familia: su hermano Lucio era este año cónsul con Publio Servilio; Lucio y Fulvia pensaban gobernar á Roma é Italia, como hermano y esposa del vencedor de Filipos, en lugar del joven desacreditado y enfermizo. Y en efecto, Octavio, que se encontraba débil por su reciente enfermedad y preocu-

(1) Plutarco, *Ant.*, 23; Dión, XLVIII, 3; Appiano, *B. C.*, V, 12.

pado por su pesada misión del reparto de tierras, se mostró al principio conciliador. Dió orden á Salvidieno de que se dirigiese á España, á la provincia de Lépido, con sus legiones; pero no habiendo logrado que Lépido le cediese sus tres legiones, se resignó á prescindir de ellas por el momento. Presentó las cartas de Antonio y obtuvo de Caleno la promesa de cederle las dos legiones (1); pero no insistió al ver que tardaba en cumplir esta promesa. Luego, sin dar ningún pretexto de inquietud á Lucio ni á Fulvia, comenzó las operaciones del reparto de tierras, nombrando por toda Italia comisarios encargados de distribuirlas y reclutando agrimensores. Sin embargo, era demasiado inteligente y también demasiado ambicioso para dejarse gobernar por Fulvia y para no hacer valer sus derechos de triunviro. No tardaron, pues, en surgir los disgustos, y Lucio se puso á acusarle de violar sus derechos de cónsul (2). Pero Octavio, que aún teniendo numerosos motivos de agravio (3), quería distribuir sin retraso las tierras, soportó con paciencia esta nueva vejación. Pronto en muchas ciudades de Italia—entre las cuales podemos citar con certeza á Ancona, Aquino, Benevento, Bolonia, Capua, Cremona, Fermo, Florencia, Lucca, Pésaro, Rímini, y Venusa—llegaron los comi-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 12. Sin embargo, Appiano se engaña al decir que las legiones fueron restituídas, y Dión, XLVIII, 5, tiene razón en decir lo contrario.

(2) Las cláusulas particulares del acuerdo de Teanón nos demuestran que esta acusación se dirigió contra Octavio. Véase Appiano, *B. C.*, V, 20: τοὺς μὲν ὑπάτους τὰ πάτρια διοικεῖν, μὴ κωλυομένους ὑπό τῶν τριῶν ἀνδρῶν.

(3) Dión, XLVIII, 5.

sarios encargados de escoger las tierras para los veteranos, de llenar las listas de propietarios, de repartir entre ellos la contribución que, probablemente, era proporcionada á la riqueza, que no consistía solamente en tierras, pero también en rebaños, en esclavos y en instrumentos agrícolas; de determinar, en fin, para cada expropiación las indemnizaciones que desde luego no se pagarían (1); y de repartir con ayuda de los agrimensores las tierras, así como los esclavos y rebaños. En la primavera comenzó la gran expropiación. Las familias acomodadas, como la de Albio Tíbulo y la de Propercio en Umbría, perdían gran parte de su patrimonio; los pequeños propietarios que poseían un terreno más pequeño que la parte concedida al último de los veteranos, lo perdían todo; la clase de los propietarios, esa burguesía holgada de Italia, que tan platónicamente había favorecido al partido de los conjurados, tenía que ceder á los veteranos parte de las tierras donde tan penosamente habían plantado viñas y olivares durante los últimos años, adquiriendo el dinero con grandes intereses usurarios; tuvo que compartir con estos soldados que volvían de Filipos los rebaños cuyas razas habían mejorado, los esclavos que había adquirido á tan altos precios y que tan penosamente había educado para los trabajos. Los veteranos ya no querían como los soldados tierras incultas que roturar, sino campos que el trabajo ajeno hubiese hecho productivos, y provistos de instrumentos, de rebaños y de esclavos. Y en estas propiedades querían

(1) Un pasaje de Appiano, *B. C.*, V. 12, nos revela que se fijaron las indemnizaciones. Pero no se pagaron.

acabar tranquilamente sus días como buenos rentistas, miembros de un Senado municipal (1).

Pero en Italia estalló una temible agitación cuando comenzó á hacerse este trabajo de reparto. En los primeros meses del año 41, las ciudades amenazadas enviaron diputaciones á Roma para intrigar, suplicar y protestar, sobre todo contra el caso de que esta expoliación sólo recayese sobre dieciocho ciudades de Italia. Si ésta tenía que soportar necesariamente la expoliación, ¿no era justo que todos los ciudadanos recibiesen parte en ella (2)? Octavio que era joven, desacreditado y enfermo, no podía por menos de inquietarse con la agitación, las quejas y las intrigas. Pero surgió otra dificultad mucho más grave é inesperada. Fulvia y Lucio, irritados viendo al joven menos dócil de lo que hubiesen deseado, se pusieron de acuerdo para atajar con diversos pretextos el reparto que hacía de tierras. Comenzaron diciendo que era necesario esperar que Antonio hubiese vuelto de Asia; luego pretendieron que si el reparto se hacía inmediatamente, los veteranos de César que en Filipos combatieron á las órdenes de Antonio, tenían que ser conducidos á sus colonias por el mismo Antonio ó por sus representantes, para que su agradecimiento recayese en Antonio y no en Octavio (3). Éste mostró el texto del tratado suscripto en Filipos; pero Fulvia y

(1) Dión, XLVIII, 6: μετά τε τῆς δουλείας, καὶ μετά τῆς ἄλλης κατασκευῆς τοὺς δεσπότας ὁ Καῖσαρ ἀφῃρεῖτο. Véase Virgilio, *Buc.*, I, 70.

Impins haec tam culta novalia miles habebit.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 12.

(3) Idem, *B. C.*, V, 14; Dión, XLVIII, 5 y 6.

Lucio no cedieron. Hasta parece que Fulvia hizo tanto con sus manejos é intrigas cerca de los veteranos presentes en Roma, que Octavio acabó por ceder (1). Encargó á Asinio Polión que dirigiese las comisiones que operaban en la Galia cisalpina (2), y colocó en las otras comisiones á diferentes amigos de Antonio, tales como Planco, que fué designado para la comisión de Benevento (3). Pero las dificultades seguían creciendo para Octavio, aun sin contar las malevolencias de sus enemigos. Los veteranos, á quienes la conciencia de su poder hacía insolentes, se apoderaron de tierras que no les pertenecían (4). Entre las clases acomodadas se avivó la admiración por Bruto y Casio, el odio por el despótico triunvirato y el deseo por las libres instituciones, con la cólera que causaba la pérdida de los bienes y las indemnizaciones sin pagar. Viéndose despojados de todo, muchos pequeños propietarios tomaban las armas y apelaban á la violencia y á la muerte (5); unos iban á alistarse en el ejército de Sexto Pompeyo (6); otros se entregaban al bandidaje; otros metían en un carro á sus hijos y penates, y se dirigían á Roma en la esperanza de encontrar allí alguna manera de vivir. Roma, donde ya se estrujaban los veteranos que esperaban ser conducidos á las colonias, se vió pronto invadida por las bandas famélicas de sus víctimas, que se

(1) Appiano, *B. C.*, V, 14.

(2) Servio, *ad Virg. Buc.*, II, 1.

(3) *C. I. L.*, X, 6087. Sólo es una suposición que fuese designado para esta misión á instancias de Lucio y de Fulvia.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 13.

(5) Dión, XLVIII, 8.

(6) Appiano, *B. C.*, V, 25.

refugiaban gimiendo en los templos (1). Lo peor de todo era la falta de dinero. Antonio no enviaba nada (2); y, sin embargo, Octavio tenía que pagar á los veteranos las sumas prometidas; entregar á los soldados más pobres algo de dinero contante; proveerles de esclavos é instrumentos cuando las confiscaciones no fuesen suficientes; en fin, los propietarios expropiados no cesaban de reclamarle las indemnizaciones. Y recomenzó á vender los bienes de los proscriptos y los de los ricos que habían sucumbido en Filipos, los de Lúculo y los de Hortensio. Así pudo obtener algún dinero (3); pues muchos veteranos y oficiales, lo mismo del ejército de los triunviros que del ejército de Bruto y Casio, habían vuelto de Filipos con excelentes ahorros que empleaban gustosos comprando bienes á vil precio. Además, Octavio fijó un impuesto á las ciudades exentas de la confiscación de las tierras. ¡Pero necesitaba cantidades mucho mayores! Para colmo de desdicha, en la primavera Sexto Pompeyo se puso á desencadenar el hambre sobre Roma, dando caza á los barcos que conducían trigo, mientras que Domicio seguía siendo dueño del Adriático. Todos los conjurados supervivientes, los restos de la flota y del ejército de Bruto y de Casio, Estayo Murco, Casio Parmense, Clodio, se incorporaron á Sexto ó á Domicio; y así Sexto se hizo más fuerte y atrevido (4).

(1) Appiano *B. C.*, V, 12.

(2) Idem, *B. C.*, V, 13; V, 15.

(3) Idem, *B. C.*, V, 12. Sin embargo, se ve en Dión, XLVIII, 7 y en Appiano, *B. C.*, V, 72, que este mismo año y cuando la paz de Micenas, muchos bienes confiscados aun no habían podido venderse.

(4) Veleyo, 2, 72; Dión, XLVIII, 7 y 9; Appiano, *B. C.*, V, 2 y 25.

En tan grave compromiso, Octavio tenía que ser conciliador y moderado. Desgraciadamente, la moderación irrita á los violentos aún más que una actitud provocadora. En vez de cesar en sus provocaciones, Lucio y Fulvia no hicieron más que aumentarlas; no solamente no le entregaron las dos legiones prometidas, sino que Caleno y Asinio Polión, instigados por la terrible hembra, á la que no sabían resistir, se negaron á dejar partir las seis legiones que el triunviro quería enviar á España á las órdenes de Salvidieno (1). En fin, Lucio maquinó contra él una estratagema de superior audacia: procuró sacar partido del odio que los propietarios sentían contra Octavio, sin descontentar por eso á los veteranos; y sostuvo en muchos discursos que ya no era necesario proceder á nuevas confiscaciones, pues aún se disponía de una cantidad de bienes de los proscriptos con los que se podría contentar á los veteranos (2). La aversión general que inspiraba Octavio, el miedo de las confiscaciones y el gran descontento hacía crédula á la gente; por todas partes se dijo que Lucio Antonio tenía razón, que Octavio continuaba las confiscaciones, porque sólo pensaba en granjearse la amistad de los soldados enriqueciéndolos (3). Los discursos que pronunciaba Lucio sólo eran en su pensamiento ardides para desorientar y perturbar á su adversario, pero los efectos que producían iban mucho más lejos de lo que él se imaginaba. La burguesía bien acomodada creyó que Lu-

(1) Esto es lo que nos revela la convención de Teanón; Appiano, *B. C.*, V, 20. Véase Dión, XLVIII, 10.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 19: Dión, XLVIII, 7.

(3) Dión, XLVIII, 7.

cio estaba de acuerdo con Marco Antonio para desaprobar á Octavio; lo que aún quedaba del partido conservador no tardó en sentir por Lucio una benevolencia inesperada y casi increíble; los propietarios amenazados, creyéronse protegidos por el cónsul, recobraron valor y quisieron defenderse á mano armada. Las luchas se multiplicaron: las hubo en el campo, en los pueblos (1), hasta en Roma, donde gran número de bandidos expulsados de todas partes robaban y asesiñaban; la miseria y el hambre crecían de tal manera, que gran número de artesanos, libertos ó extranjeros ya no encontraban trabajo ni se sentían en seguridad, y sufriendo la carestía de los víveres, cerraban su tienda y se iban á la aventura á otras ciudades (2). Muchas personas del partido de Antonio, y al principio la misma Fulvia, se asustaron viendo tal agitación y tuvieron miedo de perder á los veteranos (3), pero Lucio se encontró arrastrado por el movimiento que él mismo había suscitado, y engañado él también por las apariencias de la agitación, fué más lejos, ofreciéndose claramente como defensor de los propietarios despojados. Así resultaba el hombre más popular de Italia, excepto para los veteranos. Lucio sostenía ahora francamente que las tierras sólo debían de darse á aquellos veteranos de César que, tras

---

(1) Dión, XLVIII, 8-9.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 18.

(3) Idem, *B. C.*, V, 19.—Es este un hecho importante, pues demuestra que no fué Lucio, como pretenden ciertos historiadores, un instrumento de Fulvia; sino que obró por su cuenta y por motivos personales uniéndose después á Fulvia cuando ésta, por otros motivos, tuvo que hacer oposición á Octavio.

los idus de Marzo, se habían alistado otra vez y habían combatido en Filipos; cuanto á los que habían continuado en sus casas, no debían recibir nada (1). La agitación que en toda Italia suscitó Lucio con estas declaraciones fué tan grande, que, aterrado Octavio, se esforzó en calmar al público exasperado por algunas concesiones. Renovó la ley de César que dispensaba de pagar por un año los alquileres inferiores á dos mil sestercios en Roma y á quinientos en las otras ciudades de Italia; decidió que, en los repartos de tierra entre los veteranos, no se tocaría á las propiedades de los senadores, á los bienes dados en dote, á los terrenos cuya extensión se había asignado á otros veteranos; así procuró salvar á los pequeños propietarios de la ruína completa á que estaban amenazados (2). Estas concesiones consolaron algo á las clases medias; y, en medio de la espantosa confusión, una voz dulce y armoniosa entonó un canto de agradecimiento, que había de resonar por los siglos. Virgilio, que era un pequeño propietario, osó por primera vez en la poesía bucólica tratar lo que hoy llamaríamos un motivo de actualidad: en la primera égloga expresó su agradecimiento y el de los pequeños propietarios italianos por el joven triunviro á quien todavía no conocía, agregando un poco de ese énfasis semireligioso que, desde la apoteósis de César, aspiraba á difundirse desde los muertos hasta los vivos, desde el fundador que había sido muerto hasta los nuevos jefes del partido popular victorioso:

(1) También demuestran esto las cláusulas de la convención de Teanón: Appiano, *B. C.*, V, 20.

(2) Dión, XLVIII, 8-9.

O Melibœe, deus nobis hæc otia fecit:
Namque erit ille mihi semper deus: illius aram
Sæpe tener nostris ab ovilibus imbuet agnus (1).

Y terminaba con una dulce descripción de la paz de la tarde en el campo:

Et jam summa procul villarum culmina fumant
Majoresque cadunt altis de montibus umbræ.

Mas para Octavio era un consuelo muy débil el culto de los pastores de Virgilio al lado del descontento que estas concesiones hicieron nacer entre los veteranos presentes en Roma. Éstos, que tampoco sentían mucho respeto por él, se deshicieron en injurias, celebraron manifestaciones insolentes y llegaron hasta matar á los oficiales que osaron reprenderles (2). Para calmar también á los soldados, Octavio, que no se había atrevido á castigar á los asesinos de los oficiales, parece haber prometido aumentar el número de las ciudades en cuyo territorio se fundarían las colonias; además, dispuso que no se podría despojar de sus campos á los parientes de los veteranos (3); y para pagar lo más pronto

(1) Shaper piensa que los versos 7 y 8 se añadieron después del año 30 antes de Cristo, cuando se introdujo en el Estado el principio de un culto de Augusto. Pero esta hipótesis es inútil: al contrario, esos versos, si se escribieron en aquella época nos ayudan á comprender las corrientes revolucionarias de los sentimientos nuevos que se apoderaban del público y de la literatura, y de los que nació la idea de la apoteósis de César.

(2) Los sucesos referidos por Appiano, V, 15-17, se nos explican en el relato más breve de Dión, XLVIII, 9. Véase también Suetonio, *Aug.*, XIII: *neque veteranorum neque possessorum gratiam tenuit.*

(3) Dión, XLVIII, 9.

posible á los veteranos tomó prestadas, como él decía, pero en realidad se apropió sencillamente, las sumas depositadas en los templos de Italia como tesoros sagrados (1).

Así, al principio del año 41, Octavio parecía encontrarse en un callejón sin salida. No podía evitar un peligro sin incurrir en otro. Tenía que satisfacer los fieros apetitos de los veteranos implacables, irritando profundamente á las clases holgadas, ó provocando la cólera de los veteranos sin atraerse ninguna simpatía si procuraba dar una semisatisfacción á los unos y á los otros. Entre tanto, Antonio había conducido el ejército á Grècia y permanecido allí hasta principios de la primavera; luego, pensando que no necesitaba de importantes fuerzas militares para su misión, nombró á Lucio Marcio Censorino gobernador de Grecia y de Macedonia (2), y se fué á Oriente; pero no sólo para perder el tiempo en un desenfrenado libertinaje, como pretenden muchos historiadores modernos, que siguen harto ciegamente los superficiales relatos de los antiguos. Apenas llegado á Bitinia, se vió asediado por un número infinito de diputaciones enviadas por las ciudades y por todos los estados de Oriente, que acudían para justificar ó para demandar la recompensa de su fidelidad, ó para quejarse de algún entuerto que se les había hecho. Antonio tuvo que penetrar en la selva sombría de las intrigas dinásticas, de las rivalidades municipales y de las

(1) Appiano, *B. C.*, V, 13.

(2) Plutarco, *Ant.*, 23-24. Censorino no sólo era gobernador de Grecia, como dice Plutarco, sino también de Macèdonia. Véase, *C. I. L.*, I, pág. 461.

banderías políticas de Oriente; favoreciendo á unos y persiguiendo á otros para crearse un partido político, para restablecer el orden y para sacar dinero á todo el mundo (1). Pero en esta política oriental que fatigaba á Roma durante dos siglos no imitó ni el autoritarismo metódico y expeditivo de los primeros procónsules y embajadores enviados á las Cortes de Asia, ni la precisión de mirada y la energía de Sila, ni la actividad y la audacia de Lúculo, ni la dignidad completamente exterior de Pompeyo, ni tampoco la habilidad, la seguridad y la celeridad de César. Tras la victoria definitiva de Filipos, el antiguo lugarteniente de César volvía—exagerándola más—á su antigua naturaleza desigual, primitiva y voluptuosa de hombre inteligente, pero de poca voluntad, que comprendía pronto las cosas y en seguida adoptaba un partido, pero que caía también en las exageraciones, que se olvidaba y equivocaba fácilmente. En Oriente, pues, Antonio se lanzó en los placeres y empresas, haciendo y deshaciendo todo apresuradamente, dejándose engañar por numerosos intrigantes, hombres y mujeres, mezclando los favores personales á los actos políticos, y subordinando frecuentemente el interés político á los caprichos de su extraño temperamento. No solo existe una disciplina del poder para el que obedece, sino también para el que manda, que consiste sobre todo en la obligación de abstenerse de realizar ciertos actos, inocentes en sí mismos, pero que disminuyen el prestigio del que ha de mandar á los otros. Los antiguos romanos la conocían bien; pero éste aristócrata generoso, amante del placer y que

(1) Plutarco, *Ant.*, 24.

siempre había vivido entre revoluciones, no tardó en descuidar esa disciplina ahora que se había convertido, como Alejandro, en árbitro supremo de Oriente. No procuró inculcar respeto á su alrededor, ni en recompensar la obediencia, ni en reprimir la insubordinación; no quiso rodearse de servidores obedientes y dóciles, sino de alegres compañeros, á los que gustaba excitar en sus bromas, permitiéndoles todo género de libertades con él, como si fuesen sus iguales. Los orienles, que no habían visto cónsul tan tolerante, no tardaron en aprovecharse, y una muchedumbre de intrigantes y de aventureros indígenas se insinuaba cerca de él y se captaba sus buenas gracias (1). No obstante, aún en medio de este desorden, Antonio adoptó ciertas decisiones importantes. Persuadido por Herodes, hijo de Antípatro, primer ministro de Hircanio etnarca de Palestina, ayudado con una buena cantidad de dinero, ordenó á Tiro que restituyese las regiones conquistadas (2); Antonio también dió órdenes para concentrar una flota de doscientos navíos; se dirigió á Efeso, donde impuso á la provincia de Asia un tributo de diez años que había de pagar en dos; perdonó á algunos ilustres fugitivos que se habían refugiado en Asia después de Filipos, como el hermano de Casio; pero condenó á muerte á todos los conjurados detenidos; todavía precisó algunos puntos de la política oriental (3). Luego, acompañado de un grupo de bufones, de bailarinas y de músicos que pagaba espléndidamente, em-

(1) Plutarco, *Ant.*, XXIV.

(2) Jos., *A. J.*, XIV, 12.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 4-5.

prendió un viaje al través de Frigia, de la Galicia oriental, de Capadocia, tomando parte en fiestas y festines, buscando dinero en todas partes, retocando la carta política de Oriente (1), tomando á los soberanos sus mujeres y concubinas cuando eran bellas (2). Pero recogía más homenajes que dinero. En efecto; Bruto y Casio habían recibido ya gran parte de los capitales acumulados, que estaban ahora en poder de los soldados, ó en las cajas de los cuestores, en los bagajes de las tropas ó en las casas de los soldados licenciados, ó se habían llevado á las suyas los caballeros tracios, macedonios y galos cuando los licenciaron (3). En este punto tan importante fracasó su empresa. Llegado, en fin, á Tarso, le ocurrió una de las aventuras más importantes, pero también más obscuras de su vida: se encontró con Cleopatra. Los historiadores de la antigüedad, que sólo han hecho de la historia de los doce últimos años de Antonio una novela de amor, han narrado de una manera dramática este encuentro. El triunviro que tenía entonces cuarenta años, envió á la reina de Egipto la orden de venir á Tarso para disculparse de la acusación de haber favorecido á Casio; y habiendo comparecido la terrible mujer ante el vencedor de Filipos, le sedujo y le hizo perder la cabeza. Pero desde luego no es muy seguro que Antonio ordenase á Cleopatra que fuese á Tarso para disculparse; y también sería posible que

(1) Appiano, *B. C.*, V, 7.

(2) Plutarco, *Ant.*, 24.

(3) Desmuestra que los tributos impuestos á Oriente dieron poco dinero, no sólo las anécdotas que refiere Plutarco, *Ant.*, 24, pero también el que Antonio, como luego veremos, carecía de dinero al suscribirse el tratado de Bríndisi.

Cleopatra se dirigiese en busca de Antonio espontáneamente ó aconsejada por los amigos del triunviro (1). Sea de ello lo que quiera, es indudable que fué en su busca á Tarso, rodeada de una pompa que ha inspirado á los historiadores de la antigüedad las más bellas descripciones, y que no sólo fué perdonada, sino que aún obtuvo de Antonio la promesa de ayudarla á consolidar su poder en Egipto, que los últimos sucesos habían quebrantado un poco, y con mucha insistencia, que iría á pasar el invierno á Alejandría (2).

Entre tantos negocios, proyectos y placeres no es sorpredente que Antonio prestase poca atención á las noticias que llegaban de Italia. Sin duda la situación le parecía de lejos menos grave de lo que era en realidad. Dirigióse, pues, á Siria, donde en poco tiempo y sin gran trabajo destruyó á los principillos usurpadores y recibió la sumisión de las pequeñas guarniciones que Casio dejó allí. Pero en vez de facilitar esta indeferencia de Antonio la solución del conflicto entre Fulvia, su hermano y Octavio, lo hizo estallar con más violencia. Cuando Fulvia advirtió que su marido olvidaba á Italia; que pasaba el tiempo en fiestas y en compañía de reinas de Oriente, y que su viaje á este país duraba mucho más de lo que ella se había figurado, temió que amenguase su poder en Roma, y excitada por la ambición más que por los celos, sólo tuvo una idea: ponerse de acuerdo con Lucio y suscitar tan grandes desórdenes que Antonio se viese obligado á fijar su atención en

(1) Tal es la versión de Plutarco, *Ant.*, 25. Appiano, *B. C.*, V, 8, es de otra opinión.

(2) Appiano, *B. C.*, V; 9.

Italia (1). En una situación tan perturbada, el proyecto no era difícil de realizar para dos personas violentas y temerarias como Fulvia y Lucio, y con un adversario tan inseguro y tímido como Octavio. En efecto, á principios de verano, éste último propuso á Lucio por medio de algunas diputaciones de veteranos un acuerdo que se suscribió en Teanón, por el cual se comprometía á no distribuir tierras más que entre los soldados que hubiesen combatido en Filipos (2). Pero Lucio y Fulvia aún se mostraron más enojados (3); buscaron diferentes pretextos para no cumplir sus promesas (4); y, como si hubiesen de temer nuevas emboscadas en Roma, se marcharon á Preneste (5) con sus amigos; escribieron á Antonio que su prestigio estaba amenazado (6), y reanudaron el proyecto que hizo fracasar á Antonio en el 44: establecer el poder único de Marco Antonio y de su famila aplastando á Octavio en una guerra civil. Para lograr este objetivo, Fulvia y Lucio esperaban servirse de las once legiones de Antonio que estaban en el valle del Po y en la Galia al mando de Caleno, de Ventidio Baso y de Asinio Polión. Octavio sólo podía oponerles diez legiones, seis de las cuales estaban en España, á las órdenes de Salvidieno (7); y en circunstancias tan difíciles no podía obligar á Lépido

(1) Appiano, *B. C.*, V, 19.

(2) Idem, *B. C.*, V. 20, quizás alude á este acuerdo Dión, XLVIII, 10.

(3) Dión, XLVIII, 10.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 20-21.

(5) Dión, 48, 10: Appiano. *B. C.*, V, 21.

(6) Appiano, *B. C.*, V, 21.

(7) Idem, *B. C.*, V, 24.

para que le cediese sus tres legiones. Al contrario, se reconcilió con él prometiéndole que obtendría la provincir de África (1). Sin embargo, no es dudoso que Caleno, Ventidio y Asinio respondieron á las exhortaciones de Lucio y de Fulvia, recomendándoles prudencia (2). Toda esta agitación entorpeció la fundación de colonias y el reparto de tierras; los soldados que aún estaban bajo las armas, como los veteranos ya licenciados, deseaban la conservación de la paz entre ambos triunviros; sería, pues, imprudente, provocar una guerra civil en favor de los propietarios y en contra de los veteranos, ahora que la fuerza de su partido se sustentaba en las armas. Ciertos amigos de Antonio, tales como Balbacio, hasta se oponían á esa actitud (3). También Octavio, que deseaba la paz, pudo inducir fácilmente á los veteranos para que se interpusiesen. Dos antiguas legiones de Antonio, que habían recibido tierras en los alrededores de Ancona, enviaron una embajada á Octavio y á Lucio para manifestarles el común deseo de los

---

(1) En realidad, Dión, XLVIII, 20, coloca esta reconciliación con Lépido algo más tarde; pero me parece posible que las primeras gestiones comenzaron por entonces, y que Octavio, para obligarle á vigilar en Roma, le hizo entrever la posibilidad de esta restitución.

(2) No hay vestigios de estas gestiones ni de estos consejos en los historiadores, pero creo necesario suponerlos para explicar las reclutas que hizo Lucio y la protesta que organizó en las ciudades de Italia, ofreciéndose cada vez más como el defensor de los intereses de los conservadores. Si Lucio y Fulvia hubiesen estado seguros de ser ayudados por los generales de Antonio, no hubieran apelado á esos recursos temerarios sin otro objeto que determinar demasiados desórdenes y peligros para que los generales se viesen obligados á intervenir.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 31.

ejércitos de que no se alterase la paz. Octavio se declaró dispuesto á someter el conflicto al ejército mismo, añadiendo que era amigo de Marco Antonio; las diputaciones nombraron lo que hoy llamaríamos un jurado é invitaron á Octavio y á Lucio para que expusiesen sus razones, y escuchasen el juicio que dictase: el lugar designado fué el pueblo de Gabias, equidistante de Preneste y de Roma, que enterrado hoy entre campos de trigo, aún deja ver las ruínas de un templo. Los veteranos acudieron en tropel á Gabias el día fijado; se colocó en el foro las sillas de los jueces y otros dos asientos, uno para Octavio y otro para Lucio. Pero sólo Octavio acudió á la reunión (1).

Lucio no fué, y justificó su ausencia acusando á Octavio de haberle tendido emboscadas en el camino de Gabias (2). En realidad, ni Fulvia ni él se preocupaban ya de los generales de Antonio ni de los veteranos. Envalentonados por los pocos conservadores que aún quedaban en el Senado y en el orden ecuestre, alentados también por la actitud favorable de las ciudades de Italia, Lucio y Fulvia se creyeron que vencerían fácilmente haciendo promesas á los soldados recalcitrantes, y decidieron esforzarse para quitar á Octavio sus provincias, suscitar una protesta general de las ciudades de Italia y reclutar un ejército de seis legiones con los jóvenes desocupados que eran tan numerosos entre los artesanos que habían huído de Roma y con los pequeños propietarios que lo habían perdido todo y ya no sabían qué hacer para vivir. El antiguo gobernador de África,

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 23; Dión, XLVIII, 12.

(2) Idem, *B. C.*, V, 23.

Sextio, fué incitado á organizar una protesta contra Fangón, el nuevo gobernador nombrado por Octavio, que era un antiguo centurión de César (1); á Bocco, rey de Mauritania, parece que le comprometieron á hacer una tentativa para apoderarse de las provincias españolas de Octavio (2); enviaron emisarios por toda Italia para reclutar las seis legiones y estimular los alistamientos, persuadir á los municipios para que entregasen á Lucio el dinero depositado en los templos, y preparar la protesta de los propietarios. Sabemos que, para la Campania, encargaron esta misión á aquel Tiberio Claudio Nerón que, luego de haber servido bajo César, propuso al Senado el 17 de Marzo del año 44, que le declarase tirano, y que se entendiese para terminar su trabajo con un tal Cayo Veleyo, propietario bien acomodado de la Campania, antiguo oficial y amigo de Pompeyo (3). Lucio y Fulvia esperaban que, cuando la protesta y la guerra civil hubiesen estallado en Italia, los generales de Antonio les ayudarían para aniquilar al común enemigo, aún sin haber recibido la orden de su distante jefe. Bien pronto los recuerdos de la guerra social se despertaron en todos los espíritus; la gente se preguntaba si iba á sublevarse Italia como en aquella otra épo-

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 26; Dión, XLVIII, 21.

(2) Idem, *B. C.*, V. 26; pero esto puede ser una calumnia ó al menos una exageración de los partidarios de Octavio.

(3) Velayo, II, 75 y 76: El pasaje es importante, pues nos deja entrever las secretas intrigas de este episodio, y nos demuestra que, en realidad, se intentó organizar una revuelta, *eorum qui perdiderunt agros*. Es muy posible que la Campania no fuese el único país donde se urdían tales intrigas, y si sabemos esto es sencillamente porque el historiador ha querido hablar de su abuelo.

ca, no ya para conquistar el derecho de ciudad, sino para defender el territorio contra la voracidad de los veteranos y restaurar la república de los antepasados. Las previsiones eran pesimistas; todos creían que este terrible episodio de la historia romana podía renovarse; el mismo Octavio lo temía mucho y no osaba reprimir con firmeza los evidentes preparativos de la revuelta y los manejos del cónsul. Limitábase á una débil defensa—repudiar á Clodia, hacer volver á Salvidieno, reclutar también soldados, incautarse del dinero que había en los templos de Italia (1), y de cuando en cuando lanzar contra Fulvia violentos epigramas. Nos queda uno, que parece auténtico y es muy ingenioso; pero de tan brutal obscenidad, que no es posible traducirlo (2). De manera que, hacia fines del verano, los agentes de Lucio y los de Otavio se disputaban en las ciudades á los jóvenes, á los veteranos y también los tesoros de los templos (3). En vano fué que después de Filipos se suprimiesen once legiones, puesto que se hacían nuevas reclutas; el mayor número de veteranos, aún entre los de Antonio, acudían para ponerse al servicio de Octavio (4); los propietarios despojados de sus bienes se ponían á las órdenes de Lucio, que tenía en su favor la mayoría de la población (5); nadie se preguntaba como habían de pagarse las tropas. Con frecuencia ocurrían

(1) Appiano, *B. C.*, V, 27; Dión, XLVIII, 13.

(2) Marcial, XI, 20. Sin embargo, Weichert y Drumann lo consideran como apócrifo; al contrario, Gardthausen, lo cree auténtico.

(3) Appiano, *B. C.*, V. 27.

(4) Véase Appiano, *B. C.*, V, 31.

(5) Appiano, *B. C.*, V, 27.

entre ambos partidos choques sangrientos (1). La situación se hizo pronto tan amenazadora, que los veteranos de muchas colonias enviaron embajadores á Antonio en Oriente, para pedirle que acudiese sin tardanza á restablecer la paz (2). Pero Octavio seguía dudando y hacía una última tentativa para llegar á un acuerdo enviando á Preneste una diputación de senadores y de caballeros (3). También ahora fracasó.

Sin embargo, animado por la incertidumbre en que se encontraban los generales de Antonio, Octavio se resolvió á obrar, y para hacer un escarmiento se volvió hacia una de las numerosas ciudades donde los emisarios del enemigo más intrigaban contra él (4). En este momento aparece por primera vez su joven amigo Agripa del que hasta entonces sólo se sabía que había acompañado á Octavio al partir de Apolònia, y que había figurado en el número de los acusadores de los conjurados. Tenía que ser pretor al año siguiente, y Octavio le dió el mando de un ejército. Llegado el otoño, Octavio dejó en Roma á Lépido, al mando de dos legiones é intentó tomar á Norcia por sorpresa. Pero no lo consiguió

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 27.

(2) Idem, *B. C.*, V, 52, dice que Antonio retuvo en Alejandría durante el verano á los embajadores de las colonias: τοὺς πρέσβεις... τοὺς ἀπὸ τῶν κληρουχιῶν. Ya no se trata en adelante de la cuestión del envío de esos embajadores. Es probable que los retuvo durante el invierno, pues llegaron al terminar la estación propia para navegar. Sin duda partieron á principios de otoño.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 28.—Dión, XLVIII, 11, coloca esta embajada antes del juicio de Gabias.

(4) Dión, XLVIII, 13. Supongo que fué esta razón la que hizo obrar á Octavio; pero la historia de esta guerra es obscurísima.

y se vió obligado á sitiarla. Como el sitio se prolongaba, se dirigió contra Sentinón, donde no obtuvo mejor resultado. Estos fracasos alentaron á Lucio, que quiso á su vez tomar la ofensiva y tentar un golpe de audacia, que probablemente sería la señal de la rebelión en toda Italia. Habiéndose entendido con sus partidarios, se arrojó con algunas tropas y de improviso sobre Roma, sin que Lépido, por debilidad ó por estar descontento de Octavio, intentase detenerle (1). Llegado al Foro pronunció un gran discurso declarando que era defensor de las ideas republicanas, tan gratas á las clases acomodadas; dijo que combatía por destruir el triunvirato, que ya no tenía razón de ser desde la derrota de Bruto y de Casio, y para restablecer la república; pretendía que su hermano Marco Antonio estaba dispuesto á deponer el poder y que se contentaría con ser nombrado cónsul. Luego hizo declarar á Octavio enemigo público (2). Pero al recibir la noticia de esta sorpresa, Octavio marchó con fuerzas respetables sobre Roma; y Lucio, que no hubiese podido resistir, salió y se incorporó á su ejército, que estaba concentrado no sabemos dónde (3). De esta manera extraña y confusa comenzó la guerra. Desgraciadamente, el relato de toda la guerra es tan incompleto y obscuro en los historiadores de la antigüedad, que no he logrado reconstruirlo de una manera comprensible. Sólo es posible darse cuenta de que en cierto momento Lucio Antonio se puso en campaña con sus legiones nuevamente reclutadas en la vía

---

(1) Appiano. *B. C.*, V, 30; Dión, XLVIII, 13.
(2) Idem, *B. C.*, V, 30; Dión, XLVIII, 13.
(3) Dión, XLVIII, 13.

Apia para ir al encuentro de Salvidieno que, seguido de Asinio y de Ventidio, volvía lentamente de la Galia; pero que Agripa, con hábiles maniobras, logró trastornar sus cálculos, obligando á Lucio á encerrarse hacia fines del otoño en Perusa, donde Octavio le sitió. Fulvia se quedó en Preneste, y desde allí daba prisa á Ventidio, á Asinio y á Caleno para que acudiesen con sus legiones en socorro de Lucio y procuraba apresurar la rebelión de las ciudades de Italia. Los dados estaban echados. Lucio y Fulvia podían creer que las ciudades de Italia iban á insurreccionarse, y que los generales de Antonio, no pudiendo dudar más, iban á acabar con Octavio.

Pero Italia no se movió, y los generales de Octavio no acudieron en su ayuda. En vano fué que Tiberio Claudio Nerón (1) incitase á los propietarios de la Campania para tomar las armas, y que intentase hasta sublevar á los esclavos; en vano, también, que Fulvia y los amigos de Antonio se esforzasen en la Campania y en otras regiones por cambiar en furor guerrero las protestas lacrimosas de los propietarios despojados y las platónicas aspiraciones republicanas de las clases acomodadas. Los tiempos habían cambiado desde la guerra social; el bienestar, la cultura, lo que se llama la civilización, al refinar las clases, también las habían hecho más muelles; ya no sabían manejar las armas; ocupábanse del comercio y de los estudios antes que de la guerra. Después de haberse lamentado largamente de las violencias que habían sufrido, prefirieron resignarse en el

(1) Suetonio, *Tib.*, 4: pretende que Tiberio Claudio Nerón estaba en Perusa, pero esto se encuentra desmentido por Veleyo, II, 75.

momento decisivo á arriesgar lo poco que les quedaba (1). Lucio Antonio continuó en las alturas de Perusa, en medio de la vasta nación tranquila, como campeón solitario de una causa que no encontraba soldados; la antorcha que había encendido allí arriba para dar á Italia la señal de la insurrección, ardió lentamente, se consumió, se extinguió sin que de colina en colina, de llanura en llanura, se encendiesen otros fuegos anunciando la rebelión. Agripa, á quien Octavio había concedido el alto mando de su ejército, pudo, durante los meses de Diciembre y de Enero, construir grandes trincheras alrededor de Perusa, encerrar la ciudad por todas partes, á pesar de las continuas y vigorosas salidas de Lucio; y tuvo tiempo de que el hambre se enseñorease dentro de los muros antes de que la temida protesta estallase á sus espaldas. La guerra de Perusa sólo fué una mezquina parodia de la guerra social. ¿Pero si Italia no se levantaba para socorrer al turbulento demagogo que se metamorfoseaba demasiado pronto en jefe de los conservadores, los generales de Antonio, que disponían de catorce legiones (las once antiguas y las tres nuevas de Planco), iban á dejar que aniquilase al hermano de su jefe un modesto ejército de siete legiones? Sin embargo, aunque la situación de Perusa, en Enero y Febrero, se hiciese cada vez más crítica, Caleno no abandonó la Galia; Asinio, Ventidio y

---

(1) Véase Jullián, *C. P.*, I, págs. 20-21: observa justamente que muchos historiadores no han reconocido la importancia de esta guerra; pero también me parece que la resistencia de Italia fué menos grande de lo que dice. En realidad, el país permaneció tranquilo; durante el sitio de Perusa ocurrieron muy pocos desórdenes.

Planco, se acercaron á Perusa, pero sin realizar ningún serio esfuerzo por libertar á Lucio (1). Encontrábanse en una situación muy semejante á la de Octavio é Hircio ante los muros de Módena cuando fueron para libertar á Décimo Bruto; estaban poco seguros de sus soldados, no sabían como se interpretaría esta guerra; no aprobaban la locura política de Lucio y de Fulvia, que, cuando el poder reposaba en la fidelidad de las legiones, se empeñaban en una guerra cuyo objeto consistía en retirar las recompensas á los veteranos. En tales condiciones, ni la misma Fulvia podía hacerles ir adelante: hubiérase necesitado para arrastrarles que el vencedor de Filipos enviase órdenes ó que viniese en persona á tomar el mando. Pero Antonio no envío órdenes ni acudió. Mientras su hermano y el ejército sufrían de hambre entre los muros de Perusa, Antonio fué aquel mismo invierno á Alejandría, después de haber depuesto sin dificultad á los principillos de Siria, y se divertía en el palacio real, tomaba parte en las fiestas y diversiones sin ostentar ya las insignias de cónsul, sino vestido á la griega, como un particular, huésped y amante de la reina de Egipto (2). El gran peligro también se desvaneció de una manera que nadie esperaba. En los primeros días de Marzo se rindió Lucio, que carecía ya de víveres; Octavio, que no quería irritar á Marco Antonio, le trató con benevolencia, le dejó libre, perdonó también á los soldados y les invitó á irse con él. Sin embargo, el miedo que había sentido y el peligro que había corrido le dejaron lleno de cólera; y los veteranos

(1) Appiano, *B. C.*, V, 33-35.
(2) Idem, *B. C.*, V, 11.

estaban furiosos de esta guerra que había contenido el reparto de las tierras. Para satisfacerlos, para aterrar á Italia y obligarla definitivamente á resignarse á las confiscaciones y á la dominación de los triunviros, condenó á muerte á los decuriones de Perusa y á parte de los senadores y caballeros que quedaron prisioneros. Entre ellos estaban Cayo Flavio, amigo de Bruto, y Clodio Bitínico. La ciudad sería saqueada por los soldados; pero no hubo tiempo para ello; un incendio, accidental á lo que parece, la destruyó antes (1).

Entre tanto—¡ironía de las cosas!—á últimos del año 41 ó principios del 40, el buen Virgilio componía su cuarta égloga «sobre la renovación del mundo», en honor de su amigo Polión que debía ser cónsul en el año 40, y al que, durante estos sucesos, le había nacido un hijo. En todas las épocas agitadas en que la cultura se difunde, se ve aumentar el deseo de conocer la realidad y al mismo tiempo las aspiraciones hacia el más allá mezcladas de esperanzas místicas. La moda se cifraba entonces en ciertas ideas místicas y académicas, que parecían concertar con algunas supersticiones etruscas conocidas de mucho antes en Roma, y con las tradiciones religiosas de los libros sibilinos, según las cuales, el mundo tenía que renovarse periódicamente. La «renovación del mundo», era un tema favorito en la conversación, y el arúspice Volcacio había visto el presagio en el cometa que apareció durante los juegos celebrados en honor de la Victoria de César, en el 44. Virgilio se aprovechó del nacimiento de este niño y

(1) Sobre las *aræ perusinæ*, episodio obscuro y terrible, véase Groebe; Ap. á Drumann, 2, págs. 474 y siguientes.

dēl consulado de Polión para poner en versos melodiosos estas vagas ideas filosóficas y religiosas, para predecir que con el consulado de Polión comenzaría una era de paz, de orden y de justicia, durante la cual viviría el niño. ¡Pero la realidad respondía á las profecías del poeta con las matanzas y el incendio de Perusa!

El fin de la aristocracia romana parecía deber implicar el fin de Italia y del imperio. En todo esto sólo había una fuerza organizada: las legiones ó, por mejor decir, las partidas de salteadores que por costumbre seguían llamándose legiones. Sus jefes, señores del mundo en apariencia, en puridad eran esclavos de los soldados. Bajo el régimen de la violencia y de la rapiña, todo se descomponía con aterradora rapidez: la riqueza pública y privada, las leyes, las tradiciones, las instituciones. Sólo la literatura progresaba. En este inmenso desorden formábanse algunos poetas y prosistas admirables. Pero los grandes poetas no eran suficientes para mantener unido y gobernar un imperio. Sólo un hombre empezaba á decirse que era preciso hacer algo para salir de esta situación desastrosa y para contener la disolución general. Era Antonio, á quien los historiadores antiguos acusan de no haber pensado después de Filipos más que en Cleopatra. Estudiaba los proyectos de la guerra de Persia trazados por César, de los que se apoderó la noche del 15 de Marzo, y, como César, decíase que sólo el conquistador de Persia dispondría á su regreso de bastante gloria y dinero para ser el árbitro de la situación.

FIN DEL TERCER VOLUMEN

APÉNDICES

A

Los sucesos de Roma del 15, 16 y 17 de Marzo del año 44 antes de Cristo.

Las fuentes históricas para los sucesos ocurridos en Roma entre la muerte de César y la primera sesión del Senado, celebrada tras la muerte del dictador, son las siguientes:

Appiano, *B. C.*, II, 119-152.

Nicolás de Damasco; Βίος Καίσαρος, 26-27.

Dión Casio, XLIV, 28-35.

Á estas fuentes principales hay que agregar otros informes dispersos en numerosas obras, y especialmente en las *Filípicas* y en las *Cartas* de Cicerón, en las vidas de César, de Cicerón, de Bruto y de Antonio, por Plutarco. Cicerón, *Fil.*, II, xxxv, 89, nos dice que la sesión del Senado en el templo de Tello, se celebró el 17 de Marzo, *Post diem tertium veni in aedem Telluris.* Los sucesos, pues, de que en ella se tratan tuvieron lugar durante los días 15, 16 y parte del 17. Pero los relatos que de ellos se han hecho son tan confusos y contradictorios, que este episodio de la historia antigua es, como ya se ha dicho, un verdadero laberinto. Veamos si es posible encontrar el hilo, y remontémonos al momento en que los conjurados hicieron barricada del Capitolio.

Examinemos el relato de Appiano. Entre la ocupación del Capitolio y la convocatoria de la sesión del Senado (cap. 120-121) Appiano sólo coloca una noche. Cuenta que, después de la ocupación del Capitolio:

a) Los conjurados convocaron en el foro una *concio* de hombres del pueblo que habían sobornado para hacer una manifestación en su favor, y el pretor Cinna pronunció un discurso contra César (capítulo 121);

b) Dolabela sobornó á una partida de veteranos, se presentó en el foro con las insignias de cónsul, habló violentamente contra César é invitó á los conjurados que descendiesen al foro (cap. 122);

c) Bruto y Casio bajaron, pues, del Capitolio, y Bruto dirigió desde el foro un discurso al pueblo (cap. 123);

d) Después de volver al Capitolio Bruto y Casio, recibieron la visita de sus más eminentes amigos de Roma, y enviaron una embajada para entrar en negociaciones con Lépido y Antonio (cap. 123);

e) Antonio y Lépido respondieron con una declaración que era un disimulo (cap 124);

f) Entonces Antonio (cap. 125) τὰς μὲν ἀρχὰς ἐκέλευσε νυκτοφυλακεῖν (es la primera alusión á la noche), y adoptó otras disposiciones para la noche; y esta misma noche (τῆς δ᾽αὐτῆς νυκτός) se apoderó del dinero y de los papeles de César. Al siguiente día se convocó el Senado: διάγραμμα νυκτὸς ἀνεγιγνώσκετο Ἀντωνίου τὴν Βουλὴν συγκαλοῦντος ἔτι πρὸ ἡμέρας ἐς τὸ τῆς Γῆς ἱερόν.

Es fácil advertir que, como entre el asesinato de César y la sesión del Senado hubo dos noches, la del 15 al 16 y la del 16 al 17, Appiano salta un día, y refiere las cosas como si todo hubiese ocurrido el 15 y 16, y como si el Senado se hubiese convocado en la mañana del 16. Me siento, pues, tentado á suponer que las cosas referidas en los capítulos 121-124, como ocurridas entre el asesinato de César y la tarde del 15, duraron más tiempo, ocupando los días 15 y 16. Esta hipótesis está confirmada por el hecho de que César fué muerto á hora avanzada de la mañana, y la fuga al Capitolio donde los conjurados tuvieron que fortificarse, y las urgentes disposiciones que tuvieron que adoptar, exigieron algún tiempo. Luego no es verosímil que pudiesen adoptar ninguna disposición antes de la tarde.

Uno de los hechos referidos por Appiano ocurrió seguramente por la tarde del 15: tal es la visita hecha á los conjurados por los miem-

bros más eminentes del partido conservador. No sólo Dión, el cual dice que los ciudadanos se dirigieron en busca de los conjurados por la tarde, ἀφ' ἑσπέρας, está de acuerdo en este punto con Appiano, pero también el testimonio directo de Cicerón que tomó parte en la reunión, confirma de una manera indubitable el relato de los historiadores. Cic., *A*. XIV, x, 1—: *Meministine me clamare, illo ipso primo Copitolino die senatum in Capitolium a prætoribus vocari?* Frase que alude sin duda á la reunión de que Cicerón nos da otros detalles en su carta *A*. XIV, xiv, 2: *Illum sermonem capitolinum mihi non placuisse, tu testis es. Quid ergo? Ista culpa Brutorum? Minime illorum quidem: sed aliorum brutorum, qui se cautos ac sapientes putant: quibus satis fuit lætari, non nullis etiam gratulari, nullis permanere.*

En la tarde del 15 se celebró, pues, una reunión de eminentes personajes del partido conservador en la que se examinó la situación. Los pasajes de Cicerón que acabamos de citar nos demuestran que la reunión fué numerosa en el Capitolio y que se discutió largamente. Ahora bien; no es verosímil que toda esa gente se reuniese así porque todos tuviesen idea de ir casi á la misma hora al Capitolio. Por otra parte; figurémonos á los conjurados que — no hay que olvidarlo — habían concebido el designio de hablar en el Senado y de hacerle decretar la restauración de la república inmediatamente después de la muerte de César, pero que no pudieron hacerlo por huir los senadores: ¿cuál debió ser uno de sus primeros pensamientos apenas repuestos, cuando se fortificaron én el Capitolio? Fué evidentemente ponerse de acuerdo con los personajes más conspicuos del partido conservador. Era tan necesario esto para hombres que deseaban restaurar las puras instituciones republicanas, que no debieron de esperar que estos personajes acudiesen espontáneamente, sino que les rogaron de ir, enviando esclavos á sus casas é indicándoles una hora para la entrevista. Naturalmente que entre los invitados estaba Cicerón.

Una reunión de los conservadores más eminentes que, como es probable, fueron llamados por los conjurados, se celebró, pues, en el Capitolio durante la tarde del 15. ¿De qué se trató en esa reunión? Es éste un punto importante que ha de examinarse, y que puede ayudarnos á resolver otro problema, el de saber en qué momento Dolabela pronunció su discurso contra César y se dirigió al Capitolio con sus

insignias de cónsul. Ya hemos visto que Cicerón dice haber propuesto en la reunión *(A.*, XIV, x, 1) *senatum in Capitolium a prætoribus vocari.* Y da otros detalles en la segunda Filípica, xxxv, 89: *Dicebam illis in Copitolio liberatoribus nostris cum me ad te* (scil. ad Antonium) *ire vellent ut ad defendendam rempublicam te adhortarer, buoad metueres, omnia te promissurum; simul ac timere desistes similem te futurum tui. Itaque cum ceteri consulares irent redirent, in sententia mansi.*

Aún suponiendo que Cicerón haya exagerado un poco su perspicacia en este pasaje de las Filípicas, es indudable que el principal objeto de la discusión fué la actitud que había de observarse con respecto á Antonio. La cuestión ya debatida por los conjurados antes de la muerte de César, esto es, si convendría matar al mismo tiempo que al dictador á su colega en el consulado, se ofreció bajo otra forma: ¿había que tratar con Antonio y demandarle que convocase al Senado, función que le competía conforme á la constitución; ó bien, si en lugar de fiarse á él convendría convocar al Senado de una manera revolucionaria; por ejemplo, como proponía Cicerón por medio de Bruto y de Casio, que eran pretores? Ahora bien; la discusión no se hubiese manifestado así de haberse realizado después que Dolabela se declaró cónsul y subió al Capitolio para saludar á los conjurados. Efectivamente, en ese caso Dolabela hubiese tomado parte en la dissión y se hubiese examinado la cuestión de saber si podía encargársele de convocar al Senado. Ninguna alusión se encuentra á tal cosa; lo cual es una prueba evidente de que Dolabela no consumó su usurpación hasta el día 16. Esta primera consideración está reforzada por diferentes hechos que nos inducen á creer que la reunión del Capitolio duró casi hasta la noche. ¿No nos dice Nicolás de Damasco, XXVII, que los agentes de los conjurados llevaron su mensaje á Antonio al anochecer? Ahora bien; como este mensaje fué la primer cosa hecha por los conjurados tras la *sessio capitolina,* la reunión no debió de terminar hasta el atardecer. Y la cosa es bastante natural; en efecto, antes de que los conjurados se fortificasen, se pusiesen de acuerdo y llamasen á los senadores tuvieron que transcurrir muchas horas, de manera que la reunión sólo pudo celebrarse por la tarde: por poco que la discusión se prolongase debió llegar la prima noche, sin que Dolabela aún hubiese hecho nada.

Fué, pues, el 16 cuando Dolabela se proclamó cónsul. Para com-

pletar el relato de lo que hicieron los conjurados durante el 15, todavía hay que examinar si los conjurados celebraron este mismo día una reunión popular en el foro. Esta reunión tuvo que celebrarse antes de la *sessio capitolina*, puesto que ésta duró hasta el atardecer: esto, en efecto, es lo que pretenden App., *B. C.*, II, 122; Dión, LXIV, 21; Nic. Dam., XXVI. Al contrario, Plutarco *(Brut.*, 18), coloca el discurso del foro después de la reunión en el Capitolio; pero esto le obliga á referirlò al dia 16, ya que en la tarde del 15 no quedaba tiempo de hacer nada. Paréceme, pues, que la versión de Plutarco es la única verosímil. No es posible que personas que tenían tanto miedo del pueblo y de los veteranos, hasta el punto de fortificarse en el Capitolio, osasen descender al foro para arengar al pueblo sin haber dispuesto las cosas de suerte que pudieran estar seguros de que podían hablar libremente y sin riesgo de sus vidas. Estos terrores eran exagerados; pero el historiador no debe de olvidar que la mayor parte del tiempo sus personajes se engañan en la manera de juzgar las cosas y que obran no conforme á lo que es en realidad, si no con arreglo á lo que ven. Dice Plutarco que Bruto y Casio descendieron para hablar en el foro, rodeados de gran cortejo de ciudadanos eminentes: considero este informe como exacto, porque corresponde bien á la condición de las cosas y de los espíritus, y porque no es posible que Bruto y Casio osasen presentarse al pueblo sin esas precauciones. Pero entonces es necesario que la gran reunión tuviese lugar el 16. En efecto, los conjurados no pudieron organizar este cortejo — cuya idea quizás fué copia del cortejo que acompañó á Cicerón cuando la ejecución de los cómplices de Catilina — antes de entenderse con los conservadores más eminentes de Roma. Queda, pues, por conjeturar que esta manifestación para el día 16, se decidió en la *sessio capitolina* de la tarde del 15.

Resumiendo, en la tarde del 15, los conjurados sólo celebraron esta gran reunión en el Capitolio é invirtieron toda la tarde, primero en convocar á la gente, y luego en discutir. Las discusiones fueron largas y se adoptaron algunos acuerdos, entre otros el de enviar embajadores de paz á Antonio, y preparar la gran manifestación para el otro día.

Veamos ahora Antonio. ¿Qué hizo en la tarde del 15 de Marzo?

En el primer informe que tenemos sobre Antonio, se trata del anochecer, cuando los embajadores de los conjurados fueron á buscarle (App. *B. C.*, II, 123: Nic. Dam., XXVIII). Desde el momento en que huyó del Senado hasta el atardecer, nada encontramos que le concierna. Probablemente esta falta de informes no es incidental, sino que procede de una razón muy sencilla: que Antonio no hizo este día nada importante. Existen ciertos hechos elementales que las fuentes no comunican; pero que el historiador puede afirmarlos con confianza, deduciéndolos de un examen de la situación. Encontrámonos aquí ante uno de esos hechos que suelen desdeñarse, y que, sin embargo, tienen gran importancia: y es que, en las primeras horas de la muerte de César, Antonio sabía que éste había muerto, pero ignoraba quiénes eran los conjurados, cuánto su número, cuáles su objeto é intenciones. Es, pues, un hecho seguro, aunque de él no se encuentren vestigios en las fuentes, que apenas repuesto de su turbación, Antonio procuró informarse, envió gente para que hiciese las informaciones y quiso saber la opinión de sus enemigos. Todo esto exigió algunas horas. Ni siquiera es imposible que, para conocer sus propósitos, enviase á buscar ciertos cesaristas que estaban entonces en el Capitolio, formando entre los conjurados, pues Antonio no dudaba de que bastantes hombres de su partido hubiesen contribuído al asesinato.

Tal fué la primera cosa que hizo Antonio. ¿Cuál fué el resultado? ¿Qué informes pudo obtener? ¿Qué amigos fueron en su busca? Cuanto á los informes, probablemente fueron muy confusos, llenos de contradicciones y de exageraciones. Siempre ocurre igual después de las bruscas catástrofes. Cuanto á los amigos que fueron á buscarle, poseemos un documento que nos permite hacer una conjetura verosímil. Nic. de Dam., XXVI, y App., *B. C.*, II, 123-124, dicen que se envió la embajada á Antonio y á Lépido, y que respondieron ambos: según Nicolas de Damasco pidiendo para reflexionar hasta el día siguiente por la tarde, y según Appiano, declarándose dispuestos á deliberar en el Senado con los conjurados, y diciendo que los dos estaban de acuerdo para restablecer la concordia entre los ciudadanos. Paréceme que, dado así, este informe, no es exacto, y que sólo es la deformación de un hecho exacto. Lépido no era un personaje muy preeminente; la muerte de César le hizo perder su cargo de *magister*

equitum; como ya veremos, y en contra de lo que suele decirse, no había ningún ejército en la vecindad de Roma; no se comprende, pues, cómo los conjurados podían enviarle sus embajadores y no á Dolabela, á Caleno, á Pisón y á otros ilustres cesaristas. La cosa resultaba diferente tratándose de Antonio, pues éste era cónsul. Por otra parte, la afirmación de que Lépido y Antonio respondieron juntos, estando de acuerdo ambos, es muy precisa en los dos historiadores y está confirmada por el hecho de que en los días siguientes también vemos á Antonio y á Lépido obrar juntos y de concierto. Una conjetura puede resolver de manera satisfactoria todas estas contradicciones: que Lépido acudiese á la invitación de Antonio y que fuese sólo, de suerte que, cuando los enviados de los conjurados llegaron, les encontraron juntos y á punto de concertarse. Esto explica por qué uno y otro pudieron dar al mismo tiempo una contestación idéntica. Además, no es sorprendente, que sólo Lépido acudiese á la invitación de Antonio: en efecto, sabemos que la muerte de César produjo terrible espanto en los amigos del dictador. Hircio, Pansa, Caleno, Salustio, todos se dieron á la fuga y sólo reaparecieron más adelante. Los embajadores de los conjurados encontraron, pues, á Antonio y á Lépido á punto de transigir. En mi narración he hecho una conjetura que cualquier lector juicioso aceptará como una verdad casi demostrada, ya que parece confirmada por la lógica razón de las cosas: y es que en la entrevista con los embajadores de los conjurados es cuando Antonio y Lépido supieron lo que verdaderamente era la conjuración y que los más importantes personajes del partido cesarista habían tomado parte en ella, aliándose con los restos del partido pompeyano y con muchos *resellados*. En efecto, los embajadores tuvieron que exagerar todo lo posible la importancia de la conjuración diciendo quiénes eran los conjurados y cuál su número, para inducir á Antonio á trabajar de común acuerdo con ellos en la restauración de la república. Pero también es verosímil que la embajada y los informes que aportó causasen gran terror en Antonio y en Lépido, suscitando en ellos gran desconfianza. Esta alianza de tan gran número de cesaristas con los pompeyanos y conservadores, subvertía profundamente las condiciones políticas de la república y ponía en grande dificultad á algunos cesaristas que habían permanecido fieles. Ese terror y esa incertidumbre me parecen explicar la respuesta de Antonio y Lépido que, como se sabe, pidieron un día para reflexio-

nar; creo también que justamente por haber sabido en su entrevista con los embajadores quiénes y cuántos eran los conjurados, sólo durante la tarde y noche de aquel día sabemos algo apropósito de la actividad de Antonio y de Lépido. Cuando supieron que César había caído bajo los golpes de la coalición formada por los cesaristas moderados y del partido conservador, estuvieron de acuerdo para llamar en su ayuda al partido popular y revolucionario, á lo que quedaba del partido de César, los veteranos, para adoptar la línea de conducta que debían seguir.

Cuanto á lo que hicieron Antonio y Lépido durante la tarde del 15 y la noche del 15 al 16, la mayoría de los historiadores modernos han aceptado con demasiada complacencia algunas tradiciones que parecen inexactas. Así se dice ordinariamente que Antonio, habiéndose dirigido por la tarde (τῆς δ'αὐτῆς νυκτός, App. *B. C.*, II, 125) á la *domus publica* obtuvo de Calpurnia los papeles y tesoros de César; luego fué en busca del Tesoro del Estado y se lo llevó á su casa. Ahora bien; conviene observar ante todo, por lo que se refiere á los papeles y al dinero de César, que los historiadores modernos, siguiendo el ejemplo de los historiadores de la antigüedad que hacen siempre de Antonio un aventurero incorregible, se inclinan á considerar este hecho como mucho más violento y arbitrario de lo que en realidad era. Á título de colega casi tenía el derecho de tomar los papeles de César para colocarlos al abrigo de los enemigos del dictador que deseaban apoderarse de ellos: tan cierto es esto, que el mismo César (App. *B. C.*, III, 5) le había entregado algunos documentos. Además, ¿podía dejar tan importantes documentos oficiales en manos de Calpurnia? Y puesto que esto no era posible, ¿quién en tal confusión tenía que velar por ellos sino el colega de César? Lo mismo puede decirse del dinero: tomándolo, Antonio prestaba un servicio á Calpurnia y la libraba del peligro de ver saqueada su casa. Como dice Appiano (*B. C.*, II, 125), quizás fué la misma Calpurnia quien rogó al cónsul que se encargase de este peligroso depósito. Al menos, la cosa no parece inverosímil. Cuanto al Tesoro de la república, es absolutamente falso que Antonio fuese á cogerlo al templo de Ops, donde estaba depositado, en la noche del 15 al 16: y los historiadores que refieren esta proeza han interpretado mal ciertos pasajes de los antiguos, que hablan al contrario de malversaciones de los fondos públicos perpetrados durante muchos meses: Cic. *A.*, XIV, XIV, 5

(carta escrita probablemente en el mes de Mayo). *Rapinas scribis ad Opis fieri;* Cic. XIV, XVIII, 8 (durante el mes de Mayo), *O hominem pudentem!* (Dolabela) *Kal. Jan., debuit; adhuc solvit, praesertim quum se maximo aere alieno Faberii manu liberavit et Opis opem petierit.* Luego el Tesoro público no se había vaciado el 15 de Marzo, puesto que se acababa de robar el dinero en el mes de Mayo. Nos confirma esto Cic., *Fil.* 2, 14, 15.

Cuanto á Lépido, se cuenta sin razón que tenía un ejército fuera del *pomerium*, y que estaba á punto de incoporársele para dirigirse con él á su provincia. Dión XLIV, 22, habla vagamente de los στρατιῶται, y Appiano, *B. C.*, II, 125, del στρατιά, pero ni uno ni otro nos dicen quiénes eran estos soldados ni este «ejército» de Lépido. Nicolás de Damasco, XXVIII, es más preciso, dice que durante la noche Lépido reunió una στρατιὰ ἐπικούρων: ahora bien las ἐπίκουροι son «la escolta de los soberanos». No se trata ya de cohortes, sino de una tropa reunida á toda prisa para defenderse, tan cierto es que Nicolás la compara con la guardia de un rey. Por otra parte, esto es mucho más verosímil, pues no es posible que Lépido se pusiese á reunir un ejército en los alrededores de Roma para marchar con él á la Narbonesa. Bastábale ir á tomar el mando de las legiones que estaban ya en la provincia; además, si hubiera tenido necesidad de aumentar su ejército, sin duda que no hubiese reclutado sus nuevas legiones en la vecindad de la metrópoli, donde los buenos elementos militares eran tan escasos, sino en la misma Galia: y si los había reclutado en la Italia central no los hubiese organizado cerca de Roma, si no que hubiese dado orden á los reclutas, como siempre se hacía, de dirigirse separadamente á una ciudad de la frontera. Hacía tiempo que no se formaban ejércitos en los alrededores de Roma. Además, sólo admitiendo lo expuesto es posible explicar lo que dice Dión, XLIV, 34, á saber, que el 17 de Marzo, cuando se concertó la paz, los soldados ya no obedecieron á Lépido. La cosa no hubiese sido posible tratándose de legionarios ligados al procónsul por el juramento militar.

Que en la noche del 15 al 16 se ocupase Lépido en reclutar soldados, Antonio de buscar á los jefes del partido cesarista y de sublevar á los veteranos, los conjurados en organizar las manifestaciones del día siguiente, me parece muy verosímil. En efecto, Nicolás de Damasco dice que al otro día — el 16, por consecuencia — Lépido ocu-

pó el foro con sus soldados y que Antonio también se mostró en él para desempeñar sus funciones de cónsul. Tuvo que ser uno de los raros magistrados que se presentaron aquella mañana: pues la mayoría estaba con los conjurados en el Capitolio. La aparición de Antonio y la escolta de Lépido debieron producir el efecto que buscaban y hacer creer al público que el partido cesarista de ninguna manero se creía inutilizado por la muerte de su jefe. Efectivamente, Nicolás de Damasco (XXVII) añade en seguida que al ver los soldados numerosos *collegia* de artesanos, ἑταιρίαι. que dudaron hasta entonces, recobraron ánimos, corrieron á tomar las armas y acudieron al foro para engrosar la escolta de Lépido. Este hecho nos permite colocar en la mañana del 16, y tras la ocupación del foro por las tropas de Lépido, la primera y poco afortunada manifestación en favor de los conjurados y el discurso de Cinna de que habla Appiano, *B. C.*, II, 121. Los ἕτεροι que, según dice, intimidaron á los manifestantes, sólo pueden ser los soldados de Lépido y los *collegia* que se les incorporaron. Celebráronse, pues, estas manifestaciones en la mañana del 16 — como, por otra parte es natural — pues los conjurados tenían interés en no perder mucho tiempo, y esto nos confirma en que las manifestaciones se organizaron por la noche. Appiano refiere en seguida en el capítulo siguiente (122) la usurpación de Dolabela; y esta sucesión de hechos parece tan natural, que no se le puede hacer ninguna objeción. En mi narración de la mañana del 16, he colocado ante todo esta manifestación de los conjurados, y luego el discurso y la usurpación de Dolabela. Conviene observar aquí como signo seguro del estado de alma de los partidos, que los veteranos y los artesanos presentes en el foro, que se encontraban allí á las órdenes de Lépido, dejaron hablar á Dolabela con toda libertad, como habían dejado hablar á Cinna, prueba evidente de que los primeros manifestantes habían sentido de ellos un miedo injustificado, y que los mismos cesaristas y Lépido, se encontraban, como sus adversarios, muy inseguros é irresolutos en la mañana del 16. Cuando Nicolás de Damasco (XXVII) nos dice que Lépido se mostró en el foro la mañana del 16 «para vengar á César», adelanta que Lépido no concibió ningún proyecto hasta por la noche, á consecuencia de los sucesos del día.

¿Qué hicieron durante este tiempo Antonio y los conjurados? Un pasaje de Cicerón *(Fil.*, XXXV, 89), parece aludir á las gestiones del

día 16: *Itaque cum ceteri consulares irent redirent* (en casa de Antonio), *in sententia mansi*, *neque te* (Antonio) *illa die neque postero vidi.* ¿Con qué objeto? Para resolver este problema conviene examiminar un documento de gran importancia, el único documento directo y original que poseemos sobre estos famosos días, la carta de Décimo Bruto á Marco Bruto y á Casio que se encuentra en la colección de las cartas de Cicerón *ad familiares*, XI, 1.

Es gran honor para Schmidt el haber descubierto (la palabra no es demasiado laudatoria), que esa carta se escribió en la mañana del 17 de Marzo, antes de la sesión del Senado. Es raramente permitido á un historiador de la antigüedad el ver tan vivo rayo de luz iluminar los escombros entre los cuales se camina en la noche del remoto pasado.

La fecha dada por Schmidt es tan cierta como si se hubiese escrito al pie de la carta, *porque es la única posible.* Hay historiadores, es cierto, que consideran esta carta como de fines del mes de Marzo ó del mes de Abril, pero no hacen más que mostrar su lamentable ignorancia sobre la historia de aquel tiempo. En realidad, era imposible que tras la votación de la amnistía del 17 de Marzo y de los funerales de César, Antonio pudiese enviar á decir á Décimo por medio de Hircio: *Se neque mihi provinciam dare posse aiebat*, *neque arbitrari tute in urbe esse quemquam nostrum.* La Galia cisalpina recaía entonces definitivamente en Décimo Bruto, y nadie, Antonio menos que cualquier otro, podía pronunciar una frase tan insolente: *se... provinciam dare non posse*, como si la provincia le hubiese pertenecido. ¿No se había dictado un senato-consulto de los más graves, en cuya íntegra aplicación tanta gente estaba interesada, desde los veteranos hasta los asesinos de César? Además, entre los desórdenes que siguieron á los funerales de César sería ridículo que Antonio hubiese enviado á decirle á Décimo que éste no estaba seguro en Roma. Esto era evidente para todo el mundo, puesto que unos se fortificaban en su casa y otros se daban á la fuga. Esa frase sólo pudo pronunciarse antes de comenzar los desórdenes, y cuando Antonio, para atemorizar á sus adversarios, estaba muy en su punto haciendo sombrías previ-

siones. La carta, pues, se escribió tras la muerte de César y antes de la sesión del 17 de Marzo. Si aún se quiere determinar la fecha con más precisión, hay que estudiar de cerca las frases con que comienza: *Quo in statu simus cognoscite.* HERI VESPERI APUD ME HIRTIUS FUIT; *qua mente esset Antonius, demonstravit; pessima scilicet et infidelissima... non dubito quin his de rebus ante* HORAM QUARTAM *Hirtius certiorem me sit facturus.* La carta, pues, se escribió por la mañana, después del alba (pues de otra manera no diría *heri vesperi*) y antes de la *hora quarta,* esto es, como se trata del mes de Marzo, entre las seis y las diez de la mañana. Descartada la fecha del 15—pues entonces aún vivía César—hay que escoger entre el 16 y el 17. Si el 16, como quiere Groebe (Ap. á Drumann I², páginas 411 y siguientes), el *heri vesperi* indicaría la tarde del 15 de Marzo; es decir, que la tarde del 15 de Marzo envió Antonio á Hircio para decirle á Bruto que no podía darle la Galia cisalpina. Esto es difícil de admitir; pues estaría en contradicción con lo que Nicolás de Damasco (XXVII), dice tan claramente; á saber, que Lépido y Antonio no dieron ninguna contestación en la tarde del 15 á las proposiciones de los conjurados, sino que solicitaron hasta la tarde siguiente para reflexionar. Ahora bien; es evidente que esta embajada era una respuesta á las proposiciones de paz hechas por los conjurados, una contraproposición mediante la cual se declaraba aceptarla, siempre que Décimo renunciase á su provincia. Al contrario, si se admite que la carta se escribió en la mañana del 17, el *heri vesperi* concuerda admirablemente con el texto de Nicolás de Damasco: fué por la tarde del 16 cuando terminó el plazo pedido á los conjurados. Además, es poco verosímil que la tarde del 15 —cuando la situación aún era tan insegura y Antonio y Lépido estaban desarmados—respondieran á las proposiciones de los conjurados de respetar sus derechos adquiridos, pretendiendo imponerles la renuncia de las mejores provincias que tenían. Tanto hubiese valido declarar franca é inmediatamente la guerra. Todavía conviene observar que, cuando se escribió esta carta, Décimo Bruto había dejado á los conjurados en el Capitolio, y se encontraba fuera, probablemente en su casa. Conviene, pues, explicar esta separación, al menos por una conjetura cualquiera; y mientras que, como ya veremos, he concebido una que me parece bastante plausible si se admite que *heri vesperi* indica la tarde del 16, no he encontrado ninguna para el 15. En fin, la carta

es contestación á otra de Bruto y de Casio en que se preguntaba á Décimo su juicio sobre la situación: *3, Quid ergo est tui consilii?* Y la respuesta está llena de tristeza. Pues bien; en la tarde del 15 y en la noche del 15 al 16, no se produjo nada que pudiese explicar esta desanimación de todos los conjurados; la prueba es que organizaron las manifestaciones del 16 y que éste día prosiguieron también las negociaciones con Antonio.

La carta de la correspondencia de Cicerón *F.*, XI, 1, se escribió pues, la mañana del 17, probablemente después del amanecer, á las seis, y en contestación á una carta de Bruto y de Casio llegada también aquella mañana y en la que se preguntaba á Décimo su opinión sobre la situación. Veamos ahora las consecuencias que pueden deducirse, comenzando por poner en claro los hechos más importantes que de lo expuesto resultan, y que son los siguientes:

1.º La tarde del 16, Décimo Bruto ya no estaba en el Capitolio como los demás conjurados.

2.º La tarde del 16 Antonio, al responder á los conjurados impuso como condición de paz que Décimo renunciase á la Galia cisalpina.

Pero esta idea no pudo acudir súbitamente al espíritu de Antonio la tarde del 16. Como ya he dicho en mi narración, es mucho más probable que Antonio concibiese este proyecto en la noche del 15 al 16, como cosa ventajosa para él, si lograba obtener la Galia cisalpina, La razón es sencilla y la he dado en mi relato: Décimo en la Galia cisalpina, hubiese sido el sostén más vigoroso del partido conservador en el Senado. No es, pues, sorprendente que en la noche del 15 al 16, Antonio concibiese la idea de obtener esa renuncia por parte de los conservadores si había de establecer un acuerdo con ellos, y que la mañana del 16 se esforzase en hacer todo lo posible por triunfar. Hubiese sido una gran ventaja para él que Décimo abandonase á sus compañeros. En efecto, estando sólo hubiese sido más fácil inducirle á renunciar su provincia, evitándole tener que recurrir á violencias é ilegalidades, siempre peligrosas. Admitido esto, derívase la conjetura más verosímil que he expuesto en mi relato: que al reanudar la mañana del 16 las negociaciones que sirvieron de ocasión á las idas y venidas de los senadores, Antonio tuvo por objeto inducir á Décimo Bruto á abandonar el Capitolio. En fin, la conjetura de que en la mañana del 16, Antonio se propusiese obligar á sus adversarios á

que renunciasen al gobierno de la Cisalpina está confirmada por un breve y obscuro pasaje de Appiano que, sin la carta de Décimo Bruto, parecería un grosero error y un gran anacronismo. Appiano, *B. C.*, II, 124, luego de haber referido la embajada de los conjurados que, como hemos visto, tuvo lugar el 15 de Marzo, y antes de dar la contestación de Antonio, nos dice: Ἐδόκει κέ... τεχνάζειν εἰ δύναιτο περισπάσαι πρὸς ἑαυτοὺς τὴν στρατιὰν τὴν Δέκμου... «les pareció bien (á Lépido y Antonio) de ver si podrían atraerse el ejército de Décimo». Sin la carta de éste se creería que Appiano incurre aquí en una confusión con lo que Antonio hizo después, en Julio: en cambio, con nuestra hipótesis todo resulta claro. Appiano ha encontrado en sus fuentes y ha referido con poca claridad esto mismo, es decir, que antes de la sesión del Senado, Antonio pensaba quitar la Galia á Décimo. La carta de Décimo es para nosotros el mejor documento.

Con este secreto designio, Antonio se puso á actuar la mañana del 16. El fracaso de la manifestación que los conjurados hicieron por la mañana, le sirvió sin duda de estimulante así como para los cesaristas que aún permanecían dudosos. Pero la traición de Dolabela, peligrosa para los cesaristas por las razones que ya he expuesto, debió de contrarrestar pronto esta ventaja. He seguido, pues, á Appiano (*B. C.*, II, 122), el cual dice que los conspiradores adoptarían el partido de realizar la gran manifestación de la tarde después de la traición de Dolabela, y sobre esta manifestación he tenido por verídico lo que dice Appiano, *B. C.*, II, 122, que entre los conjurados, sólo Casio y Bruto bajaron al foro. En efecto, es verosímil que para no hacer más difícil su defensa á los senadores que les acompañaban, sólo descendieron los dos jefes más eminentes del partido, y que los demás conjurados siguieron en el Capitolio. También es evidente que los conspiradores esperaban hacer una aparatosa ostentación semejante á la que Cicerón había presidido por las calles de Roma para impresionar á la gente tras la condena de los cómplices de Catilina.

Los relatos de Plutarco, de Appiano y de Nicolás de Damasco nos demuestran que Bruto pudo hablar con toda libertad, y que Antonio y Lépido en nada intentaron perturbar la parada. Ya hemos visto que por la mañana, cuando aparecieron en el foro los primeros manifestantes en favor de los conjurados, los soldados y los obreros no les hicieron ninguna oposición. Si se reflexiona en que Bruto gozaba de gran consideración, que la traición y la usurpación de Dolabela no

podían por menos de causar en Antonio gran inquietud; que solamente los colonos y veteranos cemenzaban á llegar á Roma, no es absurdo suponer que Antonio aún debía de estar perplejo en la tarde del 16, cuando Bruto y Casio bajaron del Capitolio y adoptó el partido de dejar hacer y de esperar, para ver el rumbo que tomaban las cosas.

Plutarco *(Bruto,* 18) dice que el discurso de Bruto, aunque pronunciado ante un público de cesaristas, fué escuchado en silencio; pero que, después de Bruto quiso hablar Cinna, y que el público se puso entonces á silbar y agitarse, de suerte que los conjurados se vieron obligados á volver al Capitolio. Pero el relato de Appiano *(B. C.*, II, 123) es muy diferente; según él, los conjurados regresaron al Capitolio tras el discuso de Bruto; pero no nos dice de una manera clara lo que ocurrió. Simplemente agrega que οὐ ἐθάῤῥουν πω τοῖς παροῦσι, no se sentían en seguridad. Nicolás de Damasco (XXVII) tampoco nos habla de un discurso de Cinna que hubiese seguido al de Bruto. Sólo dice que cuando éste terminó de hablar, los conjurados retornaron al Capitolio. Por otra parte, como todo el aparato se organizó antes, no es verosímil que se acordase que Cinna pronunciase un discurso después de Bruto, pues aquél era un hombre obscuro. También es poco probable que, si el discurso de Bruto no tuvo gran éxito, Cinna se aventurase por sí solo á tomar la palabra. Puede, pues, suponerse que Plutarco ha confundido el discurso pronunciado por Cinna en la mañana del 16 y los silbidos con que le acogieron los veteranos en la mañana del 17, cuando se dirigía al Senado. Sustentándome principalmente en el texto de Appiano he dicho que el discurso se acogió friamente, teniendo que volver los conjurados al Capitolio por fracasar la manifestación. Esta explicación me parece completamente confirmada por el cambio de actitud de Antonio. La carta de la correspondencia de Cicerón *(F.*, XI, 1) nos ha hecho ver que Antonio, no osó turbar durante el día la manifestación de los conjurados en el foro, y que por la tarde impuso como condición para la paz, que Décimo Bruto renunciase á su provincia. Hay más: á esta especie de *ultimatum* se refiere evidentemente la convocatoria del Senado para la mañana del 17, convocatoria que se hizo inopinadamente la tarde del 16, y probablemente poco tiempo después de dar Antonio su respuesta. Appiano *(B. C.*, II, 126) dice en efecto, que el edicto convocando al Senado se publicó νυκτός, y

(II, 125) que, durante la noche los conjurados rogaron insistentemente á los senadores que les eran favorables de no faltar á la sesión. Como ésta se celebró la mañana del 17, la noche de que se trata es la del 16 al 17. Así, pues, Antonio, que durante todo el día del 16 había entretenido á los conservadores con sus negociaciones, se decidió súbitamente á convocar al Senado para la mañana del 17...

Esto significa que la tarde del 16 Antonio se consideraba en estado de dominar la situación y de imponer sus voluntades al Senado. ¿Cuáles fueron las causas de este rápido cambio? La llegada de numerosos veteranos y colonos y la creciente excitación del pueblo contribuyeron indudablemente en algo; pero también veo otra cosa en el fracaso de la aparatosa manifestación organizada por los conservadores. Ese alarde, como ya he dicho, debió de hacer comprender á mucha gente que los conjurados tenían miedo. En las revoluciones cuanto más pasajeras son las impresiones más fuertes resultan: no es, pues, sorprendente que en el estado de excitación que entonces reinaba, Antonio, envalentonado con el fracaso de los conservadores, lanzase su *ultimatum* y la convocatoria del Senado, *queriendo aprovecharse del desaliento en que se encontraban sus enemigos, antes de que algún nuevo suceso realzase su valor.*

En efecto, sorprendido inopinadamente Décimo Bruto y sin nadie á su lado, careció de audacia y se declaró dispuesto á abandonar su provincia; solicitó una *legatio libera* poniendo como condición que se concedería también á sus compañeros que considerasen prudente alejarse de Roma. Tal puede verse claramente en la carta, *F.*, XI, 1. 2.

Así podemos explicar otra intriga más complicada de Antonio, procurando investigar por qué razón escribió Décimo en la mañana del 17 la carta *F.*, XI, 1. Esta carta es contestación á la de Bruto y Casio en la que, como se ve por la respuesta, preguntaron á Décimo dos cosas:

1.ª Si era verdad que había declarado á Antonio que estaba dispuesto á abandonar la Galia cisalpina;

2.ª Cuál era su juicio sobre la situación.

Los párrafos 1 y 2 de la carta contienen, efectivamente, una justificación de su renuncia. Para hacerlo así es necesario que tuviese que responder á una pregunta sobre este punto. En el párrafo 3, *quid ergo est, inquis, tui consilii?* comienza la contestación á la segunda pregunta. De ahí puede concluirse con mucha verosimilitud que Bru-

to y Casio tuvieron por la noche conocimiento de esas negociaciones entre Antonio y Décimo, y que enviaron á pedirle explicaciones.

¿Cómo pudieron informarse? Es posible que Antonio, para atraerlos más fácilmente, les hiciese saber que el principal interesado consentía en renunciar á su provincia, y que Bruto y Casio, sospechando entonces de un engaño, escribieron á Décimo para saber si el informe era exacto.

Antonio y Lépido tuvieron que invertir la noche en sublevar al pueblo y á los veteranos, en reunirlos alrededor del templo de Tello para asustar á los conservadores, en convocar á los jefes del partido cesarista para acordar lo que convendría hacer en la sesión del Senado. La reunión de los cesaritas tuvo que celebrarse hacia el alba del 17. En efecto, admito con toda confianza la justificada hipótesis de Schmidt, según la cual, el párrafo VI de la carta *F.*, XI, I, es un *postscriptum*, y que las palabras *post novissimum Hirtii sermonem* aluden á una visita que Hircio hizo á Décimo en la mañana del 17, mientras que los senadores se dirigían al Senado, para darle cuenta de las discusiones que se suscitaron en la reunión de los cesaristas celebrada poco antes y referida de una manera verosímil por Nicolás de Damasco (27). Conviene observar que en esta reunión Antonio se declaró opuesto á la violencia y á la ilegalidad, declaración que confirma lo que hemos dicho sobre la prudencia que reveló los días precedentes, es decir, que temía el peligro de un golpe de Estado. También conviene observar que la mañana del 17, aunque Hircio le dijo que la mayoría de los cesaristas deseaba la paz, Décimo no volvió á reclamar su provincia: considerábala como perdida y le bastaba poder seguir en Roma, con el derecho de tener una guardia.

En este punto podría hacerse una objeción y preguntar cómo es que en la discusión del Senado no habló Antonio de la Galia cisalpina, ni presentó sobre ella ninguna proposición, mientras que al fin se aprobó la amnistía y se declararon válidas todas las medidas adoptadas por César.

Appiano (*B. C.*, II, 127-135) ha dado de esta sesión un relato muy verosímil, que he seguido fielmente; pero en el que Antonio no habla

de Décimo ni de la Galia. ¿Qué ocurrió, pues, con los proyectos de la víspera? La contradicción es extraña; pero puede explicarse por la actitud del Senado, tal como la describe Appiano *(B. C.*, II, 127). El Senado se mostró de súbito tan favorable á los matadores de César, que Antonio comprendió al momento que, apesar de la ausencia de los conjurados, y no obstante los veteranos que fuera clamaban, su proposición no sería aceptada. La proposición de invitar á la sesión á los matadores y la discusión á que dió lugar, debieron de quitarle en seguida todas las ilusiones. Además, habían acudido todos tan preocupados á la sesión, y la situación creada por la guerra civil, por la dictadura, por la muerte de César, era tan compleja y embrollada, que la discusión no podía por menos de rebasar los límites en que Antonio quizás había pensado mantenerla, desbordándose y pasando sobre los demás proyectos del cónsul. En otros términos, paréceme evidente que la tarde del 16, alentado por el escaso éxito de los conjurados en el foro, Antonio creyó que la mayoría del Senado, cuyos sentimientos no podía conocer por adelantado, no serían favorables á los conjurados. Al contrario, con gran sorpresa suya advirtió que el asesinato de César era generalmente aprobado.

B

Las provincias de Bruto, de Casio, de Antonio y de Dolabela.

La cuestión de saber si concedió antes de morir César provincias á Bruto, á Casio, á Antonio y á Dolabela, y cuáles fueron esas provincias, es una de las más confusas: tan contradictorios son los informes que comunican los textos antiguos. Por mi parte, he llegado á considerar como imposible que César concediese Macedonia á Bruto y Siria á Casio. Al contrario, creo que aún no les había asignado ninguna provincia, y que Macedonia la había destinado á Antonio y Siria á Dolabela.... Quiero aquí exponer brevemente mis razones.

Lo que me induce á creer que César no designó á Bruto y á Casio para Macedonia y Siria, es que, de haber ocurrido así, sería necesario que se les despojase de ellas por algún ardid legal ó por alguna manifiesta violencia, lo que hubiese sido un caso gravísimo, ¿Qué declaración de guerra más explícita podían haber hecho los cesaristas á los conjurados? Ahora bien; no encontramos ningún vestigio de semejante provocación ni tampoco observamos la repercusión en los sucesos posteriores. ¿Cómo Bruto y Casio hubiesen podido escribir á Antonio en el mes de Mayo la carta que figura en la correspondencia de Cicerón, *F.*, XI, 2, y en el mes de Agosto la carta *F.*, XI, 8, en la que declaran no estar aún ciertos de las intenciones hostiles de Antonio? ¿Y cómo Cicerón, que con tanta frecuencia muestra el catálogo de las violencias, ilegalidades, violaciones de la voluntad de César, de que Antonio se hizo culpable, hubiese pasado en silencio la que á los ojos de los conservadores tenía que ser la mayor y más

importante de todas? Habría que admitir que el partido conservador aceptó gustoso esta expoliación, lo cual es imposible. Además, si César había destinado Siria y Macedonia á Casio y á Bruto, no se explicaría cómo Cicerón hubiese podido celebrar en términos tan enfáticos en su oncena Filípica (XII, 27-30) la invasión de Siria y de Macedonia por Bruto y Casio: «*in Macedoniam alienam advolavit; omnia sua putavit, quæ vostra esse velitis... C. Casius... profectus est ut prohiberet Syria.... qua lege quo jure? Eo quod Juppiter ipse sanxit, ut omnia quæ reipublicæ salutaria essent, legitima et justa haberentur*».

Ahora bien, disfrazar las violencias con ficciones legales es tan útil — aún en las revoluciones — que si hubiese existido el más pequeño argumento sofístico para defender la legalidad constitucional de las usurpaciones de Bruto y de Casio, es seguro que Cicerón no hubiese osado desafiar con esta especie de provocación la superstición de la legalidad, tanto más por que Caleno había combatido enérgicamente estas proposiciones, diciendo que la usurpación de Bruto era contraria á la ley.

Pero, aún hay más. En un pasaje — que ha pasado inadvertido á los críticos, según creo — Cicerón dice muy claro que César no dejó ninguna provincia á los dos conjurados. En una carta privada á Ático, cuando supo que el 5 de Junio Antonio quiso enviar á Bruto y á Casio para comprar trigo en Asia y Sicilia, dice Cicerón (*A.*, XV, IX, 1): *O rem miseram! primum ullam ab istis, dein, si aliquam, hanc legatoriam provinciam.*

Luego, antes de esta *provincia legatoria, isti* no había dado *nulla provincia* á Bruto ni á Casio, y la palabra *isti* designa evidentemente á César y á los cesaristas. Si á Bruto y Casio les hubiesen despojado en cualguier forma de tan grandes provincias, Cicerón se hubiese quejado de otra manera. Paréceme, pues, establecido que, cuando murió César, aún no había provisto de provincias á Bruto ni á Casio, y esto no es sorprendente, pues un hombre asesinado de improviso tuvo que dejar muchas cosas á medio concluir.

Si las provincias de Siria y Macedonia no se concedieron á Casio y á Bruto, ¿á quién y de qué manera se concedieron? Casi todos los historiadores han dado crédito al relato de Appiano donde se dice (*B. C.*, III, 7, 8) que, cuando Bruto y Casio huyeron de Roma, Dolabela, á instancias de Antonio y no obstante la oposición del Sena-

do, hizo que el pueblo aprobase una ley concediéndole la Siria; y que, aprobada ya esta ley, Antonio obtuvo á Macedonia por el Senado, que no se atrevió á resistir. Veleyo Patérculo (II, 60), parece aludir á un suceso de este género, pero en una frase muy vaga, y que, sin el texto de Appiano, resultaría incomprensible: *Dolabella transmarinas* (provincias) *decrevit sibi.* Dión (XLVII, 29), dice solamente que Dolabela obtuvo á Siria, pero sin añadir cómo ni en qué época. Οὗτος (Dolabela) γὰρ ἐτέτακτο μὲν τῆς Συρίας ἄρχειν... El único relato preciso es el de Appiano.

Pero este relato es seguramente falso. Cicerón (*A.* XIV, 4, 3), aludiendo á los rumores que circulaban sobre una próxima guerra contra los partos, en Siria, dice: «*Ita mihi videtur bellum illud instare. Sed Dolabella et Nicias viderint*». Así, cuando Cicerón escribió esta carta, Dolabela ya estaba nombrado procónsul de Siria para el año 43. Pero esa carta se escribió sin duda en Puzzolo, en el mes de Abril, como lo demuestra en el § 2, la alusión á diferentes personajes romanos, como Hircio y Pansa, que estaban allí, y como lo comprueba también el resto de la correspondencia. Que se escribiese precisamente el 17, como quieren unos, ó el 18, ó entre el 22 y el 26, como pretenden otros, tiene aquí poca importancia. Habiendo huído Bruto y Casio de Roma el 13 de Abril, las cosas referidas por Appiano tenían que haber ocurrido en la segunda mitad de Abril. Pero esto es imposible. Ante todo, Antonio y Dolabela aún eran contrarios, y el último adoptaba la actitud de un cónsul conservador, como lo indica la demolición del altar erigido por Erófilo que realizó á fines del mes, las grandes manifestaciones que el público conservador le hizo en el teatro poco después y las cartas de felicitación que Cicerón le escribió á consecuencia de haber destruído el altar. ¿Sería posible que los conservadores hubiesen tomado en serio, como verdadero servicio prestado á su partido, el acto de Dolabela si éste hubiese entrado ya en lucha con el Senado y se hubiese servido de los comicios para obtener la provincia, proceder que los conservadores habían de estimar siempre como una de las más detestables usurpaciones que el pueblo pudiera hacer de los poderes anejos al Senado? Además, es absolutamente imposible que en el mes de Abril Dolabela se atreviese á recurrir directamente á los comicios. En este momento desconfiaba de poderse reconciliar con el partido cesarista, hasta el punto de que á fines del mes se arrojó verdaderamente en brazos de los conservado-

res destruyendo el altar de Erófilo. ¿Cómo, pues, algunos días antes iba á poder recurrir á los comicios para obtener su provincia?

El relato de Appiano es inverosímil, y hay que intentar corregirlo. Es una conjetura permitida que en el mes de Abril, agradecido el Senado á Dolabela por la ayuda prestada al partido conservador, le concedió de propio dictamen la provincia de Siria para la que César no había designado á nadie, y que Antonio solicitó entonces para él á Macedonia, provincia de la que también podía disponerse para el año 43, y que el Senado, que había hecho este favor á Dolabela, no osó negárselo á Antonio. Pero, puesto que es necesario modificar profundamente el relato de Appiano, creo preferible adoptar la conjetura más sencilla y radical de Schwartz y admitir que César concedió las provincias de Siria y Macedonia á Dolabela y á Marco Antonio.

Esta conjetura es en sí misma muy verosímil. En efecto, apenas es posible que Antonio y Dolabela, siendo íntimos amigos de César y viéndole todos los días, no se arreglasen de tal manera que el dictador, teniendo que partir tres días después para una expedición tan lejana, no proveyese según sus deseos al gobierno proconsular del año siguiente. La cosa no se explicaría, mientras que se explica fácilmente que César aún no hubiese pensado en Bruto ni en Casio, que se mantenían á un lado y afectaban no mezclarse demasiado á la «canalla» que en los últimos meses se aglomeraba en torno del dictador. Además, Siria y Macedonia eran provincias importantísimas para la guerra que César quería comenzar en Persia, proseguir y terminar con una gran incursión en los alrededores del Mar Negro y una marcha al través de la Galia. Es natural, pues, que quisiera confiarlas á dos amigos con quienes pudiese contar, si necesitaba de su ayuda. En fin, esta hipótesis nos ayuda á aclarar otro punto obscuro de esta historia, quiero decir la manera como las legiones de Macedonia pasaron al mando de Antonio. Appiano, luego de haber hablado de los juegos apolinarios (el caso no hubiera ocurrido entonces en el mes de Julio), dice (*B. C.*, III, 25), que súbitamente circuló el rumor de que los getas amenazaban con realizar una incursión en Macedonia, y que Antonio demandó que las legiones macedónicas se colocasen bajo su mando en lugar de enviarlas á Siria para la guerra contra los partos; en otros términos, que se aplazó la guerra contra Persia. Antonio llegó así á quitar sus legiones á Dolabela, ofreciéndole una en compensación. En fin, Appiano añade que e Sena-

do, dudoso al principio, envió una legación á Macedonia para abrir una información sobre las amenazas de incursión de los getas y que se decidió á acceder al deseo de Antonio cuando éste ἐψηφίσατο, propuso que se aboliese la dictadura. Ahora bien; en el relato de Appiano hay una serie de errores cronológicos que es preciso corregir ante todo para determinar la fecha de estos sucesos. Para fijar este momento, Appiano cita un hecho bien preciso y muy verosímil, y es que el decreto sobre las legiones macedónicas siguió de cerca á la proposición de Antonio contra la dictadura, del que era la recompensa si vale decirlo así. Ahora bien; Antonio se ocupó en dos ocasiones de la dictadura· primero para proponer al Senado su abolición; en seguida para transformar en ley el senato-consulto. Appiano alude evidentemente al senato-consulto y no á la ley: en efecto, dice ψήφισμα y no νόμος. Además, compréndese que Antonio produjese gran impresión cuando, con gran sorpresa de todos, se presentó por primera vez al Senado con una proposición tan favorable á los conservadores; mientras que no pudo ocurrir nada semejante cuando más tarde presentó la misma proposición al pueblo y, como ya hemos dicho en el texto, asociada á otras proposiciones revolucionarias. El decreto sobre las legiones macedónicas se dictó, pues, poco tiempo después que el decreto aboliendo la dictadura. Ahora bien, éste último se dictó en la primera quincena del mes de Abril, antes de la muerte de Erófilo, como lo demuestra el pasaje de Cicerón, *Fil.*, I, 1, 3: *Dictaturam* (Antonius).... *sustulit*.... I, 2, 5, *Paucis post diebus uncus impactus est fugitivo illi qui in Mari nomen invaserat.*

Así, pues, el decreto sobre las legiones macedónicas se dictó en los primeros días de Abril. Pero, como á propósito de estas legiones, Antonio tuvo que entenderse con Dolabela y establecer un compromiso con él, esto significa que, en los primeros días de Abril, Antonio y Dolabela estaban ya considerados como los futuros procónsules de las dos provincias. Esto confirma de una manera luminosa el argumento sacado de la correspondencia de Cicerón, *A.*, XIV, 9, 3, sobre la imposibilidad en que Dolabela estaba entonces de intentar una agitación popular, y esto demuestra bien que las dos provincias no se dieron á los dos cónsules por el pueblo ni por el Senado, pues de haber sido así se hubiesen adoptado al mismo tiempo otros acuerdos sobre las legiones.

En cambio, todo resulta claro admitiendo que fué una disposición

de César la que dió Siria y Macedonia á Antonio y á Dolabela. En las disposiciones adoptadas por César no podía tratarse de las legiones que estaban en Macedonia, pues César tenía que llevárselas á Persia. Cuando en la sesión del 19 de Marzo el Senado ratificó parcialmente los actos de César, respetó las provincias de los dos cónsules, pero no tomó evidentemente ningún acuerdo á propósito de las legiones que quedaban—por decirlo así—abandonadas á sí mismas en Macedonia, sin que se supiese á qué estaban destinadas, ni por quiénes serían mandadas. Probablemente, Dolabela dió entonces á entender que, según su opinión, los actos de César también le concedían estas legiones, puesto que estaban destinadas á la guerra de Persia, guerra que él tenía que dirigir á título de gobernador de Siria. Antonio, opuesto á esto, intrigó en el Senado para que se le diese parte de estas legiones, y, como entonces estaba bien con los conservadores, logró vencer.

Por todas estas razones me he atenido á la conjetura según la cual César, antes de morir, aún no había concedido ninguna provincia á Bruto y á Casio, sino que, al contrario. otorgó Macedonia á Antonio y Siria á Dolabela.

TABLA DE MATERIAS

Páginas.

PREFACIO V

I

TRES DÍAS DE TEMPESTAD

Reunión de los conservadores en el Capitolio.—Conferencia de Antonio y de Lépido.—Visita de Antonio á Calpurnia.—La noche del 15 al 16 de Marzo.—Gestiones en la mañana del 16.—Discurso de Bruto por la tarde.—Lo que hizo Antonio la tarde del 16.—La noche del 16 al 17 de Marzo.—Discusión en el Senado durante la mañana del 17.—Proyectos y contraproyectos.. 1

II

LOS FUNERALES DE CÉSAR

El Senado y la república.—Marco Antonio.—La sesión del Senado el 19 de Marzo.—El testamento de César.—Legados de César al pueblo.—Preparativos para los funerales de Cé-

Páginas

sar.—Anarquía durante los días que siguieron á los funerales.—Confusión general de los partidos.—Reaparición de Erófilo.—Suplicio de Erófilo.......................... 22

III

DISOLUCIÓN GENERAL

Bruto y Casio huyen de Roma.—Cicerón en Puzzolo.—Lucio, Antonio y Fulvia.—Conversión de Antonio.—Primeras falsificaciones de las disposiciones de César.—Llegada de Cayo Octavio.—Bruto y Casio en la Campania.—Antonio reune á los veteranos.—Bruto y Casio en Lavinio........... 47

IV

EL HIJO DE CÉSAR

Equilibrio inestable de la sociedad italiana.—Antagonismo de las clases sociales.—Patrimonio de Cicerón en el año 44 antes de Cristo.—Regreso de Antonio á Roma.—Primera entrevista de Antonio y de Octavio.—Los diez últimos días de Mayo.—La sesión del Senado del 1.º de Junio.—La «lex de provinciis» aprobada el 2 de Junio.—La reunión de Ancio.. 68

V

LA LEY AGRARIA DE LUCIO ANTONIO

Antonio reorganiza el partido cesarista.—Los amigos de Antonio.—Dificultades financieras del partido conservador.—Los conservadores excitan á Octavio contra Antonio.—Se aprueba la ley agraria.—Proyectos de Casio.............. 89

VI

LA «LEX DE PERMUTATIONE»

Páginas

Cicerón se dispone partir para Grecia.—Los juegos apolinarios.—Guerra sorda entre Antonio y Octavio.—El cometa de César.—Promulgación de la «lex de permutatione».—Cicerón interrumpe su viaje.—Reconciliación de Octavio y de Antonio.—Se aprueba la «lex de permutatione».—Regreso de Cicerón á Roma.................................. 103

VII

LOS VETERANOS Á SUBASTA

La «lex judicaria» y la «lex de vi et majestate».—La crisis económica y moral en Italia.—Escándalo en la sesión del Senado el 1.º de Septiembre del año 44.—Falsos atentados de Octavio.—Antonio parte para Bríndisi.—Octavio parte para la Campania.—Antonio y las legiones de Macedonia.—Octavio solicita una entrevista con Cicerón................ 121

VIII

EL «DE OFFICIIS»

El *De officiis*.—La utopia de una aristocracia perfecta.—Correspondencia entre Octavio y Cicerón.—Regreso de Antonio y de Octavio.—Discurso de Octavio al pueblo: su fracaso.—Crítica jornada para Octavio.— Se rebelan dos legiones macedónicas.................................... 140

IX

«LAS FILÍPICAS» Y LA GUERRA DE MÓDENA

Páginas.

La situación en Roma después de la marcha de Antonio.—Se reorganiza el partido conservador.—Las últimas dudas de Cicerón.—La tercera y cuarta filípicas.—Las primeras noticias del sitio de Módena.—La sexta filípica y la embajada del Senado á Antonio.—La séptima filípica.—P.oposiciones de Antonio.—La octava y novena filípicas.—Lo que escribió Marco Bruto de Macedonia.—Contrarrevolución de Marco Bruto en Macedonia.—La décima filípica.—La undécima filípica.—Correspondencia de Octavio, de Hircio y de Antonio durante el sitio de Módena.—La duodécima filípica.—La décimatercera filípica.—Comienzo de desacuerdo entre Marco Bruto y Cicerón.—La batalla de *Forum Gallorum*.—La décimacuarta filípica y la batalla de Módena.................. 156

X

«TRIUMVIRI REIPUBLICÆ CONSTITUENDÆ»

La proscripción de Antonio.—Conferencia de Décimo Bruto y Octavio.—Retirada de Antonio.—Nueva discordia en Roma entre los conservadores.—Primeros disentimientos entre Octavio y los conservadores.—Faltas del partido conservador.—Antonio llega á Vado y se incorpora á Ventidio.—Octavio se inclina otra vez hacia el partido popular.—Táctica de Décimo Bruto.—Lépido.—Antonio y el ejército de Lépido.—Acuerdo entre Lépido y Antonio.—Octavio solicita el consulado.—Tentativas para reconstituir el partido cesarista.—El golpe

Páginas

de Estado de Octavio.—Octavio cónsul; la amnistía anulada.—Reconciliación de Antonio y de Octavio.—*Triumviri reipublicæ constituendæ*.......................... 200

XI

LA MATANZA DE LOS RICOS Y LA BATALLA DE FILIPOS

El triunvirato.—La convención de Bolonia. —La fortuna de Lépido.—La «lex Titia».—Las proscripciones.—Confiscación de los bienes de los ricos.—Muerte de Cicerón.—La verdadera importancia histórica de Cicerón.—Nuevas confiscaciones y nuevos impuestos.—*Divus Julius*.—Terror de Octavio, su crueldad.—Bruto y Casio en Oriente.—Oriente contra Occidente.—Comienzos de la guerra.—La llanura de Filipos.—Desorden de los dos ejércitos.—La primera batalla de Filipos.—Muerte de Casio.—La segunda batalla de Filipos.—El suicidio de Bruto 238

XII

FIN DE UNA ARISTOCRACIA

El tratado de Filipos.—Tierras concedidas á los veteranos de César.—Por qué Antonio escogió á Oriente.—Fulvia y el espíritu revolucionario.—Nuevas corrientes literarias.—Las églogas de Virgilio y el *Catilina* de Salustio.—Regreso de Octavio á Italia.—Confiscación de tierras en dieciocho ciudades de Italia.—Primer desacuerdo entre Fulvia, Lucio y Octavio.—Lucio toma la defensa de los propietarios despojados.—La primera égloga de Virgilio.—Antonio en Oriente.—Primer encuentro de Antonio y de Cleopatra.—Nueva lucha

Páginas.

entre Fulvia, Lucio y Octavio.—Fulvia y Lucio organizan una revolución.—Nueva guerra civil.—Parodia de la guerra social.—El sitio de Perusa 278

APÉNDICES CRÍTICOS

A.—Los sucesos de Roma en los días 15, 16 y 17 de Marzo del año 44 antes de Cristo.......................... 321

B.—Las provincias de Bruto, de Casio, de Antonio y de Dolabela.................................. 339

